



«Una obra maestra de
la literatura deportiva.»

The Guardian

HOMBRE

DE

FÚTBOL

Arthur Hopcraft

Título original: *The Football Man*

© 1968, 2006, A. E. Hopcraft Ltd.

Primera edición: abril de 2019

© de la traducción: 2019, Joan Soler

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788494894893

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

HOMBRE DE FÚTBOL

Arthur Hopcraft

*UN CLÁSICO DE LA LITERATURA DEPORTIVA. MENCIONADO
CONSTANTEMENTE COMO EL MEJOR LIBRO JAMÁS ESCRITO SOBRE
FÚTBOL.*

Publicado en 1968, cuando el fútbol estaba en su apogeo, este magistral, e insuperable, estudio del fútbol y la sociedad incluye entrevistas a estrellas de todos los tiempos como Bobby Charlton, George Best, Alf Ramsey, Stanley Matthews, Matt Busby o Nat Lofthouse. Es una instantánea de una época crucial en la historia del deporte: en los años sesenta se produjeron cambios y se tomaron decisiones que forjarían el juego tal como hoy lo conocemos.

Para muchos desencantados con el fútbol actual —la importancia del negocio, el predominio de la publicidad, el elevado precio de las entradas a los estadios o los jóvenes multimillonarios que se han apoderado del deporte—, *Hombre de fútbol* llevará al lector de vuelta al corazón y al alma de este gran deporte, cuando los jugadores eras futbolistas y no marcas.

ACERCA DEL AUTOR

Arthur Hopcraft (30 de noviembre de 1932-22 de noviembre de 2004) fue uno de los grandes guionistas de la televisión inglesa. Previamente fue periodista deportivo para *The Guardian* y *The Observer*. Aclamado como el autor del estudio más profundo sobre fútbol jamás publicado, su trayectoria fue reconocida en 1985, año en el que fue galardonado con un Premio BAFTA.

ACERCA DE LA OBRA

Seleccionado en 2005 por The Observer como uno de los mejores libros deportivos de todos los tiempos, Hombre de fútbol es, sin duda alguna, la

gran biblia del fútbol clásico.

PRÓLOGO

Conocí a Arthur Hopcraft cuando trabajábamos juntos en un periódico local de Barnsley. Era el primer reportero que encontré con pajarita; en el Barnsley de la década de 1950 hacía falta valor para tal cosa. Compartíamos el amor al fútbol, y ambos escribíamos la ocasional crónica sobre el Barnsley F. C. Nos considerábamos escritores sobre fútbol más que reporteros, y presumíamos de ello con todo descaro.

Mi intento más ambicioso de entrar en el «Diccionario de la prosa inmortal» tuvo lugar cuando advertí que uno de los jugadores del Barnsley se parecía muchísimo a Scott Fitzgerald, cuya fotografía había visto en una edición de bolsillo de *El gran Gatsby*. Escribí algo como «Roy Cooling fue el mejor jugador del Barnsley. Cooling, que guarda un extraordinario parecido con Scott Fitzgerald...». En el periódico, se publicó: «Cooling, que guarda un extraordinario parecido con el Scott de la Antártida». Cuando pregunté qué había pasado, el director explicó que habían cambiado el nombre porque en Barnsley nadie había oído hablar de Scott Fitzgerald, mientras que todo el mundo conocía al explorador.

Me marché del periódico, igual que Arthur. Después trabajamos juntos en Granada TV, en Mánchester. Era la época de Busby y Best, y Arthur empezó a escribir de vez en cuando en el *Observer*. Su mejor trabajo es de esa época. Su semblanza de George Best, reimpresso en el libro, es periodismo del bueno, cuidadosamente elaborado y fruto de una investigación impecable. Es su obra maestra, si bien el libro está lleno de textos de una calidad similar. Corrían tiempos de cambio en la sociedad y también en el fútbol, y Hopcraft, con su capacidad de ver el juego contra el agitado segundo plano de la comunidad a la que servía, fue un observador intuitivo y con talento.

Más adelante obtuvo cierto reconocimiento por las obras y adaptaciones

que escribió para la televisión, entre estas últimas la de *El topo*, de John le Carré. En su funeral, Le Carré habló afectuosamente de la meticulosa y sensible adaptación que Arthur hizo de la novela.

Como el fútbol fue siempre su afición y nunca su negocio, Arthur conservó la capacidad de ver el juego con claridad, defectos incluidos. Era un reportero de mirada astuta a la vez que un escritor elegante. Como éramos amigos, me encanta que sea recordado y celebrado con esta reedición de *Hombre de fútbol*. Aunque el libro no abarca ni mucho menos todas sus aptitudes como escritor, sí es a todas luces un notable ejemplo de su talento periodístico.

Para algunos es el libro más brillante escrito sobre este deporte. En todo caso, no tiene nada que envidiar a ninguno y no se me ocurre otro mejor.

MICHAEL PARKINSON

Noviembre de 2005

INTRODUCCIÓN

En Gran Bretaña, la cuestión clave del fútbol es que no se trata solo de un deporte al que la gente se aficiona, como el críquet, el tenis o las carreras de fondo, sino que es algo inherente a cada cual. Está incrustado en la psique urbana. Es una experiencia común en nuestros hijos, tanto como lo son los tíos o la escuela. No es un fenómeno, sino un asunto cotidiano. Es más excéntrico ignorarlo a propósito que dedicarle la vida. Tiene más importancia para el carácter nacional que el teatro. Si la gente se ve privada de él, puede sentirse más afligida que si se le quita la televisión. El modo en que participamos en el juego, lo organizamos y lo premiamos es un reflejo del tipo de comunidad que constituimos.

Ningún jugador, entrenador, director técnico o aficionado que entienda de fútbol, sea mediante su inteligencia o sus terminaciones nerviosas, repite nunca esta tontería que sueltan sin pensar de vez en cuando los miedosos, para quienes «después de todo, es solo un juego». Hace ochenta años que no es solo un juego, desde que las clases trabajadoras vieron en él una vía de escape de sus empleos penosos y lo reivindicaron como propio. En este siglo, no ha sido una atracción secundaria. Lo que pasa en el campo de juego importa, no en el mismo sentido que importa la comida, sino como la poesía para unos o el alcohol para otros: implica a la personalidad. Contiene conflicto y belleza, y cuando estas dos cualidades están juntas en algo ofrecido a la valoración del público, representan buena parte de lo que yo entiendo por arte. Las personas poseen este arte como no podrán jamás poseer ninguna forma de música, teatro, literatura o religión, pues no pueden ser engañadas como sí lo son en esas otras cosas, donde acaso la intención esté deliberadamente oculta y el método sea inasible. El fútbol no pide fe; obliga al análisis. Los futbolistas de pega no tienen sitio. Las multitudes podrán ser vengativas y brutales, pero

difícilmente van a ser engañadas. Saben sobre su fútbol por intuición, como saben sobre su familia.

En este libro, mi objetivo es explorar la naturaleza del fútbol: tener en cuenta su efecto en la vida de la gente. Espero ser capaz de explicar algo sobre su carácter pasional.

Como es lógico, la obra está muy inspirada en preferencias personales, sobre todo cuando escribo acerca de jugadores y sistemas de juego. El aficionado totalmente objetivo es una especie que no existe. Si el hombre tiene una tendencia natural a ser más imaginativo que combativo, nunca va a aceptar que Nobby Stiles podría ser mejor centrocampista que Danny Blanchflower. Sin embargo, por lo general, en el libro me ocupo más de las personas que de la técnica.

Algunos lectores se sentirán molestos por la omisión de algunos de sus nombres favoritos. Pero esto no es una galería de héroes. Soy un reportero que intenta llegar al corazón del fútbol.

EL JUGADOR

GEORGIE

El deporte puede ser cruel para los hombres. El fútbol puede volver a un hombre más ridículo que la bebida. En Old Trafford, campo del Manchester United, en el exterior de la entrada de los jugadores, en una mañana de marzo desapacible y revuelta, el viento hizo tambalearse por el asfalto a un viejo empapado que se agitaba en su abrigo como un cartel arrancado, hasta dejarlo tendido frente a la ventanilla de mi coche. Acto seguido, tamborileó con los dedos en el cristal mientras gritaba con insistencia. Era un anciano delgado con barba de varios días y un cuello como el de un gallo joven. En el coche había tres personas, pero a él solo le interesaba una: el chico de la parte de atrás, que era delgado, que tenía dieciocho años y que aparentaba menos. Mientras yo bajaba la ventanilla, el viejo metió la cabeza en el coche y mediante un galimatías jadeante se dirigió farfullando al joven. Era uno de estos acertijos de los aficionados al fútbol que giran en torno a una de las leyes del juego, en el que se inventa cierto incidente improbable, como que se pinche la pelota en el momento de entrar en la portería, y entonces el interrogador pone en entredicho la decisión del árbitro. Este problema concreto se hacía incomprensible debido a la ronquera y a la ansiedad de aquel tipo, que repetidamente se interrumpía para chillar: «Yo era árbitro, ¿sabes?». La última vez que lo dijo dejó de hablar del todo, y el chico al que intentaba impresionar, George Best, del United y de Irlanda del Norte, le sonrió con delicadeza y dijo «hasta luego». Arrancamos. Best añadió: «Ahora pasa constantemente». A continuación, se metió un caramelo en la boca y su rostro adoptó ese aire pensativo con el que los jóvenes bien educados se disculpan por no establecer contacto con la generación de los mayores.

Este era el Best reservado y de aspecto delicado de 1965, nada seguro de sí mismo en compañía de desconocidos. Hablaba cuando le hablaban, y sin

demasiada soltura. Su voz sonaba vacilante y algo quebrada. Se mordía mucho el labio inferior y miraba tímidamente el bolsillo superior del periodista o por encima de su cabeza. Estaba tan poco acostumbrado a que le entrevistaran o a hablar con gente ajena a su círculo inmediato de amigos o compañeros de equipo que aquello generaba un problema de comunicación importante: en lo referente no solo a las palabras, sino también a qué quería decir. Tras aproximadamente una hora de intentar entresacarle alguna información personal y de obtener apenas cabeceos y sonrisas, dije: «Bueno, no vas a ser un engreído, ¿verdad?». Lo dije como un cumplido algo compungido. Entonces se apreció en su rostro un sonrojo instantáneo, y en los ojos, un destello de genio: el primer borbotón de pulsaciones que le había visto fuera del campo de fútbol. Sin lugar a dudas, había tomado el comentario como una petición inoportuna de alguien que no tenía confianza para tal cosa.

En esa época, Best, tras una temporada en la primera división, ya era considerado «un jugador fantástico» por Matt Budy, entrenador del United, y el preferido entre los seguidores adolescentes del equipo. Como propiedad futbolística, valdría unas cien mil libras (en la actualidad, su valor de mercado será el doble), y estaba ganando más de cien libras semanales (en las semanas que jugaba más de una vez). Su generación le adoraba, las chicas gritaban su nombre en la calle y le escribían cartas a montones. Algunas se ofrecían para una noche. Un día, un grupito hizo llegar al club un pastel casero de helado de frutas con su nombre grabado; por otro lado, solía haber un continuo goteo de colegialas que llamaban a la puerta de su casa en busca de su sonrisa y un autógrafo.

Sin embargo, de momento seguía siendo discreto en público. Tenía un coche pequeño, que no podía conducir, y su cara resultaba mucho más familiar a los adolescentes lectores de las revistas de música pop que a la vida nocturna de Mánchester. Fue reconocible de inmediato como uno de los primeros representantes del movimiento adolescente, con sus llamativos trajes ajustados, sus zapatos de punta y la pródiga atención a su abundante pelo. Creía que la música de los Rolling Stones era un sonido mucho más interesante que el de los Beatles, y al parecer tenía un apetito insaciable por los caramelos, el bizcocho de jengibre y los cómics de terror. En el lado de la mesa que quedaba bajo la ventana del salón de la vivienda de protección oficial donde vivía, había un álbum de recortes con «George Best» escrito en

cuidada caligrafía inglesa. Allí se guardaban numerosísimas imágenes de periódico del futbolista en acción, con las medias bajadas.

La señora Mary Fullaway, su casera, me habló de él con mucho afecto. Había cuidado de George desde que a los quince años llegó a Mánchester procedente de Belfast. Medía uno cincuenta y ocho; vestido, le faltaban casi dos kilos para pesar cincuenta. Apareció en coche con otro chico irlandés de la misma edad que le habían recomendado a Busby. La señora Fullaway recordaba haber visto «dos cabecitas a través de la ventanilla del coche, y decirme a mí misma: “En fin, jamás llegarán a ser futbolistas”». Los instaló en camas gemelas, y a la mañana siguiente el amigo de Best dijo que quería volver a casa. Best dice: «Habíamos acordado que, si a uno no le gustaba, los dos regresaríamos. Así que nos marchamos en el ferri nocturno».

Al cabo de dos semanas, tras un intercambio de cartas entre Busby y el padre de Best, George volvía a estar de nuevo en casa de la señora Fullaway. Entonces la palabra con que lo definía Busby era «enclenque». Le encontraron un empleo de recadero cerca del estadio, hasta que a los diecisiete años firmó con el club un contrato profesional. Cuatro meses después de su decimoséptimo aniversario, jugó su primer partido de la Liga con el United, como extremo derecho contra el West Bromwich Albion. Fue uno de los dos debuts más memorables que he visto en el campeonato; el otro fue el de Francis Lee en la banda derecha del Bolton: tenía quince años, marcó un gol y el árbitro le amonestó; el chico se echó a llorar y Nat Lofthouse, viejo delantero centro de Inglaterra, tuvo que consolarle. (En el fútbol, la ficción casi nunca es más extraordinaria que la realidad.) En su debut, Best ni olía la pelota, pues estaba siendo muy bien sujetado por el lateral internacional galés del Albion, Gerry Williams, así que en el segundo tiempo Busby lo cambió de banda.

Hablando de ese primer partido ya como jugador internacional de dieciocho años, Best dijo que ojalá Busby le hubiera dejado enfrentarse a Williams durante todo el encuentro. «Había recibido un golpe en el tobillo», explicó, dando la impresión de que el episodio aún le escocía y sentía que debía justificarse. El recuerdo que dejó Best en mi cabeza tras el partido fue el de cierta fragilidad animada en una empresa bastante personal. Entonces, como ahora, su principal preocupación era llevar la pelota pegada al pie y superar a cualquier grupo de adversarios que se interpusiera en su camino.

Esto habría podido ser habitual quince o veinte años antes, cuando Stanley Matthews y Len Shackleton sorteaban a defensas estáticos y pesados, pero a mediados de la década de 1960, cuando el jugador polivalente y siempre en movimiento había vuelto obsoleta aquella especialización, Best sorprendía tanto como si hubiera estado golpeando la pelota con un palo de hockey. La llegada de Best a la Liga devolvió el verbo «regatear» al vocabulario del periodista deportivo.

Tras su primer partido, enseguida se le consideró una de las principales atracciones del fútbol. George exhibía la inventiva y asombrosa calidad propia solo de los grandes jugadores; por otro lado, una de las imágenes que dejó en la memoria de los hinchas fue la de esa figura turbia, infantil, con el pelo como una conífera húmeda y negra, alzando en el aire una de sus botas, a la altura del hombro; aquel tipo que golpeó la pelota con el pie solo cubierto por una media. De esta guisa, dio un pase que acabó en gol del United. La semana siguiente, parte de su correo iba dirigido a *The Bootless Wonder* [La Maravilla sin Bota]. A los aficionados al fútbol no se les escapa una.

En esa época, estaba llevando la tradicional vida del futbolista británico de entrenar por la mañana y holgazanear durante el resto del día. Dos noches a la semana, satisfacía el requisito de su papel como «leyenda viva de los adolescentes» (es una descripción auténtica, que he tomado prestada de un elocuente cantante pop) al aparecer en alguno de los clubs de música *beat* no alcohólicos de Mánchester. Por lo general, pasaba los lunes por la tarde en un salón de *snooker*, asintiendo (rara vez replicando) ante los consejos y los insultos en broma que le prodigaban los parroquianos del lugar, que se congregaban alrededor de la mesa para verle jugar sin mucha pericia, pero con gravedad. Se gastaba unas diez libras a la semana, y mandaba dinero a sus padres con la idea de abrir una tienda de artículos deportivos una vez que hubiera llegado a la lejana decrepitud de los veintiún años.

Transcurridos poco menos de tres años, ese importante aniversario pasó, y Best seguía viviendo en la casa de la señora Fullway, en aquel pequeño callejón sin salida lleno de setos de alheña y narcisos, con David Sadler, compañero de equipo y nuevo mediocentro de la selección inglesa. Eso sí, por lo demás, su vida fuera del estadio había cambiado por completo. El encanto del chico tímido y despreocupado había sido sustituido por algo más sereno. Normalmente, cuando se le veía por ahí después de anochecer, había a su lado

alguna chica guapa nueva; conducía un Jaguar blanco; era el dueño de George Best Enterprises y George Best Associates; y estaba pensando en abrir en Mánchester una especie de secretariado personal, una oficina cuyos empleados se encargarían solo del correo de sus seguidores, su agenda y un montón de cuestiones fastidiosas y agobiantes, como las pólizas de seguros o el permiso de conducir, tan pesadas para las celebridades con poco tiempo.

George, el niño precoz, se había convertido en Georgie, el personaje público. Si en Mánchester pronuncias el nombre «Georgie» donde sea y cuando sea (o cerca de alguna actividad futbolística en cualquier ciudad británica), nadie preguntará por el segundo apellido. (Esto también es aplicable a «Matt» para Busby, «Denis» para Law, o «Nobby» para Stiles; se explica no por el fanatismo de los seguidores, sino por el impacto profundo y duradero causado por hombres de una personalidad extraordinaria en el contexto del deporte.) A estas alturas, a Best le habían preguntado en televisión si se consideraba engreído, y un periódico le había dicho, confiando la información a varios millones de lectores, que parecía serlo. Lo habían descrito una y otra vez en letra impresa como «un genio». Incluso una compañía discográfica le había insistido para que grabara un disco pop por el que cobraría unas siete mil libras. Estuvo tentado de aceptar, pero Busby se lo quitó de la cabeza. «El jefe dijo: “¿No crees que ya tienes bastante con la tienda y el fútbol?”», recordaba Best. Puede que me repitiera las palabras con precisión, pero creo que supo transmitir la agudeza del tono de su entrenador.

Ahora su correo rara vez asciende a menos de ciento cincuenta cartas los dos primeros días de cada semana, cifra que tras un partido internacional llega a las trescientas diarias durante media semana. Un respetable setenta por ciento eran de chicas; aunque casi todas eran breves peticiones de fotografías y de información sobre sus características físicas, algunas podían tener hasta doce páginas y estar llenas de detalles como el nuevo peinado de mamá, la muerte del perro de los vecinos o lo desagradable que era el encargado del taller. A la puerta de la señora Fullaway llamaba más gente que nunca, una mezcla de minifaldas y mochilas escolares. El estribillo de una creciente proporción de las chicas era: «Georgie, ¿me invitarás a salir?». Best tenía un fuerte compromiso con la Iglesia baptista, tenía un labio leporino que podía cohibirle o era extrañamente frío con las muchachas debido a su confusión interior, y esa adoración no le afectó demasiado. En todo caso, no carga sobre

su espalda ninguna de estas cruces. Para las chicas es una foto; fuera del mundo de los tíos, se desenvuelve como nadie; en todo caso, considera la compañía femenina un cambio agradable tras haber sido pateado en las espinillas o haber recibido codazos en el cuello bajo una lluvia torrencial. Me dijo: «A veces, creo que sería bonito casarme y sentar la cabeza, pero... —y entonces sus ojos deambularon hasta parpadear admirados a lo largo del Jaguar— falta mucho para eso, ¿no?».

A finales de 1967, su forma de jugar había llegado a ser la aparición individual más estimulante del fútbol europeo, con el portugués Eusébio. (En mayo de 1968, fue elegido futbolista británico del año..., el más joven de la historia.) En tres años apenas había aumentado de peso; solo había crecido un poco y se había vuelto muy resistente. Se le apreciaban indudables chispas de mal genio y frustración cuando sufría obstrucciones y entradas, a menudo violentas, por lo que se le solía reprender en los periódicos y en las gradas. Sin embargo, ningún otro virtuoso igualaba su repertorio. Fue ese repertorio lo que le hizo tan importante: la capacidad diabólica, apenas creíble, de abrirse camino entre un anillo de defensas, cuando podía perder la pelota y recuperarla de modo que la entrada formaba parte del regate; su valentía en un área pequeña abarrotada, lo que le permitía meter goles de cabeza frente a hombres mucho más grandes; su inspirada visión de juego y el pase en profundidad. Verlo jugar era disfrutar. Ahora algunos lo llaman «*playboy*»; sin embargo, ningún *playboy* fue nunca más cautivo de su arte.

La tienda de deportes con la que soñaba el Best adolescente no se había materializado. En vez de ello, había ahora dos tiendas que vendían ropa juvenil, ni seria ni barata, una de las cuales se llamaba «Edwardia». Estaba diseñada sagazmente con arreglo al estilo personal y consciente de Best. En el establecimiento, inmensas fotos de fútbol en las paredes y mucha seda en el escaparate. Había también una parte de zapatería cuyo otro dueño era un amigo de Best, Mike Summerbee, delantero centro del Manchester City. Según George, la principal contribución de aquel al funcionamiento de esas tiendas fue la de ayudar a seleccionar los artículos.

Lo vi en una de sus tiendas. Llevaba puesto un sombrero de *cowboy*, que se quitó al instante por vergüenza. Había lucido por poco tiempo un bigote mexicano, que se afeitó porque era incómodo cuando estaba húmedo, amén de una barba cortina. Cada nuevo adorno salía en los periódicos. A renglón

seguido, se añadía a la imaginería de joven estrella presumida, privilegiada y arrogante. Estaba en la cima de su trayectoria, pero siempre amenazado por un agotamiento temprano de su llama. Un choque de madrugada con el coche blanco, apenas dos días antes de un partido en sábado, dio lugar a más preguntas sobre si se estaba tomando en serio su carrera.

De todos modos, Best no es realmente ostentoso, sino solo joven, popular y rico conforme a los patrones de la clase media-baja. Best y sus contemporáneos parecían tan excesiva e impudicamente ricos debido a que las condiciones salariales y laborales de los futbolistas profesionales destacados habían sido hasta hacía poco como las de los siervos modestamente cualificados de las fábricas. Después de verle repartir botellas de vino entre la gente que asistió a una fiesta improvisada tras un partido y luego salir ufano acompañado de un delicioso bombón, me sorprendió su bravura y cómo disfrutaba de los focos. No los monopolizaba, pero agradecía su presencia cuando se encendían para él. Juega como juega porque es la persona que es.

En uno de los sillones de la señora Fullaway y con el spaniel de ella a sus pies, justo antes de la hora del té, se mostraba contento por poder tomarse un respiro. Parecía conocerse bien. No se había cambiado de alojamiento porque «es normal regresar si te has descontrolado un poco».

Hablaba con algo más de soltura que tres años atrás, pero aún se le veía incómodo, con sus frases ambiguas interrumpidas por sonrisas y encogimientos de hombros. Entre los jugadores, la tensión era alta en todo momento, decía, y él tenía su propio método para afrontarla. Mientras casi todos los integrantes del equipo estaban preocupados en el vestuario, quitándose un zapato, yendo de un lado a otro, desabotonándose, echando a andar de nuevo, él se quedaba en el exterior de la entrada de jugadores hablando con amigos. Hasta que faltaban unos minutos para el saque inicial no se apresuraba al vestuario para cambiarse a toda prisa. «El jefe suele venir a avisarme», explicaba, haciendo como de pasada un comentario curioso sobre la paciencia y la actitud realista de uno de los hombres más aclamados del fútbol.

El *snooker* había caído de la rutina semanal; admitía beber vino y decía que evitar el volumen de alcohol que le ofrecían personas con las que se encontraba en locales con licencia suponía un problema de tacto. Eso al menos me dijo cuando le pregunté al respecto. Los sábados por la noche, después de

los partidos, jamás salía con chicas. En primer lugar, el sábado era inimaginable no salir con los chicos. En segundo lugar, podía estar cansado y de mal humor si el partido había sido duro. Él y Summerbee solían pasarse las noches del viernes viendo fútbol de tercera división, partidos del Stockport County. «Normalmente, comienzo viendo a un jugador concreto y acabo viendo al árbitro.»

En la ciudad, el entorno de Best es sofisticado y ruidoso. Las joyas brillan, la seda choca con las pieles, se reconoce al instante los rostros famosos. A cualquiera de más de treinta años, se le trata con una consideración abrumadora. Cuando la charla se aleja del fútbol a bandazos, empieza a arremolinarse en los inescrutables terrenos de la música pop, cuyo lenguaje excluye a los profanos en la materia tanto como el silencio. Un día creí ver por un momento a Georgie pidiendo un autógrafo a alguien. En realidad, estaba anotando la dirección de un cantante.

LINAJE

¿Hasta dónde hemos de remontarnos para encontrar al padre del tipo de futbolista ejemplificado por Best? Es un asunto complejo, pues no estamos hablando solo del estilo de juego, sino también del estilo y la esencia del hombre como influidos por el juego. Me parece que los dos aspectos principales de la cuestión son hasta qué punto el juego inspira su vida cotidiana y en qué medida le compensa. Lo que estamos buscando es el primer hombre que debió su identidad al fútbol y pudo permitirse alardear de ello.

No encontramos a un hombre así al observar las solemnes caras que rodean el nacimiento del fútbol organizado en 1863, cuando los clubes de antiguos alumnos de las escuelas privadas necesitaron estandarizar las reglas. Pero en cuanto existió una organización, con algo que ganar (aunque al principio solo fuera el prestigio innegociable del campeonato), la llegada del profesionalismo estaba cantada. Siendo como es la ambición humana, muy probablemente habría personas dispuestas a pagar dinero para conseguir aplausos. Hacia la década de 1880, algunos de los clubes del norte, en especial el Darwen, el Blackburn y el Sheffield, pagaban salarios a sus jugadores; tan pronto esto se legalizó, se dictó sentencia de muerte contra la época del futbolista *amateur* destacado y bien educado. Para ganarse la vida era mejor jugar al fútbol que sudar en una mina de carbón o en una fábrica oscura y satánica. En esencia, el mismo razonamiento explica por qué actualmente muchos chicos listos prefieren ser futbolistas profesionales que ir a la universidad y sacarse un título.

Entre aquellos Viejos Etonianos, Viejos Harrovianos y Viejos Cartusianos, no había jugadores ambiciosos, pero en ese contexto son merecedores al menos de un reconocimiento respetuoso; al fin y al cabo, pusieron en marcha todo el negocio. Si examinamos ese estupendo libro de recortes victoriano

titulado *Association Football And The Men Who Made It* (El fútbol de asociación y los hombres que lo crearon), confeccionado con tanto cariño por sir Alfred Gibson y sir William Pickford, vemos que el más famoso de aquellos *amateursera* el delantero centro G. O. Smith. Se incluye el retrato de un hombre pálido y delgado sentado en un muro, donde leemos:

G. O. no tenía el físico que habría deseado para participar en un deporte duro y elegante. Sus métodos más amables daban mejor fruto. Se oponía sutilmente a la fuerza, contraponía la inteligencia a la garra. Algo por encima de la estatura media, con un rostro adorable que reflejaba huellas de una manera de ser delicada, Smith se abrió camino hasta la primera fila gracias a la pura diplomacia. Si no podía ganar por las buenas, no lo haría con trampas. Tampoco le importaba una «carga», siempre y cuando fuera limpia. No pertenecía a la categoría del jugador convencional.

El aroma de la escuela es intenso y algo chocante. Se trata del arquetípico héroe victoriano: ni grosero ni bravucón, nada hecho de manera burda o agresiva, todavía no tan cobarde para que le importaran los golpes honestos del mundo... En efecto, Tom Brown.

Smith llegó a ser director (junto con otro jugador internacional inglés, W. J. Oakley) de una escuela de enseñanza primaria, lo que desde luego no va a pasarles, pongamos, a Bobby Charlton o a Geoff Hurst.

Entre los profesionales de la época, el encanto en el semblante dio paso a una mirada más amenazante. He aquí lo que dicen Gibson y Pickford sobre Stephen Bloomer, del Derby County:

Cuando tiene los ojos medio cerrados es cuando está más despierto... Esta carrera hacia la línea de gol es una carrera Bloomer; este regate sin ayuda de nadie es un regate Bloomer; este sensacional disparo es un disparo Bloomer; este magnífico pase en profundidad es un pase Bloomer; este glorioso afán de victoria en el último momento es la consumación del arte de Bloomer. Ha construido el poder que es y ha sido gracias a una incontenible audacia, un irresistible deseo de conquista, que una vitalidad irresistible suele llevar consigo.

Esto nos acerca algo más a la bravura de nuestro deporte, en el cual el compromiso para ganar es primordial. Sin embargo, Bloomer apenas recibió premios. En su primera temporada liguera, en 1893, cobró siete chelines y seis peniques semanales.

El dinero acabó teniendo una enorme influencia en la evolución del fútbol tan pronto como las familias se dieron cuenta de que de ese deporte podía salir un salario regular. Ese fue el momento en el que el juego adquirió su máxima importancia. El crecimiento del fútbol no es una nota al pie en la historia social del siglo XX, sino un verdadero hilo conductor de ella.

En la década de 1920, el fútbol era un patrono consolidado en una comunidad en la que escaseaba el trabajo. Los clubes habían crecido a partir del orgullo en la condición física, de su importancia en la localidad, del esfuerzo empresarial. Los estadios se levantaron donde vivían los aficionados, en los laberintos industriales de las fábricas y las casas de encorvados trabajadores. El partido del sábado acabó siendo algo más que una simple válvula de escape del duro trabajo diario, pues a menudo no había siquiera trabajo del que desahogarse. Ir al partido era salir de la oscuridad del abatimiento y entrar en la luz del combate. Aquí, por asociación con el equipo local, cabía reivindicar la identidad positiva mediante el músculo y con goles. Ganar era un éxito personal; perder, otro tortazo de la vida. El fútbol no era tanto opio para el pueblo como una bandera que enarbolar frente al capataz encargado de cerrar las puertas o ante el casero acompañado de sus alguaciles.

El futbolista había llegado a ser el verdadero héroe de la clase obrera, a representarla. Procedía de las calles donde vivían los espectadores. La hierba de primavera y el barro del invierno del otro lado del estadio estaban a tiro de piedra de donde jugaba, pateando pelotas improvisadas (acaso solo un montón de trapos atados) contra portales que hacían las veces de porterías. En este fútbol callejero había una urgencia que Eton y Charterhouse no habían conocido jamás. No tenía nada que ver con la elegancia indolente ni con recibir golpes duros estoicamente y de buen grado. Donde escaseaba el trabajo, o en todo caso donde este era esclavo, existía solo la posibilidad de que un muchacho grandote pudiera entrar a duras penas en la policía; pero imaginemos, alabado sea Dios, que puede hacerse futbolista.

Según los estándares de la década de 1960, las ganancias de los jugadores

eran exiguas. A mediados de los años treinta, no cabía esperar que un jugador de la primera división llevara a casa más de doce libras a la semana, contando incluso las primas por jugar en la categoría sénior y haber ganado el partido; un jugador joven (por ejemplo, Stan Cullis, que en 1934 se incorporó al Wolverhampton Wanderers) cobraba un salario base que en las dos primeras temporadas oscilaba entre dos libras con diez chelines y tres libras semanales. Sin embargo, podía haber extras materiales, como una casa gratis para un hombre casado y viajes y estancias en hoteles por todo el país. El estatus local que ese empleo concedía era inmenso. Ese hombre había salido de la rígida opresión de su clase gracias a su talento en el arte del pueblo. La esencia de la obsesión de la gente por el fútbol consistía en que era mucho, muchísimo mejor, que trabajar. Esta idea será recurrente en el libro.

Cullis, ahora entrenador del Birmingham City, figurará con mayor detalle en el capítulo sobre los entrenadores, pero aquí es pertinente y reveladora su experiencia como jugador que entró en el fútbol profesional cinco años antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial. Nacido en Ellesmere Park, cerca de Liverpool, fue el más pequeño de diez hermanos; pero su padre era del Wolverhampton; cuando diversos ojeadores de varios clubes empezaron a interesarse por Stan, el padre siempre contestaba: «Cuando yo decida que es lo bastante bueno para jugar como profesional, irá a un club y no a otro». Ese club era el Wolves, desde luego, adonde el señor Cullis llevó a su hijo cuando este hubo cumplido los diecisiete años.

Cullis había querido ser periodista, pero, tras abandonar la escuela a los quince años, estaba trabajando en una tienda de comestibles y asistía a clases nocturnas. Recuerda cuando le llevaron a conocer en su casa al entrenador de los Wolves, el legendario y severo comandante Buckley: «Parecía un granjero acomodado que se ha jubilado, pues siempre lucía pantalones de golf. Era como un hombre de la tierra. A nadie se le ocurrió jamás llamarle de otro modo que “comandante”. Había sido su rango en la Primera Guerra Mundial».

La entrevista fue breve y en *staccato*. Cullis dice: «Me miró de arriba abajo mientras yo imaginaba a un propietario de un purasangre observando un caballo de carreras. Me dijo: “Levántate”. Me dio unos golpecitos en el pecho y añadió: “¿Qué tienes aquí?”. Yo no sabía qué quería decir. Pensé que igual se refería a algo de mi ropa. Dijo entonces: “¿Tienes miedo?”. “¿De qué?”, dije yo. “De que te hagan daño.” “No”, respondí. No me dijo nada más. Cruzó

con mi padre unas palabras que no alcancé a oír, y a partir de ahí fui futbolista profesional».

La siguiente conversación que Cullis mantuvo con su entrenador también fue breve: «Me dio instrucciones muy estrictas sobre lo que debía hacer si quería tener éxito en mi trabajo. Su primer sermón fue: “Escúchame porque a partir de ahora voy a ser el hombre más importante de tu vida”».

Cullis se parece mucho a los jugadores de los años sesenta porque fue precoz. A los diecisiete años ya figuraba en el equipo sénior de los Wolves, y a los diecinueve era capitán. A los veintidós era no solo el mediocentro titular de la selección inglesa, sino también capitán del equipo. Sin embargo, no cobró el salario máximo profesional de ocho libras en los meses de invierno y de seis libras en verano hasta su tercera temporada en el club. En los partidos, el ambiente era siempre tenso; los modales, nada delicados. «Era una época en que sobrevivían los más aptos —recuerda—. Había una sensación de gran inseguridad. Si no cumplías con lo requerido, te ibas a la cola del paro.»

En vista de los gritos de indignación que se han escuchado recientemente sobre el mal genio y la violencia en los terrenos de juego, es interesante mencionar los recuerdos de Cullis sobre el fútbol de los años treinta y cuarenta. Dice: «Era más duro. Había más contacto físico. En el partido siempre había lo que conocíamos como “asesinos”, jugadores que iban por el balón con la idea de cazar adrede al adversario. Eran bien conocidos, y ante ellos tomabas precauciones especiales. Los partidos eran más ásperos y sucios que ahora».

Este periodo tuvo dramatismo, y multitudes inmensas y apasionadas, y actuaciones brillantísimas. No obstante, fuera del campo, el futbolista solía ser más austero que extravagante. El espíritu de la época no permitía a los adolescentes conductas indecorosas en público, y ningún joven rapado llevaba el nombre de Cullis escrito en la parte posterior de la cazadora, ni había voluptuosas cortesanas de quince años de viviendas de protección oficial que le enviaran cartas en sobres perfumados pidiéndole que las invitara a salir una noche. Stanley Matthews, uno de los jóvenes ingleses más célebres de esa época, tampoco recibió esa clase de atenciones.

Matthews jugó su primer partido con la selección inglesa como extremo derecho cuando tenía diecinueve años, en 1934, la misma temporada en que

Cullis comenzaba su carrera futbolística. Marcó un gol. Tres años después, en otro partido internacional, anotó un *hat-trick*, algo sorprendente para cualquiera de mi generación. Le recuerdo ligeramente encorvado, una figura de aspecto rígido, más parecido a un hombre mecano, precipitándose de pronto hacia delante y alejándose de los paralizados defensas; sus pies no golpeaban la pelota, la empujaban suavemente, con habilidad, como si fuera mantequilla desmenuzada por un tendero a dos manos. Si ahora pienso en Matthews en acción, siempre veo su forma curvada desde detrás y uno o dos hombres más grandotes esperando delante la arremetida; en este contexto, casi nunca tenemos los palos y el larguero de la portería. Matthews siempre parecía estar muy lejos del gol, una impresión falsa que engañaba a innumerables defensas cuando estos creían que habría tiempo para una segunda entrada si la primera no surtía efecto. La pelota llegaba a los pies de otro delantero en el área de penalti antes de que el zaguero empezara siquiera a moverse.

Ahora se dice que en el fútbol moderno Matthews habría fracasado debido a su limitada especialización, pues nunca haría entrada alguna a ningún delantero contrario ni ayudaría en la labor defensiva de su equipo, pues sería derribado fácilmente por los defensas más rápidos, livianos y tenaces de la actualidad. Nunca lo sabremos. Yo lo pongo en duda, no solo porque no me gusta que mis héroes de juventud sean aplastados como si fueran de plastilina, sino también porque, en mi opinión, la gente confunde el excepcional talento de Matthews con todos los ejemplos menores del género.

Matthews no inventó el regate con la pelota, sino que lo elevó a su grado máximo. Muchísimos otros jugadores hicieron lo mismo en un nivel inferior antes que él y a lo largo de su carrera. Hasta la llegada de George Best, el regate llevaba muerto casi una década excepto por Matthews y por Bryan Douglas, del Blackburn Rovers, quienes no tenían otra finalidad que ocultarle el balón al adversario momentáneamente. Ahora se está recuperando para el juego, está siendo aceptado a regañadientes de nuevo por los entrenadores como último recurso del jugador contra la sofisticación del repliegue, de la técnica defensiva de bloqueo. Correr con una pelota de fútbol y mostrársela adrede al rival (para forzar la entrada y así superarlo) es asunto tan incierto que el jugador apenas se atreve a intentarlo. Hace falta verdadero talento. Como no había intérpretes de suficiente calidad, el regate perdió popularidad

y desapareció, llevándose consigo la fama del hombre que mejor lo ejecutaba. Siempre hubo jugadores hábiles, sí, claro; pero es que ahora los defensas eran veloces y capaces de anular a jugadores de segunda fila con una sola zancada.

Siempre es muy seductor discutir sobre quién fue el mejor jugador en este puesto o el otro, y revolcarse en este deporte maravilloso que por sí solo hizo soportables aquellos periodos de repaso escolar; o también elegir el equipo llamado «grandes internacionales de todos los tiempos». Yo pondría al Matthews de treinta y cinco años de extremo derecho y a Best de interior en la misma banda, e invitaría a los rivales a encontrar la pelota.

Matthews fue sin duda uno de los fenómenos del juego. Por sí sola, su longevidad lo distingue de cualquier otro jugador. Su historia es la del clásico golfillo que llega a ser un chico de oro. Hijo de un barbero de Hanley, fue jugador internacional en edad escolar y luego recadero en el club Stoke City cuando tenía catorce años, y finalmente jugador profesional tres temporadas después. Pasaron veintitrés años entre su primer partido con la selección inglesa y el último. Cuando en 1938 estuvo a punto de abandonar el Stoke City, hubo una concentración de protesta a la que acudieron tres mil personas. En 1946, fichó por el Blackpool, con el que recibió, cuando ya tenía treinta y ocho años, la medalla de ganador de la Copa tras una final extraordinariamente emotiva. Ya en su declive, regresó al Stoke City para ayudar al club a regresar a la primera división. En 1967, con cincuenta y dos años y siendo entrenador del Port Vale, aún participaba en partidos amistosos.

La autodisciplina que implica el entrenamiento regular siempre significó mucho para Matthews. «Buena forma es confianza», me dijo un día que estábamos hablando en su casa de Blackpool, en 1965, justo antes de ser nombrado caballero. Todavía figuraba en los libros del Stoke como jugador, aunque llevaba semanas apartado del equipo por culpa de las lesiones y estaba siguiendo una rutina diaria ininterrumpida para mantenerse activo y ágil. La rutina era siempre la misma, con independencia del clima y de la época del año. Se levantaba al amanecer, tomaba una taza de té y conducía hasta la playa; allí respiraba hondo, hacía estiramientos y esprintaba: una silueta delgada y angulosa, bien abrigada y ensimismada. Todo esto podía durar media hora o una hora y media, en función de cuándo le decía su cuerpo que ya era suficiente. Después volvía a casa, tomaba una ducha fría y desayunaba a base de cereales, tostadas y miel. Un viejo amigo suyo me contó que, una

mañana horrible en que caía aguanieve, le dijo a Matthews: «No me dirás en serio que vas a ir a entrenar con este panorama». Y Matthews respondió sin más: «Así es mi vida».

Se han oído quejas de que la vida de Matthews había virado desde la del futbolista entregado a algo grotescamente compulsivo, a modo de artista de circo que prolonga su actividad pese la creciente torpeza que trae consigo la edad. Se dijo que sus últimas temporadas en el Stoke habían sido una suerte de chantaje emocional tanto a los seguidores del club como a los defensas rivales. La respuesta es la misma que cabe dar a quienes ponen en entredicho su grandeza incluso cuando era joven: al margen del nombre que uno quiera darle, la actuación de Matthews había sido efectiva. Las multitudes habían vuelto al Stoke y el equipo había regresado a la primera división. Él había llamado la atención de todos, algo que muy a menudo era su principal valor cuando jugaba con la selección de Inglaterra. No importaba nada (y menos aún a Matthews) qué miembro del equipo empujaba el balón a la red. El fútbol no es solo un juego.

En cierto modo, ese aferrarse de Matthews a su condición de jugador en activo se parecía mucho a su forma de jugar un partido individual. Cuando se movía con la pelota, arrastrando los pies, inclinándose, acercándose cada vez más al defensa, era siempre el hombre que se tambaleaba hasta el mismo borde del desastre. Nosotros conteníamos el aliento temiendo que esta vez fallara o esperando que de nuevo se echara hacia atrás en el último momento en busca de un camino despejado y libre. Así fue su carrera durante años. ¿Podría seguir igual hasta pasados los cuarenta? A los cuarenta y dos años, aún defendió la camiseta de su país. A partir de ahí, cada temporada debía ser la última. ¿Una más y ya está? ¿Sería este el último partido? Pues aún había otro. Aquí teníamos el coraje de la hombría, de alguien muy inglés, obstinado, pertinaz, independiente.

Así pues, ¿es Matthews nuestro eslabón inmediato entre los futbolistas de ayer y de hoy? El virtuosismo era de veras deslumbrante; y el compromiso con el negocio, total. Pero ¿qué sacó directamente del juego? La cantidad de cartas que recibía de seguidores fue siempre considerable, casi todo de niños pequeños y de padres. Los niños querían su foto y su autógrafo; los padres solían pedirle que entrenara a su hijo en privado, convencidos de que solo hacía falta el toque del maestro para transformar al chaval en un genio. Sin

embargo, la respuesta que obtenía de la hinchada era muy distinta de la de Best. Para empezar, creo que siempre tuvimos miedo por Matthews, que era la antítesis del atleta. Ese rostro tristemente imperturbable, con los pómulos elevados, los labios pálidos y los ojos caídos, contenía mucho dolor: la profunda herida derivada del esfuerzo prolongado y de la certeza de más golpes. Era la cara de un trabajador, como la de un minero, nunca realmente joven, apretada contra un mundo brutal incluso en reposo. Lo admirábamos de verdad, lo espoleábamos, pero también temíamos por él cuando volvía a trotar para enseñarle las espinillas a un zaguero grandote y joven, cuando le invitaba a hacerse famoso si derribaba al viejo Merlín. En Matthews también se ponía de manifiesto la ansiedad: nuevamente como el miedo del frágil minero ante el trabajo que siempre debe hacerse, no con júbilo, sino con una satisfacción honda, por amor propio. Como dijera Matthews: «Así es mi vida».

Al transmitir esta fragilidad y este esfuerzo, Matthews llegaba al corazón de los hombres, sobre todo a los trabajadores discretos, apacibles. Era lo opuesto al *glamour*: no bebía, no fumaba, no malgastaba el dinero. Solía toser ligeramente. Era un representante de su época y de su clase, criado entre la frugalidad y la amenaza constante del paro y las deudas. Y aunque fue uno de los conductores del balón más rápidos del mundo, jamás se mostró demasiado eufórico. Procedía de esa Inglaterra sin motivos para saber que los años veinte fueron «pícaros» y los treinta tuvieron «estilo».

Su nombre se gritaba mucho al unísono, de modo que las dos sílabas propiciaban un sonido de lo más agradable. Especialmente con el equipo nacional en el extranjero, el sonido se grababa en la mente de los otros jugadores: «Ma-too-z, Ma-too-z». Desde el punto de vista material, llevaba el tipo de vida que cabía esperar de un emprendedor hombre de negocios provinciano con tiendas en dos o tres zonas comerciales y sin tiempo para gastos frívolos. Siempre decía que el fútbol le había dado fama, pero dinero más bien poco; durante años, ha estado cobrando derechos por el uso de su nombre en anuncios de botas y de comida sana. Escribió dos autobiografías y por un tiempo una columna para el *Sunday Express*. En cierta época, dirigió un hotel en Blackpool. En 1965, vivía en una gran casa familiar con una pista de tenis en el jardín trasero. Estaba amueblada y decorada pensando en la comodidad de un hombre de mediana edad, quisquilloso, pudiente y preocupado por las corrientes de aire. A media tarde, solía tomar con su

esposa un decoroso té en el salón después de haber descolgado el teléfono. Cuando después se ocupaba del correo, solía encontrarse con cartas de hombres de su misma edad que le recordaban partidos en los que le habían visto jugar cuando todos tenían veinte años.

No es muy hablador y dispensa sonrisas con moderación. La impresión primordial que daba en su casa era la de cautela consciente, aguda, como en el terreno de juego. Explicaba que a lo largo de su carrera siempre había sufrido fuertes náuseas en el vestuario, antes de los partidos; entonces cabía entender por qué su rostro no era una expresión de juventud cautivada que se correspondiera con la levedad de sus movimientos.

Sin embargo, a la vez que no era un hombre dicharachero ni conversador, procuraba no ser trivial. Pensando en el juego tal como había oído hablar de él a otras personas, decía: «Bueno, cuando algunos de estos jóvenes empiezan a decirte que rebasan a un hombre, luego a dos hombres, luego a tres hombres, bien, no sé de qué están hablando. Yo nunca sé si he desbordado a un hombre, a tres o a cuatro. Es solo cuestión de pies».

Entonces creía que continuaría tres o cuatro años más como jugador en partidos de exhibición, haciendo giras por el extranjero como había hecho casi cada verano desde 1946. Sin embargo, poco después de asumir el puesto de entrenador del Port Value, este descendió a la cuarta división. Cuando fui a verle ahí en 1967, estaba comprometido con la idea de crear un club nuevo en torno a una estructura de jugadores sobre todo adolescentes. Cualquier club de la cuarta división parte con desventaja a la hora de competir por posibles fichajes de jugadores jóvenes, pues el *glamour* de la primera división es muy seductor. Matthews viajaba muchísimo, visitaba a padres; su nombre y su cara aún tenían cierta importancia. «Les digo que me pueden considerar responsable de que sus hijos estén bien atendidos», contaba.

Unas semanas después de este encuentro, Matthews se vio en serios apuros respecto a los acuerdos del club con jugadores jóvenes. Un comité conjunto de la FA y la Liga consideró al Port Vale culpable de pagar salarios a escolares y a *amateurs* registrados, así como de ofrecer primas ilegales a los jugadores. En marzo de 1968, la Liga expulsaba al club por estas infracciones a partir del final de la temporada. (En su reunión general anual, la Liga decidió readmitir al Port Vale en la cuarta división para la temporada 1968-1969; pero Stanley dimitió.) En el último capítulo, hay un comentario adicional a este respecto.

Matthews seguía siendo físicamente inconfundible como el hombre delgado con los ojos rasgados que yo conocí inicialmente en los cromos incluidos en los paquetes de tabaco de mi padre. Almorzaba ensalada y pan crujiente, y lucía unos pantalones de pata de gallo, un bléiser negro y un suéter blanquísimo de cuello alto. Decía que noventa minutos de un partido amistoso no le provocaban ninguna fatiga, y sonaba muy satisfecho al respecto. «Si no me entreno, esto no influye en el juego —decía—. Pero al día siguiente todo duele más.»

Sobre el fútbol de las décadas de 1940 y 1950, nadie ha captado la atmósfera de entonces de forma más convincente que Nat Lofthouse, delantero centro del Bolton que vistió treinta y tres veces la camiseta de Inglaterra. Tenía la constitución propia de la época: antebrazos y hombros de peón, y una oscuridad especial en el semblante que reflejaba sus intenciones de decidido antagonismo frente a los defensas del otro equipo. En letra impresa, se le describía como un «oso» o un «león», y desde luego cualquier periodista deportivo que buscara una comparación apropiada en el mundo animal tendría que descartar la sección de los antílopes. Fue con el fin de sacar provecho de goleadores feroces como Lofthouse, esenciales para el objetivo final del fútbol, por lo que empezaron a desarrollarse esa clase de destrezas perfeccionadas por Matthews.

Lofthouse nació en Bolton. Era hijo de un «empacador» de carbón; para los lectores alejados del duro escenario industrial del norte, se trata de un hombre que lleva sacos de carbón a los patios de los dueños con su carro tirado por caballos. El primer partido que dejó en él huella fue uno que jugó con el equipo de la escuela a los once años. «Les faltaba uno, así que me pusieron de portero. Yo estaba allí solo para ver jugar a mi hermano. Lo recuerdo porque llevaba unos zapatos nuevos, flamantes, que acabaron hechos polvo.»

El partido fue una revelación para aquel chico, pues hasta entonces el único fútbol que conocía de primera mano, aparte de las familiares aunque vagamente comprendidas charlas sobre el Bolton Wanderers, era el practicado en sucios terrenos baldíos, donde cada equipo podía tener seis jugadores o veinte. Lofthouse lo recuerda: «Si recibías una patada, simplemente esperabas a la próxima para devolvérsela al tío». No eran partidos limitados a chicos de

la edad de Lofthouse. Se oían también los gritos e insultos bien conocidos por todos los que habían crecido en una zona así. Se mezclaba gente de diez años hasta, más o menos, los treinta. En la actualidad, la televisión quizás haya reducido la incidencia de este tipo de fútbol, pero hasta principios de los cincuenta era el entretenimiento habitual en las noches de primavera y otoño entre la hora de cenar y la de acostarse.

En cualquier caso, este primer partido dirigido por una autoridad introdujo una dimensión nueva. Lofthouse recordaba su sorpresa: «En medio había un tipo que lo controlaba todo. Era el árbitro, pero yo no había visto antes ninguno. “Bueno, así es más fácil”, pensé. Vi de qué iba aquel juego». Pidió a su profesor jugar partidos regulares en la escuela: lo pusieron de delantero centro. «Entonces no había motivo alguno para ello. Solo que yo siempre había sido un chico grandote.» A continuación comenzó a «colarse» (subir por las cañerías) en el campo del Bolton Wanderers para ver partidos de Liga.

Empezó a despertar interés local como jugador de un equipo juvenil cuando era sensiblemente más joven que casi todos los demás. Un día, en la escuela, un directivo del Wanderers, Alderman Entwistle, a la sazón alcalde de Bolton nada menos, dejó atónito a Lofthouse al preguntarle si le gustaría jugar en el club. «Fui a casa y se lo dije a papá. Me parecía una broma o algo así. Pero el Bolton se puso después en contacto con nosotros, y firmé el contrato cuando tenía catorce años.»

La euforia del chico se acabó de pronto. Estábamos en 1939, en aquel siniestro otoño en que Hitler monopolizaba las primeras páginas. Lofthouse decía: «Tras cruzar las puertas de Burnden Park (campo del Bolton Wanderers), vi que todos los jugadores estaban poniéndose en fila en el terreno de juego. El grupo se disolvía. Era la guerra». Había estado contratado como personal de mantenimiento, pero entonces encontró un empleo en otro sitio de la ciudad. En los libros del Bolton, pasó a figurar como jugador *amateur*. A los quince años estaba jugando en el primer equipo provisional, durante los preparativos de la guerra, cuando se permitió contar con los jugadores invitados recibidos en préstamo de alguna unidad del ejército. Lofthouse se encontró jugando con hombres como Tom Finney, indiscutiblemente ya uno de los mejores jugadores de todos los tiempos, y Bill Shankly, actual entrenador del Liverpool.

«Era la leche», decía Lofthouse. Incluso treinta años después, cuando es ya

un hombre de cuarenta y tantos con un hijo en la universidad y una hija adolescente, transmitía espontáneamente la sensación de asombro y gran privilegio que vivió aquel muchacho: «Estaba jugando con personas a las que antes solo había visto a cien metros de distancia, de pie en un terraplén. Y la gente “pagaba” por verme». Se demoró un rato en ese recuerdo y luego dijo: «Fueron muy pacientes conmigo. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que tenía muchas limitaciones».

Al principio, le pagaban gastos: dos chelines y seis peniques a la semana; luego, tres y seis; y al final, siete y seis. Cuando, a los diecisiete, años firmó como profesional, cobraba una libra y diez chelines semanales.

A los quince años, Lofthouse pesaba unos setenta y siete kilos; cuatro años en los pozos de carbón como chico Bevin (el reclutamiento alternativo al servicio militar) le habían ayudado a endurecer tanto su actitud ante la vida como sus músculos. En el fútbol, su entrenamiento había sido elemental si lo comparamos con los patrones actuales de la preparación escolar, por lo que tuvo que desarrollar sus habilidades en gran parte por iniciativa propia. Siempre había tenido esa inclinación del delantero centro nato a tocar el balón más con la cabeza que con los pies. «Siempre me sentía más “confiado” si podía saltar a por la pelota que si la tenía en los pies.» Se pasaba horas cabeceando una bola de tenis contra una pared de su casa. No obstante, su falta de entrenamiento especializado se reveló en su forma de jugar cuando era joven, por lo que pasó por un largo periodo de escarnio por parte de los hinchas del Bolton y de duras críticas en los periódicos. Ambas clases de atención dolían. «Siempre me gustó ver mi nombre en el periódico.»

Su fortuna se alteró de repente; cuando piensa en ese cambio, dice con franqueza no ser capaz de relacionarlo con ninguna dedicación al entrenamiento ni a ninguna variación consciente del método por su parte. «Es que no sabes cómo sucede. Cabría decir que tu suerte da un giro. Así, sin más. Un día saltas por una pelota y, zas, está en la red. Llevabas meses haciendo lo mismo sin resultado. Así fue. Yo era el más sorprendido.»

Fuera buena suerte o premio a la persistencia, al final el cambio justificó la perseverancia del Bolton con el chico carbonero de la casa. El éxito personal supuso para Lofthouse una nueva confianza en su fuerza y su capacidad para saltar más que los centrales, superarles en fuerza y sobrevivir a ellos. Acabó siendo un especialista en marcar de cabeza en lanzamientos de

córner; hoy en día, las maniobras de un delantero centro son menos amenazadoras debido a la mayor agilidad y a la anticipación inteligente de los defensas. «Solía estar bastante seguro de que al menos tocaría el balón. Y en el momento del impacto siempre sabía si iba dentro. Creo que les pasa a casi todos los jugadores. Es una sensación fantástica.»

Era algo especialmente gratificante para un jugador que se había sentido tan desalentado por la falta de éxito que se había planteado muy en serio lo de dejar el fútbol a los diecinueve años. Este era el delantero centro que hizo realidad esa ambición tan inmensa que rara vez ven satisfecha siquiera los héroes juveniles de las aventuras de ficción: en un partido de la Liga Inglesa contra la Liga Irlandesa en el estadio del Wolverhampton Wanderers, anotó un *hat-trick* en cada parte.

A Lofthouse le gusta hablar de ese partido no solo porque marcó seis goles, sino también porque disfruta contando la historia de «la única vez en mi vida que he oído “abuchear” a Alf Ramsey». Ramsey, actual entrenador del equipo nacional, era capitán del equipo. Se había acordado entre todos que él tiraría los penaltis. Se señaló una pena máxima («lo conseguí», dice Lofthouse, dejando claro que los penaltis no siempre son desastres que le ocurren, negativamente, al equipo infractor sin que haya ninguna aportación intencionada del hombre derribado) y la multitud bramó el nombre de Lofthouse. «Sin embargo, el capitán cogió la pelota y la colocó en el punto de lanzamiento. Fue entonces cuando lo abroncaron. Justo es decir que Alf me lo propuso y yo dije: “No, atengámonos a lo acordado”. Como futbolista profesional, nunca tiré un solo penalti.»

Lofthouse señalaba en especial la diferencia entre jugar (por espectacular que fuera el nivel) con gente de segunda fila y hacerlo en un equipo de virtuosos. «Con Matthews y Finney —decía—, sabías que, si les dabas la pelota, o bien superarían a un contrario y te lanzarían un pase cruzado, o bien se las ingeniarían para devolvértela de algún modo. Siempre hacían “algo”. Lo seguro es que no perdían el balón. Lo peor que puede pasarle a un delantero centro es carecer de ayuda. Desmoraliza mucho que los defensas despejen la pelota una y otra vez.»

La gratificación económica inmediata era irrisoria para los cánones actuales. Su sueldo semanal básico ascendía a doce libras, que luego fueron catorce y diecisiete, y más adelante, a finales de la década de 1950, al máximo

que permitía la Liga: veinte libras. No obstante, había complementos sustanciales por poner su nombre en artículos de prensa, por un libro, por apariciones en la televisión o por pasarse por la inauguración de alguna tienda. Durante un tiempo, fue quien defendió las propiedades curativas de Andrews' Liver Salts: «Bueno, pues eso, resulta que tuve que estar allí sentado durante una hora mientras tomaban las fotos. ¡Y me pagaron por ello!».

Viajó con equipos de fútbol por toda Europa, Sudamérica, las Indias Occidentales, Estados Unidos y Canadá; cuando regresaba a Bolton de alguno de aquellos viajes, era consciente de su importancia entre la gente, de la purpurina de distinción que brillaba a su alrededor, como le ocurre a cualquier viajero que vuelve de tierras lejanas a las calles donde no existe otro horizonte que el trabajo de capataz o el de la humedad que oscurece la costa de Blackpool.

Durante un tiempo, fue dueño de un pub, donde disfrutaba de clientes asiduos encantados por sus historias. No podía librarse del privilegio de contarlas. «Solía estar en el sótano cuando llegaban esos chicos del trabajo camino de su casa, a tomarse un par de pintas antes de cenar. Me lo preguntaban todo, cómo era Argentina, qué había comido en Trinidad. Yo hablaba con ellos, les explicaba lo que alcanzaba a recordar, y ellos me escuchaban con atención, cada palabra. Me divertía de lo lindo. Solía decir para mis adentros: “Dios mío, aquí hay un tío que no ha salido nunca de Bolton”. Yo les procuraba ese placer. Y ellos decían: “Anda ya, vete por ahí, no hablas en serio”. Y me habían pagado por todo aquello, “bien” pagado según ellos. Me dirás que solo ganaba catorce libras a la semana, pero no era realmente trabajo. Ellos sí trabajaban duro por ocho libras. Yo gané dinero fácil, está claro; he trabajado en el pozo y he jugado al fútbol.»

Lofthouse, ahora entrenador jefe del Bolton, hombre amigable y vigoroso que tiene un elegante sedán deportivo en el exterior de la casa, expresaba la gratitud y la sorpresa esenciales del trabajador ante el hecho de que las comodidades materiales pueden ser tuyas sin la pesadez del trabajo manual. Esta es una de las razones clave por las que la gente abraza y apoya el fútbol.

Lofthouse había dejado de jugar antes de haber podido sacar provecho de la eliminación, en 1961, del tope salarial para los futbolistas. Así pues, aunque consiguió cierto bienestar y determinado nivel de riqueza que, en su opinión, seguramente habría estado fuera de su alcance de no haber sido por su

capacidad para marcar goles de cabeza, jamás llegó a la desmedida prosperidad de que están gozando los futbolistas jóvenes en los sesenta. En todo caso, como jugador joven en la época de la liberación social tras la Segunda Guerra Mundial, pudo dar rienda suelta a su gusto por los focos y a los moderados frutos del juego. Como era una estrella, tuvo suerte: así se lo decía a sus vecinos, y estos aún lo apreciaban más por ello. Un héroe de este calibre es elegido por la gente, no por ningún manipulador. Y una de sus obligaciones es mostrarse agradecido. Les gusta que disfrute en su nombre, como si marcara los goles en su nombre. Lofthouse, jugador muy distinto a George Best, se parecía a este en su actitud hacia el juego y equiparaba su placer con el éxito que le proporcionaba. Más elocuente que Best, Lofthouse decía precisamente lo que Best dejaba ver sobre sus propios momentos de ternura. Recordando un memorable día en Bolton, a primera hora de la mañana...: «El equipo iba a estar en Sudáfrica nueve semanas. Yo había salido de casa a las siete y media para que el entrenador me recogiera al final de la calle. Por ahí había unas obras, y empezaban a llegar los trabajadores. A las “siete y media”, como te digo, allí estaba yo con mis valijas a punto de ir a pasar en Sudáfrica nueve semanas, todo a cambio de dos libras diarias para gastos personales.» Al decir esto, Lofthouse transmitía una sensación de victoria, no solo de placer.

Los años transcurridos entre 1960 y 1963 fueron cruciales para el fútbol británico, pues supusieron el final del dominio total de las salas de juntas sobre los jugadores. Era un hecho extraordinario: aunque el futbolista profesional llevaba ochenta años decidiendo sobre el carácter y el estilo de su deporte, solo ahora dejaba de ser un esclavo sin voz ni voto.

El cambio se debió a dos episodios, uno en 1961 y otro dos años después. Primero se produjo la abolición del tope salarial estipulado por la Liga; luego se celebró en el Tribunal Supremo el juicio de Eastham contra Newcastle United Football Club y otros, cuya sentencia determinó que el sistema de retención y traspaso de jugadores de la Liga suponía una limitación injustificada en la profesión. Estos dos acontecimientos tuvieron el efecto de convertir a cada jugador profesional en un agente libre, igual que un periodista o un agente de seguros, capaz de negociar su sueldo y la duración de su estancia en el club, sometido solo a las condiciones contractuales que protegen

a empresarios y trabajadores contra su respectiva irracionalidad. Ahora nos suena a situación normal y aceptable, pero para lograrlo hizo falta la amenaza de una huelga y la terca perseverancia de George Eastham ante la justicia.

Veamos primero la cuestión del salario. Como ya he explicado, el dinero pagado a los futbolistas profesionales hasta finales de la década de 1950 era irrisorio en comparación con lo que ganaban muchos artistas que actuaban ante audiencias mucho menos numerosas en, pongamos, teatros o cabarés. La Liga de Fútbol siempre había fijado las cantidades máximas que se podía pagar a los jugadores. En 1960, eran de veinte libras durante la temporada oficial, y diecisiete durante el periodo estival de descanso. No obstante, mientras las sumas menores habían mantenido en general a los futbolistas profesionales en el nivel de los trabajadores cualificados de la industria (y muy por delante de los no cualificados, por no hablar de la legión de desempleados), un salario como este era una bagatela en comparación con lo que podía ganarse en las líneas de producción de las empresas racionalizadas de posguerra.

Existían pagos extra, pero la Liga también los fijaba estrictamente. Se podían pagar primas sobre la base siguiente: al final de la temporada, se repartían mil libras entre todos los jugadores que habían debutado en el primer equipo entre los mejores de la primera división y el primero de la segunda; se distribuían ochocientos ochenta libras entre los subcampeones; se asignaban seiscientos sesenta libras entre los de la tercera plaza; el club ganador del campeonato de la tercera división podía repartir quinientas cincuenta libras entre los jugadores; los campeones de la cuarta división podían repartirse trescientas treinta libras.

Los pagos más inmediatos como incentivos semanales se limitaban a cuatro libras por la victoria en un partido de la Liga y a dos por el empate, cantidades que en la Copa de la FA [FA Cup] iban desde cuatro libras por la victoria en la primera ronda hasta veinticinco libras por ganar la final. Estas eran las sumas estipuladas. Se «permitía» a los clubes distribuir mil cien libras entre el equipo si ganaba la Copa, y ochocientos en caso de perder la final. Un equipo podía recibir una gratificación de cincuenta libras por jugador si se llevaba la Copa de Europa.

Teniendo en cuenta estas cifras, ¿cuál era la situación, en el mejor de los casos, para un futbolista profesional destacado? Incluso en la improbable circunstancia de estar en el equipo que hubiera ganado la Liga, la Copa de la

FA y que fuera finalista de la Copa de Europa, su salario del club no superaría legalmente las mil quinientas libras anuales. Aun contando la casa gratis y los numerosos viajes en primera clase por Gran Bretaña y el continente, difícilmente equivalía a una posición de desenfreno acomodado.

Simple y llanamente, no bastaba. Y lo sabían tanto los jugadores como los clubes. La consecuencia fue que durante años estuvieron haciéndose pagos bajo mano. Se rumoreaba, se negaba, se confesaba, se negaba de nuevo. Sin embargo, eran irregulares en más de un sentido, por lo que muchos jugadores importantes se veían empujados a sacar provecho de su fama para tener otra ocupación, ajena al fútbol. Era el único modo de aumentar sus ingresos. Eran vendedores de coches, vendedores de máquinas de escribir, vendedores de vacaciones. Pero esos empleos no eran ningún chollo; el valor de los jugadores radicaba en pasearse junto a los artículos de la empresa.

Esta posición, como mínimo, carecía de dignidad, pues el jugador y el público sabían muy bien que el hombre tenía ese empleo porque era un buen reclamo, no porque supiera nada de coches ni de barras espaciadoras. Cuanto más famoso era el futbolista, más indecoroso resultaba el trabajo: una cosa es que tu cara sonría saludablemente desde una valla publicitaria y otra pedir personalmente a los aficionados que compren artículos de Bloggs. No por Bloggs, sino por ti. Muchos otros jugadores intentaron evitar esta situación tomando dinero prestado en su nombre y creando pequeñas empresas, como tiendas de golosinas o peluquerías femeninas que dirigirían sus esposas. En cualquiera de los casos, ese otro trabajo iba en detrimento de su compromiso mental y físico con el fútbol.

El futbolista sabía muy bien que su vida deportiva tenía sus límites. Si estaba jugando en la Liga a los dieciocho o diecinueve años, probablemente no permanecería en activo, salvo en contadísimos casos, después de los treinta y tres. Las posibilidades de llegar a ser después director técnico, entrenador o preparador físico tampoco eran muchas, toda vez que hay muchos más jugadores profesionales que clubes. Cliff Lloyd, secretario de la Asociación de Futbolistas Profesionales (PFA, por sus siglas en inglés), el sindicato de los jugadores, me explicó la situación de manera concisa. Lloyd fue primero centrocampista, luego defensa. Jugó en el Liverpool, el Fulham, el Wrexham y el Bristol Rovers. Decía que llegó un punto en que temía los cumpleaños: «Sabía que estaba un año más cerca del momento de la retirada».

Ese miedo no era solo el lamento cada vez mayor en los hombres que saben que la juventud está esfumándose y que el placer y la emoción de la condición física la acompañarán; suponía también ser consciente de la necesidad de encontrar otra forma de ganarse la vida en un momento en que la mayoría de los hombres especialmente dotados se hallaban aún lejos de la cima de su carrera.

La PFA siempre había estado preocupada por este problema, pero en 1960 lo abordó de manera drástica. Su presidente era Jimmy Hill (a la sazón jugaba en el Fulham y luego fue un innovador entrenador en el Coventry) y ejerció un liderazgo colosal. En todo momento, tuvo a su lado a Cliff Lloyd, un azote de la oposición bajo y fornido, cauteloso y bien informado, así como presto para la acometida, como cabía esperar de un exdefensa. Tenía detrás a un bufete de abogados que apoyaba con firmeza a los jugadores por algo más que por motivos profesionales. La causa era justa. Y no dejaría de serlo por mucho que algunos directivos de clubes fingieran indignación moral o profetizaran desastres.

Recuerdo una de las reuniones de jugadores en Belle Vue, Mánchester, cuando se invitó a la prensa a asistir a la votación para la huelga. En los grupos de reporteros que cubrían esa prolongada historia solía haber cierta mofa discreta: la imagen de los futbolistas profesionales como farfulladores del Neolítico con las manos tendidas y las palmas hacia arriba jamás tuvo demasiada base, pero sus rasgos cómicos y sugestionables habían ganado credibilidad en algunos círculos. Por otro lado, el aire estaba azul por el humo de los cigarrillos, y nos dábamos suaves codazos de indignación al respecto. Sin embargo, Hill nos sorprendió con una lucidez digna de mención. Después, los jugadores votaron por unanimidad ir a la huelga si no se satisfacían sus reivindicaciones. La reunión fue seria, tensa, ordenada.

A mediados de la temporada 1960-1961, la PFA anunció la convocatoria de huelga. Se pedía la eliminación del salario máximo y la introducción del contrato de tres años para los jugadores. En enero de 1961, tres días antes de que expirara el aviso, la Liga capituló sobre la cuestión del tope salarial y en apariencia (aunque solo en apariencia) aceptó el principio de que el viejo sistema de retención y traspaso debía ser abolido.

Los directivos de los clubes han de ser duramente criticados como grupo, como hicieron en su momento varios periódicos, por haber fracasado en la

puesta en práctica de aquel acuerdo aparente. Al cabo de unos meses, la Liga, en su reunión anual, decidió que seguiría aplicándose el sistema de retención y traspaso. Al final fueron derrotados de la manera más efectiva posible: en el Tribunal Supremo, a raíz del caso de un futbolista cuyo litigio personal con el club (asunto que de entrada dio lugar a la acción judicial) se resolvió en ese momento. Un hecho inesperado que permitió hacer justicia.

George Eastham, el jugador implicado, se había visto en una situación común a muchos futbolistas. Era un delantero de gran talento, de esos de carácter reflexivo a los que se conoce como «maquinadores». Internacional inglés, era la figura clave de la delantera del Newcastle United, pero se peleó con el club y pidió que le traspasaran. El equipo se negó y le incluyó en la lista de jugadores retenidos con su viejo sueldo; tal como establecían las reglas de la Liga, no había nada que hacer. Lo injusto del sistema de retención y traspaso era que los clubes tenían todo el control. Si el Newcastle había decidido pagarle solo el salario mínimo de ocho libras semanales, Eastham estaba obligado a permanecer ahí a menos que pudiera convencer al Comité de Gestión de la Liga para que interviniese con la interposición de un recurso de apelación.

Recurrió y el Comité de Gestión decidió que no había motivo para intervenir. La acritud entre el jugador y los directivos del Newcastle fue a más. Eastham estuvo un año sin jugar. Respaldado por la PFA, inició las acciones judiciales que a la larga liberaron a todos los jugadores de un sistema que el abogado de Eastham describió en el juicio como «de trueque de ganado»: un vestigio de la Edad Media.

Mucho antes de que el caso acabara ante el juez Wilberforce, más allá de la satisfacción moral, el interés de Eastham no era mayor que el de cualquier otro jugador profesional. Al final, el Newcastle lo traspasó al Arsenal. La situación liberó a ese famoso caso de prácticamente toda la animosidad personal que hubo cuando se iniciaron las diligencias. Su dureza le daba un carácter especial.

Eastham declaró contra el Newcastle United, sus seis directivos y su entrenador, así como contra la Liga de Fútbol y la Asociación de Fútbol, en la que decía que las regulaciones que impedían su traspaso desde el Newcastle eran una restricción inadmisibles en su profesión. La sentencia se dictó el 4 de julio. Ganó Eastham.

En lo concerniente a la Liga y a los directivos del Newcastle, salió a relucir el miedo que tenían: según ellos, permitir que los jugadores tuvieran voz y voto sobre cuánto debían cobrar y para quién debían trabajar abriría las puertas a la anarquía para el fútbol profesional. Dar la batuta a los jugadores convertiría el fútbol profesional en un caos donde cada cual querría hacerse con los beneficios. Los clubes ricos pescarían a los mejores jugadores; los pobres se hundirían en la miseria.

Esto sugería claramente un profundo escepticismo respecto a los objetivos de los jugadores y perjudicaba mucho la imagen sensata y paternal que muchos directivos querían ofrecer, animando y engatusando a jóvenes deportistas para que se esforzaran más para entretener al populacho y aumentar su orgullo cívico.

Sin embargo, ya había empezado el proceso de decadencia de los clubes pequeños de tercera y cuarta división, no porque los jugadores quisieran más dinero, sino porque una población más entretenida y con mayor movilidad era capaz de viajar más para pasarlo bien. Como es lógico, los principales equipos han gastado muchísimo dinero para fichar a jugadores de otros clubes, pero, en el momento de escribir esto, los más exitosos han sido los que se han centrado en crear equipos con futbolistas de la propia cantera o con jugadores que han fichado muy jóvenes y a los que luego han «conservado» mediante un trato imaginativo y generoso. La clave antes del caso Eastham y que todavía está vigente es la obsesión del fútbol por crear jugadores. La campaña de la PFA pretendía sobre todo que el futbolista tuviera más libertad para jugar, no solo que los buenos jugadores ganaran más dinero y los futbolistas no tan buenos tuvieran más seguridad.

En 1967, cuatro años después de ese histórico juicio, Cliff Lloyd me dijo que estaba convencido de que ningún otro acontecimiento del fútbol había hecho más que estos dos para elevar la categoría del juego hasta su elevado nivel actual. Es más, dijo que siempre mantuvo que Inglaterra podía ganar el Mundial de 1966 (como así fue) si sus jugadores se deshacían de las restricciones que los ataban de forma tan ilógica (y con tanta animadversión) a los clubes y a las bajas contraprestaciones. Con frialdad, señaló que, sin esta liberación, el fútbol habría menguado poco a poco hasta la misma condición lamentable en que se halla el críquet en Inglaterra: «Un divertido día al aire libre, eso de lo tomas o lo dejas».

Por mi parte, la verdad es que no soportaría que mi fútbol se pareciera a tal cosa.

LOS HEREDEROS

Para algunas de las estrellas del fútbol, el «Nuevo Trato» ha conllevado una vida cotidiana diferente con respecto a la de la generación anterior. En el fútbol de alto nivel, ahora las gratificaciones guardan más proporción con los ingresos de los artistas más populares. En la actualidad, un futbolista que esté negociando su salario y sus primas con el club puede asegurarse un sueldo base que oscila entre las tres mil quinientas y las cinco mil libras anuales; por otro lado, sus incentivos superan en mucho los premios de final de temporada que se solían percibir.

Las gratificaciones por ganar partidos concretos todavía se fijan en cuatro libras por victoria y dos por empate en encuentros de la Liga; aún fluctúan entre cuatro y veinticinco libras si se van superando eliminatorias en la Copa de la FA. No obstante, los clubes sortean este obstáculo al incluir en los contratos de los jugadores primas por alcanzar ciertos objetivos en diversas fases de la temporada. Un contrato quizá diga que, si después de los diez primeros partidos de Liga el equipo ha sumado más de dieciocho puntos, se repartirán unas dos mil libras entre los jugadores. Puede que diga que si se han conseguido más de quince puntos, la cantidad por repartir sea de mil quinientas libras. También es posible que el contrato establezca que en etapas posteriores de la temporada, cuando el éxito o el fracaso son más importantes, la prima es de hasta cuatro mil libras para el conjunto si está en lo alto de la clasificación tras un determinado número de partidos. El mismo equipo puede que se reparta la mitad de esta cifra por ir tercero. Por ganar el campeonato de la división, el premio podría alcanzar las mil libras por jugador.

En las rondas de la Copa, las primas pueden ser superiores para los futbolistas que antes de 1961 solían cobrar lo mismo durante toda la temporada. Estos complementos tal vez no sean uniformes para todo el equipo.

Puede que un jugador estrella tenga en el contrato una cláusula en que se le prometen tres mil libras de prima si se gana la Copa, o la mitad si se llega a la final. De todos modos, lo más habitual es que la bonificación ofrecida sea la misma para todos los integrantes del grupo.

A los jugadores se les pagan otras cantidades en concepto de prima por atraer a las multitudes. Muchos de los clubes importantes, en vez de dar incentivos por ganar una serie de partidos, pagan entre una y dos libras (por jugador) por cada mil espectadores que acudan a ver los encuentros en casa en que se supere determinado número de asistentes (por lo general, en torno a veinticinco, treinta o treinta y cinco mil, en función de las dimensiones de la multitud que cabría esperar incluso en épocas malas. Quizá se pague la misma bonificación la semana siguiente, cuando el equipo juegue de visitante. Estas primas son también habituales en los clubes más pequeños, que parten de asistencias que oscilan entre las ocho mil y las diez mil personas.

Tales pagos adicionales suponen una cantidad respetable. Está claro que unos cuantos jugadores destacados, quizás una o dos docenas pertenecientes a los equipos grandes, están percibiendo sumas comprendidas entre las diez mil y las doce mil libras al año. Aquí no se incluyen los ingresos derivados de contratos de publicidad o de negocios que puedan crear con su nombre para que los lleven otros.

En cualquier caso, aunque estas cantidades resultan llamativas en Gran Bretaña cuando se aplican a los futbolistas, no sorprenden a los italianos o a los sudamericanos si el tema de discusión es el fútbol o el dinero. Durante años, antes de que en Gran Bretaña fuera eliminado el tope salarial, los jugadores estrella de Italia, Portugal, España, Brasil o Argentina han estado remunerados como cantantes pop o actores de cine. Y aunque digamos que una suma de diez mil o doce mil libras anuales es mucho dinero para un veinteañero, hemos de recordar que puede conseguirla solo en los pocos años en que logre permanecer en lo más alto. Romeos jóvenes y ágiles pueden convertirse en Lears entrecanos y resonantes, y aun así ganar un dineral; en la final de la Copa de la FA, no juegan delanteros de cuarenta y cinco años.

Sea como fuere, esto no equivale a decir que los ingresos de este nivel se apliquen siquiera en la primera división de la Liga. Habida cuenta de que los clubes de menos éxito atraen a menos gente, ganan menos puntos y no llegan muy lejos en las competiciones por eliminatorias, las retribuciones de los

jugadores son muy inferiores. En los tramos intermedio e inferior de la primera división, las ganancias suelen girar en torno a las tres mil libras anuales; en la segunda división, a menudo están por debajo de las dos mil libras; en las divisiones tercera y cuarta, aunque los clubes ambiciosos con buenas relaciones públicas que atraen a la gente pueden llegar a pagar lo mismo que en la segunda división, por lo general el salario semanal es aproximadamente el de un trabajador semicualificado con horas extras o el de un empleado de la industria con experiencia. No obstante, suele haber casas gratis.

Gracias a la campaña de la PFA por un «nuevo trato», ahora los jugadores tienen derecho a un porcentaje de cualquier cantidad de traspaso que se pague por ellos. Antes, solo podía reclamar legalmente a su nuevo club veinte libras como prima de fichaje. En la actualidad, hay un impuesto del diez por ciento sobre el pago, la mitad del cual va a un fondo de previsión de la Liga para los jugadores peor pagados, la otra mitad es para el jugador; aunque si este es traspasado a petición propia y no del club, cobra su cinco por ciento solo si convence al Comité de Gestión de la Liga de que su solicitud para cambiar de club se basa «en motivos razonables». Ahora que las primas de traspaso de cincuenta mil libras o más son corrientes, para el jugador es muy importante no parecer poco razonable cuando declara su descontento con el club que pretende abandonar. Nadie quiere perder dos mil quinientas libras solo por mostrarse enfadado.

La conclusión es que el fútbol es ahora, más de lo que lo ha sido nunca, una fuente de buenos empleos, al menos mientras un hombre es joven.

Y

Cuando, en 1966, el Everton ganó al Sheffield Wednesday por 3 a 2 en la final de la Copa de la FA, el mediocentro del equipo era un chico de diecinueve años alto, pelirrojo y robusto, cuya experiencia anterior en el fútbol de alto nivel consistía en seis partidos en el primer equipo de su club. Sam Ellis había dejado la escuela a los diecisiete años con diez aprobados en el grado ordinario de su certificado general de educación (GCE, por sus siglas en inglés), y niveles avanzados en economía, historia y geografía, pero prefirió ser futbolista profesional a ir a la universidad.

Ellis es un representante de la nueva hornada de jugadores profesionales que en los próximos años serán cada vez más habituales en este deporte. Para

un joven con sus capacidades intelectuales, no basta con que el juego le proporcione un empleo: ha de ser más atractivo que la seguridad y el estatus de la Administración pública o la banca. Esto es lo que le distingue de las generaciones que necesitaban jugar al fútbol para evitar la mina o la cola del paro.

Habla de forma despreocupada y tranquila, complacido por algún impacto ocasional en el oyente. En cuanto al juego, sus cimientos son, en esencia, los mismos que los de Nat Lofthouse veinte años antes. Era hijo de un aficionado al fútbol, y en la escuela secundaria jugó en el equipo de su grupo de edad. Pero de pronto se vio en la Audenshaw Grammar School, en el norte de Mánchester, donde se jugaba al rugby. «Nada de fútbol», contaba Ellis, que en 1967 sonaba tan ofendido como seguramente se sintió cuando se encontró con aquello. Echaba tanto de menos su fútbol que pidió a su padre que creara un equipo de jóvenes en el que pudiera jugar.

«No costó mucho convencer a papá», recordaba Ellis. El equipo estaba compuesto sobre todo de amigos íntimos, varios de ellos de su propia clase; permanecieron juntos durante tres temporadas en la misma liga local, en la que fueron campeones una vez y subcampeones otra, y ganaron la competición por eliminatorias de la Copa. «El campo donde jugábamos estaba justo al lado, pegado al jardín, y los jugadores del equipo contrario solían cambiarse en nuestra casa. También estuve en otros equipos. Por un partido, iría a cualquier sitio. Si no hubiera más remedio, jugaría hasta de portero.»

Los partidos eran casi siempre el sábado por la mañana. Por la tarde iba con su padre, inspector de tráfico de ferrocarriles, y a menudo también con su hermana pequeña, a ver al Manchester City a Maine Road. «Solíamos ir a la una y media para que papá pudiera colocarme en un lugar seguro contra una valla protectora.»

Mediada la adolescencia, ya con un cuerpo de adulto, jugó durante un tiempo en un equipo de la Liga Amateur de Mánchester. A los diecisiete años, «un loco por el fútbol» que vive en Altrincham pero antes vivía en Sheffield le consiguió una prueba con el Sheffield Wednesday. El ritmo de aquel fútbol le dejó pasmado: «Cuando jugaba con los *amateurs*, creía que era rápido de verdad, pero después de la prueba tenía agujetas en todo el cuerpo». Jamás había pensado en serio que pudiera llegar a ser futbolista profesional, aunque, como decía él, «lo había soñado mucho de niño». Pasó una prueba semanal en

el Sheffield, jugó en el equipo júnior contra el Huddersfield, cometió un penalti que permitió empatar al equipo contrario, y se quedó totalmente sorprendido cuando el club le ofreció un trabajo.

«Me alojé en un buen hotel de Sheffield —explicaba—, algo que no había hecho antes. Conocí a todos los jugadores importantes del club. Solo pensé que había sido una gran experiencia, algo que recordaría toda mi vida. A decir verdad, pensaba que era demasiado mayor para que me cogieran, pues los demás tenían todos menos de quince años y esperaban entrar como aprendices.» Fichó como profesional en septiembre de 1964, a punto de cumplir los dieciocho años.

Ellis conservaba la sensación de asombro de ser un futbolista remunerado a jornada completa tras casi dos temporadas de partidos en la primera división, un montón de percances y elogios, así como cuantiosas ganancias. Es una idea que permanece en muchos jugadores a lo largo de su carrera (incluso, o más bien en especial) en algunos de los mejores. Para muchos futbolistas, como pasa con los aficionados, el juego parece involucrar continuamente la imaginación, deslumbrar con su dramatismo, separar al hombre de la vida mundana. Richard Hoggart, en *The Uses of Literacy*, hace una referencia inquietante a «los resortes del asentimiento» de la gente, pues esta ve la ávida mano del explotador tras todas y cada una de las emociones que ha acariciado. En el fútbol, la verdad innata del talento y el conflicto es lo que mantiene a todo el mundo al margen de esta generalización desalentadora pero cierta.

Ellis recuerda con detalle sus inicios en el fútbol de primer nivel, y me dio la impresión de que los recordará siempre. Su debut en partido de Liga, en abril de 1966, fue un lunes por la noche contra el Blackpool. Como era al final de la temporada, se amontonaban los encuentros. Volvieron a jugar el miércoles, y luego el sábado. Vic Mobley, mediocentro habitual del equipo a quien él había sustituido debido a una lesión en el tobillo, regresó para el partido del miércoles siguiente. Sin embargo, volvió a lastimarse el tobillo cuando el Sheffield ganó al Chelsea el sábado siguiente en la semifinal de la Copa de la FA. Ellis volvió al equipo.

«Si te digo la verdad —me dijo Ellis—, no jugué realmente bien en ninguno de los seis partidos que hubo antes de la final. No sé por qué, pero jugaba mejor con los reservas. No es que pensara conscientemente en jugar la final. Por lo que a mí respectaba, Vic tenía un cincuenta por ciento de

posibilidades de jugar en Wembley, y a mí ya me satisfacía haber vuelto al primer equipo. Pero el jefe (Alan Brown, a la sazón entrenador del Sheffield Wednesday) no paraba de decirme que lo estaba haciendo bien y que tenía que seguir luchando por cada pelota y frenar a los adversarios. El jueves anterior a Wembley me dijo que iba a jugar.»

En Wembley, el ambiente previo a la final de la Copa es único. Es algo más que una gran fiesta anual en el país que inventó este deporte. Tiene mucho de rememoración, debido a la asociación emocional con viejos héroes, victorias y fracasos de otro tiempo. En este enorme estadio se congregan cien mil personas encendidas de pasión comunitaria, implicadas en un deseo de triunfo tan intenso que libera lágrimas y furia incluso en quienes en otra parte no se permitirían ni las unas ni la otra, salvo en presencia de violencia o dolor extremos. En la final de la Copa, un extranjero debe de sentirse raramente excluido. En otras circunstancias, los británicos no son así. Cuando nos ponemos en pie y cantamos *Abide With Me*, llorones y espontáneamente apasionados, alcanzamos un estado de patriotismo sincero, sentimental, más allá de la cerveza y del sentido del ridículo.

La tensión se palpa en el ambiente. El día de la final de la Copa, cualquiera que se interese mínimamente por el fútbol se despierta inquieto. Los jugadores discuten sobre si estuvieron nerviosos o no durante el partido, igual que los soldados hablan de su primera experiencia de combate o las mujeres acerca de su primer parto.

Durante las entrevistas a los equipos en televisión por la mañana y mientras observaba el calentamiento previo al partido en la pantalla del hotel, Ellis decía sentirse perfectamente normal antes de la final de Wembley: «Lo advertí cuando salimos del hotel hacia el autocar. Eran solo unos diez metros. Sentí que se me removía el estómago, y de pronto eso era lo único que notaba. Pensé: “Vaya, ¿y ahora qué hago?”. Aquello duró veinte minutos. Lo único que podía pensar era: “¿Qué voy a hacer?”. Fue tremendo». Según dijo, no empezó a sentirse bien otra vez hasta que saltó al campo con el resto del equipo, justo antes del inicio del encuentro. Jugó de manera segura y eficiente. Fue un jugador mucho más experimentado el que, al cometer un error garrafal tras un bote extraño, permitió a un futbolista del Everton anotar el gol de la victoria.

En 1967, Ellis no estaba ganando cien libras a la semana. Le irritaba un poco, aunque no le sorprendía en absoluto que la gente creyera que todos los

jugadores de la primera división cobraban tal cantidad. Según él, a los hinchas les gustaba creerse el mito porque eso les procuraba una coartada para gritar desde las gradas que ellos lo harían mejor. Unos meses después de la final de la Copa, se compró un coche discreto. «La gente pensaba que había podido comprármelo con lo que me habían pagado solo por ese partido, pero no era verdad. Había estado ahorrando desde que había entrado en el club.»

Vivía en una pensión con otro jugador y con varios estudiantes de la Universidad de Sheffield. Tras los partidos del sábado, casi siempre iba en coche a casa a pasar el fin de semana con sus padres, a ver a sus viejos amigos y a que le tomaran el pelo sobre el pastón que se ganaba en el Sheffield Wednesday, así como en el Manchester City. Durante la semana escuchaba muchos discos. Si salía el jueves por la noche, era para ir al cine; los viernes se quedaba en casa. Cuando se desplazaba por la ciudad, observaba que la gente quería hablar con él de fútbol. «Siempre dicen “¿por qué no haces esto o aquello?”. Y yo digo solo “sí” o “no”. No les digo nunca que están soltando un montón de chorradas, pero es lo que suelen hacer.»

Como es un hombre corpulento, y un mediocentro es de inmediato considerado uno de los polis duros del partido, le molestó un poco que unos bravucones del barrio le hicieran varias preguntas peliagudas con tono agresivo, dejando claro que no tenían miedo a un jugador que ganaba demasiado dinero. «Para ser sincero —dijo Ellis—, hay veces en que te gustaría averiguar hasta qué punto son duros algunos de esos tipos. Pero no puedes permitirte meterte en follones.»

Su inteligencia era natural. Su fluidez, con verbos precisos y un ritmo lúcido en su conversación, le conferían una irónica dignidad para ser tan joven. Decía haber pensado en la posibilidad de sacarse un título universitario, pero había desestimado la idea. Tardaría cuatro años, lo que parecía un siglo, y tenía miedo de cualquier cosa que pudiera restarle valor al fútbol. Por la misma razón no se había planteado en serio poner en marcha ningún negocio al margen de la actividad futbolística. «Temo perder parte de mi juego. Creo que aún no soy tan bueno como debería», decía. Había estado haciendo horas extra de entrenamientos para mejorar su juego de cabeza.

A los veintiún años, Ellis se sentía seguro como profesional del fútbol, pero no satisfecho de sí mismo. Seguía esforzándose por mejorar. Y disfrutaba y se sentía feliz de estar ahí. Cuando andaba por la calle, la gente gritaba su

nombre. Había estado en México y en Bulgaria. Sus modales eran sencillos. Las palabras que aparecían más a menudo en su conversación, con su inconfundible acento de Mánchester, eran «mi mamá» y «mi papá».

Y

En 1967, en las plantillas de los clubes de la Liga aparecieron una serie de nombres de la Europa del Este, pues los hijos de algunas de las familias desplazadas que habían llegado a Gran Bretaña al final de la Segunda Guerra Mundial comenzaban a dejar su huella en el fútbol inglés. El Sheffield Wednesday contaba con tres hermanos Nowakowski, hijos de un polaco y una ucraniana que en 1946 se habían instalado en Bradford. El mayor de los chicos era Kazimierz, de diecinueve años, conocido por los otros jugadores del Sheffield como Kass y por los aficionados jóvenes que le escribían cartas como «Mr. Nov». Jugaba de lateral izquierdo con los reservas y estaba resuelto a dar el salto a la Liga.

La historia de su llegada al fútbol profesional tenía características conmovedoras y cómicas, agrandadas todas por su forma de hablar tranquila y mordaz. Seguramente, en los barrios humildes de Bradford donde todavía vivían sus padres debía de sonar como un inglés intelectual. Él y sus hermanos tuvieron que aprender el idioma en la escuela porque en casa solo habían oído hablar polaco. Las clases, decía Nowakowski, se complementaban con lo que él captaba en la escuela más dura de la calle y en los descampados de la ciudad donde él y sus hermanos se iniciaron en el fútbol.

Tuvo una infancia austera. El padre salía adelante con un salario de mozo de almacén en un país extraño. Vivían en lo que Nowakowski denominaba cuidadosamente «un barrio muy pobre», justo al lado de Valley Parade, el campo del Bradford City (cuarta división). Sus nombres, su lengua o su condición de extranjeros hicieron que se percibiera a los chicos como curiosidades en una comunidad obrera muy cohesionada. El fútbol espontáneo y alborotado de la calle era fieramente competitivo. «En la escuela — explicaba Nowakowski—, como éramos extranjeros, siempre nos acosaban y menospreciaban.» Estaba seguro de que la experiencia había consolidado su determinación y la de sus hermanos a llegar al fútbol profesional.

En lo concerniente al deporte profesional, crecieron en los partidos de Valley Parade. Él y Stanislaw, un año más pequeño, y Zbigniew (rebautizado localmente como Bezek), tres años más joven, siendo niños hablaban casi

siempre de fútbol y tenían la casa llena de fotos de jugadores. No se apreciaba en absoluto esa pasión en el padre, cuya principal preocupación era que su hijo mayor tuviera una educación y se hiciera un sitio en el mundo como intérprete. Sin embargo, el interés primordial de Kazimierz era hacerse un hueco en el equipo de fútbol de la escuela.

Tenía un problema peliagudo. Era lo bastante bueno, pero se quedaba fuera de los partidos del sábado por la mañana debido a la insistencia del padre a que acudiera a una sesión especial de una escuela polaca que abría los sábados para familias como los Nowakowski. Kazimierz sorteó el obstáculo durante seis meses escribiendo cartas en polaco: fingía que eran de su padre y en ellas explicaba que tenía tuberculosis. Decía: «Cada sábado por la mañana salía de casa con los libros, los dejaba detrás del cubo de la basura y cogía las botas de fútbol». Funcionó hasta llegar a la escuela secundaria, donde sus aptitudes como jugador eran demasiado obvias para que nadie las pasara por alto, de modo que jugó de forma regular en el equipo de la escuela, en distintos grupos de edad, hasta el final de su etapa escolar. Llegó a capitán de los Bradford Boys (equipo con jugadores con menos de quince años), jugó en el equipo del condado de West Riding y fue suplente en una selección inglesa de secundaria. Sus dos hermanos ya pertenecían al Sheffield Wednesday, Stanislaw como profesional y Zbigniew como aprendiz, cuando él firmó los formularios profesionales del club en verano. Estaba a punto de cumplir los diecinueve años. El padre aún se oponía a que fuera futbolista. Kazimierz decidió por sí mismo. Con su voz suave y pausada decía: «Estaba decidido a triunfar».

La dura e incierta infancia había dejado su huella, aunque no físicamente. Era un joven seguro de sí mismo, de aspecto robusto, con un corte de pelo pulcro, que lucía traje con chaleco y una belleza serena. La dureza estaba debajo de la superficie. Se aseguraba de sacar buenas notas en los estudios, aunque esperaba no tener que trabajar nunca en nada ajeno al fútbol. Había obtenido ocho niveles «O» en el GCE y un nivel «A» en ruso; conseguiría más niveles «A» en francés e inglés en la escuela nocturna e intentaría sacarse una licenciatura externa en ruso.

Había en él una resolución fría, sorprendente: tres noches de estudio a la semana, nada de bailar, entrega absoluta en los entrenamientos, una declaración precisa de que se casaría en febrero de 1969. Él y el más joven de

sus hermanos futbolistas vivían en la misma pensión de Sheffield e iban a casa cada fin de semana. Su padre aceptó en parte la situación. «El jefe ha venido a verle, y mi padre cree que es todo un caballero», explicó Kazimierz, con una minúscula sonrisa de satisfacción parpadeándole en el rostro.

Kazimierz resumió así la historia: «Estábamos segurísimos de que íbamos a ser futbolistas..., sobre todo Bezek; tenía unas ganas locas». Dijo que su hermano más pequeño, Tadeusz, de once años, también sería jugador profesional, sin duda.

TRAGEDIA

En la temporada 1951-1952, el Sheffield Wednesday anotó cien goles que le permitieron ascender de nuevo a la primera división de la Liga de Fútbol, de los cuales cuarenta y seis fueron obra del pelirrojo Derek Dooley, habilidoso e inolvidable delantero centro de veintidós años y casi ochenta y seis kilos. Menos de un año después de aquella fantástica actuación, a Dooley, lesionado en un típico choque con un portero, tuvieron que amputarle la pierna a la altura del muslo.

En el fútbol, las tragedias son especialmente conmovedoras debido a la juventud de las víctimas y a la adoración pública de que son objeto. Dooley, uno de los preferidos, nacido en el Sheffield obrero de retretes exteriores en patios comunitarios y salarios bajos por trabajos duros, jugaba en el equipo que había admirado con devoción siendo niño. Era Thunderboots [Botas Retumbantes], una apisonadora propulsada desde la oscuridad de las calles lúgubres a la fama nacional gracias a su capacidad para abrirse camino entre otros hombres grandotes en el área de penalti y golpear un balón fuera del alcance del portero. Era un héroe del sábado por, de y para la gente, con su identidad contenida y gratamente expresada en su fútbol.

En 1967, mientras fumaba su pipa, Dooley describía con todo detalle el accidente que había puesto fin a su carrera futbolística catorce años antes. Sucedió en febrero de 1953, en un partido contra el Preston North End, en Preston, lo cual tenía también su propia ironía, pues era el mismo campo donde Dooley había jugado el primer partido de la Liga de su vida. Explicaba: «El Preston tiraba muy bien el fuera de juego. Así que para ganarles había que estudiar este movimiento. Quien tuviera el balón debía soltarlo enseguida, antes de que su defensa pudiera adelantarse. Bien, Albert Quixall lanzó la pelota desde muy atrás, y yo la perseguí. George Thompson, el portero del

Preston, dudó y luego salió. Yo ya había superado la línea del centro del campo..., ya sabes, un tipo grande de ochenta y seis kilos, toqué el balón en el preciso momento en que George extendía la pierna y me cazaba justo por debajo del tobillo. Y eso fue todo».

Dooley no culpaba a nadie por su lesión. «He estado en líos peores..., en peores escaramuzas. Fue un mero incidente», decía. Y luego añadió: «Hice que el balón le superara. Mi único lamento en todo esto es que no acabara en la red». A un héroe no se le podía pedir más que esa idea adicional sencilla y triste.

El entorno que creó a Dooley era el que había alimentado el propio fútbol profesional. Había nacido en 1929 en Pitsmoor, en el extremo este de Sheffield, donde la ciudad serpentea en una extensión humeante y grasienta de talleres que se adentra en Rotherham. Era, tal como decía Dooley de manera muy descriptiva, «el extremo del curro». En la actualidad, es un conversador sincero y vivaz; habla con fluidez gracias a haber charlado muchas veces en cenas con deportistas, o por haberse dirigido a grupos de clérigos o a pacientes de hospital. En su forma de expresarse, hay una adorable sencillez. Suele referirse a sí mismo como «Derek», y enlaza su material con frases propias de orador público como «permíteme apresurarme a añadir» o «no me importa decirte». Este es el auténtico hombre corriente empujado por las circunstancias a contar historias y a realizar su cometido con diligencia.

Su padre era un obrero que trabajaba en la siderurgia y que en los años treinta ya tuvo su cuota de desempleo, pero Dooley recuerda que sus padres eran generosos siempre que podían. Le compraron su primer par de botas de fútbol a los once años, cuando iba a la Escuela Secundaria Oller Lane, donde «podías sacarte el certificado escolar si eras uno de los inteligentes, pero donde el fútbol también figuraba en el plan de estudios: dos horas a la semana».

Su casa, en Bramber Street, Pitsmoor, era una de las cuatro del mismo patio, donde aprendió la mayor parte de su fútbol. «Muchas veces —explicaba—, colé el balón por una ventana, o rompí alguna con un zapato que se me había salido». Los castigos no eran duros. Su padre entendía aquella pasión por el fútbol, pues había jugado un partido de prueba en el Bradford City. Lo que entraba por las ventanas no era una pelota de verdad, desde luego; ese tipo de lujos estaban fuera de su alcance. Por lo general, era una bola de goma

negra, bastante maciza, que también se utilizaba en verano para jugar al críquet en aquel mismo patio.

Dooley y sus amigos solían organizar partidos improvisados, en los que jugaba una calle contra otra en los sombríos campos de deportes de la zona: extensiones de hierba grasienta y gravilla rodeadas por las calles agazapadas, con los oxidados columpios de las rotondas que chirriaban bajo el escándalo de niños andrajosos. Las chaquetas servían de postes, y «si te caías, te levantabas con una hinchazón cubierta de escoria en la rodilla».

En la escuela secundaria, las clases se componían de veinte chicos y veinte chicas. A Dooley lo nombraron capitán de su clase porque «ya sabes cómo funcionaba en la escuela; si sabías pelear, tenías el mando». Formó el equipo de fútbol poniendo a sus amigos más íntimos, «y luego a algunos de los chavales que sabían jugar un poco». Él se ponía de delantero centro. «Lo hacía, claro —explicaba—, por la sencilla razón de que siempre querías ser el tío que metía el balón en el fondo de la portería. Y si no podías ser eso, pues portero».

En el Oller Lane se tomaban el fútbol con mucha seriedad, pese a no tener campo propio. El equipo escolar disputaba sus partidos en la cancha de la Escuela Secundaria Firth Park, y el encuentro que a los de Dooley les gustaba ganar por encima de cualquier otro era el que los enfrentaba a esa escuela. «Queríamos vencerlos porque sabíamos que ellos eran mejores —explicaba—. Contaban con mejores instalaciones, todo lo suyo era mejor. Durante toda mi vida, para mí siempre ha sido importante ganar.»

Ahora que Dooley ha visto mucho fútbol escolar moderno, como celebridad que es, conoce bien las diferencias entre la infancia de clase obrera de los años treinta y cuarenta y la de los sesenta. Consiguió sus colores escolares a los trece años, mientras jugaba en un equipo cuya edad promedio oscilaba entre los quince y los dieciséis. Contaba que a partir de los diez años tuvo «siempre una estatura superior a la media», pero nunca fue flaco. «Cuando alguien te lanzaba una camiseta y soltaba “es tuya hasta que dejes la escuela”, bueno, era algo que tomar en cuenta. Poder llevarla a casa y pedirle a tu madre que la lavara era algo extraordinario, de otro mundo. Seguramente, si hoy en día se lo hicieras a un chico, este te la devolvería diciendo: “Mejor me la das cuando esté limpia”», decía.

Considera que el fútbol escolar está mucho mejor organizado, y los chicos

están mejor entrenados y equipados de lo que creía. «Se empieza ya desde el inicio, con algo como el transporte. Actualmente, van a jugar los partidos en grupo. En nuestra época, si Fred perdía su tranvía, no había otro hasta pasada media hora, y se acabó. Le sustituiría un compañero o jugarían con uno menos hasta que apareciera. Y fijate en los entrenamientos. Ahora hay muchos más jugadores ambidiestros. El tipo encargado de nosotros (nuestro profesor de deportes era el de geografía, que tenía solo un brazo) solía gritarnos y vociferar un poco, pero nada más. Si no sabíamos chutar con la izquierda, no pasaba nada.» Sin embargo, no le cabía en la cabeza que algún chico se lo pasara con el fútbol mejor de lo que se lo había pasado él, fueran cuales fuera las circunstancias.

Como muchos otros profesionales de South Yorkshire, Dooley llegó al fútbol sénior gracias a las oportunidades que le brindó la YMCA de Sheffield, a la que se apuntó porque ofrecían la clase de instalaciones que tienen actualmente las escuelas. Su principal guía era una figura paternal aunque autoritaria conocida como Pop Bennett, o, como le llamaba también Dooley, Mester Bennett. Según contaba: «Ingresé por el fútbol. Tenían su propio campo de juego. Vi a Mester Bennet, y él dijo “¿De qué juegas?”. “De delantero centro”, contesté. “Ya tenemos uno”, dijo. Eso era para el equipo sub-16. “Eres un chico robusto, te pondré de mediocentro.” Bueno, el primer partido que jugué lo perdimos por 6 a 5, pero desde el puesto de mediocentro marqué cuatro goles. De todos modos, me apresuro a añadir que su delantero centro anotó cinco de los suyos».

Después de este partido, Pop Bennet se quejó a Dooley: «Me dijo: “Bien, tú no eres mediocentro, ¿verdad?”. “Ya se lo dije”, respondí. Y entonces él dijo “en el próximo partido, te pondremos de lateral izquierdo”. Esa vez anoté dos goles. Después ya me colocó de delantero centro. Entré en el equipo sub-16 del Sheffield District».

Tenía aún quince años cuando un viernes por la tarde llegó a casa del trabajo (en una fábrica de audífonos) y se encontró con un telegrama que, en la medida que alcanzaba a recordarlo veintitrés años después, decía: «Seleccionado para jugar con los reservas del Lincoln City contra el Denaby United. Preséntese en Tickill Square Denaby». Recordaba que Mester Bennett no estuvo nada contento cuando supo que no jugaría con la YMCA al día siguiente. La convocatoria, con su carga de misterio y dramatismo, era

irresistible: «Nunca he sabido cómo acabé vinculado al Lincoln City. Alguien me vería jugar, supongo».

Hay que recordar la naturaleza estática de la vida de la clase trabajadora en los años cuarenta para comprender el entusiasmo de Dooley ante el viaje, no digamos ya el hecho de haber sido llamado por un club de fútbol profesional. «Antes no había salido nunca de Sheffield, excepto para las vacaciones anuales que pasaba siempre en Blackpool. Blackpool sin falta. Era como si Denaby estuviera en el fin del mundo. Había salido a las diez y media de la mañana para coger un autobús, y luego debería subirme a un tranvía. Perdimos por 6 a 1 y yo marqué nuestro gol», explicaba.

Para el chico hubo un momento delicado que por poco echa a perder este agradable episodio. «Cuando llegué allí, alguien me lanzó una camiseta roja y blanca para que jugara con ella. Bueno, yo no sabía cuáles eran los colores del Lincoln. Pero para mí aquello era un sacrilegio, pues el Sheffield United jugaba de rojo y blanco. Y yo era del Wednesday. En Sheffield tenías que ser de uno u otro.» No era un dolor fingido. Para Dooley, con quince años, como incluso ahora sería para algunos aficionados totalmente comprometidos, en una situación así el sentimiento de culpa y traición era real.

Dooley jugó dos años en el Lincoln, en la vieja tercera división (norte), sobre todo con los reservas, pero también de vez en cuando en el equipo de la Liga. El equipo reserva jugaba la Liga Midland, y él recordaba la experiencia como algo valiosísimo para curtirse para el fútbol de máximo nivel: «Había una buena cantidad de tipos duros. Tenían un montón de jugadores de la Liga que estaban acabando su carrera y se sabían todos los trucos de la profesión. Jugaban por unas cinco libras cada vez, lo que para ellos era realmente importante. Esto me enseñó a cuidar de mí mismo. Tuve que aguantar muchas tarascadas. Era mucho más joven, ya se sabe. Pretendían intimidarme».

Creía que, en la Liga Midland, la prima de los profesionales por ganar un partido era entonces de diez chelines. Como él era *amateur*, le pagaban entre una libra y una libra y diez chelines para gastos. «Pero no olvidemos —decía— que en aquella época con eso podía bajar a Lincoln, comer y regresar a Sheffield, y aún me devolvían cambio. Supongo que sacaba unos cinco chelines semanales de beneficio.»

Dooley aceptó la dureza de trato que recibió de joven como algo que

formaba parte del juego. «Tenía buena planta, desde luego. A los dieciséis años, medía casi metro ochenta. Sufrí algunos cortes y moratones, pero no tengo queja. Al fin y al cabo, es un juego de hombres.»

Ningún deporte habría podido ser más competitivo. Decía: «Nadie era jamás reacio a pillarte la pierna y derribarte o a hacerte una entrada dura por detrás. Supongo que entonces también yo era un poco brusco y agresivo (no gran cosa como futbolista). Seguramente pecaba de temerario, como se dice. No creo que fuera coraje, sino solo juventud. Más adelante aprendí a decir: “Vale, no me voy a meter en este follón”. No me parece que ninguno de aquellos jugadores tuviera intención de que se me llevaran en camilla. Yo era un muchacho, y ellos querían calmarme un poco».

Sin embargo, desde luego en un entorno así sobreviven solo los más aptos. La presión no se limitaba a la agresividad física. Dooley recordaba: «Algunos de esos tipos decían: “Muy bien, Dooley, hoy no vas a marcar ni un puto gol, chaval, o te parto las piernas”. No tenían verdadera intención de hacerlo, pero entraban fuerte de veras. Cuando saltaba al campo tras haber anotado dos o tres goles la semana anterior, sabía que cualquier hombre que se preciara de ello iría a por mí».

Dooley, vigoroso, recto, con una presencia todavía poderosa pese a su rígido miembro artificial bajo la gruesa pernera de *tweed*, encarna al futbolista de los años cuarenta y cincuenta. Cuesta imaginarse a este honrado y laborioso propietario rural en el escenario grácil e ingenioso del fútbol de esta década. Hoy también hay hombres corpulentos en el fútbol, por supuesto, y jugadores tan implacables como los que él conoció; sin embargo, el estilo es distinto; y con respecto a la agresividad, nos hemos acostumbrado a ella, pero no la aceptamos. Dooley ve mucha irritabilidad en la violencia destemplada, y menos estudiada, de los jugadores actuales.

«He visto expulsar o amonestar a más jugadores en las dos o tres últimas temporadas que en todos los años en que yo jugué —decía—. Creo que los jugadores deberían aceptar un poco de juego duro. En la actualidad, si un tío es derribado, se vuelve y agarra a alguien por el cuello. En mi época se limitaba a decir: “Vale, la próxima ya te pillaré”.»

Reconoce el problema que, para los delanteros actuales, suponen las defensas más ordenadas y preparadas. Sin embargo, le irritan los delanteros que pierden los estribos por no poder tocar la pelota. Se acordó de un partido

contra el Brentford, de cuando era jugador del Sheffield Wednesday, en que marcó los tres goles de la victoria de su equipo por 3 a 2. El mediocentro rival era Ron Greenwood, actual entrenador del West Ham. Decía: «Vi que podía superar a Ron por velocidad, aunque sé que, si era cuestión de jugar al fútbol, él me dejaba pelado. En todo caso, en el partido de vuelta veo que no solo tengo a Ronnie a un lado, pegado a mí, sino que el interior derecho, que mide en torno a uno ochenta y cinco, está en el otro, también muy arrimado. Pues vale, llegamos al descanso y estamos ganando por 3 a 0 y yo no he marcado. Bueno, muy bien. No voy de un lado a otro tirando de la camiseta de nadie. Si ellos me marcan tan encima, les estoy sacando del partido. Has de ser lo bastante grande y lo bastante hombre para aguantar algo así. Se trata de esto». Su buena memoria para los detalles de su carrera profesional dio lugar a otra apostilla: «Al final, aquel partido lo ganamos por 5 a 2. Yo marqué uno de los goles en una escaramuza».

Cuando Dooley se incorporó al Sheffield Wednesday a los diecisiete años y medio, estaba aún lejos de un éxito inmediato. La semana siguiente a su primer partido en el equipo de la Liga, jugó con los reservas, y en la otra ya estaba en el equipo A. Tardó un año en volver al primer equipo, y a continuación fue descartado enseguida. La tragedia de su salida del juego es aún más emotiva porque su fama se debía a una única temporada deslumbrante. Como era un hombre grandote, valiente y totalmente sincero, no se daba cuenta, en mi opinión, de lo conmovedoras que eran algunas de las cosas que decía. Estaba hablando de manera informal, con cariño, sobre el asunto de ser futbolista cuando dijo: «Es divertida, esta carrera del fútbol. Es algo que en realidad no esperas conseguir. De niño sueñas con ello. Pero cuesta aceptar que nunca llegarás. La verdad es que no acabas de creerte que saltarás al campo con el primer equipo».

El sueño se hizo realidad. Thunderboots, «Botas Retumbantes», vio escrito su nombre en los titulares. Los niños brincaban a su alrededor en la calle. En octubre de 1951, el Sheffield Wednesday estaba muy abajo en la tabla de la segunda división tras haber probado con seis jugadores distintos en la posición de delantero centro. Dooley disfrutó de otra oportunidad con el equipo de reservas contra el Bolton Wanderers; delante de la mitad de la directiva del Wednesday, marcó cuatro goles. A la semana siguiente, jugó en el equipo de la Liga contra el Burnley y anotó dos goles desde el área de penalti

en un partido que se ganó por 2 a 1. La temporada de los cien goles del Wednesday estaba en marcha; Dooley corría de forma valiente y demoledora hacia la adulación pública y el desastre personal.

Vuelve el inocente patetismo de la historia de Dooley: «En aquella época, a los veintidós años, eras todavía un crío. La mayoría de mis compañeros del equipo me llevaban ocho años o más. No me asenté realmente en el grupo hasta que hube jugado unos doce partidos».

En el choque con el portero del Preston se rompió la pierna. Lo llevaron al hospital. Recuerda oír susurros entre los médicos junto a su cama. Tenía gangrena. Al cabo de unas horas, lo único que quedaba de su pierna derecha era un muñón de quince centímetros.

Dooley recordaba su situación con claridad: «Tenía veintitrés años. Me había casado en el mes de junio anterior. No tenía casa ni oficio. Vivía con mis padres. Había ahorrado algo de dinero, pero tampoco mucho. El salario máximo era de catorce libras, y la prima por victoria era de dos libras y diez chelines. Cobré cuarenta y dos libras por haber ganado el campeonato de la segunda división. Creo que si alguien me hubiera dicho claramente que no volvería a jugar al fútbol, yo habría dicho “pues bueno, la vida no merece la pena”. Sin embargo, nadie me lo dijo nunca exactamente así, y al cabo de un tiempo de estar allí tendido, me sentí un poco más fuerte y dije: “Bien, Derek, más allá de que no podrás jugar al fútbol, sí puedes llevar una vida normal”».

Su club organizó un partido de homenaje y creó para él un fondo de ayuda. El periódico vespertino local abrió una cuenta pública que recaudó dos mil libras, suficientes para comprarse una casa. Un hombre, que quiso mantener su anonimato, le hizo llegar tres mil libras de las cien mil que había ganado en las quinielas. Recibía miles de cartas de los aficionados.

Decía: «Hasta entonces no había reparado en lo mucho que la gente me apreciaba. Cuando empecé a salir, me paraban por la calle y me decían: “Muchacho, me has dado horas de placer”. Eran sinceros. Cuando regresaba a casa, tenía un saco de cartas».

Le ofrecieron la licencia de un pub, pero al final aceptó un empleo de telefonista en una panificadora, de donde se marchó ocho años después, cuando era ya subgerente de ventas. En 1962, volvió al Sheffield Wednesday para hacerse cargo del fondo de desarrollo del club, un trabajo a tiempo completo que le mantiene en estrecho contacto con los seguidores y los

jugadores. Según admitió, aquel regreso «le tocó algo el corazón». Ve mucho fútbol y habla de ello con entusiasmo. Es un aficionado acérrimo del Sheffield Wednesday.

Fuera del campo, muchos niños, que no habían nacido cuando él tuvo que abandonar el fútbol de forma brusca y cruel, se agrupan a su alrededor portando sus álbumes de jugadores con cortes de pelo a lo Beatle. «Firme esto, Mester Dooley —gritan—. Por favor, Derek.»

Todo aquel que estuviera en Mánchester en febrero de 1958, sobre todo si vivía allí (como es mi caso), recordará siempre el tremendo impacto causado en la ciudad por el accidente de avión que ocurrió en el aeropuerto de Múnich y en el que murieron ocho jugadores del United. A la conmoción le siguió, como pasa en las familias especialmente unidas tras un fallecimiento, una persistente desolación colectiva. No ha habido ninguna otra tragedia deportiva tan atroz y sobrecogedora.

No era solo que hubieran muerto unos deportistas muy populares y hubiera quedado destruido un equipo de lo más prometedor. En aquel conjunto concreto del Manchester United había un aire juvenil que resultaba novedoso. Mánchester se deleitaba con eso. Aquella vieja y a menudo sombría ciudad tenía una vitalidad resplandeciente de la que sentirse orgullosa. Esos jóvenes jugadores iban a cautivar al país, y probablemente también a Europa. Identificarse con esta precocidad, ver a personas de otras ciudades maravillarse y admitir la derrota, revitalizaba su ánimo. Y, de pronto, estaban muertos.

Los jugadores fallecidos fueron Roger Byrne, Geoff Bent, Eddie Colman, Duncan Edwards, David Pegg, Mark Jones, Tommy Taylor y Bill Whelan. Cuatro de ellos eran internacionales ingleses; Byrne, Edwards y Taylor estaban muy asentados, con un número de participaciones en la selección que superaba ampliamente los dos dígitos. Pegg había sido convocado una vez. Pero la muerte que causó el dolor más profundo y duradero en la comunidad fue la de Duncan Edwards, no porque cayera personalmente mejor que los demás, sino porque encarnaba de manera especial los ideales de la gente. Walter Winterbottom, entonces entrenador del equipo nacional, lo llamaba «el espíritu del fútbol inglés». Se refería al fútbol que habita en las fantasías de los niños y en las esperanzas de los hombres buenos: honrado, genial e

irresistiblemente fuerte.

La conmoción adicional causada por la muerte de Edwards está ligada al hecho de que sobrevivió quince días al accidente. Aquello dolió lo indecible. Uno de los componentes clave del atractivo de Duncan Edwards era su tamaño. En el deporte, los hombres corpulentos siempre son especialmente cautivadores, tanto si se mueven pesada y cómicamente como si se hacen querer por su tesón. A los veintiún años, Edwards medía metro ochenta y pesaba casi ochenta y seis kilos. Además de la enorme presencia física evidente en su forma de jugar, tenía tanta agilidad como fuerza, tanto estilo como serenidad.

Un joven tan dotado tenía muchos números para dar pie a epítetos afectuosos de los hinchas y los periodistas deportivos. La gente se devanaba los sesos para encontrar otros nuevos. Era Kid Dynamite [Chico Dinamita], el Baby Giant [Bebé Gigante], el Gentle Giant [Gigante Amable], Big Dunk [Gran Mate], el Boy with the Heart of a Man [Chico con el Corazón de un Hombre]. Cuando llegaban los partes médicos diarios del hospital de Múnich, Mánchester alimentaba esperanzas de que se salvara. En la segunda semana posterior al accidente, la gente empezó a hablar, con sus clichés sentimentales y rápidos, del Corazón de León volviendo a abrirse camino. En aquellas palabras había mucha banalidad, pero el deseo era sincero. Y entonces se murió.

Edwards había nacido en octubre de 1936 en Dudley, Worcestershire. Como había sido colegial en los cuarenta y adolescente en los cincuenta, pertenecía a la generación que conectó la época dura y sombría de la guerra y el racionamiento con el subsiguiente periodo más elegante y móvil en una reacción ciertamente animada. Ahora tendría treinta y tantos. Si todavía jugase a fútbol (lo cual habría sido muy probable), sin duda sería una figura pasada de moda entre tanto imitador de George Best. En el terreno de juego tuvo siempre cierta dignidad, incluso de adolescente: este tipo de autoridad de alto funcionario que exhiben unos cuantos jugadores al final de su carrera, como en los casos de Danny Blanchflower, Jimmy Armfield o George Cohen.

En casa de los padres de Edwards miré un álbum de fotografías en el que aparecía a lo largo de toda su vida. El rostro era serio. La mirada que dirigía al mundo, abierta y serena. La descripción de Winterbottom no era fantasiosa, pese a que un hombre reflexivo quizá no la utilizaría para referirse a un

jugador. Edwards encarnaba el tipo de modestia con amor propio que no se ha criado en la ferocidad del fútbol moderno. No se le ha obligado adrede a dejar el fútbol; simplemente, es algo inaudito a esa edad.

El álbum contenía fotos de Edwards en ropa de calle, así como con el atuendo de futbolista. En ellas se captaba la época, atrapada en su personalidad. Con aquellas chaquetas mal entalladas y los pantalones amplios con grandes vueltas se veía voluminoso. Entonces la ropa no interesaba mucho a los futbolistas jóvenes; no había suficiente dinero ni una industria de identidad adolescente para sacar provecho de un interés así. Habría podido ser un minero joven recién restregado a punto de salir de noche a un baile en el Labour Centre. No parecía importante en el sentido de los famosos; era como si importara y perteneciera a su familia y sus amigos. El anonimato del estilo era fiel a su generación y a los suyos.

Todo cambiaba cuando se calzaba las botas de fútbol. Fui a ver al señor Geoff Groves, director de una escuela de secundaria de Dudley, que había sido uno de los profesores de Edwards cuando este estaba en primaria. El señor Groves se acordaba de cuando ese niño de once años jugó en el equipo escolar contra una escuela vecina el día después de haber llegado a casa tras un periodo de recolección de lúpulo. Decía: «Dominó el partido entero. Decía a los otros veintiún jugadores lo que debían hacer, y también al árbitro y a los linieres. Cuando esa noche volví a casa, escribí a un amigo y le dije que acababa de ver a un niño de once años que un día jugaría en la selección inglesa».

Según el señor Groves, un año después, el chico estaba jugando «como un hombre, con un equilibrio fabuloso y un disparo descomunal». Ya estaba mostrando su inteligencia en su forma de jugar, lo que acabó siendo fundamental en todo lo que hacía. «Ya entendía todo lo relativo a la distribución de juego —decía el señor Groves—. Y era un jugador tan dominante que el balón parecía ir a él dondequiera que se encontrara.» Una de las señales distintivas de los futbolistas más dotados es que siempre parecen tener la pelota exactamente donde quieren.

Edwards fue una figura heroica en Dudley mucho antes de convertirse en jugador profesional. Llegó a ser capitán del equipo escolar inglés, al que se incorporó con trece años, cuando muchos de los clubes importantes ya suspiraban por su fichaje. Matt Busby llamó a casa de Edwards a las dos de la

mañana después de que el chico cumpliera los dieciséis años y se hizo con él para el United. Cuando jugó su primer partido, Edwards tenía dieciséis años y medio, medía metro ochenta y pesaba casi ochenta kilos. A los dieciocho y medio llegó a ser el jugador más joven en ser convocado para la selección absoluta. Fue uno de los que en abril de 1955 ganó a Escocia en Wembley por 7 a 2, en compañía de los que siguen: William (Wolves), Meadows (Manchester City), Byrne (Manchester United), Phillips (Portsmouth), Wright (Wolves, capitán), Edwards, Matthews (Blackpool), Revie (Manchester City), Lofthouse (Bolton Wanderers), Wilshaw (Wolves), Blunstone (Chelsea).

Sir Stanley Matthews, que tenía cuarenta años cuando se jugó aquel partido, me dijo que, a su entender, Edwards era realmente excepcional. Para Matthews, que aprendió su fútbol en la época en que, tal como él mismo dice, «todos decían que tenías que ser fuerte, con unos muslos grandes, gruesos», la complexión de Edwards no era nada fuera de lo común. «Pero era muy rápido, y eso lo hacía diferente. No recuerdo ningún otro jugador de ese tamaño que fuera tan veloz», añadía.

Este aspecto quedó subrayado dieciocho meses después, cuando Edwards, ocupó una nueva posición como interior izquierdo en un partido de la selección inglesa contra Dinamarca. La delantera estaba formada por: Matthews, Brooks (Tottenham Hotspur), Taylor, Edwards, Finney (Preston North End). Edwards marcó dos goles y Taylor anotó otros tres en el triunfo de Inglaterra, lo cual era revelador del poder realizador que tenía a su disposición el Manchester United.

El cariño que los aficionados del Manchester United sentían por él se manifestaba en la adoración habitual de los niños, pero también en la discreta admiración que los padres suelen sentir por los hijos brillantes cuando hablan de ellos con los vecinos sin que los chavales les oigan. A este respecto, en cuanto a Edwards, solía haber una apenas compasión por los jugadores contrarios, a quienes machacaba y sacaba fríamente del partido. Recuerdo haberle visto en un partido en casa con el United. Tenía a mi lado a un aficionado de cincuenta y tantos años que gritaba poco, pero que estuvo asintiendo casi todo el rato profundamente satisfecho, soltando de vez en cuando un suspiro placentero y profundo. Mediada la primera parte, uno de los interiores rivales (lo lamento, pero no recuerdo el equipo, aunque acaso esto también sea benevolencia) parecía furioso y frustrado por cómo lo estaba

tratando Edwards, que se limitaba a jugar fuerte pero sin violencia. El jugador se lanzó varias veces hacia Edwards, pero, o bien no alcanzaba ni a tocar aquel cuerpo en movimiento, o bien rebotaba contra él. En cada ocasión, el espectador que yo tenía a mi lado contenía la respiración, meneaba la cabeza y decía bajito: «No, chico, con él no, con él no». Era el aficionado decente y ensimismado que justificaba que Winterbottom llamara a Edwards «el espíritu del fútbol inglés».

El funeral de Edwards se celebró en la iglesia de St. Francis, Dudley, no lejos de su casa. En el exterior había al menos cinco mil personas. El párroco ofició una ceremonia en honor del futbolista. «Va a incorporarse al memorable grupo de Steve Bloomer y Alex James», dijo. Si hubiera vivido lo suficiente, Edwards seguramente se habría incorporado al grupo de capitanes del equipo inglés. En vez de ello, dejó un recuerdo de brillantez y coraje, así como una sensación de promesa inmensa que no pudo alcanzar su plenitud.

Su tumba del cementerio de Dudley está llena de detalles. La lápida tiene incrustada una foto suya vestido de futbolista, con una pelota sobre la cabeza, dispuesto a realizar un saque de banda. Una inscripción reza: «UN DÍA DE MEMORIA, DE TRISTE RECUERDO. NOS DEJÓ A TODOS SIN DECIR ADIÓS». Hay tres arriates con flores, uno de los cuales tiene forma de balón. Encaja con la naturaleza de su clase y de su barrio, y es atendido con gran cuidado por su padre, jardinero del cementerio.

El señor Gladstone Edwards creía que debía explicar por qué estaba trabajando en el cementerio. «La gente piensa que tengo este empleo porque él está aquí. Pero no es por eso. Tuve que cambiar de trabajo, y siempre me han gustado las flores y la jardinería. Noté que quería estar al aire libre.» Duncan era su único hijo.

Ni él ni su esposa podían ocultar la hondura de su pérdida. Tampoco había ninguna razón por la que debieran intentarlo. Cuando fui a verlos, Duncan Edwards llevaba muerto ya nueve años. Al menos el señor Edwards fue capaz de hablar de su hijo con franqueza, aunque sin abandonar en ningún momento una serena ponderación. Explicó que todavía se producía un continuo goteo de visitas a la tumba de Duncan. Había días en que acudían hasta veinte personas: eran como peregrinos. Rara vez se enteraban de que el jardinero con el que se paraban a hablar era el padre del jugador. Casi siempre decían lo mismo: no volverá a haber jamás otro Duncan. El señor Edwards añadió que el viernes

era cuando solía haber más personas, a menudo camioneros con acento de Mánchester. Se detenían en su largo trayecto a casa desde algún lugar del sur. Al día siguiente, irían a Old Trafford a ver el partido, desde luego.

En la pequeña casa adosada del señor y la señora Edwards, el salón está en penumbra y luce immaculado. Fue aquí donde el señor Edwards me enseñó el álbum de fotos de Duncan y me dejó abrir una vitrina de cristal y examinar los recuerdos de la vida de su hijo. Había allí dieciocho gorras de internacional absoluto, juvenil y escolar, que representaban las dieciocho veces que jugó en alguna selección de su país. Cada una estaba cepillada y rellena de papel de seda. En lo alto de la vitrina, se podían ver tres fotografías de Duncan enmarcadas: una de uniforme de cuando estaba en el ejército (haciendo el servicio militar), otra con su novia y una tercera en la que luce la camiseta del Manchester United. Al lado, un billete de cinco libras: el último regalo que le hizo a su madre. La pequeña habitación estaba dominada por un retrato de Edwards con la camiseta de la selección inglesa, en un marco de sesenta centímetros de ancho por noventa de largo. La pieza era como un santuario.

Aquella vitrina incluía también una copia de la orden del servicio religioso que se utilizó el día en que se dedicaron dos vidrieras de colores a Edwards en la iglesia de St. Francis. Están cerca de la pila bautismal, al lado de una imagen de un Jesús de aspecto dulce que había sido donada a la iglesia por una madre en recuerdo de una niña pequeña. En una de las vidrieras se veía a Edwards con una rodilla hincada en el suelo y un pergamino a lo largo de su pecho. Allí se podía leer: «Dios está con nuestro capitán». Todos los supervivientes del accidente de Múnich estaban en la iglesia cuando, en agosto de 1961, el obispo de Worcester inauguró los vitrales. En el oficio religioso, Busby dijo: «Estas vidrieras han de mantener vivo para siempre el nombre de Duncan Edwards. Deben brillar como monumento y ejemplo para la juventud de Dudley y de Inglaterra».

El nombre de Edwards también se conserva para la gente de Dudley en la denominación del Club Social Duncan Edwards, vinculado al club de fútbol de la ciudad, así como en dos trofeos de la liga escolar local.

Estos recuerdos conmemoran no solo el fútbol de Duncan Edwards, sino también la sencilla honradez de aquel hombre. Representó a miles con su coraje y su talento excepcional, cualidades que él exhibió sin pavonearse. El

héroe es la criatura que a otros les gustaría ser. Edwards era un hombre así. Fue alguien que hizo que muchas personas se respetaran más a sí mismas.

Y

En enero de 1965, tres de los mejores futbolistas ingleses fueron condenados a prisión durante cuatro meses después de que se les considerara culpables en lo que se conoció como el caso de la Conspiración en el Fútbol. Se trataba de Peter Swan, mediocentro del Sheffield Wednesday que había jugado diecinueve veces con la selección; David Layne, delantero centro del Sheffield Wednesday; y Tony Kay, volante derecho que tiempo atrás había pertenecido al Sheffield Wednesday, pero que cuando se conocieron los hechos jugaba en el Everton. El *quid* de la cuestión era que los tres, en su época en el Sheffield, conspiraron para impedir que su equipo ganase un partido, y así dar un golpe en las apuestas. Unos meses después del juicio, la Asociación de Fútbol suspendió de por vida a los tres jugadores, lo cual significaba que les era prohibida cualquier forma de actividad futbolística reconocida oficialmente. Kay y Swan se habían declarado no culpables ante el tribunal.

El caso dejó consternado al fútbol británico. Al mismo tiempo, siete jugadores no tan conocidos y algunos ya retirados fueron condenados por delitos parecidos a penas de cárcel que oscilaban entre los seis meses y los cuatro años. La denuncia corrió a cargo de *The People*, el periódico dominical, cuyos reporteros hicieron su trabajo con habilidad y sin compasión. La sucia metralla de la explosión afectó y lastimó a mucha gente ligada al fútbol. Como es lógico, una revelación así hizo que muchos, escandalizados, se preguntaran cuántos partidos «arreglados» no se descubrirían jamás. Este temor alcanzó al verdadero meollo del fútbol. Una vez considerados culpables, los futbolistas iban a padecer el castigo completo.

Mientras se estaba contando la historia, pocas simpatías hubo para los hombres implicados, aunque en su sentencia el juez Lawton decía admitir que los jugadores del Sheffield Wednesday estuvieron implicados «realmente por casualidad» y en una ocasión aislada. Eso supuso para él: «la parte más desagradable de mi deber». Puede que no quepan excusas, pero al menos hay que reconocer las tragedias personales del caso. El héroe caído y destrozado

no merece un desdén despiadado. Algunos hombres respetados del deporte han apoyado con su firma la reincorporación de los jugadores. Aquí hay bondad, pero también, en mi opinión, cierta incapacidad por su parte para entender la importancia del asunto. Quizás el problema estriba en que una excesiva proximidad al juego impide ver las repercusiones en toda su dimensión. Una sentencia judicial sobre una acusación de «amañar» partidos no es solo una mancha fea en la pared, sino un agujero irregular en la tela. Dos o tres más casos como este y se desmorona toda la estructura.

De los tres hombres que he citado, Kay era el jugador más vistoso, y además se expresaba muy bien. En el momento de los hechos tenía veintisiete años y había jugado una vez con la selección inglesa, en un partido contra Suiza. Era un mediocentro durísimo, rápido y valiente, de esos todoterrenos combativos: de hecho, el tipo de jugador por el que sir Alf Ramsey, en la figura de Nobby Stiles, apostó en la victoria de Inglaterra en el Mundial. Stiles jugó de maravilla. Es lógico preguntarse si habría gozado de dicha oportunidad en el caso de que Kay hubiera estado disponible. Me rondaba en la cabeza este pensamiento cuando en 1967 fui a Liverpool a ver a Kay.

Estaba demacrado, si bien no con el aspecto débil de un hombre enfermo. Aún parecía lo que era: un deportista resuelto, con todo lo que había que tener. Su pelo era rojizo, cortado a cepillo, y llevaba gafas de montura gruesa. Irradiaba una atribulación exagerada, así como cierta sorna amarga y agresiva. En su ingenio de barrio humilde había algo de espectáculo, ya de la época de la tele. «Los polis me la tienen jurada, seguro —dijo—. ¿Ha sabido de alguien a quien hayan multado por aparcar junto a un policía a caballo? Esta es la suerte de Anthony.»

Kay se había criado en Sheffield. Aprendió sobre la vida y el fútbol, que para él eran prácticamente lo mismo, en el mismo ambiente descrito por Derek Dooley. Su experiencia tenía incluso algunas características idénticas, aunque vividas diez años después: el fútbol callejero, la YMCA de Sheffield, incluso Pop Bennett. Conocía la austeridad de la clase trabajadora como la gente conoce el sudor, a través de los poros, no aprendida en libros ni observada de pasada. El dinero era importante porque no había mucho. El Everton lo compró al Sheffield Wednesday por una cantidad superior a las cincuenta y cinco mil libras.

El rostro tiene un destello de insolencia. Cuando ya había tanto que

lamentar, Kay resaltaba este rasgo de su personalidad y contaba historias de persecuciones y desastres recurrentes en su vida con una comicidad alegre y descarnada. «¿Que si me veía siempre en follones? —dijo—. Bueno, más de una vez estuvieron a punto de matarme, eh. Fíjate en cómo se metía conmigo la gente.»

Con entusiasmo, empezó a contar la historia de un partido en Londres que terminó con una muchedumbre de aficionados gritándole de todo a la salida. Se escabulló disfrazado con el largo abrigo y el sombrero de fieltro del entrenador del otro equipo. «Cuando llegué al autocar, me lo quité todo y tamborileé con los dedos en la ventanilla hacia la multitud. Tenías que haberlos visto», me dijo, y mostraba todos los dientes y doblaba los dedos a ambos lados de la cara, como si fueran garras.

Más tarde me contó: «Una vez, en Italia, los hinchas se metieron conmigo: “Kay, bastardo, bastardo”. Estaban al otro lado de la reja de alambre (otra vez los dientes desnudos y los dedos doblados). Estrellé el balón en su cara. Entonces ¿qué pasa cuando salimos al final? Estoy ahí. Todo el equipo está en el vestuario, pero yo me quedo en el túnel dando las gracias a todo el mundo. Entonces me acerco al entrenador italiano, que mide solo dos metros y pico. Le tiendo la mano... ¿Y qué hace él? Me sujeta los dos brazos detrás de la espalda. Y todos los del equipo italiano me atizan mientras abandonan el campo».

Mientras construía una imagen de víctima, se podía ver el rencor que sentía. Le titubeó la voz hasta una leve malevolencia. Es la voz de los torturadores de su niñez: «Muy bien, has sido muy, pero que muy, travieso, y ahora vamos a sacudirte el culito. Zas. Me dieron de lo lindo».

Kay, el díscolo; Kay, el chivo expiatorio; Kay, el incomprendido; Kay, el desafortunado: exageraba los golpes de la vida y su resistencia titubeante con la destreza de un comediante innato que está comenzando a creerse tanto la letra como el espíritu de su texto.

«Siempre he detestado a los árbitros —decía—. Para mí son todos unos fracasados. De lo contrario, no estarían ahí. ¿Quiénes son? Se pasan la semana entera sentados en una oficina, haciendo garabatos, venga garabatos, y el sábado por la tarde están en el campo con esos hombres grandotes y dicen: “Bien, ahora tú harás lo que yo te diga o te apuntaré en mi libreta”.» Hizo una imitación perversa de un árbitro jorobado y miope que escribía en un

cuadernillo, con la nariz pegada a las manos. Y añadió: «He visto a tíos dándose palos que no veas, ¿y qué hacía el árbitro? Pues mover mucho el dedo y montar un numerito para retrasar un metro la pelota para el libre directo».

La tristemente divertida actuación de Kay resultaba perturbadora porque en sus comentarios sobre la autoridad (y en sus opiniones al respecto) había mucha verdad. Como jugador, sin duda era una de esas personalidades volcánicas que tanto enfurecían a los árbitros. Se le conocía por sus entradas implacables, cuyas consecuencias eran capaces de asumir solo los tipos duros. Kay me recalcó que era un hombre señalado no solo en el vestuario del equipo contrario, sino también en el del árbitro, y le daba igual decírselo. Uno de sus problemas fue siempre su falta de discreción en lo que decía o hacía. «Era un ingenuo», me dijo. Tenía razón. Conocía casi todos los trucos del oficio, pero no el más importante de todos: saber disimular.

Cuanto más habla Kay, más convencido se queda el oyente de que esa mala suerte surge de su interior. Como suele pasarle a cualquiera, las influencias de su entorno fueron una combinación imperfecta. Pero ¿es la mezcla o la química lo que hace a un hombre? Kay estaba en guerra permanente, prácticamente contra todo el mundo, por lo que en última instancia estaba luchando contra sí mismo. Incluso en cuestiones cotidianas y banales, como su relación con el tráfico rodado, su evolución se veía interrumpida por incidentes violentos de complejidad rocambolesca, donde lo que lo salvaba era su retrospectiva cómica y fatalista. Un accidente, tal como él lo describió, supuso el inexorable rencor de cierta anciana intrépida, tras acabar arrojado de cualquier manera al lejano remanso de la calzada opuesta. También había nieve y una cuesta empinada. «Así pues, de repente, me despierto en mi mini, boca abajo, y ese vejestorio gritándome de todo desde la ventanilla de su dormitorio.» En otra ocasión, el porrazo es como sigue: «Así que aquí estoy, sin poder mover un miembro, después de que un mozo con carrito me empujara».

Kay se las ingeniaba para sacar algunas bromas retorcidas y resentidas de su condena a prisión. Decía que el director era «un loco del fútbol, del que no se cansaba nunca». Él y sus amigos tuvieron carta blanca para entrenar al equipo de la cárcel. De hecho, solía ser el propio director quien arbitraba la mayoría de los partidos. «De catorce encuentros, solo perdimos uno», explicó Kay. Con una mirada de fingido desagrado añadió: «Y porque el otro equipo trajo a su propio árbitro; el partido estaba comprado». Se echó a reír. Dijo que

el primer celador que conoció en la cárcel era un hombre bajito (en la vida de Kay, la mayoría de los malvados son hombres de poca estatura) que le recibió diciendo: «Sí, por culpa de gente como tú nunca me ha tocado la quiniela». «Pensé para mis adentros: “Fíjate, Anthony, aquí has encontrado a uno. Otra vez tu buena suerte”», reflexionaba Kay. Se encontró con el carcelero más adelante, cuando este actuaba de juez de línea en uno de los partidos. La historia es de una simetría irónica: «El director estaba entusiasmado con nosotros. Yo se las hacía pasar canutas, claro. Solía decirme: “Bien hecho, joven Kay”. Bueno, el pequeño celador (el malo) no paraba de levantar el banderín y de gritarme cada vez que yo tocaba a alguien. Al cabo del rato le dije: “¿Por qué no te vas a la mierda?”. Se puso furioso y me dijo: “Ya te pillaré”. Entonces corrí hasta el director (que volvía a arbitrar) y le dije: “Perdone, señor, ¿puede hacer algo con ese linier? No para de meterse conmigo. No me puedo concentrar”. Acto seguido, el director se acercó al vigilante y le dijo: “Menos ruido, por favor, señor Fulano”». Los ojos de Kay brillaban al recordarlo.

A juzgar por su conversación, su actitud hacia la autoridad siempre tenía este tono sarcástico. Recuerda a uno de esos chicos malos del fondo del aula o al duro del barracón que reconoce el respeto (y a menudo el miedo) que el hombre al mando tiene hacia los inconformistas. Esta clase de hombres casi nunca piden ayuda. Cuando lo hacen, es para sacar provecho de la entidad del jefe. Kay me contó esta historia sobre un partido contra el Fulham: «Me veía las caras con Jimmy Hill, que me sacaba dos palmos. Cada vez que yo iba por el balón, allí estaba él, simplemente inclinado por encima de mí. Pensé: “Vale, no va a pasarme esto durante todo el partido. La próxima vez le arranco los pantalones”. Pues bien, allá que fuimos: metí la mano, pero no los encontré. En vez de ello, lo agarré justo entre las piernas. Gritó como un poseso. Pero después se mantuvo pegado a mí por todo el campo. Me dirigí al árbitro y le dije: “Eh, *arbi*, fíjate en ese maniaco de barba. Mira cómo me persigue”. Surtió efecto». Los pocos triunfos que Kay ha saboreado de verdad solo los pueden entender bien quienes se han criado donde la gente nunca juega a las cartas con cerillas.

Antes de ir a ver a Kay, ya me avisaron que podía estar triste. Si se sentía melancólico, puede que se echara a llorar. Él se adelantó a mi cautela. Había dejado de lamentarse, dijo. Eso sí, confesó que cuando le dijeron que no

volvería a jugar al fútbol de nivel lloró como nunca antes en su vida. Lo dijo mirándome fijamente, con algo teatral en su voz, pero sin sonreír. Sabía que se había excedido con las payasadas. «Esto solo oculta las lágrimas —añadió—. No puedes estar todo el rato lloriqueando. Al final te ganas una fama. Llega un momento en que nadie quiere saber. Dicen: “Oh, Dios mío, tengo que aguantar otra vez a este tonto del culo con sus gimoteos”. No puedes darte por vencido, ¿verdad?»

Lo que le había sucedido le había hecho daño, sin duda. Estaba convencido de que todo el mal le había venido de fuera, no de que se lo hubiera causado él mismo. Según explicaba, cada seis meses escribía a la FA preguntando si podían reconsiderar su caso. En realidad, no creía que fueran a hacerlo jamás. La gente de Liverpool, decía, se mostraba amable y compasiva con él. Esa ciudad mordaz jamás volvería la espalda a un hombre como Kay. Era uno más de Liverpool: combativo y aparentemente ingenioso. Era como si hubiera nacido allí.

Sin embargo, por decirlo así, su vida no le gustaba. Cuando hablé con él, era un hombre de familia que vivía separado de su mujer. Trabajaba como corredor de apuestas y no estaba muy seguro de que volviera a ganar dinero con su negocio. ¿Qué había hecho tras salir de la cárcel? «Dar vueltas por ahí. Sin ir a ningún sitio concreto», respondió.

Había estado jugando al fútbol, a escondidas, en partidos improvisados, dando otro nombre si le preguntaban, pendiente de si había gente con cámaras. Se entrenaba dos veces a la semana. Le creí cuando me dijo: «Sudo la camiseta de verdad». La mayor parte del entrenamiento lo completaba en el gimnasio de la escuela, donde solía dar instrucciones prácticas a los chicos. En una ocasión, con la voz apagada por primera vez, dijo: «Todos quieren meterse conmigo. Piensan: “Oh, mira al viejo Tony Kay, está acabado”. Me gusta que intenten dejarme atrás, pero soy yo el que se desembaraza de ellos y les grita: “Vamos, ¿a qué estáis esperando, chicos?”».

Como jugador, Kay ponía muchas ganas. El deporte profesional lo hizo, lo puso a prueba y lo quebró. Es una víctima trágica del fútbol, pues era un jugador muy completo. Tras la condena, su abogado dijo: «Por cien libras ha sacrificado lo que, de hecho, ha sido una de las mayores carreras futbolísticas. Lo tentaron una vez, y cayó».

ELOGIO

Cada seguidor del fútbol tiene su jugador favorito; incluso los propios futbolistas. La elección seguramente reflejará algo del carácter de quien la ha hecho. No hace falta que el preferido sea el mejor de todos. Podemos admitir, de mala gana, los puntos débiles del nuestro. Lo que estamos diciendo es que ese jugador concreto nos atrae más que ningún otro. Tiene que ver con su personalidad, su comportamiento y quizá, sobre todo, con cómo compensa sus deficiencias. Es el jugador que a veces puede decepcionarte con una actuación pésima, irregular, pero que, sin embargo, con los años permanece claro y brillante en el recuerdo. Es el futbolista que primero nos viene a la cabeza cuando nos preguntamos cómo es el fútbol cuando más lo disfrutamos. Y para este papel yo escojo a Bobby Charlton.

La evolución del fútbol de Charlton no tiene picos discontinuos, aunque al final sí hay una fuerte y afilada punta de flecha. Lo que lo hace tan especial es la combinación de elegancia y espectacularidad. Existen pocos jugadores que influyan tanto como él en las reacciones de la gente. En el momento en que recibe el balón, ya se espera de él algo extraordinario. Es capaz de silenciar a una multitud al instante y hacer que contenga el aliento, pendiente de lo que pueda pasar. Un disparo de Charlton, sobre todo si se produce en carrera desde fuera del área, es uno de los grandes acontecimientos del deporte, no porque sea algo raro, que no lo es, sino porque la potencia es enorme y surge de la elegancia. En movimiento, nunca se muestra torpe ni desesperado. Se acerca mucho al ideal de atleta.

La persistente queja que he oído sobre Charlton, la que lo mantiene fuera de las listas cuando la gente nombra al grupito de los mejores, es que evita la furia del juego. Se dice que, cuando las entradas y los codazos son más duros, desaparece. Pero esto sería como sacar a Dickens de la gran literatura mundial

porque nunca fue encarcelado por arrojar ladrillos a los políticos, o como denigrar a Disraeli con el argumento de que era un novelista de tercera fila. El coraje de Charlton está engranado con sus aptitudes especiales. Desde luego, no le he visto nunca lanzarse de cabeza en su área pequeña para alejar el balón del pie de algún delantero contrario. Pero sí le he visto hacer acopio de velocidad y valerse de su cambio de dirección para marcar goles cuando los defensas se disponían a entrarle con malas intenciones. Charlton ha sido derribado tantas veces en su carrera que no habría podido permanecer de manera tan convincente y durante tanto tiempo en el fútbol si le hubiera faltado coraje. No tengo absolutamente nada que objetar al hecho de que jamás fue expulsado del terreno de juego por pegarle a alguien un rodillazo en la entrepierna.

A mi entender, es verdad que, aunque debutó en la selección inglesa con veinte años, no alcanzó la madurez de su juego hasta mucho después. Siempre había sido un jugador excelente, pero fue verdaderamente grande a partir de los veinticinco años. Había florecido de forma plena y espléndida para el Mundial de 1966, en el que anotó el primer gol de Inglaterra tras una carrera con cambio de dirección incluido desde casi el círculo central y tras un disparo característico sobre la marcha. Marcó otro tanto en las semifinales contra Portugal. Son los goles por los que será recordado. Son goles de un gran jugador.

Sin embargo, Charlton no es solo un goleador. Al ser tan rápido y poseer la mejor finta de su generación, se hizo famoso como extremo. En sus primeros años como profesional, su gran mérito fue su capacidad para superar al defensa desde la línea de banda, correr en diagonal para ganar la espalda de los centrales y chutar a puerta con cualquiera de los dos pies. Este era el Charlton joven, con casi todo el peso en las piernas, en quien la velocidad y el control del balón tenían como objetivo casi exclusivo marcar goles. Cuando ya se acercaba a los treinta años (en la Copa del Mundo de 1966 tenía veintiocho), pasó a una posición de interior o delantero centro director de juego; en definitiva, a ser el eje del equipo. Su precisión con el pase largo se utilizaba para cambiar súbitamente el juego. Esos pases, en especial si estaban precedidos por alguno de sus regates y una aceleración repentina, podían modificar en el acto el destino de un partido. Una acción momentánea de este calibre, quizás en el borde de su propia área, podía sacar a su equipo de una

situación defensiva preocupante y amenazar la otra área de inmediato. Le vi hacer esto una vez contra el Liverpool; aquel instante dejó atónita y muda a la feroz multitud.

En cuanto al trato con la pelota, Charlton elabora sus propias reglas. Es un jugador al que se admira, pero al que los jóvenes no deben imitar. Cuando golpea el balón, no lo mira (tal como enseña el entrenador), sino que suele tener la cabeza alta. Al echarse atrás con el rostro hacia el cielo, lo toca con el exterior del pie izquierdo. Cuando los jugadores de su equipo no están acostumbrados a él, suelen observar que la pelota les llega tras haber «sorteado» milagrosamente a algún adversario que estorbaba, rodando con fuerza y siendo, por tanto, difícil de controlar. Solo los mejores, como Denis Law, Best o Jimmy Greaves (en la selección nacional), pueden sacar provecho de esos pases. Charlton no regatea con el balón como hace Best, acariciándolo con los pies, ni corre con él como si lo llevara atado al pie, como en el caso del brasileño Pelé. Mientras se mueve, la pelota le rebota en las rodillas, los muslos, el estómago o los tobillos. Charlton mantiene el balón en el suelo, a menudo muy adelantado, y corre tras él como un esprinter, casi como si el balón no estuviera. Sería imposible enseñarle a un niño cómo juega al fútbol.

Su forma de correr engaña a los defensas. Ven que la pelota viene hacia ellos, con Charlton a cierta distancia por detrás. Entonces, creen que podrán alcanzarla antes que él. Pero, de pronto, cuando se disponen a llevársela, Bobby baja el hombro derecho (todo el peso descansa momentáneamente en el pie derecho, plano en el césped) y acelera y los supera por el otro lado, empujando la pelota mientras avanza. Su velocidad, sumada al ímpetu de los defensas, suele darle diez metros de ventaja antes de que los rivales se den la vuelta. Cuando la finta de Charlton te supera, lo ha hecho para siempre. Si el defensa se anticipa y acierta con la dirección, Charlton evitará la entrada con pericia, como un saltador de vallas.

En la observación de un movimiento así, hay una euforia magnífica. Las multitudes quieren que lo repita. Si coge la pelota y hace una pausa como si se concentrara para una de esas carreras, todo el sonido del estadio cambia pasando de los aullidos y gruñidos habituales a un ronroneo entusiasmado. Si decide que no es el momento y suelta la pelota al punto con un pase corto simplemente sensato, se oye un grave gemido de decepción.

Ha tenido sus partidos malos, cuando su toque le abandona y los giros

rápidos y los globos apenas aparecen de forma irregular. A veces concede al otro equipo la iniciativa que había perdido. En partidos así, sus disparos a puerta pueden ser ridículamente atolondrados. Sin embargo, casi nadie se ríe. La vergüenza colectiva es la misma que se produciría tras una nota final errónea en un concierto de música. Charlton detesta estos lapsos. Reacciona ante ellos con algo parecido a una repulsión por sí mismo, como un hombre que descubriera una pulga en su chaleco. Menea la cabeza desconsolado y pide disculpas a los compañeros. En sus peores días, puede que incluso se mantenga un rato alejado de la pelota. Lo más habitual es que intente serenarse, que pare el balón y lo toque con un cuidado inusual, elaborado. Es ahora cuando parece torpe. Si Charlton mira atentamente el balón, como se supone que debe hacer todo buen futbolista, será menos efectivo. No es un jugador de jugadores, es decir, fiable, por mucho que tenga una actitud totalmente profesional. En realidad, es un jugador de espectadores: un espectáculo del que disfrutar.

Su sentirse abatido por un fracaso, aunque este sea pasajero, se entiende con más facilidad cuando se le ve fuera del campo. Hay en él un retraimiento natural, cierta ansiedad ante la posibilidad de ponerse en evidencia en público. La primera vez que observé su timidez fue cuando él tenía veintiún años, no estaba casado y vivía en pensiones. Quería hacerle algunas preguntas bastante inofensivas para el periódico en que trabajaba por aquel entonces, y toda la entrevista la hicimos en el umbral de la puerta, con Charlton sujetando el pomo, sin poner obstáculos en absoluto, pero ruborizándose y dejando que muchas palabras se arrastraran en el aire de forma confusa y ambigua. En aquella época, decía que le costaba responder a preguntas personales. Siete años después, cuando era mucho mejor futbolista y ya estaba quedándose calvo, aún le resultaba muy complicado mantener una conversación informal incluso en su propia casa, de modo que solo mostraba algo más de confianza en sí mismo si sostenía en brazos a alguno de sus hijos. En los últimos años, ha hablado con frecuencia en centros juveniles y clubes deportivos; sin embargo, cuando en una conexión para un hospital en el descanso de un partido entre semana en Liverpool le oí pronunciar algunas frases improvisadas, en su voz se apreciaba un marcado nerviosismo. Fuma más de lo que cabría esperar de un hombre que todavía está entre los directores de juego más rápidos del fútbol internacional, pese a sus treinta años.

Recibe la profusión de halagos típica de una estrella. Su nombre se corea para animar a los que hacen cola en las taquillas bajo la lluvia; cuando sube o baja del autocar del Manchester United, la policía tiene que frenar a chicas desvergonzadas y ordinarias; los niños le escriben cartas de encantadora torpeza y chutan balones con su autógrafo. Ha sido elegido futbolista europeo del año. En una votación de los árbitros, se le consideró el «jugador modelo». Su esposa es guapa, como lo son sus hijas. Y vive en una casa de hombre rico en un barrio de hombres ricos. Es el clásico héroe de la clase trabajadora que ha llegado al *glamour* y a Nob Hill.

Charlton pasó su niñez en Ashington, Northumberland. Hijo de minero, vivió en una de esas inmensas hileras de casas, típicas de la zona de los pozos. Como de costumbre, ser un héroe de los obreros, se lo debía mucho a su madre.

En la actualidad, la señora Elizabeth Charlton es una mujer guapa y con el pelo canoso. En Ashington se dice que cuando era niña regateaba con un balón igual de bien que la mayoría de los chicos. Había nacido en el mundo del fútbol y conocía el juego y todas sus facetas como las mamás del teatro conocen todo lo del maquillaje y las puertas de entrada de los artistas. Su padre, *Tanner* Milburn, había sido guardameta; sus cuatro hermanos, los Milburn, habían sido defensas en equipos de la Liga: Jack, George, Jimmy y Stan. El mayor de los Milburn, el delantero centro «Wor Jackie», del Newcastle United y la selección inglesa, es primo de Elizabeth. Según cuenta la historia, cuando su hijo mayor (Jack Charlton, delantero centro del Leeds y del equipo nacional) la hizo abuela por primera vez, una amiga le preguntó por la calle cómo era el bebé. Entonces ella respondió: «El chaval es guapísimo... Y sus pies también son magníficos».

Cuando la señora Charlton habla de sus hijos, su cara adquiere un brillo que le quita años. Es posible ver de dónde sacó Bobby esa exuberancia de movimientos. Me explicó que, cuando los dos niños eran bebés (Jack es dieciocho meses mayor), solía llevarlos en cochecito a partidos en Ashington. Decía: «Los dejaba detrás de los vestuarios, y cada vez que la gente bramaba, ellos saltaban».

Bobby fue a una escuela primaria del barrio, que entonces igual que ahora era una fea hilera de vértices de ladrillo rojo intenso. Hay un patio de recreo largo y rectangular donde los chicos juegan al fútbol en absortas marañas, el

rostro fieramente opuesto a la derrota. Fue aquí donde Bobby lució su primer atuendo futbolístico, una camiseta granate y unos pantalones cortos negros confeccionados por una de las profesoras a partir de unas cortinas opacas de cuando la guerra. La escuela todavía conserva la equipación. Bobby fue capitán del equipo que ganó el campeonato de escuelas secundarias de East Northumberland. En Ashington, estos asuntos no se toman a la ligera.

En aquella época, el director era el señor James Hamilton. Hablé con él en su cuarto amueblado cuando rozaba ya los ochenta años y estaba jubilado. En una pared, tenía una foto de Bobby y otros treinta muchachos con los brazos cruzados. Ese era Bobby como capitán escolar, dijo. «No mencionó esto en su libro. Era demasiado modesto.» Sacó otra fotografía de un inconfundible Charlton con once años: sostenía un trofeo en medio de sus compañeros de equipo. El señor Hamilton está en un costado del grupo; el encargado de deportes, el señor Norman McGuinness, en el otro. Según el señor Hamilton, cuando Bobby superó el examen de admisión para la escuela secundaria superior, le enviaron a la Morphet Grammar School: «Es una de estas escuelas de gente estirada donde juegan al rugby. Conseguimos trasladarlo a la de Bedlington».

Tanto el hijo como la madre dicen que el señor McGuinness contribuyó más que nadie a la evolución de Bobby como joven futbolista. Lo conocí en la escuela secundaria de la que era ahora director: un hombre bajito de cincuenta y dos años, de complexión fuerte, que contaba alarmantes historias de indisciplina entre los adolescentes contemporáneos. Parecía alegrarse de poder hablar de alguien que le había respondido muy bien. No obstante, confesó que a Charlton le había enseñado poco. Él se había limitado a animarle: «De hecho, no había mucho que enseñarle. Mi primer recuerdo de él... Veo a ese niño de nueve años jugando al fútbol con los de catorce y bailando un vals entre ellos. Como si tal cosa. No hacía falta un Salomón para ver que tenía una capacidad innata. Ya con nueve años exhibía una finta y una parada en seco que despistaban al contrario».

El señor McGuinness se lo había pasado bien dirigiendo el fútbol escolar, sin duda; las repentinas revelaciones de talento le deleitaban, pues el entusiasmo general tenía su propio atractivo y requería una modificación especial de las reglas. Decía que ya entonces Charlton golpeaba la pelota con tanta fuerza como los mayores. De hecho, su equipo solía ganar con claridad.

Decía: «Pero, claro, se trataba de que el marcador no fuera demasiado abultado. Según una ley no escrita, no conviene que nadie alcance cifras de dos dígitos. En una determinada fase del partido, si un equipo está ganando con cierta ventaja, le pitas fuera de juego de cualquiera que entre en el área».

En todo caso, era un asunto serio. Después de clase, tres veces a la semana, el señor McGuinness solía colocar en el patio a los niños de diez y once años en equipos de seis. Nadie ponía pegas al entrenamiento. Como me dijo el actual director de la escuela primaria de Charlton, entonces igual que ahora los niños de Ashington eran unos «locos del fútbol».

Como en la escuela secundaria de Bedlington había menos devoción por el fútbol, el preceptor que condujo a Charlton hasta su carrera futbolística vino de Ashington. El director de la escuela a la que asistía Jack Charlton era un hombre excepcional. El señor Stuart Hemingway llegó a aprobar el fútbol profesional tras rechazar los prejuicios que había tenido hacia este de joven, cuando iba a Ashington en los años veinte. Había sido becario de la Fundación en la Escuela Secundaria de Mánchester, había tocado música sacra y creía que la educación era la clave para la emancipación de las clases trabajadoras desempleadas. En Ashington le explicaron que la clave era el fútbol.

Cuando lo conocí, ya se había jubilado. Era un hombre de setenta y tantos años, delgado, con un rostro vivaz y un ingenio agudo, pese a su voz temblorosa. Como pedagogo, iba años adelantado a su tiempo. Había introducido las lenguas extranjeras, incluso los viajes escolares al extranjero, en una escuela secundaria no selectiva de mineros del carbón.

Recordaba las tremendas privaciones de la zona minera de Northumberland en el periodo de entreguerras. «Había una pobreza atroz —decía—. En verano, los chicos solían ir a la escuela descalzos. Y así guardaban las botas para el invierno... y para el fútbol. Yo siempre estuve en contra del fútbol profesional. No me parecía bien ir a la caza de escolares para convertirlos en futbolistas. Un buen día me di cuenta de que ese fútbol profesional no tenía nada de malo. Era algo bueno para ellos. Podía significar trabajo. Creo que entonces el salario del futbolista era de unas cuatro libras semanales».

En una ocasión había sacado a los muchachos de la liga escolar local para protegerlos de la dura competición que exponía a los más dotados a la vista del público. Ahora les exhortaba a participar en las competiciones para que

nadie los pasara por alto.

Había jugado de interior derecho en la Universidad de Mánchester y había conservado su cariño hacia el club que había visto de pequeño, el Manchester United. Cuando los hermanos Charlton eran adolescentes, él ya conocía bien los métodos mediante los cuales los clubes profesionales escogían y captaban a jugadores jóvenes. Con Bobby se adelantó a los ojeadores. Poco después del decimoquinto cumpleaños de Bobby, escribió a Busby al United. Ya había informado al señor y a la señora Charlton de que el United era el mejor club para su hijo. Al hablar de Charlton en su primera etapa, el señor Hemingway utilizaba exactamente la misma palabra que empleaba la señora Charlton cuando recordaba la emoción con que miraba a su hijo mientras jugaba. «Solía “deleitar” a la gente», decían ambos.

Entre tanto, la señora Charlton había estado organizando algo de entrenamiento por su cuenta. Ella y el señor McGuinness estaban decididos a que Bobby estuviera en el equipo escolar de Inglaterra. «Nos preocupaba que reaccionaba lentamente», explicaba la señora. Agarró la tetera, que en su casa siempre está a mano para las visitas, y la movió bruscamente en el aire para recalcar la cuestión. «Hablé de ello con el señor McGuinness, y él me dijo que si podíamos aumentar su velocidad en distancias de treinta metros, eso le iría bien. Bueno, pregunté a varios hombres de por aquí, quién podía encargarse de eso, pero nadie podía. Así que me lo llevaba yo misma al parque a que esprintara.»

Es una imagen curiosa: el chico aplicado y la madre guapa y enérgica. Ella, midiendo a pasos las distancias e instándole con tono estridente; algunos espectadores, asintiendo unos a otros y coincidiendo en que, si alguien podía llevar a su muchacho a la selección inglesa, esa era la chica de *Tanner Milburn*. Sonriendo en retrospectiva ante lo cómico de la situación, decía: «Eran unos veinte metros, y luego hacia atrás; ochenta metros, y atrás otra vez». Ahora se reía con ganas. «No sé si sirvió de algo, pero Bobby consiguió la gorra de la selección», añadió.

El principal ojeador del Manchester United, Joe Armstrong, ahora un anciano voluminoso y de andares lentos, con una cara redonda y llena de arrugas, con el pelo ralo, vio jugar, el 9 de febrero de 1953, a Bobby Charlton con los escolares del East Northumberland contra los de Hebburn & Jarrow. Según dijo, recordaría ese día toda su vida: «Era una mañana con el aire

enrarecido y escarcha en el suelo, y mirábamos a través de la niebla. Ah, ahora lo veo todo. —Hizo una mueca de dolor ante el recuerdo del frío—. Ese día, Bobby no hizo gran cosa, pero para mí fue suficiente».

En el partido había también un ojeador del Sunderland. La señora Charlton recordaba que Bobby estaba decepcionado porque, después del partido, ese hombre no fue a hablar con él, sino con el portero del equipo: «Pero entonces Joe se acercó y dijo: “No quiero hacerle la rosca, señora, pero su hijo jugará en la selección inglesa antes de los veintiún años”».

La señora Charlton dio información interesante sobre los métodos de los clubes profesionales que van a la caza de jugadores jóvenes. Explicaba que, en cuanto se supo que el Manchester United había establecido contacto, diversos representantes de otros clubes llamaban a su casa casi a diario: «Nos ofrecían la Luna. Uno habló de ochocientas libras. Otro dijo que doblaría cualquier oferta que nos hicieran, sin preguntar siquiera a cuánto ascendía. En el salón, otro tipo dijo que en el maletín llevaba quinientas cincuenta libras que nos podía entregar allí mismo».

Todos esos incentivos eran ilegales, pero la práctica estaba generalizada. A Ashington, aquello no le horrorizaba en absoluto, pero, lógicamente, los Charlton se mostraban suspicaces. La señora Charlton decía: «Jackie Milburn nos previno contra las tomaduras de pelo. Decía: “Os ofrecerán el oro y el moro, pero, aunque digáis que sí, quizá no lo tengáis nunca”». Los ojeadores eran tan perseverantes que se presentaban en la casa a cualquier hora del día y de la noche. La señora Charlton decía: «Limpiaba la chimenea por la mañana, me volvía y ya había otro detrás de mí. Alguna vez había habido uno en el salón y otro en la cocina».

Al final hubo dieciocho clubes que quisieron fichar a Bobby. Joe Armstrong se mantuvo cerca de la familia, a la que a veces visitaba junto con su esposa. Las autoridades educativas ponían objeciones al séquito de cazatalentos que ahora iban a ver todos los partidos escolares que jugaba Bobby. «Él ya había decidido ir al Manchester United —explicaba la señora Charlton—. Joe había llegado el primero, claro, y en los partidos solía decir que era tío de Bobby; un buen día les presentó a su mujer y les dijo: “Y ella es la tía Sally”».

Busby vio jugar a Charlton por primera vez en una prueba pública para el equipo escolar inglés en el campo del Manchester City. Lo tuvo claro: lo

quería. En julio de 1953, Charlton abandonó Ashington para mudarse a Mánchester.

En la actualidad, un chico puede fichar por un club profesional como aprendiz a los quince años; si no satisface las expectativas, puede regresar más adelante a la categoría *amateur*. Pero en los años cincuenta no era así. Así lo cuenta Charlton: «O te incorporabas al personal del estadio y te pasabas el día limpiando retretes, o te ponías a trabajar». Él aceptó un empleo en unas obras cerca de Old Trafford hasta cumplir los diecisiete años, cuando pudo firmar un contrato profesional. Durante un tiempo, jugó en un equipo juvenil acostumbrado a ganar, contra adversarios que trataban de causar buena impresión a los representantes del United apostados en la línea de banda. Un resultado habitual era algo así como 12 a 0. Decía que la experiencia le había enseñado a aguantar las entradas duras. En su primer partido en la Liga, el mismo mes en que cumplía diecinueve años, marcó dos goles. Como había pronosticado Joe Armstrong, formó parte de la selección inglesa antes de los veintiún años.

En todos los futbolistas de élite hay brillo y dramatismo. De eso, Charlton ha tenido más que nadie. Como ha viajado por un montón de países, está habituado a los mimos que rodean a los cargamentos humanos valiosos en tránsito. No obstante, su esposa dice que cada vez que pasa por delante de un hotel concreto de Sale, cerca de Mánchester, lo señala y le dice que es el primer hotel en que estuvo jamás. Tenía entonces quince años. En aquella época, los chicos de donde era Charlton quizás habían visto el interior de las tiendas de licores, pero no de los hoteles, donde las personas comían y dormían. Con ese acento *geordie* que conserva, me dijo: «Bueno, en la escuela eso era la monda, algo extraordinario». Por primera vez, era consciente de que lo miraban.

Charlton estuvo en el accidente de avión de Múnich, del que salió ileso. Poco después, ya estaba jugando en el United. Siempre ha dicho que aquello no tuvo en él ningún efecto duradero, si bien cuesta creer que la tragedia no perviviera en su interior durante un tiempo. Ese mismo año jugó en la selección nacional, en la que ha sido un fijo desde entonces. Sin embargo, cabe afirmar que debió esperar a los veintitantos años para encontrar la autoridad de carácter que complementara y ampliara su tremendo talento. Según Busby, esto se debe a que la época buena de la carrera de un jugador es

la comprendida entre los veintiséis y los treinta y dos años. Nadie puede hablar con más conocimiento de causa.

En la temporada 1967-1968, he visto a Charlton menos cómodo que hace tres años, pero con más sensatez y un nuevo sentido de la responsabilidad. El escaso pelo se le cae sobre la coronilla calva; la cara está tersa y tirante como nunca. Nadie es capaz de practicar un fútbol de alta calidad a ese ritmo sin dejar ver la tensión que comporta. No obstante, su velocidad aún asombra a espectadores y adversarios. Es capaz de perseguir a delanteros contrarios más jóvenes, superarles en diez metros y, delante de ellos, forzarles a deshacerse del balón. Es uno de los poquísimos jugadores capaces de hacer levantar del asiento en la tribuna de prensa a periodistas deportivos de mirada triste. No se ha quedado estancado por los golpes, el barro o el lastre de la repetición. No hace que la multitud piense en masacres. Lo que Bobby Charlton hace es deleitarla.

EL ENTRENADOR

Un estudio extraordinariamente sincero e inteligente acerca de la figura autoritaria y controladora del fútbol, el entrenador, publicado en la temporada 1965-1966 en el *Libro del año* de la FA, contenía este irónico comentario: «Ahora mismo, un entrenador o un director técnico pueden ser nombrados en circunstancias bastante imprecisas». Es igualmente cierto decir que las circunstancias de la destitución de un entrenador, a menudo conocida con el eufemismo de «dimisión», por lo general son también poco claras. No estamos hablando de la razón básica por la que un club se desprende de un hombre y contrata a otro; si al club no le acompañan los éxitos, es algo muy lógico. Sin embargo, los momentos de la llegada y la salida tienen algo de ilógico. Algunos entrenadores llevan años en un club sin ganar un solo trofeo con que decorar las paredes de la sala de juntas, y entonces, de repente, cae el hacha y se nombra a un sustituto con esa gran solemnidad tan propia de los directivos. En el fútbol, pocos ganan durante mucho tiempo. La posición del entrenador es tan insegura como lo es una ventaja de 1-0 en el marcador.

El problema del trabajo de entrenador es que el fútbol es esencialmente inseguro. Lo que procura a este deporte buena parte de su dramatismo es la incertidumbre. La aparición de un nuevo talento, una inesperada racha, cierta dinámica de grupo, algo de mala suerte: todas esas cosas pueden echar abajo el sistema establecido. Los perdedores desconcertados de esta temporada pueden ser claros ganadores el año que viene. La madurez exhibida por jugadores en un partido puede volverse andares pesados y viejos en el partido de vuelta. El entrenador vive tanto de la esperanza como de su perspicacia, tanto de los recursos del club como de la confianza en sí mismo. Al final, él es la suma de sus resultados. Su problema es que, aunque es capaz de perfeccionar jugadores, comprar talento, dirigir, persuadir y planificar, durante el partido es impotente. A menos que sea capaz de convencer a los directivos de que su papel es primordial, los jugadores descontentos pueden fastidiarle.

No son muchos los entrenadores que pueden hacer esto. La gestión de la mayoría de los clubes profesionales permanece firmemente en manos de

amateurs: directivos que suelen ser aficionados obsesos, pero que nunca han conocido el deporte donde de veras importa: en el terreno de juego y en las competiciones más duras. No ven el fútbol como los profesionales. Son seguidores acérrimos, ansiosos por alcanzar el éxito, pues este les hace sentir mejor, les hace ser envidiados socialmente, alimenta su ego y el de la comunidad en la que son celebridades. El profesional también obtiene placer de tales cosas, pero su satisfacción y su soledad son más profundas. Sabe cuándo lo ha intentado y se ha visto defraudado por un esfuerzo o por una capacidad insuficientes; sabe cuándo ha sido superado debido a sus propias limitaciones, y cuándo ha tenido éxito compensándolas con un alto coste personal. Es consciente de saber más que los *amateurs*, pero también de que existe gracias a ellos. El profesional está más cerca de los profesionales adversarios que de los *amateurs* de su propio club. Su enfoque se condensa en una pregunta que se hace a sí mismo una y otra vez: «¿Cómo puedo ganar?». Para él, el método es fundamental, no solo muy interesante (como lo es para quienes únicamente miran).

Los entrenadores contemporáneos más competentes (Busby; Bill Shankly, del Liverpool; Ramsey; Don Revie, del Leeds; Bill Nicholson, del Tottenham) han sido en el pasado jugadores de alto nivel. Sin embargo, los futbolistas buenos no llegan a ser necesariamente los entrenadores más efectivos. El ejemplo reciente más llamativo ha sido la breve y accidentada experiencia de Billy Wright como entrenador del Arsenal. Ni siquiera su reputación como respetadísimo capitán de la selección inglesa fue capaz de superar una crisis en las relaciones entre la junta directiva, el entrenador y los jugadores. Raich Carter, un futbolista de grandes facultades capaz de imponer su voluntad en el juego, no tuvo el mismo impacto como entrenador.

El factor clave del éxito en la gestión debe de ser la personalidad. No es cuestión de ser un hombre amable o desagradable, de ser simpático o distante, de ser imaginativo o prudente, estricto o indulgente en cuanto a la disciplina. Todas estas cosas se subordinan a la cualidad esencial que, al parecer, los entrenadores más capaces tienen: la capacidad para dominar. Esto no consiste solo en un estilo autoritario, en pegarle un par de puñetazos al mundo; no es solo arrogancia. Es cierta dureza de carácter. Estamos ante la voluntad para imponer un método. Hablamos de la clase de hombre que no permitirá intromisiones de los *amateurs* y al que jamás invitarán a trabajar para una

junta que quiere ser el centro de los focos. El entrenador competente acaso tenga muchas cualidades, desde encanto a poca malicia, pero para tener éxito ha de ser un indómito.

En la Liga, la movilidad de los entrenadores es notoria. Y tiene su propia historia. De media, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el veinticinco por ciento de técnicos cambian de club cada año. Esto refleja las tensiones existentes en el fútbol profesional, el anhelo de triunfo que se apodera de los directivos. No obstante, refleja asimismo la incapacidad de los entrenadores, como grupo, para hacer valer su autoridad en el deporte. Alan Brown, técnico del Sunderland, lo ha dicho con más contundencia que nadie. Los entrenadores, me explicó, eran tratados «con el desprecio que se merecen». La ambición de los individuos, aunque también su flaqueza moral, ha provocado esta falta de voluntad entre los entrenadores como conjunto, lo que les deja indefensos contra los *amateurs*. Todavía tienen que encontrar el sentido de interés comunitario y autoestima que consiguió para los jugadores su libertad de movimientos y su derecho a negociar un contrato decente acorde con sus aptitudes. Los entrenadores no están coordinados. Los mejores de ellos pueden hacerse acreedores de un contrato digno; casi todos trabajan a una semana vista, quizá bien pagados, aunque sometidos a los caprichos, la irritabilidad y los estallidos de frustración de los tenderos, los abogados o los constructores que forman la junta directiva.

Por tal razón, la personalidad del entrenador es tan importante. Si no es capaz de paliar las críticas agresivas e infundadas con su sola presencia, si ha de dedicar mucho tiempo a la política del club, adulando aquí y congraciándose allá, será como un delantero centro con un tendón roto: cuanto más lo intente, más empeorará la lesión. Esto es llevar las cosas a un extremo, desde luego. Entre los entrenadores buenos y más respetados y los mal preparados que revolotean de un club a otro para aprovechar unos años antes de dejarlo para siempre y dedicarse al negocio de los coches de segunda mano o al de las salas de fiestas, existe un grupo sólido de hombres que dicen lo que piensan, que admiten no tener todo el control y que transigen con sincera reticencia. Y, de vez en cuando, están a punto de conseguir algo interesante.

Como es lógico, lo que un club quiere cuando busca un nuevo entrenador no siempre es un talento inspirador con el que ganar la Copa de la FA o el campeonato liguero. El término «éxito» quizá signifique el resurgimiento de un

club que se ha hundido en el fondo de una de las divisiones inferiores, o una subida de moral en otro que vive obstinadamente en la mitad baja de la primera. La audacia, incluso la inflexibilidad, tal vez sean características fundamentales para un entrenador contratado para un puesto así. Debido a la gran confianza depositada por la directiva y al probable coste del proyecto si el entrenador fracasa, este ha de tener estilo y coraje.

Dos ejemplos, concernientes a hombres muy distintos, ilustran la magnitud del trabajo y las diferentes maneras en que se puede abordar. Tony Waddington asumió el cargo de entrenador del Stoke City con treinta y cuatro años, excepcionalmente joven para un puesto así. Además, lo hizo cuando el Stoke estaba muy acomodado en la segunda división y jugaba ante un público escaso y desanimado. Waddington es un hombre tranquilo, cosmopolita, que habla como si esperase que los otros adultos supieran que la especie humana no vive exclusivamente con arreglo al código de conducta de los *scouts*. Recuerdo que en 1966 me contaba que otros clubes habían hecho por él buena parte de su trabajo. La cuestión es que condujo al Stoke de nuevo a la primera división con una más que sagaz operación de compra y venta de jugadores. «Por decirlo de alguna manera —contaba—, tú no te sientas al principio de la temporada y dices: “Espero que a este o aquel otro su club les eche”. Sin embargo, pasó que los jugadores adecuados estuvieron disponibles cuando los necesitamos.»

Pero lo importante fue con qué habilidad y en qué momento se ficharon. El elemento romántico del fútbol, el encanto de las emociones, es tan fuerte como la fría perspicacia. La primera adquisición de Waddington fue Stanley Matthews, la atracción más irresistible de que han disfrutado jamás los aficionados al fútbol de una ciudad. Matthews había sido el preferido del Stoke City cuando era un chico; tiempo después, lo fue como uno de los más extraordinarios virtuosos. Regresó al Stoke desde el Blackpool, con diez años más que su nuevo entrenador. Waddington explicó la situación de forma concisa: «Lo que pasaba en el Stoke es que todo el mundo llevaba años diciendo que, cuando las cosas se pusieran muy feas, Stan volvería. El Mesías acudiría al rescate. Pero habíamos estado esperando tanto tiempo que ya nadie se lo creía», decía.

Los aficionados desaparecidos volvieron diligentemente y en tropel. Waddington siguió con su política de fichar jugadores maduros y famosos de

los que podía fiarse. De nuevo, el atractivo no estaba solo en el fútbol de los hombres: la mayoría de ellos pulsaban las cuerdas del corazón de los seguidores al evocar otras épocas. La nómina era como la mesa de honor de una cena que reuniera a «viejos maestros»: Matthews, Eddie Stuart, Eddie Clamp, Dennis Viollet, Jimmy McIlroy, Maurice Setters, George Eastham, Peter Dobing, Roy Vernon. La prensa dio ceba a la estratagema de buen grado, con chistes cariñosos sobre los «viejos abatidos» o los «pensionistas del Stoke», así como referencias a los azotes en el culo que los maestros daban a los equipos más jóvenes. Waddington demostró ser un excelente relaciones públicas, cualidad que comparten muchos de los mejores entrenadores. Nunca exageraba la buena actuación de su equipo ni se quejaba si perdía. A veces, la publicidad era embarazosa, como cuando el Stoke perdió por 6 a 0 el día en que McIlroy, recién llegado del Burnley, jugaba su primer partido. En cualquier caso, se hablaría del Stoke; el dañino silencio había desaparecido para siempre.

En sus siete primeros años como entrenador del Stoke, Waddington se gastó un cuarto de millón de libras en jugadores; sin embargo, también recuperó cien mil libras gracias a traspasos. Aún no ha ganado nada importante para su club (aparte de haberlo subido desde la segunda división), pero esto basta para valorarlo; de hecho, tiene un contrato de larga duración. Dirige el club como si se tratara de un pequeño negocio de productos de artesanía, sin meterse en la vida privada de sus jugadores, como deben hacer algunos entrenadores de equipos más jóvenes. No es falso ni cínico, si bien no tiene reparo alguno en deshacerse de un futbolista si considera que se ha quedado obsoleto. El fichaje de Gordon Banks, portero de la selección inglesa y probablemente el mejor guardameta del mundo, contribuyó decisivamente a la supervivencia. Fue tan decisivo como lo había sido la adquisición de Matthews a su impulso inicial.

En un estilo diferente tenemos a Don Revie, que en 1961 llegó a ser entrenador del Leeds United, lo cual supuso un cambio radical con respecto a su época de jugador. El carácter de Revie resulta menos amable y más insistente que el de Waddington. Es más bien entrenador de jugadores. Suele vestirse con chándal, demostrando, criticando y alentando con el ejemplo. Sus firmes opiniones sobre cómo los técnicos deberían relacionar sus capacidades y sus ambiciones con la personalidad de los jugadores habían tomado forma

durante su larga y destacada carrera como futbolista.

El único entrenador que llegó a admirar por completo fue el primero que tuvo: Johnny Duncan, del Leicester City. Tras dejar el Leicester se comportó como un hombre inquieto, que se incorporó al Hull, al Manchester City y al Sunderland antes de acabar en el Leeds. Fue uno de los primeros en explotar el papel de delantero centro retrasado, que descolocaba a las defensas adversarias arrastrando al central, filtrando pases a los extremos, siempre bullicioso, atento. No obstante, aunque atesoraba grandes condiciones, casi nunca estuvo satisfecho con el trato recibido de los clubes; su época como jugador estuvo marcada por la controversia. Cuando llegó a ser entrenador, estaba resuelto a que sus futbolistas al menos no estuvieran sometidos a los desaires y a la indiferencia de los directivos; algo más que habitual en su época de futbolista. Sabía muy bien que podía, o bien deprimir, o bien estimular a los jugadores. En el club de Revie, nunca se tendría que esperar al periódico local del viernes por la noche para saber si estaba convocado para el primer equipo o no.

Se hizo cargo de lo que me describió como «un club muerto». «Había jugadores a quienes les daba igual jugar o no —decía—. En dos años, me quité de encima a veintisiete.» Primero se concentró en levantar el paño mortuario de abatimiento que parecía presidir aquel lugar: para ello, sustituyó los colores del equipo por un atuendo simplificado, todo blanco, lo que añadía un estímulo psicológico. A continuación, introdujo un nuevo *kit* de entrenamiento, incluso un nuevo tipo de botas. Insistía en que, cuando fuera a jugar en campo contrario, el equipo debía alojarse en los mejores hoteles. «Dije que, en lo sucesivo, teníamos que comer à la carte, no el menú sin más.» Incrementó mucho el plantel de ojeadores. Los directivos, respaldando aquel nuevo entusiasmo, organizaban fiestas para demostrar a los jugadores que se interesaban por ellos. Fue una especie de revuelta obrera que, a corto plazo, resultó cara. El club terminó la temporada 1961-1962 con unas pérdidas de setenta y dos mil libras. De hecho, estuvo a punto de descender a tercera división.

Sin embargo, la preocupación de Revie no era el éxito rápido. Estaba intentando construir sobre cimientos sólidos. Sabía qué clase de club quería y tenía la fuerza de voluntad necesaria para que nada le desviara de su objetivo. Confeccionó una defensa joven y tenaz en torno a Jack Charlton. Con ello

mejoró su juego hasta el nivel que le permitió llegar a ser el mediocentro de la selección. Al principio, gastó poco en jugadores nuevos: como ejemplo, mencionaba la capacidad de Busby para descubrir jóvenes y formarlos. Entonces llegó el éxito... y sus percances. Volvieron a la primera división en 1964 y llegaron a la final de la Copa de la FA al año siguiente, cuando también quedaron segundos en la Liga. Volvieron a ser subcampeones en 1966. En 1967, perdieron contra el Zagreb la final de la Copa de Ferias. Actualmente, en los partidos de casa suelen congregarse multitudes de hasta cuarenta mil personas. A finales de la temporada 1967-1968, el Leeds ganó su primer trofeo bajo la dirección de Revie: la Copa de la Liga [Football League Cup].

El interés de Revie por el bienestar de los jugadores no ha disminuido desde sus primeros meses como entrenador. Ha puesto mucho énfasis en sus planes para formar futbolistas de la cantera, que lleva a cabo prestando enorme atención a las preocupaciones e incertidumbres de la juventud. A los jugadores júnior se les instruye prudentemente sobre cuentas bancarias, modales en la mesa y sexo. Hay sermones regulares sobre «llevar el pelo corto, ir bien vestido y no ser sorprendido con chicas fáciles». Revie escucha con paciencia a numerosos futbolistas desconcertados acerca de temas delicados como «el coche, la casa, la suegra o la esposa». Los directivos asesoran sobre métodos seguros y rentables de invertir el dinero. Cuando el equipo está de gira o cuando juega fuera de Inglaterra, el personal acompañante inspecciona las habitaciones desocupadas en busca de pertenencias personales olvidadas, como hace una supervisora en un internado. Fuera del campo, los futbolistas solían ser bastante inútiles, recuerda Revie. La presión creciente en torno al fútbol hace que este tipo de ayuda práctica sea más necesaria que nunca.

La actitud de Revie sigue siendo la de un futbolista apasionado. Es un hombre corpulento, cuyo rostro plano da la impresión de estar siempre al aire libre bajo un viento cortante. Cuando habla de cuestiones espinosas, como el juego sucio o los insultos de los jugadores a los árbitros, siempre subraya su apoyo al futbolista (no solo a los del Leeds, sino a los profesionales en general). Billy Bremner, su capitán, ha tenido frecuentes problemas con los árbitros; Revie le defiende, sin negarse a admitir los errores del jugador, sino señalando el coraje y el talento con que los compensa. Además, añade, Bremner no siempre ha sido tan culpable como los jugadores más sibilinos

que le han provocado. Es la opinión de un profesional, no de alguien que hace apología de nada.

El entrenador de fútbol es, en esencia, un entrenador de personas. Espero acercarme más a su trabajo y a su método con cinco estudios personales de cinco entrenadores. Cada uno de ellos, tiene su propia personalidad, pero todos comparten un rasgo común: su enorme fuerza de voluntad.

STAN CULLIS (Y PERSEVERANCIA)

El primer entrenador de un futbolista ejercerá en él una gran influencia. Los años de formación de Stan Cullis en el fútbol profesional los pasó bajo las órdenes del comandante Buckley, seguramente el entrenador más despótico que ha habido en la Liga en los últimos cincuenta años. De hecho, no es muy probable que su especial estilo de señor feudal vaya a repetirse jamás. Cullis le recuerda como «un hombre orquesta, alguien que sabía exactamente lo que quería y adónde iba». Cuando Cullis dice que Buckley «no fue jamás una persona ambigua», podría también estar hablando de sí mismo. Cullis tiene fama de asegurarse de que los jugadores saben al pie de la letra lo que espera de ellos y de creer que lo está consiguiendo.

La carrera de Cullis como jugador estuvo inspirada siempre por su implacable carácter. Esto se ponía de manifiesto en su posición ante la pelota: se agachaba resueltamente con su despejada frente proyectándose hacia delante con beligerancia y los codos doblados hacia fuera en los costados. Casi nunca se permitía un contacto descuidado con el balón. Siendo yo un niño, él ya era capitán de los Wolves y de la selección inglesa. De hecho, es la figura que más fácilmente relaciono con el término «mediocentro». Cullis definió este puesto, no solo por la manera en que hacía una entrada contundente o efectuaba un pase largo con firmeza (instrucciones indiscutibles del capitán) a alguno de los extremos: estaba también el rigor del hombre que establecía el papel de cada uno. Ser mediocentro conlleva una responsabilidad austera, que excluye florituras frívolas. (Ha habido medios de carácter intimidador, incluso despiadado; no se me ocurre ninguno caprichoso.)

La Segunda Guerra Mundial interrumpió la carrera de Cullis. Poco después dejó de jugar. Había sido un futbolista muy precoz. Ahora sería el

entrenador más joven de la Liga. Se hizo cargo del Wolves a los treinta y dos años. Ya eran evidentes los cambios de actitud hacia el juego, que en breve iban a aumentar la velocidad y la creatividad, lo que les quitaría toda ventaja a los hombres más pesados. Como adolescente profesional, Cullis había sido entrenado para reforzar su resistencia, con un duro trabajo de gimnasio con el saco de arena y el balón medicinal; al aire libre le esperaban muchas vueltas alrededor de la cancha. Parte del equipamiento tenía carácter temporal: por ejemplo, una «máquina de cabecear», apenas una pelota suspendida, que para los futbolistas equivalía a la pera de los boxeadores. El entrenamiento con una pelota de fútbol insistía en desarrollar «la pierna mala», aquella con la que el jugador prefería no chutar. Cullis introdujo una mayor concentración en el uso del balón en los entrenamientos, algo que, hoy en día, en la preparación de un equipo profesional, constituye una parte tan importante como la condición física.

No obstante, en los equipos de Cullis, la preparación física ha sido crucial. Los Wolves siempre tuvieron las pruebas de resistencia más duras de la pretemporada. Bajo la dirección de Cullis, ningún jugador que no las superara no podía albergar esperanzas de formar parte del primer equipo. Había que subir a toda pastilla una cuesta empinada en una zona del enmarañado brezal de Cannock Chase. Aquel lugar era famoso por ser donde Eaton Hall organizaba el curso de asalto entre los oficiales del ejército con rango inferior a capitán.

Con Cullis, los Wolves marcaron el paso del fútbol inglés: su éxito espectacular e ininterrumpido. Ganaron la Copa de la FA en 1949 y 1960. Fueron campeones de la Liga en 1954, 1958 y 1959. Eran los representantes británicos en la competición europea de clubes. En los aficionados y la prensa suscitaron el mismo tipo de seguimiento que disfrutara el Tottenham Hotspur a principios de 1960 y que el Manchester United ha tenido en los últimos doce años. En cualquier caso, la dirección de Cullis creó un fútbol distinto a partir de la calma general y la brillantez individual, que habían sido el sello distintivo de los otros dos clubes. Los equipos de Cullis simbolizaban lo más espectacular y efectivo del fútbol donde él había madurado. Su método era más simple que los del United o los del Spurs: incluía extremos veloces que marcaran goles; fuerza y diligencia en el centro del campo; y un delantero centro grandote y valiente. Era un equipo de trabajadores habilidosos,

conjuntados y entregados, difíciles de frenar cuando iban a tope, limitados por su especialización en cuanto empezaron a perder su ventaja competitiva.

Cullis es muy sincero con respecto a esa época. Según me dijo: «En cuanto a pericia, mi equipo quizá no llegaba a la altura de los Spurs, que ganaron el campeonato. Pero si en eso éramos deficientes, lo compensábamos con una gran forma física y una táctica eficaz». No obstante, con independencia del modo de alcanzar el éxito, para los Wolves y Cullis los años cincuenta fueron, como él dice, «gloria, gloria, aleluya». En 1960, ningún otro entrenador parecía más fiable ni más popular entre los hinchas. Nunca se le había relacionado con otros clubes. Un saludo de Stan Cullis en la calle era algo que quedaba en la memoria.

Sin embargo, en cuanto un equipo empieza a ir hacia abajo, superado por la edad de unos y la súbita aparición de otros, los éxitos pasados son solo un breve y grato recuerdo: enseguida adoptan la forma de dedo acusador. Cully lo explica con cierta amargura: «Si lo piensas un poco, solo creé un patrón de medida por el que la gente pudiera criticarme». En 1962, los Wolves acabaron en decimoctava posición en la primera división; en 1964, estuvieron dos puestos más arriba; ahora circulaban siniestras historias recriminatorias surgidas del interior del club. Al año siguiente, Cullis dejó de ser entrenador de golpe. Entonces, los Wolves bajaron a la segunda división.

Esta serie de episodios pone claramente de manifiesto la inseguridad en que se halla el entrenador. Incluso un hombre de probada capacidad solo está seguro si sus directivos se lo permiten. Según me explicó Cullis, llegó un momento en que, dada la composición de la junta, supo que tenía los días contados. «Sabía que solo era cuestión de tiempo», añadió.

Con la perspectiva que da el paso del tiempo, reflexionaba sobre lo que habría podido hacer para frenar el declive de su equipo. Sus dudas le repetían sin cesar el dilema del entrenador: ¿en qué momento introducir carne fresca? No tiene sentido toquetear un equipo ganador. Pero si un entrenador es perspicaz y decididamente crítico, ¿puede detectar el inminente colapso de un equipo antes de que el daño ya esté hecho? Es más, un equipo es una mezcla, así que una avería en una posición acaso reduzca de inmediato la capacidad relativa de otra. Cullis parecía echarse la culpa, aunque no del todo convencido, de no haber seguido resueltamente la máxima que ahora aplica a su gestión del Birmingham: «Debes recordar que dependes de lo que hagan

once jugadores en el campo. He de contar con jugadores que se esfuercen siempre al cien por cien. Basándome en la supervivencia, tan pronto veo que una parte del equipo no está funcionando a tope, debo deshacerme de ella y poner en ese lugar a alguien que rinda como es debido».

Tras varios meses alejado del fútbol, se incorporó al Birmingham, que había bajado a la segunda división al mismo tiempo que el Wolves. Cuando hablamos en 1967, él tenía buenas razones para su enérgica exhibición de confianza en sí mismo, del tipo cómplice, no ilusoria, que merece un hombre de cincuenta años con triunfos y desazones en su mochila. Al hacerse cargo del Birmingham, el club iba el cuarto por la cola de la segunda división. Y cuando el equipo jugaba en casa, acudían al estadio unas doce mil personas. Sin embargo, terminó la temporada 1966-1967 en la cuarta plaza y con una asistencia media de casi veinte mil aficionados. Le pregunté si sentía rencor hacia la junta directiva del Wolves: «Digámoslo de esta manera —me contestó—: nada me daría más placer que llevar a mi equipo allí, en primera división, y derrotarlos».

Mientras estuvo desvinculado del fútbol, escribió crónicas en el *News of the World*, cosa que le obligaba a ir con frecuencia a las oficinas del periódico en Londres. Había recibido cartas de apoyo y señales de buena voluntad de personas que, por lo visto, tenían interés en el deporte solo esporádicamente, pero que estaban escandalizadas por lo que parecía una injusticia; por supuesto, también de aficionados del Wolves de toda la vida. Pero un sábado por la noche, en Londres, tuvo un encuentro que ilustra algo de lo en serio que ciertas personas se toman el fútbol. Él mismo lo explicó: «Salía de la oficina. Un hombre me paró. Era londinense. Me dijo: “Tú eres Stan Cullis, ¿verdad?”. Y añadió: “Mi esposa y yo somos seguidores del Arsenal, ¿y sabes qué? Cuando el Arsenal juega fuera de casa, nos morimos de ganas de saber cómo le ha ido. Pero lo segundo que nos interesa es qué ha hecho el Wolves. Y si han perdido, salimos a tomar una copa. Lo que te hicieron fue horrible”».

Cullis me contó esta historia con cierta indiferencia, sin ningún rencor perceptible, después de haber estado hablando sobre la obsesión por el juego entre las personas que lo han mamado. Él hacía hincapié en que, cuando los aficionados al fútbol ven algo que los ofende, dirigen su enfado no hacia los individuos involucrados, sino hacia el club en su conjunto. Por ejemplo, un

jugador marrullero implica que el club juega sucio; si un delantero es muy bueno, ven a su club bajo una luz más brillante y seductora. Los actos individuales de resentimiento pueden perjudicar más que al culpable..., y más de lo que el juego merece.

Cullis conserva el aspecto que tenía en el campo. Yo siempre lo vi calvo, de modo que su calvicie casi total no me sorprende; no pesa mucho más; su voz es más débil que su personalidad. Sobre el juego, habla con menos solemnidad que muchos entrenadores. Me pareció que le preocupa sumergir demasiado el yo emocional en el juego y luego no ser capaz de utilizar su ojo táctico. «¡He vivido con tensión, por Dios!», soltó con un pequeño exabrupto inofensivo, cosa que me recordó su puritana reputación de no decir nunca palabrotas. «Creas este patrón con éxito, y la tensión vuelve a aumentar cada vez que ganas.» Sabía que muchos entrenadores no dejan ver su ansiedad, pero estaba convencido de que todos la sentían.

Sus comentarios sobre el estatus del entrenador en el juego en su conjunto eran fríamente divertidos. «Se considera que procedemos de las clases incultas —decía—. La Liga y la FA están continuamente hablando del juego, preguntándose cómo mejorarlo, pero nunca han pedido consejo a los profesionales. En lo referente al estatus, con los años hemos avanzado muy poco.»

Como sucede con el profesional total de la mayoría de las disciplinas, cuando Cullis opina respecto al fútbol de antes y al fútbol que ahora supone para él un desafío hay más de percepción que de sentimentalismo. Según él, el entrenamiento de los jugadores es mucho más imaginativo y ha generado un estándar general superior al que conoció como jugador cuando era joven. No obstante, el principio básico de tener una gran forma física crea una enorme confianza en uno mismo. Eso siempre ha sido así. «Lo primero que me propuse en el Birmingham fue convencer a los jugadores de que eran mejores de lo que pensaban.»

Cullis cree en la perseverancia, no solo por su valor moral, sino también porque en ella ve ventajas lógicas: cuantas más veces disparen a gol sus delanteros, más oportunidades habrá de que el portero contrario no alcance algún balón. Cullis no envuelve su fútbol en paquetes bonitos. A Cullis le gusta tener personalidad y obrar deprisa. De los jugadores dice que son de dos clases: aquellos para quienes el consejo del entrenador seguramente está

concebido para ayudar y aquellos que dan por supuesto que es una crítica hiriente e injustificada. «Mientras el futbolista crea que el entrenador está tratando de mejorarle, hay posibilidades. Por desgracia, algunos jugadores son como muchas mujeres..., todo consejo les molesta», decía.

Creía que la nueva influencia de los amplios logros educativos incorporados al fútbol por algunos jugadores jóvenes son más una ayuda que un obstáculo, pese a no haber aportación alguna a la vana tarea de intentar desarrollar a un jugador más allá de su talento. «Has de evaluar su CI —explicaba—. A algunos jugadores puedes transmitirles el mensaje sin más. Se lo dices y punto. Con otros debes repetirlo en los entrenamientos, una y otra vez. En estos casos, no puedes ser muy técnico y esperar que te entiendan. No obstante, eso de que puedes coger a un chaval de la universidad y formarle en el fútbol el doble de rápido es un mito. Solo irá más deprisa si él y el más tonto tienen idéntico nivel de destrezas futbolísticas. Puedes debilitar a hombres que tienen instinto para el juego: en un campo de fútbol, son capaces de entender cosas que para el universitario pueden resultar demasiado complicadas.»

Cullis aún cree firmemente que el éxito se alcanza con trabajo. No le convence el mito romántico del jugador indolente capaz de impresionar a la multitud con una actuación deslumbrante y repentina, reuniendo la fuerza del músculo y la determinación que ha estado ocultando al mundo durante toda la semana. «Los jugadores se preparan para el sábado —explicaba Cullis—. Algunos piensan que durante la semana pueden vivir despreocupadamente y luego enchufarse sin más. Es otro mito.»

Cullis cree que los jugadores te dicen todo lo que necesitas saber de ellos en los entrenamientos. Otros entrenadores ponen más atención en el estilo y el ingenio individual. No obstante, no es que Cullis desee someter a sus futbolistas. Pero sabe que los jugadores no siempre son honestos en su esfuerzo. Su experiencia le dice que no debe confiar en otra cosa.

ALAN BROWN (Y CONFIANZA ABSOLUTA)

Alan Brown llenó un periodo decepcionante de su juventud haciéndose policía. Es interesante especular sobre dónde estaría ahora en la jerarquía policial si el tirón del fútbol no hubiera sido tan fuerte como para arrastrarle de nuevo a su práctica. Seguramente habría sido uno de los principales azotes de las bandas criminales, irresistible en su desdén por la corrupción. No puedo menos que pensar que tanto el fútbol como el delito salieron beneficiados.

Brown fue el hombre que restableció la confianza y la autoestima del público en el Sunderland a finales de los años cincuenta, tras un espectacular escándalo relacionado con pagos ilegales. «Si quieres decirlo así, hice limpieza», explica. Su enfado distante y apenado ante la codicia y las irregularidades en asuntos de dinero es toda una referencia en el fútbol británico. El hecho de que sea de dominio público que a veces se convence a los padres y los chicos de las bondades de determinado club gracias a caros regalos no cambia su opinión en lo más mínimo: «En dos ocasiones, llegado el momento de fichar, un padre me dijo: “Bueno, ¿y no pillamos nada?”. Y mi respuesta fue: “Mire, si quiere, puede llevarse al chico a casa, pero aquí no cobrará nada ilegal”. Y entonces él dijo: “Vale, ¿y qué tal un traje para el chaval?”. Y yo repliqué: “En caso de que vaya al extranjero con nosotros, tendrá su bléiser y sus pantalones de franela, como los demás”».

Cuando en 1966 el Sheffield Wednesday llegó a la final de la Copa bajo su dirección, a los jugadores les fastidió que Brown acallara con firmeza su presión para conseguir más entradas de las asignadas por la FA. «La cuestión —decía— es que los clubes y los jugadores no tienen entradas suficientes.

Pero lo que hay que hacer es cambiar las reglas, no incumplirlas. Dije que prefería dejar mi empleo a infringir una regla. El que otros clubes hubieran cedido no era asunto mío. ¿Cómo va a desenvolverse bien un hombre si no tiene coraje y responsabilidad?»

Con una sonrisa que encierra algo de herida personal, Brown dice que los periódicos lo han etiquetado para siempre como «el hombre de hierro». «Creo que en todas partes donde he estado —explica— al principio he sido observado con aversión.» Su primer puesto de entrenador fue en el Burnley, donde años antes había jugado de mediocentro. «El primer saludo que recibí fue el comentario casual que hicieran cuatro de los jugadores más conocidos: “Si viene aquí fulano, ya puedo prepararme para el traspaso”». Sin embargo, el compromiso confeso de Brown con ciertos valores morales, como la verdad y la honradez, que fue máximo cuando se incorporó a Rearme Moral mientras estaba en el Sunderland, le llevó a exculpar a la prensa de una descarada distorsión de su carácter. «Me parece que, si no conoces de verdad a un hombre, te pierdes buena parte de su afabilidad —dijo—. No obstante, reconozco que al final, al cabo de los años, la imagen verdadera surge.»

En el fútbol hay muchos hombres honrados, pero para Brown la protección de la integridad en el deporte es algo fundamental. Para él, es más importante que la genialidad; sin eso, el éxito es tan solo engaño. Su primer valor para el fútbol, que acaso no satisfaga del todo a sus directivos o a los seguidores del equipo, estriba en que él es uno de los contrapesos de la crueldad absoluta que hay en otros ámbitos del deporte. Si todos los equipos estuvieran entrenados como Brown entrena el suyo, habría menos dramatismo, menos emoción, menos interés en el fútbol; si todos los equipos estuvieran dirigidos como algunos entrenadores dirigen los suyos, al final no habría deporte alguno en el negocio.

Brown no crea equipos aburridos. Confeccionó el Burnley (con Adamson, Elder, McIlroy, Robson y Pointer) que con Harry Potts se convirtió en el maravilloso conjunto de 1959-1962. Lo que nunca creará es un equipo para el que no haya nada aparte de ganar. Ve el fútbol como un profesional, sin lugar a dudas, pero en él busca antes la inspiración que el dinero. «Observa el lado táctico —dice—. Fíjate en la alegría de unos hombres que compiten mentalmente entre sí. Para hacer de ti un hombre, no hay nada mejor planeado que correr el riesgo del fútbol profesional.»

Brown había nacido en Consett, Co., Durham. Su padre era pintor y decorador. Él asistió a la escuela secundaria a finales de los años veinte y principios de los treinta. Deportista destacado, quería ser maestro y futbolista profesional. Como en la Exham Grammar School el deporte era el rugby, los sábados por la mañana jugaba de medio apertura; por la tarde, en un equipo de fútbol de categoría juvenil. Como pertenecía a una familia de cuatro hermanos en la época de la Depresión, la universidad era una utopía. Su primo, a la sazón capitán del Huddersfield Town, lo llevó al profesionalismo a los dieciséis años.

Treinta y siete años después, mientras hablaba de su experiencia con el personal del Huddersfield, Brown recordó una situación muy distinta de la que viven actualmente los jugadores jóvenes. Observó que la forma más eficaz de suscitar atención entre los empleados del club era obstruir el combustible del cortacésped. Meneaba la cabeza: «De hecho, no me hicieron caso». Brown esperaba ser capaz de seguir estudiando mientras permaneciera en el Huddersfield; desengañado al no ver ningún interés en su educación, dejó el fútbol y se pasó dos años y medio en la policía municipal.

Aunque fuera por casualidad, la policía le enseñó a cavar zanjas. Ahora le gusta remarcar que lo hace tan bien como cualquier peón irlandés. «Estuve cavando zanjas durante días enteros —decía—. Hacía observaciones en algún caso complicado.» Aquel aprendizaje le resultó valioso cuando años después se incorporó al Burnley como entrenador. Estableció el amplio centro de entrenamiento al aire libre en las afueras de la ciudad. Subraya que estaba «literalmente excavado en la tierra». Y aquello no solo lo hicieron los peones contratados. «Los jugadores se remangaron (algunos famosos, como McIlroy y Adamson) y cavaron zanjas conmigo. Y no olvidemos que esto era en la época en que se suponía que los futbolistas profesionales eran las personas más avariciosas del mundo.»

Había regresado al fútbol porque era su pasión. Tuvo que volver al Huddersfield Town toda vez que las reglas deportivas de la época no le permitían cambiar de club. Sin embargo, después de la guerra, el Huddersfield lo traspasó al Burnley, entonces en la segunda división. Y, en la temporada siguiente, el Burnley ganó la promoción y fue derrotado por 1 a 0 en la final de la Copa. Más adelante jugó brevemente en el Nots County. Luego se retiró y volvió a Burnley, donde abrió un restaurante.

Su carrera como jugador incluía momentos de triunfo, pero, para ser un hombre tan enganchado al fútbol, en conjunto debió de ser de lo más insatisfactoria. Volvió a jugar por segunda vez porque Stanley Rous, que era secretario de la FA, le escribió para decir que lamentaba verle alejado del fútbol y sugerirle formas de regresar. Solicitó un empleo en el Sheffield Wednesday, donde estuvo cuatro temporadas como formador de entrenadores. «Era feliz como profesor —decía—. No se me había pasado por la cabeza ser otra cosa hasta que el Burnley me propuso ser su entrenador.»

Burnley, aislada pero atractiva en la tierra de molinos y páramos de Lancashire, ha tenido siempre que esforzarse a fondo en el fútbol, pues sus escasos recursos nunca le han permitido contar con muchos alicientes. Desde los años cuarenta, la entidad ha estado junto a los clubes ricos de la Liga porque ha tenido buen ojo con los jugadores jóvenes de gran potencial. Se ha ganado cierto prestigio por su capacidad para ayudarlos a crecer. La elección de Brown se basaba únicamente en el carácter: un capataz siempre activo, concentrado, que acucia, que convence, que da órdenes. El asunto de las zanjias servía de confirmación. Brown no tenía nada de distante ni era excesivamente teórico. Dirigía al lado del grupo de jugadores, no desde su oficina.

Al cabo de tres años, su marcha al Sunderland tuvo algo de misión de cruzado. «Estaba de vacaciones en Cornualles —decía al respecto—, lejos de los teléfonos. No sabía que en todos los periódicos había aparecido la información de que iba a hacerme cargo del Sunderland. Cuando me lo contó la secretaria del Burnley, me desternillaba de risa. Sin embargo, como yo era del nordeste, la idea fue gustándome cada vez más. Pensé que quizá sería capaz de hacer limpieza. Y al parecer nadie más quería el puesto.» Llevó al Sunderland desde la zona baja de la segunda división a la primera.

La fama de Brown como solucionador de problemas, como alguien capaz de recuperar y reanimar a un club debilitado, se había consolidado. No obstante, el trabajo que aceptaba ahora en el Sheffield Wednesday era de otra clase. El club había emprendido un plan de reconstrucción imaginativo y ambicioso, con lo que tendría uno de los escenarios futbolísticos más espléndidos de la Liga. La preocupación de Brown era estar solo con los jugadores, conseguir para el equipo el éxito que daría sentido a la iniciativa arquitectónica de la dirección. En 1966, le faltó poco para ganar la Copa. En

la primera parte de la temporada 1967-1968, llegó a ser líder de la primera división. Era un éxito limitado, pero suficiente para crear una tensión soportable que intensificara profundamente el dolor en la derrota y el placer en la victoria. Brown estaba en la vulnerable posición del entrenador importante. A finales de la temporada 1967-1968, volvió al Sunderland con un contrato de larga duración.

En Sheffield, la debilidad del equipo de Brown, en el ámbito tanto de la competición como del espectáculo, era su carencia de puntos de impacto especial. Era muy diligente, técnicamente apto; por lo general solo los equipos excepcionalmente fuertes o dotados podían vencerle sin escatimar esfuerzos. Era uno de estos equipos que suele gustar a los aficionados sin llegar a emocionarlos. Normalmente, hacía cosas incisivas y resueltas que los seguidores podían admirar; rara vez se veían destellos deslumbrantes, ni en el plano individual ni en el colectivo.

Este es el comentario de un espectador, naturalmente. Brown ve el mundo de otra manera. Un día me dijo: «La gente se queja de que ahora en el fútbol hay pocos tíos con “carácter”». Comparte con Stan Cullis una honesta visión artesanal del fútbol: atención al detalle y, sobre todo, dedicación. «De una hora de tiempo, saco una hora de trabajo. Creo que se me conoce por esto», decía.

En aquellos momentos, en el Sheffield contaba con treinta y tres jugadores profesionales a tiempo completo, además de con catorce aprendices. Los entrenamientos formales se hacían por la tarde, si bien al menos la mitad solían acudir al estadio por la mañana a mejorar aspectos concretos de su juego. Cullis dedicaba las mañanas a entrevistarse con padres, a comprobar la evolución de las lesiones, a leer cartas o a responder a preguntas de los periodistas. Su relación con los jugadores, los más jóvenes de la Liga, incluía cierta autoridad enérgica y afable por su parte, así como una informalidad respetuosa por parte de los chicos. «Creo que debo inculcar confianza absoluta —decía—. Y esto se puede aplicar incluso a lo más trivial. Cuando alguien viene con algún problema, me implico a fondo, por pequeño que parezca. Si la gente se desahoga conmigo, después me siento más fuerte. Si alguien cree que eres fuerte, ya tienes la mitad del camino andado.» El asunto de las entradas de la Copa fue un ejemplo de «un grupo de chavales poniendo a prueba al jefe», dijo. Esa era una prueba en la que un entrenador no podía

permitirse fallar.

Tal visión de la vida puede engendrar sus excentricidades en la gestión de un equipo de fútbol. Brown nunca ha oído hablar de la sociedad permisiva; en todo caso, se ha excluido de ella. Su credo en cuanto al comportamiento personal de los jugadores es llamativo. «A todos mis chicos de menos de veintiún años les digo que no quiero verlos jamás con un cigarrillo — explicaba—. A los de más de veintiuno, les prevengo en contra del tabaco. Y también contra la bebida. Cuando estamos en público como equipo, jamás verás una bebida alcohólica. Supongamos que, en un vagón de tren, hay un hombre sentado con una cerveza en la mano. Los niños pequeños acaso lo vean y piensen que es lo correcto. Si lo ven los adultos, llegan a una conclusión equivocada. Me aseguro de no tener que mandar a buscar a nadie borracho.» Hizo una pausa y luego añadió: «Pido..., no, exijo un código de conducta de máximo nivel».

Sin lugar a dudas, le importaba muchísimo ser capaz de afirmar que sus jugadores no oponían resistencia a tal planteamiento. Tenía la impresión de haber establecido entre ellos un criterio de autodisciplina que volvía innecesarias las instrucciones reiteradas. Decía: «Mira, si esta tarde no vuelvo aquí a las dos, te garantizo que la sesión de entrenamiento comenzará en cuestión de cinco minutos, no terminará más tarde que la que habría dirigido yo. Y será igual de intensa. Es una de las cosas más raras del fútbol». Cuando estaba de gira con el equipo, podía asegurar que, si dejaba su maleta en el andén, los jugadores se pondrían de inmediato en fila detrás. «Es algo casi castrense —añadió—. No queremos que una señora mayor tropiece y se caiga porque nosotros hayamos dejado las bolsas desperdigadas por ahí.» En Hong Kong le preguntaron si cuatro de los jugadores podían ir a unas escuelas locales a dar algunas clases de fútbol: «No, irán los diecisiete, y yo también», contestó.

Brown no gasta bromas sobre fútbol. Lo considera «una de las cosas más importantes de la creación...», más importante que cualquier «ismo» que quepa imaginar. Por tal motivo, considera vital el comportamiento de los futbolistas. No hace falta explicar que una actitud así menosprecia la vistosidad del pelo de fantasía o un mal genio ceñudo. En la conversación aparece una y otra vez la palabra «viril».

A los cincuenta y tres años, Brown era todavía, según su propia definición,

«un entrenador de chándal». Aunque había meditado mucho sobre la organización del juego tras tanto tiempo. Sin embargo, decía resignarse a aceptar que las ideas de los entrenadores eran en buena medida ignoradas por las autoridades futbolísticas. Tiempo atrás había dicho que los entrenadores sufrían, con sus propias palabras, «el desdén que nos merecemos». Y luego agregaba: «Digo “merecemos” porque no sirve de nada echar la culpa a todo el que veo. Es culpa nuestra. Nos despiden y nos tratan de mala manera; muchos trabajamos sin contrato». ¿Cómo es posible que no exista ningún organismo profesional efectivo que se ocupe de los intereses de los entrenadores? «Cabría decir que es una cuestión de conveniencia, pero también podría ser por falta de coraje.»

En la práctica, la única manera en que un entrenador podía influir en la organización del fútbol era a través de los directivos: «Si propones ideas, quizá las acepten o las hagan realidad años después, cuando se expongan como si se tratara del trabajo de otro. No nos tienen en gran estima, y ya está. Lo único que podemos conseguir es un efecto secundario».

Este hombre excepcional, empujado por una pasión moral declarada, ha hecho varias aportaciones al fútbol. Parecía muy satisfecho cuando hablaba del éxito de hombres a los que había entrenado y alentado cuando eran jóvenes. Ahí se percibe el sentido del deber del profesor innato, así como su arrogancia inconsciente. Nombró a los jugadores a quienes había convencido de que hicieran el curso de preparadores y a los que había ayudado personalmente, aquellos que habían acabado siendo entrenadores y directores técnicos. «Inculqué las ganas de enseñar el juego», decía con énfasis.

Brown reconoce sin ambages su posición aislada como entrenador. A él no le basta ser simplemente respetado; su equipo ha de cosechar más victorias que derrotas. Sin embargo, no está hablando de resultados de los partidos cuando dice: «Para mí es importante que se me considere totalmente digno de confianza». Los entrenadores toman sus propias decisiones sobre aquello de lo que se hacen responsables. Algunos, del éxito; Brown, de sí mismo.

STANLEY MORTENSEN (Y ORGULLO CÍVICO)

En torno a Stanley Mortensen se respira un aire de buena vida, no el propio de un individuo con la carne deformada, sino el modesto y ordenado que acompaña a los tipos sociables y prósperos. En el rostro de Mortensen no se aprecia introspección. La época de esfuerzo físico intenso se halla oculta tras un garbo regordete. Con casi cincuenta años, ahora parece un emprendedor hombre de negocios, de ambición rigurosamente local, que obtuvo reconocimiento muy pronto y decidió que merecía un salvavidas en la cintura.

De hecho, en los negocios le ha ido bien. Comenzó con una tienda de postales en la «milla de oro» de Blackpool de las tarotistas y los puestos de algodón de azúcar, para tener a continuación una tienda de deportes y dos casas de apuestas. Convirtió Blackpool en su casa, como han hecho muchas personas del mundo del espectáculo, atraídas y retenidas por la gregaria bravura de sus gentes. Sabe mantenerse en su sitio en las ocurrentes discusiones tan típicas de la ciudad; cuando Morty se dirige al Rotary o a la Round Table, en el ambiente no se respira mucha rectitud. Lleva más de veinte años siendo una figura importante en Blackpool como estrella del fútbol, como concejal encargado de la publicidad y, ahora, como entrenador del equipo en el que jugó. Antes de aceptar su empleo actual, rechazó varias ofertas para entrenar a otros clubes. «La idea de dejar Blackpool me desmoralizaba», me dijo un día.

Por eso, Mortensen es uno de los entrenadores menos experimentados de la Liga. Se hizo cargo del Blackpool en febrero de 1967, justo cuando el equipo estaba hundiéndose en la tabla de la primera división y mostraba su falta del coraje con toda clase de señales; en el deporte, los malos resultados

y el desánimo se alimentan mutuamente.

Cuando hablé con él ocho meses después, Mortensen parecía muy consciente de que, para su nombramiento, su efecto personal como revulsivo era mucho más importante que cualquier conocimiento táctico que pudiera aportar al equipo. «El profesional de verdad detesta perder. Aquí tenemos un montón de tíos. Si no les levantas el ánimo, nunca te harás entender», me dijo. Por aquel entonces, el Blackpool iba en cabeza de la segunda división. La botella de tónica humana, con su contenido en hierro hábilmente disimulado para que el paciente lo encontrase más agradable, estaba teniendo su efecto vigorizante.

Mortensen había nacido en Tyneside. Tuvo la infancia típica que ayuda a producir aquellos futbolistas esforzados de su generación: una casa pobre rodeada de otras iguales. Tenía dieciséis años cuando fue contratado por el Blackpool; si bien cuando se incorporó a la RAF durante la guerra, aún no había llegado al primer equipo. Su progreso como jugador empezó con una estancia en el Bath City, nombre que jamás sonó demasiado en el fútbol, pero que fue un club al que siempre estuvo agradecido públicamente por haberle dado la oportunidad de evolucionar competitivamente. En cuanto su forma de jugar comenzó a funcionar, militó en media docena de los principales clubes como «jugador invitado» en tiempo de guerra. Entonces, el bombardero Wellington en el que estaba se incendió y se estrelló; Mortensen fue rescatado del lugar del accidente con una profunda herida en la base del cráneo.

Le dijeron que se olvidara de volver a jugar al fútbol; sin embargo, fue veinticinco veces internacional con Inglaterra y recibió una medalla de ganador de la Copa. El accidente le dejó como secuelas el insomnio que padece desde entonces, así como una cicatriz que certifica su afirmación de que es el hombre vivo más afortunado. Es una línea curva en la parte de atrás del cuello, a la altura de la parte superior de los lóbulos de las orejas, de casi diez centímetros de longitud. Por detrás, lleva el pelo lo bastante largo para taparla; no obstante, si se lo pides, te la enseña, bajando la cabeza y levantándose la melena. «¿Qué te parece?», dice, y mira hacia el techo, quieto y en suspenso.

En su época, Mortensen fue una verdadera estrella, esa que identificamos sobre todo con el interior derecho o el delantero centro asociado con Matthews en el extremo derecho: un goleador decisivo, no dotado para hacer

florituras con el balón, pero sí rápido y pulcro cuando avanzaba con él. Fue uno de los jugadores que llevó el estilo planificado a lo más alto. Fue el futbolista que se desmarcaba, al que los contrarios ignoraban, atraídos por el regateador que tenía el balón. Fue ese jugador que, de repente, aparecía para recibir el pase final. Sin embargo, como en esencia era un oportunista, preocupado por eludir al defensa cuando no tenía la pelota, se parecía más a los delanteros actuales que a la mayoría de sus contemporáneos. Por usar la jerga de los sesenta, era bueno «sin balón». Era capaz de hacer una carrera de cuarenta metros para recibir la asistencia; era un movimiento improvisado tan letal como algunas de las acciones ensayadas con las cuales los interiores modernos llegan al área desde la línea media para dar su único toque a la pelota en un ataque perfectamente entrenado. Por tal razón, el fútbol actual no le parece tan diferente del de los cuarenta (como algunos aseguran que es).

Mortensen no desapareció rápidamente del juego cuando descubrió que ya no era lo bastante rápido para la primera división. Del Blackpool fue al Hull, y de ahí al Southport. Cuando estaba pensándose en serio lo de retirarse definitivamente, tuvo la oportunidad de saldar la deuda que siempre consideró que tenía con el Bath City. «El presidente del Bath vino a Blackpool de vacaciones, y me dijo: “Bueno, pareces bastante en forma. Así pues, ¿por qué no vienes y juegas con nosotros una temporada?”». Mortensen honró la Liga de Fútbol Sur durante un tiempo; cada sábado por la mañana, recorría el largo trayecto de ida, que era de vuelta tras el partido. Cuando esto empezó a afectarle, se dejó convencer para jugar durante un año en el Lancaster City, con el Combinado de Lancashire.

A estas alturas tenía más de cuarenta años, y ya era más un profesor de prácticas para los jugadores jóvenes que un excelente artista. «Creía estar haciendo un trabajo que merecía la pena —comentaba—. Estaba transmitiendo mis conocimientos, ¿entiendes?» Era reacio a abandonar el fútbol, todavía ilusionado incluso a un nivel que era vulgar en comparación con el que había conocido en otro tiempo. Era algo instintivo; no estaba intentando, simplemente, quitarse años de encima. «Cuando vas corriendo al campo —decía—, se produce este momento. Siempre ha sido lo mismo, al margen del tipo de fútbol. Antes del partido, siempre he estado nervioso. Con independencia de si jugaba en la selección, en el Blackpool o en el Lancaster. En ese momento había algo que no se parecía a nada. Tenía que seguir jugando

todo el tiempo posible.» Todavía en 1967, ya con cuarenta y seis años, jugaba partidos de beneficencia en un equipo de veteranos denominado Stanley Mortensen's International XI. Ante esto, no pude esbozar sonrisa alguna. «Es una buena clase de fútbol», afirmó con gran seriedad.

Así pues, estaba hablando con una de las figuras decisivas de su generación, aunque ahora sus formas eran más bien redondas bajo aquel abrigo tirando a corto, con el pelo aplastado con brillantina y la raya en medio. Las palabras «orgullo local» y «lealtad local» brotaban de sus labios como fragmentos de una letanía. En su trabajo, detectaba cierto deber, una responsabilidad para con el fútbol en su conjunto, que en el caso de su ciudad adquiriría un carácter primordial. Decía estar seguro de que una apelación al sentido de responsabilidad local podía incrementar la resolución de los futbolistas. Decía: «Cuando mando a mis hombres al terreno de juego, les digo muy claro: “No olvidéis que esta camiseta que lleváis representa a la gente de Blackpool”». Se trata del compromiso de un hombre que jamás entenderá que el fútbol forme parte de la industria del entretenimiento. Se preparó para ello cuando este deporte era una liberación habitual de la vida cotidiana, que en general era poco prometedora, por decirlo suavemente. A diferencia de los jugadores estrella actuales, que gozan de una gran movilidad tanto social como profesionalmente, Mortensen siempre se ha sentido parte de la comunidad que le veía jugar. No solo fue su ídolo. Jugaba en nombre de sus vecinos.

Como entrenador, decía, le interesaba que sus jugadores se implicaran en la vida de la localidad. Cuanta más alta fuera la estima en que tuvieran a su ciudad, más se esforzarían en su trabajo. Además, en este sentido, las críticas de los aficionados serían más fundadas, aunque solo fuera por empatía con ellos. «Siempre he creído que los futbolistas han de involucrarse más —decía—. En realidad, es un deber, algo que los ayuda a expresar sus sentimientos.»

Es lo contrario de una visión objetiva del fútbol. Refleja un profundo cariño por el deporte. En una personalidad más endeble, acaso tuviera una solemnidad marcada; en cualquier caso, desde luego es la opinión de alguien con información de primera mano. Mortensen perseguía objetivos que se alcanzaban más que nada a base de insistencia. Cualquier capitán de equipo *amateur* reconocería este grito movilizador. Mortensen representa el contenido deportivo del fútbol, el que no hace concesiones, más que sus intereses comerciales.

No obstante, era plenamente consciente de la intromisión de los intereses económicos en el juego. Comparando el ambiente que se respiraba un sábado de los años cuarenta y cincuenta con el de hoy, decía: «Pues sí, desde el punto de vista comercial, es mucho más duro». Esto significaba que ningún entrenador que buscara seriamente el éxito podía permitirse que sus preferencias por cierto tipo de jugador le impidieran ver la mayor eficacia de otros que le resultaran menos atractivos. Significaba que los jugadores habilidosos quedaban, sin duda, fuera del equipo, pues eran los más toscos los que más fielmente seguían las instrucciones y no ponían en peligro la estructura de un sistema defensivo férreo: «Es que los entrenadores no pueden correr los riesgos que les gustaría correr, y eso me incluye a mí mismo».

No obstante, Mortensen ve en el fútbol actual muchas cosas que le encantan. En especial, le gusta la mejora evidente en la forma física de los jugadores. Le gusta la mejora del juego en general, así como que los futbolistas sean deportistas más completos. En buena parte, se debe a los entrenamientos más imaginativos y profesionales: «Con la gran variedad actual de actividades en los entrenamientos, los chavales no se dan cuenta de lo duro que están trabajando. Con nosotros era algo como: “Vete al parque y ponte a dar vueltas”».

El paso del tiempo determinará si un optimista altruista y generoso como Mortensen es capaz de conservar tales cualidades como entrenador de fútbol y lograr éxitos de forma permanente. No está en entredicho su fuerza de voluntad; lo que se pondrá a prueba es su carácter.

SIR MATT BUSBY (Y VIRTUOSISMO)

Ver a sir Matt Busby moverse por Mánchester es ver actos de veneración pública. No es que, simplemente, sea popular. No se le respeta solo por su estilo como entrenador. La gente trata a Busby como se suele tratar a los sacerdotes de mediana edad de carácter misericordioso y deportista: a medida que uno se acerca al hombre, el afecto se vuelve más respetuoso. Los niños pequeños corren alborozados hacia él, sosteniendo sus libros ilustrados para que estampe en ellos su autógrafo, y se quedan cortados y callados en cuanto están cerca y él pide menos escandalera y pronuncia la palabra «hijo» a modo de bendición. Los adultos gritan su nombre de pila y le cogen de la mano. Le saludan cuando pasa en coche. Cuando en 1967 fue nombrado «ciudadano de honor de Mánchester», hubo una generalizada sensación de aprobación pública; por una vez, el Ayuntamiento acertaba en algo. Al margen de lo que conllevara ser ciudadano de honor, daba la impresión de ser un título que Matt merecía más que nadie. ¿Le harían una estatua?

Busby había convertido al Manchester United en el equipo inglés de más éxito desde la guerra: ganadores de la Copa de la FA en 1948 y 1963, subcampeones en 1957 y 1958; campeones de la Liga en 1952, 1956, 1957, 1965 y 1967, y seis veces segundos; ganadores de la Copa de Europa al término de la temporada 1967-1968 (poco después de lo cual Busby fue nombrado caballero). Al imponer su personalidad de forma abrumadora en el club, ha acabado ocupando un lugar excepcional como héroe constante de la ciudad, durando más que los jugadores, envejeciendo con los hinchas. El especial vínculo emocional con el desastre de Múnich que se estableció entre la gente y el club es específicamente aplicable a Busby, que, pese a resultar herido de gravedad, sobrevivió a la tragedia. Ha tenido una vida extraordinaria, y su explosivo dramatismo no ha menoscabado su dignidad

como hombre ni su visión como entrenador.

En la actualidad, Busby se acerca a los sesenta años. Dirige su club desde una de las oficinas más elegantes de la Liga de Fútbol, un santuario para un ejecutivo tranquilo; un lugar amueblado y enmoquetado pensado para ser, sobre todo, cómodo. No está protegido de los reporteros como ciertos entrenadores de menos nivel, quienes abordan las preguntas con más recelo que confianza. De todos modos, no es un hombre de trato fácil. Le gusta responder detenidamente y sin ambigüedad, y a las visitas no se les permite escuchar su parte del diálogo en las conversaciones telefónicas intercaladas. «Si eres tan amable —dirá, señalando la puerta con la pipa—. Es un asunto privado.» Da la impresión de tener una gran capacidad de concentración; como pasa con los hombres dotados de esta facultad en otros campos, cuando desconecta del trabajo es capaz de dedicarse totalmente a algo jovial y ameno. Su tensión se pone de manifiesto en sus movimientos urgentes; la impaciencia por ir al meollo del asunto cuando este se vuelve especulativo y flácido. Trata a los periodistas como si formaran parte de su propio mundo, actitud que también comparte con otros hombres de éxito, en especial los políticos. Su renombre como entrenador radica sobre todo en su criterio casi impecable como jugador; gracias a su esencia como persona, el público le ha seguido teniendo en gran estima.

En las veintidós temporadas que Busby ha estado en Old Trafford, ha conseguido para el club un beneficio económico total de más de quinientas mil libras. La diferencia entre lo que ha gastado en su actual equipo y el precio que este alcanzaría en el mercado de traspasos seguramente se acercaría a otro medio millón de libras. Solo por su sagacidad empresarial, encaja a la perfección con sus trajes bien cortados y su imponente Rover con el interior tapizado de piel. Su sofisticada presencia es la propia de un hombre que está pagando el sueldo a gente que conduce un Jaguar.

Su relación con los jugadores consiste en una combinación especial de austeridad y concentración. Es un padre de familia católico. En su control del club, hay buena parte del carácter de un abuelo severo y abnegado, que toma todas las decisiones importantes, dando órdenes e imponiendo disciplina en una casa enorme llena de talentos imprevisibles. No soy el único escritor que ha calificado a Busby de «patriarca»; su estilo y su método atraen a todo el mundo.

Le pregunté si sus jugadores le tenían miedo. Me respondió que a su llegada al club los jóvenes solían mostrarse nerviosos y poco habladores. «Les animo a ser naturales conmigo», explicaba: es el comentario de un hombre cuyo éxito depende de construir puentes sobre el gran abismo existente entre las generaciones. Cuando llega en mitad de una sesión de entrenamiento, se atenúa de inmediato el ruido y la actividad parece aumentar. No le gusta inmiscuirse en la vida de los jugadores fuera del club, pero en el trabajo está totalmente al mando. «Solo hablo un momento con los chicos», dice con calma. Cuando sale del local de entrenamiento, el equipo le sigue al instante.

Al igual que muchos de los mejores entrenadores, Busby era centrocampista. Había jugado en el Liverpool y en el Manchester City. Además, había sido capitán de la selección escocesa, donde jugaba como interior derecho. Cuando en 1945 se hizo cargo del Manchester United, el club estaba físicamente destrozado tras la guerra: no había tribuna ni vestuarios; los partidos se tenían que jugar en el campo del City. En cierto modo, esta situación le fue bien. Aquello creó un ambiente de nuevo y flamante inicio. Busby sabía con exactitud qué tipo de club quería. Del viejo club quedaba poco que pudiera desviarle de su objetivo.

«Siempre he querido (a ver si encuentro la palabra adecuada) un fútbol creativo —decía—. He querido método. He querido dirigir el equipo, pues creía que los jugadores querían ser dirigidos. Para empezar, he pretendido un enfoque más humano que el de mi época de jugador, cuando a veces a los chavales se les dejaba que se apañaran solos. El primer equipo apenas reconocía a los chicos de abajo. No parecía haber nunca suficiente interés en los jugadores. El entrenador estaba sentado frente a su mesa, y lo veía una vez a la semana. Desde el principio procuré que el miembro más insignificante se sintiera parte del club.»

Busby no inventó para el fútbol la idea de dar paso al talento joven, que tan importante ha sido en el desarrollo del juego desde la guerra. Sin embargo, ha creído en ello más que ningún otro entrenador. Ha apostado su reputación en eso. Tenía una imagen mental clara de la clase de fútbol que quería. E ideó un equipo que se ajustara a ella. Fue el equipo de los años cincuenta, de gran talento pero a la vez intensamente metódico, distinto de cualquier otro por el hecho de que estaba compuesto, casi totalmente, por jugadores jóvenes surgidos de la cantera. Su único fichaje espectacular fue el delantero centro,

Tommy Taylor, procedente del Barnsley, por la considerable suma de 29.999 libras. El vestíbulo de Old Trafford tiene, entre sus trofeos, una placa de campeón de la Copa Juvenil de la FA en tres temporadas seguidas: 1953, 1954, 1955. Eso representa la imaginativa labor de Busby tanto como lo hacen sus éxitos en las competiciones de los mayores. Las tres temporadas validaron su método y posibilitaron los triunfos que siguieron.

El accidente de Múnich acabó con el equipo de los cincuenta. No podemos saber dónde habría podido llegar en su plena madurez; tal vez le faltaban un par de años para alcanzar su apogeo. Las graves lesiones de Busby, la inmediata necesidad de formar otro equipo y la urgencia por adquirir refuerzos a medida que la competición ganaba impulso impidieron que el club volviera plenamente al método original de Busby. Desde Múnich, los equipos del United no han carecido jamás de brillantez, pero la palabra «metódico» ha tenido menos relevancia. Sobrecoge un poco el hecho de que la mente más innovadora del fútbol británico viera cómo su mejor creación disfrutó de un periodo de elogios tan breve; debió aceptar que no habría resurrección. Llegarían más éxitos, pero de un modo distinto.

Busby incrementa sin cesar su apuesta por los jóvenes de la cantera: salen de la guardería muy bien preparados y asombrosamente confiados para poder incorporarse al conflicto adulto sin titubear. Best se sumó al Manchester United (como Charlton y sus amigos anteriores a Múnich) inmediatamente después de dejar la escuela. Stiles era un producto de la casa, como lo fueran Kidd y Burns, los nuevos nombres de 1967. Sin embargo, Busby también fichó a precios ciertamente altos, pero con sabiduría. Law llegó de Italia, en un trueque competitivo confuso, por 115.000 libras; Pat Crerand costó 50.000 libras; Alex Stepney, 60.000. A Albert Quixall, David Herd y John Connelly, por los que se pagaron cantidades elevadas, se les fichó para ocupar puestos especializados. No obstante, el movimiento de jugadores ha sido siempre pequeño; para un entrenador que tiene claro el tipo de fútbol que quiere, es absurdo dedicar demasiado tiempo a la compraventa.

A lo largo de los años, ha confeccionado sistemáticamente equipos que encandilan. Desde lo de Múnich, ha apostado por el virtuosismo. Solo el equipo del Tottenham, que ganó la Copa y la Liga en 1961, y luego otra vez la Copa al año siguiente, ha sido capaz de hacer frente al talento innato del equipo formado por Best, Charlton, Crerand y Law. Su irregularidad a lo largo

de la temporada (a menudo empatando contra equipos a los que debería haber ganado de calle) deriva de su misma inspiración: la tensión temperamental que la acompaña limita su fiabilidad. A veces, la defensa, siempre la segunda línea del ataque, se ha excedido en sus funciones; por lo general, los delanteros deben asumir el control del juego en nombre del equipo. Cuando lo hacen con su talento al completo, generan un fútbol de una elegancia y una explosividad que hacen de este un deporte incomparable.

El equipo de Busby ha atraído a enormes multitudes de todo el país ante la perspectiva de qué va a pasar esta vez, no sobre la base de cómo fue el último partido.

Busby cree en una rienda larga y floja para sus estrellas cuando han saltado al campo. En su primera época como entrenador, casi siempre iba en chándal. Ahora se lo pone una o dos veces a la semana, más para mantener la comunicación con los jugadores que para demostrar lo que quiere de ellos. Dice: «Me gusta estar un rato por ahí, haciendo cosas sencillas con ellos». Cuando hablé con él justo antes de que lo nombraran «ciudadano de honor de Mánchester», dijo que hacía nueve meses desde la última pequeña charla sobre táctica que había dado frente a la pizarra. Para él, la organización del equipo no era el elemento crucial del rendimiento, como es en otros clubes destacados, sino un conocimiento global de las funciones individuales. «El equipo necesita saber qué cabe esperar de cada uno —explicaba—. Yo no quiero cambiar el estilo de los jugadores.» De todos modos, una mala actuación iba siempre seguida de una de sus charlas tranquilas e intensas, con instrucciones detalladas, cuya finalidad era «hacerles volver al lugar donde estaban antes».

Admite que debe tratar a los delanteros y a los defensas de manera distinta, si bien su lealtad pública a los jugadores no le permite aceptar que el abismo de talento observado por otras personas existe realmente. Los delanteros son geniales, sin duda, dice; y desde luego tienen *glamour*; sin embargo, los defensas «conocen su cometido, aunque no reciban tantos elogios». En cualquier caso, reconoce que el trabajo defensivo es «más educable» que el atacante; a los defensas se les puede enseñar mucho sobre guardar la posición, hacer determinada clase de entradas o a «mantener el contacto entre ellos», mientras que las facultades de Best y Charlton son suyas en exclusiva.

Busby se asegura de ver, en la medida en que su tiempo se lo permite, a los reservas y los juveniles, con su mirada aún inquieta ante el muchacho que promete. Le pregunté si le parecía posible que un entrenador competente pasara por alto las cualidades de un joven destacado. «No lo creo — respondió—. Puede que ese día que lo ves juegue mal, pero habrá algo que te llame la atención. Los jugadores con talento te impactan de algún modo. Quizá la palabra adecuada es “instinto”. Es lo que buscas.»

En la visión de Busby del fútbol se aprecia cierta frialdad. Es la ponderada reflexión de un hombre que vive de ello y debe guardarse su opinión a toda costa. Su implicación es absoluta, pero al parecer refrena conscientemente su pasión por el juego. Stan Cullis, según cuenta, le dijo una vez lo mucho que envidiaba su tranquilidad durante los partidos; Busby le sugirió que no se fiara de las apariencias.

Como he intentado explicar en el primer capítulo, el proceso que lleva a un entrenador destacado a conseguir hacerse con una joven promesa frente a la competencia de otros clubes es complejo. A Busby le ayudan sus colaboradores, encabezados por su asistente desde hace años, Jimmy Murphy (entrenador provisional del club mientras Busby se recuperaba del accidente de avión), así como los ojeadores de Joe Armstrong. Por cada Charlton, Best o Burns, hay un montón de muchachos que tienen casi las mismas habilidades, pero no la suficiente cualidad vital que les haga destacar. ¿Es algo definible? Busby decía: «Solo al final puedes llamarlo temperamento. He visto a muchos chavales que parecían buenísimos con los reservas, pero que en el primer equipo no acaban de funcionar. Esta es la gran cuestión. En el ambiente del primer equipo hay algo especial, y he visto a muchos jugadores buenos y listos que no lo pillan. No es justo llamarlo “coraje”».

Cada año llegan a Old Trafford esperanzadas cartas de jugadores jóvenes, padres, profesores y aficionados que ofrecen talento. El sistema de cribado es minucioso; se pone gran interés en no pasar por alto a nadie que exhiba potencial. Parte del mérito del buen ojo del United por las jóvenes promesas y la capacidad para la formación hay que atribuirlo al personal de Busby; sin embargo, al final, las decisiones, junto con las felicitaciones y las acusaciones, son para el entrenador. El récord de Busby en la adquisición de jugadores de alto nivel, a menudo cuando todavía están en la escuela, no ha sido igualado por ningún otro entrenador en los últimos veinte años. Su éxito

se ha basado sobre todo en su talento, debido a lo cual la suya ha sido una de las aportaciones individuales primordiales a este deporte.

Ha habido quejas de que Busby, a pesar de ser una figura tan importante en el fútbol, les permite ciertos excesos a sus jugadores, que se comportan de manera inapropiada tanto en el campo como fuera de él. Quizás el equipo que creó en los cincuenta, ligado tan estrechamente a su propio carácter, habría sido menos irritante en este sentido. Tal vez de un hombre que ha visto tanta exuberancia aplastada en un momento concreto y espantoso no podemos esperar que sea duro con esa exuberancia cuando aparece, aunque sea de forma más llamativa, en una generación posterior.

SIR ALF RAMSEY (Y ESTRATEGIA)

En el fútbol, como en cualquier otro deporte, la victoria y la derrota se deciden una y otra vez en el filo del azar. Sir Alf Ramsey, entrenador de la selección inglesa desde 1962, se ha dedicado más que nadie a desafilarse este borde asesino. El trabajo de Ramsey difiere mucho del de un entrenador de club, que configura un equipo para el éxito a largo plazo y puede concentrar su dinero y su fe en ciertas secciones, basándose en el contacto diario con los jugadores para mantener el conocimiento ensamblador que cualquier equipo necesita. Ramsey da instrucciones directamente a sus futbolistas solo de vez en cuando, y además lo hace de forma breve. Así pues, ha buscado un equipo cuyas capacidades individuales se conjuntan naturalmente, pues el tiempo es un aliado débil. Su primera obligación es ayudar a Inglaterra a ganar el Mundial, dice; lo consiguió en 1966 en el estadio de Wembley en una final apasionante, cuya tensión emocional hizo derramar lágrimas incluso a personas maduras y que vestían discretamente.

Ese partido, que Inglaterra ganó a Alemania por 4 a 2, tuvo un dramatismo *in crescendo* continuo. Inglaterra iba ganando por 2 a 1 en el último minuto de los noventa reglamentarios. A quince segundos del final, los alemanes empataron tras una dudosa falta con la que se sancionó una entrada de Jack Charlton. Los jugadores ingleses nos partieron el corazón: estaban agotados y abatidos. Pero mientras los dos equipos permanecían tirados sobre el césped antes de la prórroga de media hora, la imagen de Ramsey, corpulento y serio, andando hacia ellos con total confianza en sí mismo, fue inolvidable: reforzó a los espectadores tanto como a los jugadores. Tras reanudarse el juego, Inglaterra superó ampliamente a su adversario. El último gol llegó tras un maravilloso disparo de Geoff Hurst, tras una carrera de treinta metros, ya en el último minuto. En el delirante júbilo que sobrevino a continuación, con los

jugadores saltando por ahí, levantándose unos a otros en el aire, algunos sollozando, Ramsey se mantuvo tranquilo: en los labios, una finísima línea a modo de sonrisa. Se movió de súbito solo para impedir que los jugadores ingleses se intercambiaran la camiseta con los rivales. Sus compañeros tuvieron que arrastrarlo físicamente hacia los grupos de fotógrafos que intentaban congregarse. Al final se dejó convencer para hacer lo que para él era un gesto demasiado extravagante: besar la copa.

Tal impasibilidad pública se convierte en una cautela lacónica y contemplativa en privado. Ramsey no es un hombre popular, ni entre otros profesionales del fútbol ni entre los periodistas, en un sentido superficial. Como es lógico, en su vida privada no muestra esa indiferencia casi altiva que marca distancias con el mundo de fuera. Su serenidad pública es una autodefensa obsesiva. Sin embargo, la gente que lo conoce bien (o al menos que lo trata con frecuencia, lo que en la mayoría de las personas sería lo mismo) tiene montones de historias para ilustrar su incomunicabilidad. Desde luego, no hay ninguna historia en la que esté contando chistes subidos de tono. Su fría dignidad no es fingida, desde luego. Como pasa con los jugadores brillantes, su visión del fútbol le surge desde muy adentro. La actuación de su equipo en 1966 fue un reflejo fiel de su carácter.

Parte del lenguaje con el que se ha hablado de la gestión de Ramsey ha enredado mucho la cuestión. Se decía y se escribía que «apostaba» por un equipo sin verdaderos extremos, por el esfuerzo abnegado y vulgar de Roger Hunt, por la capacidad de Bobby Moore para mejorar su juego en las grandes ocasiones. En esencia, Ramsey dirigía el equipo de Inglaterra de forma diametralmente opuesta a como lo haría un aficionado a las apuestas. Él se proponía eliminar riesgos. Teniendo en cuenta mi frase inicial en este estudio de personajes, acaso dé la sensación de que un enfoque así ha de ser inevitablemente contraproducente. No obstante, el trabajo de Ramsey es especial por que no hay lugar para una derrota ocasional en una batalla larga que debe llevar al triunfo final. En los partidos de la Copa del Mundo, que constituyen su principal responsabilidad, no debe perder.

Es increíble lo estrecha de miras que era la actitud británica hacia el fútbol hasta hace muy poco, a principios de los sesenta. Por entonces, las referencias a los sistemas 4-2-4 o 4-3-3 eran comúnmente rechazadas. Se hablaba de «palabrería» o se tomaban a broma aludiendo al «juego de los

números». En la prensa, se preguntaba a Ramsey con escepticismo si pensaba en serio sacar al campo un equipo sin extremos natos. La concisa pregunta que aparecía en las páginas de deportes era: «¿De qué va todo esto, Alf?».

Pues esto iba de que el sitio de Inglaterra en el fútbol mundial estaba siendo evaluado por primera vez por un estratega sin viejas decisiones que justificar, con una responsabilidad personal absoluta. Estaba al mando alguien muy consciente de que el adversario era clave para decidir su alineación. Hacia la selección inglesa mantuvo una actitud abierta; fría como un témpano, de hecho. Aplicó los principios que ya estaban utilizando entrenadores de club: que el éxito era de importancia primordial, que el método positivo era indispensable, que la vistosidad era secundaria. No dio a los jugadores títulos posicionales, sino empleos. Tenía *in mente* la imagen de un equipo en movimiento, no de unos nombres en un trozo de papel.

En retrospectiva, la palabra utilizada por Ramsey al hablar de su equipo es «mezcla». No resulta fácil citarle, en parte porque se opone a hablar de jugadores concretos en público, y además porque simplemente no habla con soltura. Muchas entrevistas con Ramsey en las que aparecía bajo una luz favorable no se han publicado jamás porque su acomplexada preocupación por las vocales y las consonantes aspiradas degrada sus palabras hasta volverlas casi inservibles. Cuando algún reportero frustrado ha querido ser elegante con él, le ha llamado «impenetrable». A Ramsey más bien se le traba la lengua (literalmente), aunque no con sus jugadores, por supuesto, pues presupone en ellos el conocimiento del idioma de los profesionales. En su confrontación con el público, es la antítesis de Busby en el sentido de que, según cree, si se sincera con ellos, no van a entender una palabra. Esto acaso denote solo una inmersión total y profesional en el juego. Entre todas las personas que han escrito por dinero montones de páginas sobre la Copa del Mundo, Ramsey ha sido el ausente más ilustre.

La compenetración de Ramsey con el juego se desarrolló junto con su resuelta dedicación a él. El hijo del tendero de Dagenham jugó en el Southampton y luego en el Tottenham. Además, participó más de treinta veces en el equipo nacional como lateral derecho: un defensor aplicado, poco efusivo, intransigente. A los treinta y tres años, se retiró y pasó a entrenar al Ipswich, al que logró llevar desde mitad de la tabla de la segunda división hasta lo más alto de la primera: eso ya indicaba su valía como entrenador. En

las temporadas 1960-1962, una semana tras otra, los seguidores de otros equipos veían como el cauto y deslucido Ipswich dejaba atónitos a equipos más glamurosos, con un sistema sólido y demoledor. En la delantera, había dos cañoneros grandotes encargados de marcar los goles, nunca con demasiada elegancia; tras ellos, la máquina trabajaba de forma diligente y experta. Tal vez no haya habido jamás en el campeonato un equipo tan aburrido, aunque quizá sus éxitos sean más encomiables por tal motivo. Se puede regañar a los futbolistas por no tener mucho talento, pero de nada sirve echarles la culpa por ganar.

Esta experiencia en el Ipswich acreditó a Ramsey para el empleo de seleccionador nacional. La capacidad individual era pertinente solo si estaba conectada en el plano colectivo. No viene al caso quejarse de que Ramsey pasa por alto el estilo porque prefiere fuerza física y ritmo de trabajo; lo que busca es la máxima efectividad de once jugadores. Esto no excluye a especialistas de primera calidad, como se vio en el *hat trick* de Hurst en la final del Mundial. Sin embargo, sí excluye al virtuoso condicionado por su único y exquisito talento y limitado a él. Cuando hablé con Ramsey en la decorosa comodidad de la recepción de la FA en Lancaster Gate, entendí que rechazaba los extremos convencionales para disputar la Copa del Mundo porque los especialistas ingleses en aquella posición no podrían doblegar la fortaleza de los adversarios. Tal deficiencia no solo descartaba a determinados individuos, sino que prescindía de todos los de su especie. Aunque no para siempre, claro, sino solo para el cometido que tenían entre manos.

Del mismo modo, había ciertos jugadores que consideraba a todas luces esenciales para sus objetivos, pues en ellos se fusionaban el carácter y el talento: Stiles, Moore, Ball, Hunt. Banks era el guardameta por ser el mejor en este puesto concreto en Gran Bretaña, y probablemente del mundo; los hermanos Charlton no tenían muchos rivales que les disputasen las plazas. Y lo mismo sucedía en el caso de Cohen y Wilson. Peters y Hurst tenían asignadas sendas funciones de especialistas; el primero era la mejor versión futbolística disponible del medio melé del rugby, a la vez fiable y agitador; el segundo, el ariete. Ante la final de la Copa del Mundo, los críticos discutían (y todavía discuten) en nombre de diversos pretendientes al menos a dos de estos puestos. La postura de Ramsey quedó totalmente validada; hizo la mezcla y

obtuvo sus resultados.

Las confidencias de Ramsey son tan raras que chisporrotean en el aire. Un día me dijo: «En tres años probé con nueve delanteros centro; pero meses antes del Mundial, incluso años, sabía que Bobby Charlton llevaría el nueve a la espalda». Esto es interesante y esclarecedor, porque acababa con ciertas creencias sobre la empecinada preferencia de Ramsey por una clase de jugadores muy diferentes. De nuevo, la cuestión era que, cuando el talento era especial, el jugador se escogía a sí mismo, no porque encajara por casualidad, sino porque todo encajaba. Seguí el hilo preguntándole si eso significaba que, en el caso de que Charlton, de repente, hubiera caído enfermo de gripe o se hubiera roto una pierna, habría buscado a alguien con las mismas características. Contestó con aspereza: «No, no había otro igual». En otras palabras, la estructura y el sistema de la selección inglesa habrían sido considerablemente distintos sin Charlton.

Así, dada la variabilidad de forma de Charlton, ¿cuánto le debemos a la confianza de Ramsey en su método? Bueno, en el fútbol no rigen las matemáticas. Ningún entrenador puede eliminar el azar; solo puede protegerse con todas sus fuerzas contra sus efectos perjudiciales. «En el caso de los Bobby Charlton o Martin Peters de este mundo, no puedes planificarlo todo debido a su instinto natural a ir hacia delante —explica Ramsey—. Cuando confecciono mi equipo más fuerte, elijo a los jugadores más fuertes en su puesto.» Está hablando de los puestos según su particular visión de equipo dinámico. Los métodos, decía, podían cambiar. «Pero cuando pasa esto, sé exactamente qué estamos intentando hacer, y los jugadores también lo saben.»

Para el Mundial de México de 1970, Ramsey es capaz sin duda de tener un equipo y un enfoque totalmente distintos de los que en 1966 le procuraron su título de caballero. Fue su frío e implacable juicio lo que generó la mezcla adecuada para la ocasión. Ahora habrá más o menos posibilidades de repetir el éxito en función de los cambios que tengan lugar en el fútbol de otros países, así como de la calidad de los jugadores ingleses de los que pueda disponer.

El suyo, dice con otra de esas sonrisas tan reticentes, es un «trabajo curioso». Ramsey no actúa (como les sucede a otros entrenadores) con arreglo a los altibajos semanales de esa docena de hombres que están en la parte importante de la nómina de sueldos. No ve fútbol con el corazón en un puño,

tenso por la ansiedad de los goles. Ve a jugadores. Uno a uno. Se muestra desapasionado con respecto a su éxito o a su fracaso. Toma nota de sus puntos fuertes y débiles. Acepta y rechaza mentalmente sin cesar caras nuevas en la constante búsqueda de «la mezcla». Esta búsqueda lo lleva por toda Inglaterra, concentrado en la primera división y la segunda, aunque no descarta la tercera y la cuarta.

Me dijo: «Trabajo según una pauta que me permita ver a todos los jugadores de la primera división aptos para jugar en la selección. También intento ver los de otras divisiones tanto como puedo. Prefiero organizarlo con la intención de ver al jugador en campo contrario».

Viaja mucho al extranjero para estudiar a los próximos adversarios. Es una vida inequívocamente solitaria. La gente del fútbol que está cerca de él dice que está volviéndose cada vez menos accesible. Los domingos procura quedarse en casa con su mujer.

Se le veía más relajado al hablar de cómo le tratan los aficionados. Mientras camina desde algún aparcamiento del club hacia el estadio, la gente suele hablar en voz alta del equipo, no en su cara, sino haciendo complicados esfuerzos para asegurarse de que él alcanza a oírlos: «Debería poner a fulano»; «¿Por qué ese tipo, Ramsey, no pone a un delantero centro o central o lateral decente como zutano?». Alf sonríe ante tales observaciones mientras se ocupa de la avalancha de cartas que casi siempre llega a su despacho tras los partidos internacionales: «Suelen comenzar con cosas como “querido estúpido”, o “querido engreído”. Un hombre me escribió diciendo de entrada: “Querido niño Alfie”. Si el partido ha sido bueno y en la prensa aparecen reseñas favorables, no llegan demasiadas cartas». Los padres le escriben instándole a que lleve a sus hijos a la selección inglesa; de hecho, su correo está sobre todo lleno de consejos acerca de quién debería estar en el equipo.

Ramsey se viste con esmero. En cuanto al corte de pelo, los cuellos y los puños, su figura es impecable. A todas luces es muy consciente del puesto que ocupa (en el sentido responsable, no el pomposo). Se aprecia tanta timidez como confianza en sí mismo. Es consciente de que muchas de las emociones del país están vinculadas a su trabajo. Pese a su aspecto tranquilo, esta carga de responsabilidad dificulta incluso la cortesía superficial: la serenidad en público, impresionante a lo lejos, se transforma en un autocontrol deliberado que, de cerca, es menos intimidante y a la vez más conmovedor.

Le pregunté si aún disfrutaba con el fútbol tanto como en su época de jugador, casi esperando una serie de evasivas. Sin embargo, sonrió sinceramente sorprendido y dijo que sí, por supuesto. Tal vez el ejercicio de una voluntad dominante no sea una cuestión menor y suponga un gran placer.

EL DIRECTIVO

La institución del directivo de club de fútbol es la principal contradicción de este deporte: los *amateurs* dirigen a los profesionales. Es algo que se repite en ciertas situaciones conflictivas, cuando un árbitro a tiempo parcial puede expulsar del campo a un jugador internacional. Y nuevamente en la gestión general, que se halla en manos de los médicos de cabecera, directores de escuela y comerciantes que constituyen el Consejo de la FA.

El directivo es la persona en quien se fusionan el fanatismo de las gradas y el ansia de autoridad. Desea dirigir, si bien lo que le mueve son sus intereses locales y ciertos aspectos morales que le dan a la cuestión una dimensión más amplia. Ante todo, es un hombre de negocios que, cada vez más, necesita la agudeza de la voluntad individual. Todavía es adecuado para el Bath City. Pero en la primera división es, o bien inapropiadamente entrometido, o bien sensatamente pasivo. Cuando la competición está difícil, el mejor servicio que puede hacer a su club es fichar al mejor entrenador que pueda encontrar, y se pueda permitir, y dejarle hacer su trabajo. Muy a menudo tal humildad le parece demasiado hiriente y no la soporta. No es de extrañar. La sala de juntas de un club es un lugar codiciado para un hombre comprometido con su ciudad y con el fútbol: la deliciosa posibilidad de fumar allí un puro no favorece la modestia.

La condición de directivo no supone dinero, al menos no directamente, pues tienen prohibido cobrar un salario. La mayoría de los directivos son hombres de negocios; no son ejecutivos de corporaciones grandes y compartimentadas, sino gerentes de empresas locales, toda vez que el compromiso local va de la mano de la inmovilidad. Así pues, el estatus del puesto directivo es considerable; uno de los presidentes de club más tajantes me dijo con rotundidad que «ser directivo es un negocio». De todos modos, es un activo variable que depende de la actividad a la que se dedica el hombre en cuestión, del éxito del equipo y del tamaño de la ciudad. A un médico del Servicio Nacional de Salud esto no le va a ayudar mucho; a un fabricante de pasteles de carne o un ingeniero de equipos de calefacción quizá sí. No

obstante, la FA limita los dividendos que un club puede pagar a sus accionistas al siete y medio por ciento bruto, por lo que cualquier beneficio directo es exiguo. En todo caso, los resultados comerciales de algunos clubes, año a año, suponen pérdidas o ganancias que se van compensando; además, incluso en las entidades más prósperas, el dinero solo es importante en relación con el fútbol que son capaces de ofrecer a sus seguidores. Si el fútbol profesional estuviera dirigido como una verdadera empresa, difícilmente se podría apaciguar la decepción de los forofos ante un fracaso con la noticia de que los accionistas han tenido un buen año.

Los campos de fútbol no acostumbran a ser sitios atractivos en un sentido estético. Su belleza es el ambiente singular, perceptible solo para las personas que asocian el escenario al vínculo emocional. La historia del fútbol decretó que los terrenos de juego debían ser cavernosos y austeros: la versión deportiva de las fábricas sombrías e incómodas que albergaban a aquellos trabajadores. En la actualidad, la mayoría no difieren mucho de cómo eran cuando se construyeron, en el primer cuarto del siglo XX. Constituyen monumentos a la pobreza general de la época y a la ausencia de miramientos estéticos propia de ella. Cuando el interés de los aficionados es máximo y los goles se celebran con más euforia, miles de ellos permanecen de pie en pringosos peldaños, donde llevan un par de horas atrapados en una aglomeración bamboleante de cuerpos, a menudo perdiendo contacto con el suelo en una delirante oleada de movimiento masivo, de donde salen con magulladuras y manchas causadas por zapatos ajenos. Seguramente, el directivo dio sus primeros pasos futbolísticos en esta confusión húmeda, explosiva, áspera.

Cuando llega a la sala de juntas, con el olor a caoba del abrillantador de muebles y los titanes de otro tiempo mirando ceñudos desde sus sombríos cuadros enmarcados, luciendo bigotes de camarero cantante y botas altas, ya se ha licenciado en las gradas y los bancos rudimentarios, y después en los asientos abatibles asociados con las entradas más caras de la temporada. Ha adquirido sus acciones del club gracias a un pariente, quizá lejano, o algún amigo bien relacionado. Ha sido elegido directivo por su demostrada lealtad al club durante años, o porque ha proclamado su respaldo a una petición de personal nuevo, o porque ambiciona descaradamente alcanzar algún día la presidencia y ha presionado con diligencia, incluso sin compasión, para

acaparar acciones con derecho a voto y hombres de paja. Tan pronto llegue, luchará con afán para conservar el poder. Y, mientras tenga salud, solo una catástrofe colectiva, como que el equipo caiga espectacularmente en el descrédito, podrá echarle a un lado.

Para completar este proceso, hace falta cierto grado de riqueza, no solo por ser la prueba aceptada de identidad en el *establishment* local, sino porque a veces de los directivos se espera que garanticen determinadas sumas si el club necesita reunir desesperadamente dinero para pagar facturas: en estas circunstancias, dos mil libras sería una cifra per cápita promedio, si bien la garantía del directivo ha acabado siendo una característica menos común que antes, pues en la actualidad la economía del fútbol se encuentra en un nivel superior, con respecto tanto a la esencia como a la sofisticación. Hoy en día, los aficionados del club aportan más fondos que las juntas directivas.

Entre los clubes mejor organizados, cuyas juntas se configuran en un ambiente de selección objetiva más que de intrigas facciosas, los directivos acaso tengan obligaciones especiales, como en el caso de quienes trabajan en industrias importantes. Uno será el encargado del servicio de comida, otro se ocupará del estado de las instalaciones, y otro tendrá que ocuparse del material de entrenamiento. Por este motivo, los directivos serán especialistas a título propio; por ello mismo, estarán en la junta. Esta clase de clubes intentan garantizar que no se conforma una junta cuyos miembros tengan la intención de ser un comité para hacer las alineaciones, lo que hacen los más inútiles.

Los directivos de menos de cuarenta y cinco años son poco habituales; los de menos de cuarenta, definitivamente raros. En cuanto al grupo de edad, la experiencia mundana y el aspecto físico, existe un parecido clarísimo entre los directivos de fútbol y los magistrados o los integrantes de los comités municipales de supervisión: ciudadanos con los pies en el suelo, chicos de la localidad de maduración tardía, con ausencia de conversación elaborada, con señales de haber consumido alcohol, con alta presencia de chalecos.

Dado el escenario del fútbol, este limitado agrupamiento es inevitable. Como, según las normas de la FA, los directivos no pueden cobrar, pocos hombres disponen del tiempo necesario para participar en una junta mientras todavía están creando su negocio o consolidando su carrera. Debido a las restricciones sobre la influencia que cualquier directivo (salvo el presidente)

puede tener en la gestión de un club, de entrada solo se incorporarán los muy pacientes o los descaradamente ambiciosos. La capacidad de gestión solamente se premia con un refuerzo del ego o con la satisfacción de los incondicionales tras la victoria sobre los adversarios. Y en el fútbol estas recompensas son importantes, pero no dan de comer.

Voy a referirme a dos ejemplos clásicos del tradicional seguidor convertido en directivo: Harold Needler, presidente del Hull City, y Bob Lord, que preside el Burnley. Su estilo personal los separa mucho; el deseo de éxito para sus clubes y la insistencia con la que lo buscan los conectan casi como si fueran almas gemelas.

Needler es un ricachón culto y refinado, de buena conversación y afable, con una fibra áspera de resolución y aplomo que se le percibe rápidamente justo por debajo de la superficie de la piel. Algunos hombres parecen ricos por los modales más que por los adornos; él es uno de ellos, uno de los señores locales de la industria cuyo sentido de la seguridad y la influencia habla por sí mismo con la infranqueable certeza de un mundo maleable. Needler es prácticamente el propietario del Hull City.

Lo conocí en marzo de 1966, en una jornada electoral, que en Hull tuvo una emoción añadida porque esa tarde se estaban preparando para un partido de sexta ronda de la Copa de la FA que les enfrentaría al Chelsea. En una época no muy lejana, aún fresca en la memoria, los torniquetes de Boothferry Park crujían penosamente por la rigidez causada por el desuso. Sin embargo, ahora el club vivía una avalancha de resurgimiento entusiasta. Tres horas antes del pitido inicial, había una cola que superaba el medio kilómetro a lo largo de las avenidas del polígono que rodea el estadio. El presidente se apeó del coche para disfrutar de una ronda de aplausos tan decorosa como la que saluda al palco real en Wimbledon. La aristocracia rural, incluso la dedicada a las graveras, recibe un trato diferente del de los profesionales del fútbol.

Hablé con él en el vestuario del árbitro, al parecer el único sitio no asediado por los cazadores de entradas. La placentera emoción de aquel día mantuvo en su rostro una sonrisa tensa casi todo el rato. Grandes cantidades de champán o la repentina noticia de un premio importante en las quinielas pueden provocar en las personas la misma embriagadora cordialidad. Sin lugar a dudas, se trataba de uno de los días más maravillosos de la vida de

Harold Needler.

Entonces de mediana edad, había sido aficionado del Hull City desde que se contaba entre las figuras más pequeñas del recinto infantil. Recordaba que el primer partido que vio en su vida fue el que el Hull jugó contra el Crystal Palace el 31 de diciembre de 1921. Es capaz de mostrar su detallismo nombrando encantado a los árbitros de los partidos de Copa del Hull en los años treinta. Esta ingente cantidad de información en apariencia trivial, que le venía a la cabeza sin necesidad de recurrir a libros de registros, es la señal distintiva de un acérrimo aficionado al fútbol. Needler admitía gustoso que si no fuera rico y presidente del club, sin duda estaría en esa ansiosa cola que se forma al otro lado de la valla.

El dinero le llevó a la sala de juntas. Inmediatamente después de la guerra, el club estaba en un estado lamentable, hecho trizas. Needler, que había ganado una fortuna en el negocio de las canteras, compró el campo por diez mil quinientas libras. Desde entonces es el presidente de la entidad.

La ciudad cerrada y pesquera del norte del estuario del Humber carece de la industria pesada y de la población urbana que suelen acompañar a los clubes exitosos de fútbol. No obstante, a finales de los cuarenta, el Hull consiguió subir de la tercera división a la segunda, donde permaneció hasta mediados de los años cincuenta. En marzo de 1966, teniendo como entrenador a un viejo zorro llamado Cliff Britton, estuvo a punto de superar la promoción para volver a segunda.

Needler tenía muy claras las ideas sobre cómo había que dirigir el club. Sabía sobre todo qué tipo de entrenador hacía falta. Decía que su técnico «ha de tener esa personalidad que la gente admire y respete». Y proseguía así: «Ha de ser capaz de controlar a los hombres, algunos de los cuales son muy duros. Por encima de todo, sus jugadores han de llegar a saber que él es justo con ellos». Como buscaba el éxito a largo plazo, Needler le ofreció a Britton un contrato de diez años, algo insólito en el fútbol británico. Para respaldar a aquel tipo con recursos sólidos, Needler liquidó en el club acciones de su empresa por valor de doscientas mil libras (más del doble que en 1966), a lo que posteriormente siguieron varios préstamos privados sustanciales.

El dinero se había gastado de forma imaginativa: refuerzo de la plantilla complementado con exhaustivas mejoras en el campo; así, cuando los aficionados quisieran regresar para ver ganar a su equipo, ciertas

incomodidades no serían excusa. Tres delanteros nuevos costaron ciento veinte mil libras; una tribuna nueva, ciento treinta mil; y la iluminación del estadio, cincuenta mil. Con otras cincuenta mil se construyó un nuevo gimnasio conforme a las indicaciones de Britton: un centro de entrenamiento para especialistas, de un tamaño equivalente a dos terceras partes de un campo de fútbol, con círculos y rectángulos marcados para las instrucciones tácticas y sin la típica acumulación de objetos irrelevantes: espalderas, cuerdas, colchonetas... Algunos otros clubes cuentan con salas de entrenamiento similares, la mayoría de los cuales tienen nombres más distinguidos que el Hull, como el Manchester United y el Burnley.

Fue la posición de Needler como propietario del club lo que le permitió impulsar esta política, pese a las muchas quejas de los seguidores. Poco dispuestos a ver al equipo sufrir una semana tras otra, mientras el hormigón nuevo tomaba forma y los métodos de entrenamiento creaban poco a poco una nueva fuerza en el campo, acudían a los partidos cuatro gatos. Por las verjas llegaron a pasar apenas cuatro mil personas; la ciudad no ocultaba su enfado ante aquellas «ideas fantasiosas». Una junta directiva con más miembros o que hubieran estado más divididos seguramente se habría desviado del camino por miedo y habría buscado un éxito más rápido y menos ambicioso. Needler se atuvo con determinación al plan acordado con su entrenador. Una hora antes del comienzo del partido de la Copa de 1966 contra el Chelsea, había cuarenta y cinco mil personas en el estadio.

El Hull perdió aquel partido por 3-1. El Chelsea era un equipo notablemente inventivo y dinámico, reducido a una aparente ingravidez por su entrenador de entonces, Tommy Docherty. El Hull acabó ganando el campeonato de tercera división, con cuatro puntos de ventaja sobre el segundo. Tras el partido con el Chelsea, se trató a la prensa con generosidad, de modo que incluso el señor Needler y su esposa se hacían cargo del bar cada vez que superaban a algún club de campanillas.

«De aquí a Europa», decían los bromistas una y otra vez entre sorbos de whisky, mientras un posible enfrentamiento entre el Hull City - Real Madrid abrumaba las mentes embotadas. La sonrisa de Needler brillaba a través de la noche. La tribuna de prensa estaba tan atestada como las gradas. Era lo que deseaba.

Una de las razones por las que la tribuna de prensa del Burnley no suele llenarse es la tendencia de su presidente a prohibir en ella la presencia de los reporteros. Bob Lord, presidente desde 1955, ha sido calificado en letra impresa como «el Jrushchov de Burnley». Y por ofensiva que sea tal descripción, en cierto modo, es oportuna desde el punto de vista físico, si recordamos la costumbre del mandatario soviético de golpear los muebles con el puño derecho. A Lord le habría parecido asimismo una ofensa cualquier insinuación de no estar firmemente al mando del club. Su dominio ha sido machacón, y se ha visto recompensado con el éxito. Desde que alcanzó la presidencia, se ha negado rotundamente a hacer campaña o a congraciarse con los demás para conservar el puesto. Un día me dijo: «Cada año les digo a los directivos: “Mirad, si no me queréis más, me parece muy bien”». Pero luego añadió: «Creo que quienes me quitaran la silla podrían verse en un aprieto». Desde luego no es un presidente al que se puede apartar fácilmente y con buenas palabras.

Lord es un apasionado devoto de su ciudad y de su equipo de fútbol. Ahora tiene sesenta años, y ha estado dirigiendo su negocio desde los diecinueve. Es un próspero carnicero con una cadena de tiendas que controla desde una gran oficina, frecuente y lacónicamente por teléfono, no muy partidario de dar dos veces las mismas instrucciones, demasiado decidido y convencido para perder el tiempo discutiendo. No se enfadaría si alguien lo describiera como un empresario típico de Lancashire, hecho a sí mismo, de la vieja escuela. Me decía: «Pregunta a cualquiera que haya trabajado para mí si pago buenos sueldos, y te dirá que sí. Luego pregunta si les hago trabajar duro, y te dirán que soy un tirano. Creo que no lo soy, pero es que espero algo a cambio de mi dinero».

Su aire impaciente, ajetreado, el tono áspero de la voz, sugieren la idea de que es un hombre acuciado por los problemas. «Todo lo que he tenido en la vida lo he conseguido luchando —dijo—. Tengo una máxima. Si alguien me vence en combate, no le echo la culpa. Me echo la culpa a mí mismo por haberlo permitido. Y luego digo: “¿En qué me he equivocado?”» Su actitud hacia el fútbol refleja la misma postura combativa e implacable que mantiene ante un mundo lleno de obstáculos que hay que superar y de trampas que hay que descubrir. De todos modos, también es un fanático de este deporte. Su decisión de ser el amo del club nació más de su fascinación por el fútbol que

de su preocupación por el estatus.

Lord nunca ha formado parte de la afianzada vieja guardia de los directivos de club. De esa gente que es contraria a cualquier cambio. Fue uno de los que con más firmeza apoyaron la demanda de salarios más altos para los jugadores en una época en que la Liga, por regla general, estaba reaccionando como los propietarios del carbón de entreguerras ante los manifestantes en las calles. Ha reprendido a algunos miembros de la Liga por su obstinada adhesión a viejos métodos que, en su opinión, han estrangulado el desarrollo del juego. Además, ha exigido que el profesionalismo llegue tanto a los directivos como a los árbitros. Si su forma de hablar suele ser ruda y su convicción de estar en lo cierto suele resultar exasperante, en sus opiniones sobre el futuro del fútbol se ha apreciado muchas veces innovación y sentido común.

Sin embargo, Lord no hace amigos y aliados con facilidad. Otro presidente me dijo que había acudido en varias ocasiones a reuniones de la Liga con el encargo de su junta de respaldar a Lord si su propuesta era convincente, pero cada vez se había abstenido de votar porque la exposición de Bob le había contrariado. La elección de Lord para el comité de gestión de la Liga en 1967, tras nueve años de intentonas, no ha reducido en esencia el vigor de sus inequívocas respuestas a las cuestiones futbolísticas controvertidas.

Para generar una agresividad de este calibre, hace falta un ámbito de conflicto intenso y permanente; la condición de «urgente» es la primera característica de este deporte. En presencia de Lord, nadie puede tomarse nunca el fútbol a la ligera. Tras un partido que el Burnley ganó por 4 a 0, alguien que le conocía bien se acercó a él con aire despreocupado y le dijo: «No está mal para empezar la temporada, ¿eh, Bob?». Lord se dio la vuelta y contestó: «¡No está “mal”! ¿Es esto todo lo que se te ocurre?».

Esta preocupación absoluta, arisca, por lo que pasa en el club ha llevado a Lord a reiteradas y enconadas desavenencias con periódicos y reporteros. No es el único presidente de club en haberse sentido ofendido por el modo en que la prensa ha realizado ciertos reportajes sobre la acritud en el fútbol; pero ningún otro ha reaccionado con tanta agresividad. Dos periódicos nacionales (uno dominical y otro diario) y una publicación semanal tienen prohibida la entrada a la tribuna de prensa del Burnley, con lo que sus enviados han de ver los partidos desde la grada; seis periodistas han sido excluidos de forma

individual. Cuando hablamos del asunto una tarde de 1966 en que se mostraba sincero y comunicativo, me resultó bastante difícil entender las laberínticas complejidades de las circunstancias. Lo que quedaba muy claro era que Lord estaba firmemente convencido de que todos los periódicos y periodistas implicados le debían disculpas y que no transigiría hasta conseguir las.

Su actitud ante la prensa no resulta desconocida para ningún periodista conectado con asociaciones de aficionados, consistorios o sedes de sindicatos. Esta labor conlleva cierta sensibilidad hacia lo que para Lord es «el poder de la pluma», referencia resentida, ligeramente envidiosa y siempre precavida. Es la actitud de los hombres que perciben muchos privilegios en el acceso de los reporteros a posiciones ventajosas y en su libertad para despachar, en unas cuantas palabras desapasionadas, las esperanzas, la angustia, la indignación o los triunfos de otra gente. Cuando experimenta uno de sus habituales estallidos contra la «injerencia» de los periodistas en asuntos «privados», Lord se hace eco del enfado de otros líderes locales en otros ámbitos, más allá del fútbol. A los jugadores del Burnley se les ha prohibido, bajo amenaza de multas, hablar con la prensa si no tienen permiso del club. De todos modos, esto no ha evitado que se hayan publicado diversas muestras de descontento.

Recientemente, en la temporada 1967-1968, el Burnley estuvo inmerso en una abatida inquietud. Gozó de muchos éxitos con Lord y con su entrenador, Harry Potts, que trabajó con firmeza sobre los cimientos y los entrenamientos que Alan Brown le había dejado en herencia. Sin embargo, el equipo que ganó el campeonato en 1960 y que perdió una gloriosa final contra el Tottenham en 1962, es actualmente un recuerdo de casi otra generación de jugadores. Burnley, ciudad pequeña de una región de población desperdigada, siempre ha tenido que apoyarse en jugadores de la casa, pues el club no dispone de la riqueza de los grandes centros industriales. De todos modos, lo que le pase al Burnley será importante para el fútbol, pues servirá para saber si un club con escasos recursos es capaz de seguir teniendo sitio, mediante el estilo y la resolución, entre los que por lo común arrastran a grandes multitudes. En la temporada 1966-1967, el campo del Burnley registró una asistencia media de 20.500 personas, aunque contra el Manchester United fueron 51.000; contra el Leeds, 35.000; y contra el Sunderland, 31.000. El Burnley nunca será capaz de mercadear mucho en la jungla de los traspasos; sus éxitos pasados han

dependido sobre todo de haber conservado un equipo integrado y mezclado de manera imaginativa. Puede que haga una venta espectacular, pero jamás una compra.

El impulso y el intenso compromiso de Lord con su club han concitado atención. Se ha acercado más que ningún otro presidente a una figura no permitida en el fútbol británico: el directivo profesional. El hombre ha sido fiel al escenario; en un club como el Burnley, la habilidad afable en el comité no tiene valor. Ahora se trata de saber si un hombre y un club así han sido superados por el coste puro y duro del fútbol en su nivel más competitivo. Lord sabe exactamente qué clase de hombre es y por qué tipo de fútbol quiere sudar la camiseta. Una vez me dijo: «Jamás querría ser presidente de un club de una ciudad grande, como los de Londres o Mánchester. Para los jugadores hay demasiadas tentaciones con toda esa vida nocturna alrededor. Demasiados problemas de disciplina». Es la postura de un presidente que hace suyos todos y cada uno de los problemas del club.

Ni Needler ni Lord representan del todo al directivo del fútbol británico por cuanto no encarnan un grado medio de poder local. No obstante, aunque ambos resultan casos especiales en este sentido, son personajes lo bastante comunes con respecto a la edad, la actitud, el chovinismo local o el ensimismamiento en el fútbol. Hay otros muchos presidentes que son diminutivos de estos dos.

La política interna que puso en práctica Lord para alcanzar la cabecera de la mesa (el tipo de maniobras para conseguir un puesto que durante su propio mandato él impidió en gran medida) suele apreciarse también en otros clubes. Los hombres ambiciosos intentan lograr un puesto, sabiendo que gozan de más posibilidades cuando el club no va bien. Los directivos arraigados cierran filas o se dividen ante el ataque, generalmente con arreglo a la fortaleza de la personalidad del presidente. Los clubes que están en una situación más sólida son aquellos cuyas juntas directivas respaldan de forma colegiada a un entrenador de confianza, cuyas solicitudes de ayuda (relacionadas quizá con desplazamientos lejanos para ver la clase de futbolista que quiere fichar, quizá con el bienestar de los jugadores muy jóvenes) concentran la atención de la junta en un servicio común. Un entrenador con una junta directiva enfrentada es como un hombre con úlcera de estómago, paralizado por una distracción

irritante.

En los clubes de la parte baja de la clasificación, en cuyos estadios la asistencia a veces no llega a las cuatro mil personas por partido, puede que los recursos personales de los directivos sean fundamentales para la supervivencia de la entidad. En estas circunstancias, los directivos acaso paguen de su bolsillo parte del salario de los futbolistas, se hagan cargo de la lavandería y el transporte, o abastezcan un modesto bar en el que agasajar a directivos de visita. Puede que estos gastos supongan para ellos una demanda constante, no solo una retirada ocasional de dinero de la cuenta corriente. Tanto en el presidente millonario que pone dinero en su club al modo de un padre indulgente que permite a su hijo favorito media docena de aniversarios cada año como en el pequeño contratista que le paga el sueldo al delantero centro, existe un vínculo de afecto hacia el fútbol que equivale a algo más que a cariño desenfadado: las necesidades del club les resultan ineludibles.

El afán de dominio, el deseo de relacionarse con el éxito, el placer de recibir aplausos por la generosidad, el tenaz apego a las escenas triunfantes de ayer: todo esto lleva a la gente a la sala de juntas del club. Sin embargo, el juego también engendra directivos ajenos al síndrome habitual.

He escogido a dos muy diferentes, en cuanto al estilo y el historial, así como en lo que tiene que ver con su motivación. Creo que muestran los dos polos del directivo en el fútbol: Denis Hill-Wood, presidente del Arsenal, y Ken Bates, presidente del Oldham Athletic. En las juntas directivas, son, de algún modo, los representantes de la escuela secundaria privada y de la secundaria de Brick Street: uno que se compromete con su deber, otro que reacciona ante la oportunidad.

Cuando pregunté a Hill-Wood si podía decirme exactamente cuándo fue elegido presidente del Arsenal, con un minúsculo asomo de reprensión en la voz dijo: «En el Arsenal no te eligen, solo te lo piden». Se removió en la silla y añadió: «Hace unos seis años».

Este es el estilo explícito, muy característico, de la escuela privada inglesa. No es una cuestión de acento, sino de molde: ausencia de esfuerzo en la certeza de la aceptación, indiferencia hacia los detalles banales. Hill-Wood habla de su familia y de su propia evolución a lo largo de la vida como cuando un hombre acompaña a las visitas del domingo por la casa señorial, con un

leve regocijo ante el embeleso admirativo y alejando la curiosidad de los rincones más privados con un cambio de dirección natural y amable.

Era el tercero de cuatro hijos de un productor de tejidos de algodón de Glossop (Derbyshire), criado en una época en que la prosperidad del reino del algodón en el noroeste, con sus fábricas negras y almenadas, iniciaba su declive. Aprendió sus primeras palabras en griego y latín (como estadio previo a la escuela preparatoria) de boca del secretario privado de su padre, Harry Stapley, futbolista del West Ham y de la selección. Stapley se enmarcaba en la tradición del factótum, indispensable y omnisciente, apropiado para las casas ricas de la época: en absoluto un sirviente, más bien un confidente familiar. En la familia, el fútbol era de suma importancia. Hill-Wood padre le había regalado a Glossop un equipo de la Liga, al modo en que dignatarios menores han obsequiado a los municipios con placas de plata. Hill-Wood lo explicaba así: «Supongo que mi padre consideraba su deber dar algo a la gente. Imagino que se decidió por un club de fútbol porque ya había escuelas y un hospital».

El Glossop estuvo una temporada en primera división y dieciséis en la segunda. Durante la Primera Guerra Mundial, el club desapareció de la Liga. Los Hill-Wood dejaron la ruinoso industria del algodón aproximadamente en el mismo periodo y se trasladaron al sur. En un momento dado, a Hill-Wood padre le ofrecieron un puesto en la junta directiva del Manchester United, pero en su lugar aceptó el que le ofreció uno de los caballeros del Arsenal. Al Arsenal jamás le ha faltado aristocracia en la sala de juntas.

La formación académica de Hill-Wood empezó en la escuela preparatoria de Ludgrove, aquella cuyos directores conjuntos eran las dos estrellas victorianas del fútbol que conocimos en el capítulo 1, G. O. Smith y W. J. Oakley. Allí el deporte se tomaba en serio, recuerda Hill-Wood; cuando se trasladó a Eton, ya se había vuelto adicto. En la actualidad, en Eton se juega al fútbol tanto como a la pelota [Fives], pero en la época de Hill-Wood no gozaba de gran estima. Él era, recuerda, el único suscriptor de la escuela a *The Athletic News*, un periódico de fútbol que informaba con detalle de todos los partidos de la Liga, para que sus lectores pudieran saber, en palabras de Hill-Wood, «cómo jugaba exactamente el interior derecho del Barrow».

Esto dice mucho en favor de la resuelta actitud de Hill-Wood ante el fútbol, hasta el punto de que logró formar un equipo, aunque a veces tuviera

que contar con uno o dos de sus sirvientes para completarlo. Cada temporada, los partidos de máxima rivalidad eran los que se jugaban contra la escuela secundaria de Slough. (Los graduados de clase obrera en literatura de la escuela privada Talbot Baines Reed saben cuáles solían ser las relaciones entre los caballeros de School House y los jóvenes bravucones urbanos, que acostumbraban a pelear con los pies, si no recuerdo mal las historias.)

Hill-Wood se mudó a Oxford, donde él y uno de sus hermanos representaron a la universidad en fútbol y críquet. Fueron los últimos hermanos en ganar gorras de críquet de forma simultánea, según decía Hill-Wood, «hasta que lo han hecho recientemente esos dos tipos indios, comoquiera que se llamen». Después de Oxford jugó de interior derecho en el Clapton, de la Liga Isthmian, y llegó al segundo equipo del Arsenal como delantero centro.

Entre tanto, su padre había llegado a ser uno de los presidentes de club de fútbol con un mandato más prolongado. Había ocupado la presidencia y la conservó «de forma discontinua», como dice su hijo, durante veinte años. «De vez en cuando, cesaba en favor de lord Lonsdale», recordaba Hill-Wood. Aquello comprometió a la familia con el Arsenal. A su debido tiempo, se le pidió a Denis Hill-Wood que se incorporase a la junta; desde entonces, su hijo Peter ha ocupado también un asiento en ella.

Fue bajo la primera presidencia de Hill-Wood cuando el Arsenal inscribió su nombre como uno de los clubes de fútbol más importantes de la historia. Es una fama especial, que perdura incluso en la actualidad, cuando el equipo londinense tiene pocos éxitos grabados en la memoria viva de la mitad de los aficionados. Durante los años treinta, el club ganó cinco veces el campeonato de Liga y dos la Copa de la FA; en todo caso, el aura predominante del Arsenal era de prosperidad y distinción metropolitanas más que de brillantez en el terreno de juego. Esto tiene que ver con la envidia y el resentimiento persistentes en provincias, sobre todo en las regiones del norte, cuyas aficiones futbolísticas siempre han preferido machacar a los equipos de Londres por encima de todo. Los del Arsenal eran los niños mimados, privilegiados y ganadores pertinaces del fútbol de Londres en aquella década anterior a la Segunda Guerra Mundial, que tan dura fue para las zonas industriales del norte. Y ahora resulta muy satisfactorio pisotear sus colores. Sin embargo, el placer disminuye si se les considera adversarios mediocres.

El actual presidente comprende este estatus especial. «La gente aún espera más del Arsenal que de la mayoría de los demás equipos —decía—. Si uno de nuestros jugadores comete una falta, los seguidores contrarios se muestran horrorizados.» Anoté este comentario con especial cuidado, pues era una visión insólita del fútbol, del que hace poco se han certificado sus aspectos más feroces en Liverpool y Leeds. Hill-Wood llenó la pausa con una amable cláusula adicional: «Nosotros también, claro».

De hecho, en la época de esta entrevista, el Arsenal se había visto implicado en una serie de estallidos de violencia especialmente desagradables en el terreno de juego. Había habido dos partidos con el Burnley que serían recordados más por los episodios violentos que por los goles; por consiguiente, las autoridades tomaron las medidas disciplinarias oportunas. A alguien de fuera, en los últimos años, el Arsenal le habrá parecido un equipo realmente tosco. La incapacidad de Billy Wright para elevar el nivel de juego le ha costado el puesto de entrenador, y su sucesor, Bertie Mee, se ha concentrado en endurecer la resolución defensiva excluyendo todo talento notable en ataque. Hill-Wood insistía en que el trabajo del presidente era ser «jefe de entretenimiento». «El presidente ha de procurar que el entrenador construya un equipo ameno», decía. A continuación, matizó esta afirmación con una interpretación rotundamente pragmática de lo que significa la palabra «ameno» en el contexto del fútbol profesional. Dijo: «Cada aficionado al que preguntes te dirá que quiere ver fútbol alegre, abierto. Pero lo que en realidad quiere el aficionado es ver a su equipo ganar». El papel del presidente consistía en «convencer al entrenador de que el equipo obtuviera aprobación».

A este cortés e ingenioso corredor de Bolsa no le importa en absoluto hablar del delicado ámbito que hay entre el deber de persuasión del presidente y las tentaciones de injerencia. Esperaba no entrometerse nunca, decía, poniendo mucho énfasis en la palabra, «a menos que las cosas marcharan tremendamente mal». Por otro lado, su preocupación y la de su junta en el club eran cercanas, personales y permanentes. Cuando estaban convencidos de una medida en concreto, la persuasión no era solo un derecho suyo, sino que les era exigida. Comprar y vender jugadores no era algo que hubiera que dejar sin más en manos del entrenador. Había que consultar a los directivos y obtener su consentimiento; no estaban ahí solo para ser informados.

Según Hill-Wood, había un ámbito en el que esperaba hacerle al Arsenal

un servicio duradero. Estaba resuelto, decía, a que el club contara con un ayudante de entrenador, capaz y experimentado, que pudiera hacerse cargo del equipo en caso de súbita pérdida del responsable principal, como había pasado ya en dos ocasiones. A su entender, tal pérdida de continuidad en la dirección había sido una de las razones fundamentales de los pocos éxitos del Arsenal en los últimos años. En todo caso, parece claro que esta insistencia en la necesidad de un ayudante va a disminuir la importancia del individuo en el puesto de entrenador.

Hill-Wood es un hombre atento, de aspecto inofensivo, pero su dureza es evidente. Raro es el día en que no habla varias veces por teléfono con el club. Se desplaza con el equipo a casi todos los partidos de Liga en campo contrario. Ha establecido para los jugadores un interesante sistema de bonificaciones basado en premios por servicios prolongados: con ello se pretende estimular la lealtad para contrapesar los porcentajes de las primas por traspaso.

Su juventud, con su distinguida opulencia, y su actuación en el escenario cotidiano en los rituales de los traficantes de dinero de Threadneedle Street, donde los hombres se visten como si fueran a un funeral desenfadado (sombreros negros y claveles) para ir a trabajar, hacen de él un personaje curioso en un deporte caracterizado por un elevado grado de ruda acritud. Encaja a duras penas en un mundo donde a los seguidores más zafios les gusta cantar al unísono obscenidades y palabrotas, donde se trata a los árbitros con la misma hostilidad inyectada en sangre que emplean en los lavabos de los ferrocarriles. Se sabe, desde luego, que los hombres de la escuela privada libran batallas formidables en los partidos de rugby. Aun así, a este viejo etoniano en concreto le costaría establecer su identidad como aficionado si apareciera en la Kop de Liverpool.

Le pregunté si, en el caso de haber sido el hijo de otro y no de un antiguo presidente del Arsenal, habría sido un habitual en los partidos del sábado. Ante eso sonrió y dijo que, en su opinión, probablemente no habría sido socio de ningún club profesional. Vive en Basingstoke, que no está precisamente a la sombra de las torres de iluminación de ningún club. Habría estado vinculado al fútbol, sin duda, decía, pero quizá como presidente de un conjunto *amateur* que le quedara cerca de casa. La Kop jamás entendería que alguien no prefiriese, por encima de todo, su fútbol al deporte *amateur*.

Y

Ken Bates es uno de esos magnates jóvenes de posguerra, intolerante con las formalidades, muy consciente de su sagacidad, de carácter atrevido. En una docena de años en sus negocios, ha añadido una inmensa superficie de tierra en Sudáfrica y diversas propiedades comerciales en el Caribe a un capital basado en graveras del noroeste de Inglaterra. Vuela atareado por el mundo, dando instrucciones perentorias por cable y teléfono. Su oficina central es una *suite* de planta abierta pintada de blanco, situada en la parte trasera de una elegante y vieja casa de campo de la zona boscosa de Cheshire. Es londinense y, con su hablar suave y rápido, además lo parece. Luce barba, lo que le confiere cierta mirada de zorro, y tiene una atractiva esposa y cinco hijos. A los treinta y ocho años ha sido rico el suficiente tiempo para poder quitarle importancia a tal circunstancia. Viste cárdigans de lana pensando en la comodidad y en nada más. Ya no pertenece a clase alguna, salvo a la de la gente próspera. Y es sincero. A finales de 1965, se convirtió en presidente del Oldham Athletic.

Se hizo cargo del club «estando este en las últimas», tal como dice él mismo. En los partidos de casa, la asistencia había bajado a cuatro mil personas, desperdigadas en pequeños grupos en un estadio al que en 1930 habían acudido más de cuarenta y siete mil aficionados para ver un partido de la Copa de la FA. Existían dos organizaciones rivales de seguidores, ninguna de las cuales era muy activa. Había muchas posibilidades de bajar a cuarta división al final de la temporada. Cuando el club intentó recaudar dinero con una emisión de acciones, Bates compró diecinueve mil de las cuarenta mil. Era como tomar el control de la entidad.

Esta situación era especialmente inusual toda vez que Bates no tenía otros vínculos con Oldham. Hasta hacía poco había sido titular de un abono de temporada del Burnley porque había vivido cerca de la ciudad. Como aficionado al fútbol, decidió que le gustaría ver qué era capaz de hacer con un club ruinoso si se hacía cargo de él. Escogió el Oldham porque, tras examinar con atención el campo, como haría al plantearse la adquisición de una cadena de zapaterías, llegó a la conclusión de que era el único club disponible que podía satisfacer su ambición.

Se trataba de pragmatismo comercial aplicado a la elección de un nuevo pasatiempo. Me dijo: «La única manera en que, por lo general, puedes meterte en un club de fútbol es en una época de dificultades. Yo quería estar relacionado con un club pobre que en otro tiempo hubiera tenido éxitos. Esto era importante, pues significaba que la gente se sentiría atraída por el recuerdo de lo que había sido antaño la entidad. No obstante, el primer requisito era que hubiera una población numerosa. Vi que en el noroeste había solo dos clubes que satisfacían estos criterios. Uno era el Stockport, que ya se lo había quedado alguien, y el otro el Oldham. Seamos francos. ¿Qué jugadores quieren ir a vivir a Barrow?»

Explicó que, al instalarse, con los directivos dejándole paso de buen grado (el anterior presidente pasaba a ser vicepresidente), se encontró con una situación deplorable. El banco se negaba a conceder más créditos, el terreno de juego se encontraba muy deteriorado, el «despacho» del entrenador era una mesa en la oficina multiusos del club. La *pièce de résistance*, el no va más, era la sala de juntas: tres mesas juntas cubiertas con un mantel de hule. «El público del Oldham había pagado la iluminación del campo —explicó—, que había costado dieciocho mil libras, y no se había pintado nunca para prevenir la corrosión.»

Por desgracia, la imagen es típica de los campos de los clubes situados en la parte inferior de la clasificación, resultado de años de declive desde la época en que la costumbre y la ausencia de competición seria en otras formas de entretenimiento habían bastado para llenar las gradas de unos espectadores de quienes jamás se esperó que reclamaran comodidades. Bates llevó a cabo cambios rápidos: trazó un plan a largo plazo incluido en un memorándum de ocho páginas que contenía asimismo un presupuesto detallado.

El club, según me dijo, había llegado a ser conocido como «un lugar de reposo para jugadores viejos». Se quitó de encima a veintiuno; la ganancia por la liquidación fue de doscientas cincuenta libras, cantidad que en la actualidad es aproximadamente el salario de siete semanas de un futbolista del primer equipo. El mes anterior a la entrevista, Bates había rechazado ofertas que ascendían a cien mil libras por algunos de sus jugadores. Querían pagar treinta mil por uno que había costado doce mil.

Bates investigó y averiguó que la permanencia media de un entrenador en cualquier club de la Liga era de dos años y nueve meses. Y fichó para el

puesto a Jimmy McIlroy, antiguo delantero del Burnley y del Stoke City, que tenía gran experiencia como internacional y a quien le firmó un contrato de cinco años. Sus innovaciones, con los consejos y el respaldo de McIlroy, incluían, para elevar la moral del club, ideas tan dispares como la creación de un centro de formación de jugadores o la instalación de asientos de avión y mesas de juego en el autobús del equipo. La imagen que se proponía conseguir era la de un club optimista capaz de prometer a jugadores jóvenes con talento una recompensa equiparable a la de los clubes más famosos.

También se esforzó por conseguir que el estadio fuera más cómodo para los espectadores, convencido, eso sí, de que no cabía esperar la asistencia de grandes multitudes hasta al cabo de algunas temporadas, cuando los planes de entrenamiento de McIlroy a largo plazo desembocaran en éxitos significativos. Quizá la gente estaba dispuesta, decía, «a venir y ver a un equipo realmente bueno aunque tuviera que permanecer de pie con los tobillos metidos en el fango». Pero lo apremiante era recuperar una multitud modesta proporcionándole asientos y aseos limpios, y todo recién pintado. Depositó en el club unas cien mil libras, procedentes sobre todo de sus intereses comerciales. Las mejoras en el terreno de juego costaron cuarenta y cinco mil libras. Siguió el ejemplo de uno o dos de los clubes más prestigiosos al ofrecer a los espectadores palcos privados a razón de veinticinco libras por asiento y temporada, y rápidamente se ha hecho pleno de abonos. Aumentó los precios de las entradas en uno o dos chelines.

Su planteamiento no fue muy bien acogido en la ciudad. «Cuando llegué y empecé a gastar dinero —decía Bates—, recibí cartas con frases como: “Dios le bendiga, señor B., es nuestro salvador”. Pero, cuando subí los precios, las cartas cambiaron de tono. Ahora decían: “Vete a la mierda, ricachón, ¿qué sabrás tú de fútbol?”. Pero lo que más me animó fue ver que la gente joven estaba de mi parte.»

Dedica algunas palabras mordaces a las actitudes inamovibles de ciertos miembros de la generación anterior. «¿Qué tenemos en el fútbol? —dice—. Pues tenemos a unas cuantas personas deslomándose para conseguir dinero que permita subvencionar el juego para que otras personas lo compren a un precio inferior al de producción. La gente es que no se da cuenta de lo barato que le sale el fútbol. En Sudáfrica, el pobre y hambriento africano está pagando un mínimo de siete chelines para ver un partido.» (En 1968, en

Inglaterra, los espectadores todavía podían ver un partido de la primera división por cuatro chelines en localidades de pie.)

Bates ha introducido en el fútbol una mentalidad marcadamente comercial, aceptando que el primer principio del éxito en los negocios (es decir, ganar dinero) no tiene por qué ser aquí un objetivo. Sin embargo, subraya, a menos que los clubes de fútbol sean capaces de manejar grandes sumas de dinero, jamás podrán lograr éxitos importantes. Para un presidente de un club ambicioso que pretenda impulsar a una organización en decadencia hacia lo más alto de la competición, la rentabilidad es vital.

En cuanto a la situación financiera del club, sus cifras reflejan de modo espectacular los desequilibrios existentes en este deporte. Un club medio de la tercera división ingresa unas mil quinientas libras en cada partido de casa; los cuatro o cinco de arriba de la primera división suelen recaudar ocho o nueve veces más. No obstante, aunque los sueldos del primer equipo del Oldham no llegan a ser, de media, más de una tercera parte de, pongamos, los del Manchester United, dirigir el club de Bates aún cuesta setenta y cinco mil libras al año; los costes del Manchester United no son diez veces superiores, por supuesto. La brecha económica entre los clubes pequeños y los grandes de la Liga se agranda de una semana a otra.

Jimmy McIlroy, sentado con pantalón corto y la parte superior del chándal frente a su escritorio tras una sesión de entrenamiento, se mostraba precavido respecto a la velocidad con la que su club era capaz de abrirse camino hasta lograr estar en el candelero. Sabía que el éxito dependería sobre todo de lo bien que trabajaran sus chicos. De cinco chavales irlandeses, tres habían sido internacionales escolares, y dos internacionales juveniles. «El Oldham nunca había tenido muchachos así», dijo.

Sin embargo, el dinero es siempre importante, y un mal inicio en la temporada 1967-1968, cuando el equipo sufrió una serie de lesiones, redujo considerablemente la asistencia a los partidos de casa. La temporada anterior, el promedio de espectadores había sido de diez mil; ahora había tres mil quinientos menos. Bates anunció, para conocimiento público, que había puesto en el club todo el dinero que había destinado a tal fin.

Bates, el chico londinense convertido en empresario del norte, ha perdido aquel primer entusiasmo que le proporcionó su nuevo *hobby*. No habla del club con cara seria, pero desde luego tampoco a la ligera. Quiere sinceramente

hacer buena esta afirmación: «Creo que hacia 1970 estaremos en la primera división..., solo haciendo las cosas apropiadas con coherencia, pues incluso al más desdichado le llega su día de gloria». Aunque no lo consiga, al menos habrá disfrutado de la satisfacción que experimentan los aventureros hombres de negocios que se dan a sí mismos «la oportunidad de poner en práctica tus propias teorías».

Es un presidente que tiene poco que ver con los más comunes en el fútbol británico. Su implicación local es de verdad. Estamos ante el pasatiempo que ha elegido. Hubiera sido diferente si el fútbol no hubiera sido siempre una de sus pasiones; fue solo la intransigencia de su director de escuela lo que le mantuvo apartado del personal del estadio del Arsenal cuando era más joven. No obstante, ha introducido con frialdad algunos de los valores y métodos del moderno mundo empresarial en un nivel del fútbol que lleva inherente en su carácter una decidida indiferencia hacia tales prácticas. Por otro lado, los éxitos y los fracasos en el Oldham tienen importancia para el deporte. Bates es tajante: «Al final, el éxito viene de la mano del dinero».

EL ÁRBITRO

«Me he enfadado mucho cuando no he tenido el partido que pensaba que debía haber tenido. A veces he tenido que correr la banda por otro cuando creía que el partido era mío por derecho. Después me he dicho a mí mismo: “Habría podido comerme a ese chico..., comérmelo”. Aun así he ido hacia él y le he estrechado la mano y le he dicho: “Bien hecho, hijo”. Bueno, esto es deporte. Desde luego que sí.»

El árbitro de fútbol que me dijo esto revelaba mucho más que el hecho de que, en su opinión, no había estado bien recompensado por su esfuerzo. Hablaba en nombre del equipo arbitral, que pasa casi desapercibido tanto para los jugadores como para los hinchas: de su sitio como parte del juego.

En el fútbol inglés, hay entre quince mil y veinte mil árbitros, incluidos muchachos de dieciséis años y hombres de mediana edad con barriga y gafas inapropiadas. Miles de ellos jamás salen de la categoría ínfima del fútbol de esos desmañados partidos del domingo por la tarde, en las áreas recreativas que brotan como penachos entre las hileras de viviendas de protección oficial y los anillos de circunvalación. Para muchos miles más existe, al menos en algún momento de su vida, la esperanza real de abrirse camino hasta los ochenta de la élite, los designados como árbitros de la Liga de Fútbol. Algunos centenares llegan al obstáculo previo a ese objetivo feliz: ser aceptado como juez de línea de la Liga (la promoción final para ser árbitro de la Liga se hace a partir de los jueces de línea).

Los árbitros viven la selección para los partidos más prestigiosos, como la final de la Copa de la FA o los encuentros internacionales, con tanto anhelo y orgullo como los jugadores. El secretario de la Asociación de Árbitros habla del privilegio de «pisar el césped de Wembley» tan impresionado como haya podido contármelo cualquier jugador. Los árbitros padecen tensión antes y durante los partidos, igual que los futbolistas; reconocen que en su círculo hay celos y venganzas; llegan a ser celebridades menores; reciben cartas con elogios y agrios insultos de personas que no conocen. Se consideran a sí mismos parte de la acción, más próximos a esta que los entrenadores. Como

pasa con los jugadores, cuando un árbitro deja de recibir cartas y de ser abucheado con ganas fuera del terreno de juego es cuando empieza a preocuparse más por su futuro.

A primera vista, en el fútbol de máximo nivel, el árbitro es una figura anacrónica. Sigue siendo un trabajador a tiempo parcial (de hecho, prácticamente un *amateur*) que dirige un partido en el que los salarios de los jugadores suelen ascender a dos mil libras y cuyo marcador final puede depender de sus decisiones como juez de la contienda. No obstante, está sometido solo a un grado mínimo de entrenamiento formal; en la mayoría de los casos, pasa el resto de la semana ocupando un puesto de escasa importancia en la oficina de alguna empresa; y cobra diez libras y diez chelines por partido, con la opción de seis peniques por milla o el billete de tren en primera clase en los viajes, así como una asignación de dos libras y diez chelines para pernoctar en un hotel. Aunque el fútbol ha cambiado de forma espectacular en lo relativo al ritmo, la competitividad y la ansiedad por lograr los objetivos, todavía está controlado en el campo, donde más importa, por los empleados, tenderos y capataces que decidieron dedicarse a eso cuando comprendieron, a su pesar, que jamás serían jugadores competentes.

Las opiniones favorables y contrarias a la implantación del profesionalismo entre los árbitros se abordarán en el último capítulo. Aquí quiero hablar sobre la naturaleza del trabajo y del hombre que lo realiza.

Existen algunos árbitros de la Liga con destacadas titulaciones en su actividad laboral cotidiana, pero casi todos han de subordinar la ambición, incluso el esfuerzo, en su trabajo cotidiano a la posibilidad de llegar a utilizar en el fútbol profesional el *Acme Thunderer*, es decir, el silbato estándar de los árbitros británicos. Dada la mayor velocidad en el juego y la gran atención crítica que actualmente se presta al arbitraje, se acepta que, si un hombre no ha figurado en la lista de linieres de la Liga a los treinta y pocos años, no arbitrará jamás un partido de la competición. Cada árbitro ha de empezar desde el nivel más bajo. Para ascender por el escalafón, a través de las ligas locales y regionales, ha de comenzar, como muy tarde, antes de superar los veintipocos años. La Liga fija la edad de jubilación a los cuarenta y siete.

Maurice Fussey es uno de los árbitros más conocidos del campeonato. Despierta la atención debido tanto a los chistes obvios propiciados por su nombre [*fuss*, escándalo, alboroto] como a su llamativo aspecto. Es un tipo

alto, una especie de comandante al galope, de pelo escaso y con un bigote rubio siempre recortado de manera uniforme. Fuera del campo se muestra relajado y afable, atento a las preguntas y dispuesto a contar inofensivas historias sobre rarezas de jugadores famosos y de otros árbitros. «¿Sabías que hay un árbitro que siempre se toma un baño caliente veinte minutos antes del partido? —me dijo un día—. Yo siempre le digo que esto no puede ser bueno para la salud, pero él contesta que es lo único que le relaja.» En el terreno de juego, Fussey se mueve haciendo unos gestos inolvidables.

Es célebre por sus frenéticos *sprints* hasta el lugar de la infracción. Sus blancas rodillas se mueven con brío y los codos suben y bajan de modo que los puños cerrados golpean el aire junto al mentón. Es una imagen de apremio: la autoridad hecha un manojo de nervios. La gente suele reírse o ulular para animarle o burlarse de él, en función de si la decisión beneficia o no a su equipo. A Fussey no le molesta. Para empezar, esto rebaja un poco la tensión en el ambiente. Además, como su principal preocupación es llegar al sitio del problema lo antes posible, le da igual que su estilo sea desgarrado. «El caso es que, cuando pitas una falta —decía—, la reacción inmediata del jugador es volverse y mirarte. Es algo instintivo. Y, claro, si estás a veinte metros, va a discutir porque tiene tiempo. Pero si ve que estás justo a su lado, aunque acabes de llegar, se lo pensará mejor.»

Los árbitros están metidos de lleno en el sudor y el fragor del partido. Están cerca del dolor y de la furia que la multitud solo puede observar desde lejos (y, por eso mismo, habitualmente de manera imprecisa). Los árbitros son conscientes de lo que los jugadores se dicen unos a otros. Ven la evolución del resentimiento en el partido mucho antes de que los espectadores vean su explosivo resultado.

A los árbitros les gusta pensar que los jugadores les respetan por ser sagaces e imparciales; en este aspecto, son como los maestros de escuela, que se consideran a sí mismos muy cercanos a los niños, o como los inspectores de policía, para quienes el toma y daca con los criminales es, a la larga, la mejor manera de tratarlos. Fussey expresaba esta actitud de forma explícita cuando decía, con un orgullo y un placer evidentes, que determinado jugador internacional escocés, famoso por su temperamento imprevisible, «no me guarda ningún rencor por que yo lo haya expulsado». Estaba confirmando la misma idea cuando decía que otro internacional impulsivo «responde al

tratamiento adecuado». Este hombre, explicaba, era «todo un personaje, en serio, y de nada valían las amenazas». Por lo general, decía Fussey, consideraba que los futbolistas profesionales eran «una gente fantástica», lo cual es muy generoso de su parte teniendo en cuenta la mala opinión que suelen tener los jugadores sobre los árbitros.

Sorprende hasta qué punto los árbitros se ponen del lado de los jugadores, mientras estos se desvinculan desdeñosos de toda conexión con aquellos. No hay ninguna duda sobre quién querría ocupar el sitio del otro. Hay una idea romántica (en mi opinión, poco realista) sobre el arbitraje, expresada en palabras de sir Stanley Rous, presidente de la FIFA (la autoridad internacional del fútbol): «Es un trabajo para voluntarios que están prestando un servicio al país». No es el civismo lo que genera en un hombre la ambición de dirigir partidos importantes de fútbol, por mucho que las autoridades insistan en tratarlos como servidores públicos. Como pasa con los entrenadores y los directivos, desde luego los árbitros están cautivados por el fútbol, y la recompensa material es cuanto menos insignificante. De todos modos, hay más satisfacción del ego que desinterés por el motivo. El árbitro quiere ser reconocido en el partido, sentir que es importante. Incluso quiere caer bien.

El éxito como árbitro exige un gran entrega al trabajo. Un colegiado ha de mantenerse en una forma física que vaya mucho más allá de la normal para un hombre corriente de su edad. A sus cuarenta y tantos años, ha de procurar mantener estrecho contacto con el ojo del huracán del partido, siguiendo muy de cerca la acción principal todo el rato. Un árbitro jadeante se muestra aturullado e incompetente, vulnerable a los insultos de los jugadores y con pocas posibilidades de dominar la situación. Rous insiste en que para el juego es fundamental que «volvamos a la posición donde estábamos, cuando los jugadores siempre aceptaban la decisión arbitral como inapelable». El problema es que algunos árbitros inspiran este grado de obediencia de los jugadores; otros, desde luego, no se hacen acreedores a él. Fussey, como otros árbitros destacados, considera que para un arbitraje efectivo la condición física es la cualidad esencial.

Fussey, licenciado con un empleo administrativo en el Consejo Británico del Carbón, vive centrado en el fútbol. Se entrena dos tardes y cuatro mediodías a la semana, sobre todo en el campo del Doncaster Rovers. El sábado que no dirige algún partido de la máxima competición (uno de cada

cinco) se prepara por la mañana; por la tarde, o bien mira, o bien arbitra partidos escolares. Empezó a arbitrar a los veintiún años y tardó once en pitar partidos de la Liga.

Fussey decía que apenas era consciente de la reacción de la multitud; los insultos y los gritos de los espectadores solo le llegaban con claridad muy de vez en cuando. En medio del clamor general, hacía falta un momento de calma para que la palabra «cabrón», el epíteto más frecuente, alterara su concentración.

Suele llevar una insignia de la Liga de Fútbol en el bléiser. Según decía, fuera del campo, los sábados, o en la calle durante la semana, la gente le paraba a menudo para decirle algo como: «Ah, te recuerdo. Tú pitaste un penalti a fulano en la Copa de 1962. Si no hubiera sido por ti, habríamos ganado». Las polémicas que más se le pedía que resolviera tenían que ver con interpretaciones de la regla del fuera de juego. (Esta regla obsesiona tanto a algunos colegiados como a los espectadores. Un árbitro de la Liga ha puesto a su casa el nombre de «FUERA DE JUEGO».)

Fussey decía ser consciente de la tensión en los partidos, pero no creía sentir inquietud por ello. «Pero en cuanto saltas al terreno de juego, sabes que solo tú puedes tomar decisiones. Es una verdadera responsabilidad, y así lo percibo. No lo niego.» Cuando empezó a arbitrar mostraba un vivo interés, pero no se sintió enseguida imbuido de ambición, explicaba. «Sin embargo, en cuanto me di cuenta de que estaba haciendo progresos, supe que tenía que ser árbitro de la Liga. Fue entonces cuando empecé a tomármelo con entusiasmo, y lo hice como es debido.»

Además de la forma física, mencionaba otras dos cualidades de un buen arbitraje. Un árbitro ha de ir siempre bien vestido y tiene que ser discreto por naturaleza: es decir, no debe dejarse llevar por actitudes impulsivas en momentos de estrés, pues esto enoja de inmediato a la gente. ¿Otra vez lo del policía bueno?

Los árbitros de la Liga visten un uniforme estándar: camiseta y pantalones cortos negros. Según Fussey, era más probable que la gente mostrara deferencia ante un hombre cuya vestimenta estuviera siempre limpia y bien planchada. Decía al respecto: «Da la impresión de que va a tomárselo en serio. No vas a respetarlo si lleva unos pantalones sucios y una camiseta vieja y desaliñada». Fussey añade a su uniforme puños blancos de manga de camisa.

Son un extra opcional que aporta algo a la presencia del árbitro y ayuda a que los jugadores le vean, explica, cuando levanta el brazo derecho. Congelado en este gesto imperioso, con el índice derecho apuntando al cielo, le da igual las risitas que corran por la grada si disuade a los jugadores de desobedecerle.

El trabajador a tiempo parcial que impone disciplina a los profesionales es, a su vez, evaluado por *amateurs*. Después de cada partido, las directivas de los dos equipos han de informar a la Liga sobre la actuación arbitral. Literalmente, «le marcan la tarjeta». Se les pide que puntúen al árbitro en una escala de cero a cuatro: la falta de marcas lo condena por incompetente, una revela que es «flojo», dos o tres le colocan entre los niveles de «aprobado raspado» y «satisfactorio», y la nota máxima lo consagra como «bueno».

Los árbitros se dividen según el valor de este sistema. (Para los clubes, no es algo opcional; si no entregan un informe, pueden ser multados con cinco libras.) Los colegiados más seguros de sí mismos tienden a defenderlo con el silencio, despachando el tema con la observación de que los buenos árbitros no tienen nada que temer. Otros critican la arrogancia del procedimiento. Algunos señalan el dislate de ser evaluados por directivos a los que quizá se ha señalado un par de penaltis en contra. El argumento en favor del sistema dice que, en efecto, entre las opiniones de los directivos más contrariados y las de los más complacidos surge, a lo largo de los meses, una media razonable de la capacidad del árbitro. Sin embargo, de nuevo se hace patente la existencia de una enorme diferencia de actitud entre la intensa preparación de los jugadores para disputar el partido y el estilo burdo, muy impreciso, mediante el cual la autoridad supervisa el asunto. En las regulaciones de la Liga, no hay absolutamente ninguna garantía de que quienes evalúan a los árbitros conozcan realmente la regla del fuera de juego.

Esto no equivale a decir, por supuesto, que no haya clubes con un vínculo estrecho con el arbitraje. Varios árbitros jubilados han llegado a ser directivos, y algunos clubes suelen invitar a colegiados a hablar con ellos y los aficionados sobre su trabajo. No obstante, ni los árbitros ni la Liga ni la FA pueden influir en la atención que los clubes prestan al problema del arbitraje más allá del propio grado de interés de los directivos. El árbitro se halla en la poco satisfactoria posición de un asesor que va a juzgar, tiene instrucciones de no tolerar injerencias, y luego se ve sometido a las críticas de

sus patronos por su ineptitud para el empleo.

En estas circunstancias, uno de los colegiados ingleses del Mundial de 1966, Ernie Crawford, no exageraba al decir que el árbitro necesitaba, por encima de todo, «tener la piel de un rinoceronte y estar sordo como una tapia». Le llega el aliento de fuego de la multitud, las palabrotas que le farfullan los jugadores, y luego puede que algunos directivos que han visto el mismo partido le acusen de poco rigor o de exceso de celo. Como me dijo Crawford, «solo con que el árbitro cometa un fallo clamoroso, se olvidan las demás cosas que ha hecho en el partido».

Crawford alcanzó la edad de jubilación después de la Copa del Mundo, por lo que, cuando hablamos en su casa de Doncaster, tenía ganas de repasar su carrera como árbitro. Cuesta imaginar un ejemplo más explícito de competidor deportivo al que los años han apartado a un lado. La cita que encabeza este capítulo era suya. En ella recordaba su amarga decepción por no haber sido elegido para un partido de los importantes. No obstante, su época como árbitro también tuvo momentos de esplendor. «Cuando recibes una carta de Lancaster Gate (sede central de la FA) en la que te dicen que has sido escogido para arbitrar un partido como Inglaterra contra Joven Inglaterra, bueno, las paredes empiezan a temblar y eres capaz de salir a la calle corriendo a besar a la gente. Es como ser escogido para jugar con la selección inglesa», decía.

Crawford, un hombre bajito de Yorkshire con el desconcertante *vibrato* del instructor militar en su voz, arbitró en diez países y jamás consideró necesario, ni siquiera pertinente, ocultar lo bien que se lo había pasado con el *glamour* y el dramatismo de los emocionantes partidos de exhibición del fútbol internacional. Lo único que lamenta es no haber pitado nunca una final de la Copa de la FA; no obstante, en su salón me enseñó las brillantes copas y placas que llenaban una vitrina y rememoró con gran precisión los distintos acontecimientos a los que correspondían. Me llevó por toda la casa, demorándose en cada uno de los recuerdos que decoraban casi todos los rincones y paredes. Había platos de porcelana, muñecas, copas de cristal, un silbato de oro, una caja de puros, placas decorativas y medallas, un toro ornamental, jarrones. Casi todo eran regalos de clubes extranjeros o de ricos patrocinadores del fútbol cuyos nombres no significaban nada para él. Desde Italia le llegó un delicado juego de café, en cuya dirección simplemente ponía:

«E. CRAWFORD, EL ÁRBITRO, INGLATERRA». En cierta ocasión en que arbitró en un torneo de clubes en Barcelona, sin ninguna conexión británica más allá de su propia presencia, los altavoces acallaron a la multitud con una versión completa del *God Save the Queen*. Para conmemorar su elección como árbitro del Mundial, el Ayuntamiento de Doncaster le regaló un bléiser con el escudo de armas del municipio bordado en el bolsillo del pecho.

Crawford fue árbitro de la Liga durante quince años. Se decidió por este trabajo en respuesta a la sugerencia de uno de los personajes futbolísticos más ilustres de su zona poco después de admitir para sus adentros que jamás podría ganarse la vida como futbolista. Recuerda su debut como árbitro en el fútbol local con el mismo encogimiento de dolor que exhiben ciertas personas al recordar su primera visita al dentista o la primera caída desde una pared rocosa. El partido era un «derbi» local entre dos equipos del mismo pueblo minero. «Fue la peor experiencia de mi vida», explicaba. En los primeros cinco minutos, señaló un penalti. «Coloqué el balón en el sitio y se acercó un tío y lo alejó de un puntapié. Bueno, hablé con él con amabilidad y educación, y le dije que no debía hacer eso, y así empezó todo. Espantoso. A partir de ese momento, el partido fue un desastre. Yo quería que se me tragara la tierra. Nos cambiamos en el pub, y tras regresar los comentarios fueron atroces. Me pagaron cinco chelines, con todas las monedas de tres peniques, de un penique y de medio penique que pudieron encontrar. Me siguieron hasta la parada del autobús chillándome.» Tenía veintidós años.

Una vez en casa, escribió enseguida a su mentor anunciándole que había arbitrado su último partido: «Le dije a su esposa: “No voy a hacer esto, y menos por cinco chelines a la semana”». Sin embargo, su ansiedad por estar cerca del fútbol acabó siendo un aliado. Su siguiente partido fue el de vuelta entre los mismos equipos. Fue una decisión que se tomó por las mismas razones por las que se envía a los equilibristas a subir de nuevo por la escalera de cuerda tras una caída. «Me aconsejaron que al primer tío que abriera la boca le pegara la bronca. Bueno, pues el menda ese, pobre tipo, en realidad no había hecho nada, pero lo puse de vuelta y media. Él no entendió una palabra, pero a partir de ese momento el partido fue como una seda», explica.

Crawford llegó a la Liga en una época en que el día de Navidad aún se jugaban partidos de fútbol profesional. Quiso dejar bien claro que la situación

de los árbitros de entonces era mucho peor que la de los jugadores. Como trabajador sin coche que era a principios de los cincuenta, tenía que buscarse la vida para ir a los partidos del día de Navidad, cuando el transporte público disminuía. «Esto es lo que entiendo por dedicación —dijo—. Una vez, en Nochebuena me acosté a las ocho de la tarde para levantarme temprano y coger el único tren de la mañana. Llegué a Chesterfield a las siete y media del día de Navidad y deambulé por ahí sin ver un alma. Estaba acurrucado en un portal cuando un policía apareció y me preguntó qué hacía allí. Bueno, estaba en su derecho. Le dije quién era yo, y me llevó a su pequeña garita, donde tomamos una taza de té con un poco de whisky. El hombre me dijo: “Bueno, creía tener un trabajo pésimo, pero el tuyo es peor”.»

Los árbitros que han pasado por esta clase de experiencias seguramente querrán opinar sobre cómo han de prepararse otros hombres para el empleo. Crawford intervenía con frecuencia en las reuniones de árbitros, y no pensaba que fuera preciso repetirles muchas veces que si eran ambiciosos debían entrenarse sin escatimar esfuerzos. «He corrido por la pista del Doncaster Rovers bajo una lluvia torrencial con una toalla alrededor de la cabeza —decía—. Hacía tan mal tiempo que los jugadores se habían quedado charlando en el vestuario.» Un árbitro también necesitaba sentido del humor; nunca tendría éxito si fuera pretencioso; apuntar con el dedo o sermonear demasiado acaso sirviera más para irritar que para dominar la situación. «No sé a cuántos jugadores he expulsado —explicaba—. No quiero saberlo. Es una de las decisiones más fáciles: enviar a un jugador a la calle. Pero no estás ahí para eso. A veces lo difícil es mantenerlo en el campo. Es mejor que bajes un poco la voz. He corrido al lado de un jugador y le he dicho: “Eh, basta ya, te conocí cuando eras un buen jugador”. Esto duele más que señalar a alguien agitando el dedo.»

Crawford era un árbitro efectivo, obedecido seguramente por la mayoría porque recordaba su propio carácter beligerante de cuando era jugador y tenía el sentido común de no olvidar que la juventud, el ímpetu y las acuciantes ganas de ganar van de la mano en un paquete muy inflamable. Según decía, como jugador adolescente había sido «un mal chico». «Daba patadas a todo lo que se movía», decía. Al recordar su actitud hacia la autoridad cuando tenía la edad de muchos de los futbolistas profesionales de hoy, hacía hincapié en que todos los árbitros debían seguir la regla de no tocar nunca a un jugador. Lo

explicaba así: «En una ocasión, un árbitro me golpeó en el pecho mientras yo estaba jugando, y fue el hombre más afortunado del mundo. Habría podido darle una patada en la boca».

Quizás este no sea el tono de voz que les gusta oír a los dirigentes del fútbol. En sus declaraciones públicas sobre el fastidioso problema del creciente descontento hacia la labor arbitral, los mandatarios sugieren la conveniencia de un desapego más arrogante por parte de los colegiados, lo cual refleja la creencia errónea de que la arrogancia de la autoridad (como la que se ejerce en el recreo de la escuela sobre un grupo cautivo) se puede extender al deporte profesional siempre y cuando el funcionario imponga la suficiente disciplina. Crawford parte de la base de que los jugadores saben que los árbitros cometen errores; pretender lo contrario no sirve de nada: se trata de convencer a los futbolistas de que el árbitro siempre «pita lo que ve». Del mismo modo, un árbitro debe ser capaz de diferenciar rápidamente entre las palabrotas espontáneas de jugadores enfadados y el insulto malévolo de quienes intentan intimidarle.

Sir Stanley Rous se hizo famoso como árbitro antes de llegar a ser secretario de la FA y después presidente de la FIFA. Hay que reconocer que el fútbol que Rous controlaba era menos explosivo que el actual, pero él y Crawford coincidían en que una sordera regulable era un valor positivo. Rous no expulsó al capitán francés que una vez cuestionó un penalti con un furioso «puñetero *pourquoi?*». Según Crawford, los árbitros que admitían recibir insultos de forma habitual tenían poco futuro; demasiadas quejas les colocaban en una posición parecida a la del jugador al que le cuesta poco mostrar el daño sufrido. Tenemos aquí de nuevo la cuestión de que el árbitro se considera parte de la acción, no un agente de la autoridad.

Según Crawford, los grandes capitanes entendían enseguida lo mucho que les interesaba respaldar al árbitro; el rencor por una decisión rigurosa puede muy bien perdurar en la mente del jugador, pero esto es menos peligroso para su éxito que dejar que uno de sus hombres sea expulsado por comportarse con intransigencia. «He conocido a capitanes —decía Crawford— que han amenazado con golpear a uno de sus hombres por discutir conmigo. Cuando había capitanes a los que no conocía muy bien, siempre procuraba que comprendieran exactamente lo que yo aguantaría y lo que no. Les decía: “Muy bien, ahora mira, vamos a jugar al fútbol, estamos aquí para esto”. Los

capitanes también sabían que no habían venido solo para echar una moneda al aire.»

En un deporte como el fútbol profesional, que genera tanta pasión y en el que hay tanta exigencia, probablemente habrá momentos en que las prácticas poco ortodoxas y las trampas descaradas pongan a prueba la paciencia del árbitro; también habrá ocasiones en que el colegiado deberá discernir si las hay o no las hay. El buen árbitro no es el hombre que camina sobre seguro haciendo, o bien la vista gorda, o bien una exhibición pública de indignación moral, sino el capaz de quitarle discretamente fuerza al insulto. Cuenta la historia que un conocido árbitro pitó un penalti en los últimos minutos de un partido de Copa, cuando el marcador señalaba empate a cero. Mientras la figura del equipo visitante se disponía a lanzarlo, el capitán del otro conjunto dijo en voz baja y aprovechando la quietud del momento: «Te apuesto veinte libras a que no lo metes». Y el árbitro, también en voz baja, le dijo a aquel tunante: «Y yo apuesto a que si no lo mete, lo tira otra vez».

EL AFICIONADO

El sonido de una gran multitud futbolera aullando su indignación y su placer no tiene parangón. Lo que estimula este *crescendo* sostenido es la circulación continua de la pelota. En los demás deportes espectáculo, las acciones son episódicas: el rugby, el críquet, el tenis o el boxeo son, por su naturaleza, series inconexas de estallidos salpicadas de interrupciones inevitables. En el fútbol, la acción se ve suspendida solo por las faltas (lo que intensifica la respuesta vehemente de la muchedumbre) o cuando la pelota sale del terreno de juego (cuando mayor es la agitación, más frecuente es).

Lo que hace del fútbol el deporte más grato de ver es el carácter constante del conflicto. Como el marco es tan simple y está tan despejado, las imágenes pueden variar incesantemente. Los cambios son tan rápidos como la luz de la lumbre. Una jugada se adapta con soltura a una contrajugada, con la única limitación de la mínima interferencia de las reglas. Habiendo en el escenario tan poco para dictar el método, los jugadores pueden improvisar continuamente. A menudo, eso se traduce en una complejidad de movimientos de una inventiva asombrosa. Si sumamos a ello los encontronazos, los violentos disparos a puerta, los remates de cabeza o los majestuosos despejes entre los postes, acaso sea comprensible, incluso para los indiferentes que se pasan la tarde del sábado peinando caniches o enfrascados en la cerámica, por qué hay gente que sale de un partido de fútbol con toda la pasión consumida. Este silencio repentino, húmedo, que se cierne sobre un terreno de juego inmediatamente después de que los últimos jugadores se hayan ido al vestuario, es señal de agotamiento. La expresión «fervor futbolístico» quizá se haya usado en exceso, pero es una descripción precisa del estado del hincha cuando está al límite de su agitación. Teniendo en cuenta la frecuencia de tal delirio, es de destacar que rara vez alguien salga malparado.

En los últimos tiempos, el comportamiento de los aficionados al fútbol ha alarmado a las autoridades deportivas. Además, ha impulsado a los jueces a imponer multas y a reprender con solemne severidad a algunos jóvenes difíciles. También ha propiciado que en los periódicos se exagere y se avive

el fuego. No estoy quejándome de que a ciertos incidentes individuales, como las roturas de ventanas o los destrozos en las gradas, se les haya dado demasiada importancia en los diarios; hay que denunciar el salvajismo para así poder reducirlo. Sin embargo, resulta irritante que ciertas crónicas periodísticas sobre la tosquedad adolescente se hayan moldeado en los despachos y luego en la mente del público para conformar una imagen imprecisa y distorsionada del aficionado al fútbol podrido de raíz.

Los hinchas del fútbol nunca van a sonar ni se van a parecer a los desfiles de sombreros en el hipódromo de Cheltenham; siempre van a tener más vinagre que Chanel. De todos modos, aunque en los tumultos posteriores a un partido celebrado en Turquía en 1967 murieron treinta y cuatro personas, se corre menos peligro de agresión física en un estadio británico que en un paseo ocasional por las calles de Johannesburgo o de Nueva York cualquier noche de la semana.

El problema con las referencias impresas a «OTRA NOCHE DE VERGÜENZA EN EL FÚTBOL» es que pretenden sobresaltar más que informar. Y lo hacen a propósito. Así dan gusto a los bribones, quienes consideran estar recibiendo la atención que sus cortes y magulladuras merecen. Y, si se repiten lo suficiente, consiguen un frágil apoyo público, como pasa con los anuncios de bebidas de buenas noches y de pastillas de caldo que, al parecer, constituyen un afrodisiaco en las cazuelas de las esposas jóvenes. Una semana tras otra, los periódicos matutinos del domingo y del lunes sugieren un escenario de sábado noche que está entre la toma de la Bastilla y una manifestación por los derechos civiles en Alabama. Hacia el viernes, informan de los sórdidos procesos judiciales resultantes del aparente caos: tres o cuatro jóvenes esmirriados de diecisiete años en Londres, media docena más en Liverpool, otro par ahí arriba en Newcastle, otros dos o tres en Mánchester: todos declarados culpables por llevar cuchillos o puños de acero, o por dar puntapiés a policías.

Como es lógico, esto no significa que no haya motivo de preocupación por la violencia entre los espectadores. Si no hay trabas, enseguida todo se vuelve peor, como pasa con el hostigamiento a los profesores en el aula. El problema consiste en decidir acerca de dos cuestiones: hasta qué punto está esto relacionado con el juego, y si se puede acabar con los culpables o si es posible impedir su acceso a los estadios.

Lo que pasa en el campo influye directamente en la conducta de la gente, sin duda. Y ahí hemos de incluir el enfado, así como el humor o el abatimiento resentido. El vínculo de los hinchas con su equipo es tan estrecho que reaccionan ante un lance del juego como ante una descarga eléctrica. No obstante, parece probable que el fútbol afecte a sus seguidores como la bebida: más que inducir un comportamiento impropio de su carácter, libera de la malla de control parte de su naturaleza interna. El agresivo lo es más, y el romántico también. En todo caso, las personas dispuestas a golpear físicamente a alguien, una vez superados los catorce años, son, cuanto menos, pocas. Por cada aficionado que suelta los pies y los puños al enojarse, hay mil a quienes solo se les descontrola la lengua.

La esencia del fútbol es el conflicto. Si consideramos las distintas maneras de abordarlo, vemos que intervienen toda clase de influencias. Hay jugadores que afrontan mejor que otros las emociones de la multitud, desde luego. El clamor que acompaña a un regate complicado de un jugador de talento difiere mucho del suscitado por la estremecedora entrada de un defensa feroz. Los futbolistas pillos a quienes gusta engañar a sus adversarios para ponerles en ridículo acaso provoquen en las gradas un sonido que es, sin lugar a dudas, el de la mofa entusiasta. Existen jugadores elegantes que son premiados con aplausos, que en el fútbol es algo tan raro como lo sería injuriar al juez de silla en Wimbledon. La cuestión es que la mayoría de los jugadores reciben del público exactamente la respuesta propia de su naturaleza, de lo cual se deduce que, cuanto más chulo se muestre el futbolista, más desagradable será el comportamiento de los aficionados.

Las multitudes no son monolitos de partes idénticas, sino que se componen de personalidades de lo más diverso. A menudo, cuajan, en momentos de gran dramatismo, en una voz única, pero durante los noventa minutos del partido todos estos componentes estallarán de placer ante aquellos incidentes que afecten en especial a sus yoes separados. Si el fútbol consistiera solo en la distribución delicada e imaginativa de la pelota, sin contacto corporal alguno, se quedaría sin la mitad de sus seguidores, lo mismo que si lo jugaran solo los especialistas en las entradas que pueden dejar aturdido a un adversario. No tiene sentido discutir sobre cuáles son los mejores espectadores para el juego: parte de su grandeza es que atrae a unos y a otros.

He visto que un brote de mal genio en el campo se transmitía al instante a

las gradas: lanzamiento de objetos y puños cerrados volando entre la multitud tan pronto como los jugadores hubieron empezado a darse puñetazos. De todos modos, no creo que este tipo de violencia espontánea deba preocuparnos mucho. Parece ser más bien la impetuosidad de unos hombres enfadados, duros por naturaleza, acostumbrados a cierto grado de comportamiento agresivo en la vida cotidiana de los barrios pobres, en los astilleros o en las obras, ámbitos desconocidos para los clubes de críquet o incluso para las redacciones de los periódicos. En las zonas más caras del estadio, donde están los puros y las mantas de viaje, la violencia verbal no va más allá de algunos tacos. («Echa ya a este guarro. Enciérralo en el baño», oí decir recientemente desde muy cerca de una tribuna de prensa, tono idéntico al de una discusión que presencié mientras estaba en un abarrotado recinto de otro estadio en el que por un pelo no acabó todo a tortas.)

El problema de las zonas baratas del estadio es que hay muchos hombres que realizan un trabajo manual, duro. Y la evidente disposición a pelear es parte de su lucha por la supervivencia social. Como cabe suponer, en todo esto hay más amenaza que realidad, igual que en el terreno de juego. Al final de los encuentros más ásperos, los jugadores se estrechan la mano, del mismo modo que los hinchas rivales retiran sus promesas de atizarse. Has de estar entre la multitud para darte cuenta de cuáles son las palabras y las emociones que a veces añaden una cualidad especial de amenaza al clamor general. Teniendo presente la furia convulsa con que, tras un partido, algunos entrenadores se desahogan al comentar decisiones arbitrales que han perjudicado fatalmente a su equipo, no es de extrañar que a veces algunos seguidores reciban patadas o golpes en la cabeza con termos o botellas de cerveza en momentos de discusión enfurecida «durante» el encuentro. Si esta fuera la única clase de violencia en que tuviéramos que pensar, sería menos necesaria la presencia de la cincuentena de policías que en la actualidad patrullan en los principales campos de fútbol, dispuestos a enfrentarse a los espectadores cada vez que un jugador cae al suelo. Pero no es el caso.

La violencia desatada de los aficionados al fútbol cobró importancia a finales de los cincuenta, con la llegada de los destrozos en los trenes, que, después de transportar a jóvenes hinchas desbocados, acababan su trayecto con las ventanas reventadas, la tapicería rajada, los accesorios de baño rotos, los vagones llenos de cerveza y de cristales por el suelo que crujían como

gravilla bajo los pies. Al principio parecía lógico relacionar directamente el vandalismo con la decepción de los seguidores que habían viajado lejos para ver perder a su equipo. Más adelante quedó claro que entre el resultado del partido y la conducta no había ningún nexo causal: podía haber problemas o no con independencia de si se ganaba, se perdía o se empataba.

Todavía están los que destrozan trenes (como hay quien se carga cabinas telefónicas o raja asientos en el cine, sin nada que ver con el fútbol, si bien al parecer ambos pasatiempos han perdido atractivo a mediados de los sesenta). Pero quienes les han seguido los pasos son delincuentes dispuestos a provocar problemas en contacto más estrecho con el fútbol. Hay escaparates situados a pocos metros del estadio que acaban hechos pedazos, incluso ventanas de edificios del club. Parte del daño se lleva a cabo «antes» del partido. En Fulham, un jugador ha sido agredido por un espectador que ha saltado al campo; varios espectadores de Millwall han tirado al suelo a un árbitro. A veces, se desatan peleas en las gradas cuando el partido transcurre por cauces de lo más decorosos. La enseñanza parece clara: no todos los culpables de estos episodios actúan movidos por la emoción del fútbol. Para algunos, el deporte es una oportunidad para pelear y hacer daño. A lo mejor están tan ansiosos por llevar a cabo su acción que, si el partido no genera en la multitud el suficiente desenfreno del que sacar provecho, están dispuestos a actuar igualmente.

Hay pruebas de que estos jóvenes matones van a los partidos en pandilla y disputan una especie de liga de la trifulca, en la cual buscan a otros grupos hacinados en las amplias gradas de las localidades de pie y llevan a cabo una guerra privada de insultos y amenazas, susceptible de desbordarse y convertirse en enfrentamiento físico. Es en estos choques donde aparecen navajas, algunas de las cuales ya se han utilizado. Las bandas vencedoras de estas peleas cobran fama de figurar entre las más duras de la Liga de Fútbol. Algunos de estos jóvenes están más que dispuestos a explicar todo esto de manera explícita a los reporteros y las cadenas de televisión, con lo que al final lo que tenemos son comentarios sobre el ambiente social general, no sobre fútbol.

El problema es que lo que separa a los hinchas entusiasmados y algo temperamentales de los miembros de bandas dispuestos a la pelea es también lo que los une. Resulta difícil determinar las circunstancias en las que un niño

decente de un barrio duro recibirá tantas influencias de las emociones del juego y las burlas de unos bravucones visitantes que acabará apuntándose a la lucha a patadas. Tal vez sea imposible discernirlo. En el autobús que lleva a un montón de estudiantes y aprendices eufóricos a un partido, con las carracas traqueteando y las bufandas de colores ondeando al viento fuera de las ventanillas, unos tendrán incorporados suficientes mecanismos de autocontrol para evitar las refriegas y otros no. En este asunto, acaso lo más alarmante sea que los de más edad de la multitud, los que nunca saltan al terreno de juego ni lanzan cosas al portero, no parecen haber generado suficiente desaprobación para plantar cara a los alborotadores, como sí creo que habría sucedido hace quince años. La inquietante conclusión es que, o bien se sienten en minoría, o bien en realidad les da bastante igual. Esta situación vuelve a reflejarse con un alcance más amplio en otros ámbitos de la vida social contemporánea: da la impresión de que, en vez de influir en los jóvenes, más bien les tenemos miedo.

No voy a despertar mucha simpatía en ciertos círculos si digo ahora que, en mi opinión, más personas de las dispuestas a admitirlo sienten cierto placer oculto ante esta exhibición de tosca anarquía en las gradas de los estadios. Recuerdo mi propio caso. Hace unos años me enojaba con la autoridad cuando esta solía bramar acalorada ante la actitud criminal de ciertos chicos que al final del partido saltaban al campo para acercarse a los jugadores. Pero ahora, aunque no estoy del todo seguro de que esto explique la indignación de la autoridad, veo que esta clase de libertinaje podría muy bien desembocar, como algo natural, en el hábito adolescente de liarse a dar patadas y arrojar botellas. En la actualidad, los agentes del orden están mal vistos en todas partes. Las reacciones contrarias a la inminente fatalidad de la edad adulta y los descampados de los barrios periféricos son complejas, pero lo que sí está claro es que en el alboroto se pueden desahogar. A la gente le gusta contemplar la violencia, que se nutre de los cómics infantiles, la música pop o el cine y la televisión. Cuando la violencia surge en las gradas de un estadio, las localidades de asiento y los periódicos responden con tanta condena como placer.

En la temporada 1967-1968, se produjeron alborotos de lo más desagradables, sobre todo las escenas posteriores al insólito partido entre el Celtic de Glasgow y el Racing de Buenos Aires en Montevideo, en el que

fueron expulsados cinco jugadores; o las que se produjeron tras otro encuentro del Celtic, esta vez contra el Newcastle United, cuando se detuvo a un total de cincuenta y siete personas. Ningún partido arrastraba ninguna historia de rivalidad: el del Newcastle era «amistoso»; el de Montevideo, era la final del Campeonato Mundial de Clubes, que enfrentaba al campeón europeo contra el de Sudamérica. Era como si los agresivos hinchas del Celtic estuvieran en Newcastle defendiendo su fama de duros, con el mismo ímpetu con que grupos de patanes de Glasgow y Liverpool desafían a la gente del East End de Londres que se encuentran de vacaciones en Blackpool. Este tipo de cosas no son nuevas en Gran Bretaña ni en ningún otro país. Se trata solo de la versión brutal y ridícula de la lealtad regional: tribalismo urbano, adolescente. El fútbol ha recurrido mucho a la implicación local, y siempre lo hará. Tras haber levantado la bandera del chovinismo de la ciudad y haber prosperado bajo ella, los clubes han de asumir plenamente la responsabilidad de controlar a los demasiado comprometidos y de expulsar a los gamberros que han venido solo a cometer actos de vandalismo.

La cuestión es cómo. Si todos los jugadores se comportaran con decoro, la mayoría de los espectadores harían lo mismo, desde luego. Dicho de otro modo, quizá serían menos los aficionados contrarios a esa expulsión. No obstante, la delicadeza en el terreno de juego nunca será una característica de ninguna clase de fútbol, no digamos ya en el más competitivo asociado a los premios máximos, a los salarios más altos, a las multitudes más numerosas y al mal comportamiento colectivo más persistente. En el *Observer*, escribí en el pasado sobre la contribución de ciertos jugadores irascibles y bravucones a los brotes violentos entre los seguidores, problema que sigue poniéndose de manifiesto una semana tras otra. Pero, en mi recuerdo, esto era aplicable hace veinte años; en el de otros, hace más tiempo. Tal vez sería conveniente separar la violencia de los jugadores de la de los espectadores a la hora de pensar en cómo acabar con una y otra, aun admitiendo cierta correlación en el pasado. El comportamiento de los futbolistas se incluye en otro capítulo. Por el momento, dejaré el tema con la observación de que en el fútbol siempre existirán la agresividad y la arrogancia. Y quizá sea realista aceptar en los hinchas cierta proporción de estas acorde con la que se da entre los jugadores. Lo que sí hay que eliminar por sistema es la violencia premeditada de las bandas, si queremos que en el futuro el juego no acabe atrozmente desfigurado.

Parece claro que los dos problemas cruciales son el grupo de edad adolescente y el diseño de casi todos los estadios. Dejando aparte algunos métodos extremos de cribado en los torniquetes, en virtud de los cuales los chicos con edades comprendidas entre los dieciséis y los veintiún años no pueden entrar (sin más), lo cual es muy injusto para miles de inocentes, no existe ningún sistema infalible para impedir a los alborotadores el acceso al campo. En todo caso, parece claro que una aplicación estricta de la ley por parte de la policía, contratada por el club para proteger la propiedad privada y a sus patrocinadores, debería erradicar a los delincuentes con mucha más eficacia (una vez que están dentro del estadio) que en la actualidad. Los policías situados en el lado «de dentro» de los torniquetes podrían muy bien llevar aparte a los tipos de aspecto sospechoso que tuvieran bolsillos abultados y el cinturón tachonado. Allí los registrarían a fondo. El tunante conocido podría ser expulsado del club por el propio club, del mismo modo que el dueño de un bar le prohíbe la entrada en su local. Como es lógico, para este tipo de funcionamiento harían falta más agentes de policía; se podría contar con algún tipo de brigada antidisturbios, como se observa en ciertos actos políticos... e incluso religiosos.

¿Es esto desagradable? ¿Tiene connotaciones fascistas? Para ambas preguntas, la respuesta es un muy lamentable «sí». En cualquier caso, los culpables llevan la voz cantante. Todavía no son muchos; pero si no erradicamos este pequeño número actual, puede que dentro de unos años sean demasiados y la cuestión resulte inabordable. El hecho de que buena parte del problema se produzca fuera del estadio no significa que solo pueda resolverse ahí. Esta gente ha elegido el fútbol como ámbito que ni pintado para sus actividades. El ambiente es ideal para ellos, como también lo es el escenario físico. Si se les impidiera desplazarse a los estadios, garantizando que no puedan entrar, no sería de extrañar que llevaran su agresividad y sus botellas a otra parte. Esto sería una desgracia para los nuevos objetos de su atención, pero, claro, estos individuos son más perjudiciales para el fútbol de lo que lo serán en escenarios menos congestionados. Con la dispersión tenemos la batalla medio ganada.

Los clubes conocen bien esta clase de propuestas. Y es cuanto menos decepcionante que sean tan pocos los que hayan decidido actuar de forma contundente. Se ha recurrido a evasivas hablando del gasto que suponía, de la

dificultad organizativa, de que se estaba haciendo una montaña de un grano de arena. No obstante, las verdaderas razones de su reticencia a actuar se acercan más a la cobardía que al sentido de la proporción. Tienen miedo de la volubilidad de los aficionados; temen que el descontento por el trato duro que pueden recibir algunos inocentes (por no hablar de los culpables) reduzca el cariño hacia el equipo; les preocupa que los excluidos puedan tomar represalias. Emocionalmente, se preguntan si meterse demasiado con los tumultos de los seguidores podría alejar el fútbol de forma sustancial de las preocupaciones del público.

Los miedos no son infundados, pero se está dejando que se impongan por encima de los intereses más amplios del futuro del deporte. Podría muy bien pasar que muchas personas sintieran rechazo ante la imagen de unos robustos policías, funcionarios del club o no, en trance de detener a chicos cuyo único propósito sea tal vez animar a su equipo, y de encerrarlos en celdas improvisadas debajo de la tribuna: algo repugnante, en efecto. Pero a menos que se implante cierto rigor en la entrada a los estadios, estas mismas personas van a verse expulsadas del fútbol en cualquier caso. Y quienes los echarán serán esos chicos, no los policías. La obligación de los clubes es, naturalmente, proteger el juego y a los aficionados. Y, de momento, son muy pocos lo que intentan hacer algo al respecto.

La mayor parte de los altercados se producen en las localidades de pie de detrás de las porterías, como cualquier hinchas de diez años podrá decirle a cualquier presidente de club. Casi todas las zonas de pie situadas tras las porterías tienen prácticamente las mismas gradas de la época en que los jóvenes se peleaban más en los patios adosados que en los partidos. Estas escaleras enormes, como la extraordinaria Kop del campo del Liverpool, ocupan un lugar exclusivo en la historia del fútbol británico. Con los años han acabado siendo lugares privilegiados de la comunión de la clase trabajadora.

Para aquellos de nosotros que nos iniciamos en el fútbol profesional encerrados entre las vallas de protección de más abajo, tras haber llegado horas antes para tener un sitio de relativa seguridad, en vez de someternos a la protección del redil infantil, las gradas son más evocadoras de las maravillas de la infancia que aquellas viejas tiras cómicas. Son horriblemente incómodas. Los peldaños están tan sucios como los lavabos del patio de la escuela cuando llueve. El aire huele a rancio por la cerveza, las cebollas, los eructos y cosas

peores. El lenguaje rebosa de repugnantes obscenidades. Cuando la multitud se desplaza en tropel ante un disparo a gol o un choque cerca del banderín de córner, puede que, en la aglomeración, un hombre o un chico, a veces una chica, se eleve desde el suelo, como si una especie de enorme grúa lo agarrara y lo balanceara en el aire durante unos minutos, quizá sin devolverlo nunca al lugar, a cuatro o cinco peldaños de distancia, donde el monstruo pegará el mordisco. En este incomparable entrelazamiento de cuerpos y emociones radica la esencia del compromiso de los aficionados con el fútbol. Las sensaciones de triunfo y desaliento experimentadas aquí no tienen equivalente en ninguna otra zona de localidades de asiento en el estadio. Es la interacción física lo que convierte al monstruo en el protagonista eventual de sueños inolvidables.

Acabar con esta bestia, esta monstruosa y fétida mascota nacional, supondría para nosotros un cruel acto de negación. Las gradas de detrás de la portería (Kop, Cow-Shed o Stretford End, cada hinchas puede nombrar una) forman parte del fútbol británico tanto como el recuerdo de Matthews o el actual genio de Best. Sin embargo, es aquí, donde el amor al fútbol es más feroz, donde se han incrustado los gamberros con espinillas y navajas. Escogen los sitios más alejados de la pasma y, admitámoslo, donde el ambiente les es más favorable. Es aquí donde hay que hacer con más urgencia ajustes para acomodar mejor a la gente.

Los clubes han de llegar a una transacción entre el orden agobiante y cierta deferencia hacia las tradiciones. Algunos ya han comenzado a trabajar: han aumentado y reorganizado el número de vallas de protección para fragmentar la concentración de personas y permitir a la policía y a los funcionarios moverse entre ellas con más facilidad. En cualquier caso, el problema no es menor, y para resolverlo no se está poniendo en práctica ninguna idea mínimamente imaginativa. Ciertos clubes han gastado mucho dinero en nuevas filas de localidades de asiento, de modo que en uno o dos casos han alcanzado una belleza arquitectónica peculiar nunca vista en el fútbol británico, salvo en Wembley. ¿Algún club ha pedido a un arquitecto que cree un nuevo estilo de gradas de gol? Entre los hijos espabilados de los trabajadores de posguerra, seguramente habrá arquitectos que hayan crecido con el fútbol en las venas y a quienes les encantaría el reto de un cometido de tal envergadura. Estoy pensando en algo mucho menos sombrío, menos sórdido, que las gradas que

tenemos ahora: algo que no solo facilitaría los movimientos a los encargados del orden, sino que quizá también despojaría a ese entorno de parte de su vileza.

Desde luego no deseo que se imponga un final planificado a la tirria y la lealtad sinceras solo porque se expresan de forma grosera: los mercaderes de la insipidez ya son legión. No obstante, debería ser posible preservar las circunstancias de la emoción a la vez que eliminamos las oportunidades para la brutalidad. De hecho, es vital hacerlo.

En su mayoría, las multitudes futbolísticas controlan su furia emocional por su cuenta, activando sus propios sistemas de enfriamiento mediante el humor cuando el calor se acerca peligrosamente a un nivel intolerable. Recuerdo, en mi niñez, las voces solitarias, increíbles, que surgían atronadoras del estrépito general en los partidos del Wolverhampton Wanderers, toscos tenores que destacaban del coro diciéndole al árbitro que utilizara su linterna (alusión de los mineros a la miopía), o a un defensa rezagado que cogiera el autobús. A los árbitros se les revelaba el secreto que el mundo había estado guardando: que tenían cabeza de nabo. A los extremos se les informaba de que no eran capaces ni de «correrse» una juerga, y a los linieres se les preguntaba si querían un ascensor para levantar el peso del banderín. Era un rollo agresivo, espontáneo, al estilo ingenioso del autobús de los trabajadores y del descanso para el té. Es solo en los años sesenta cuando las hinchadas han recurrido a cánticos y versos ensayados que actualmente añaden una textura curiosamente disciplinada al barullo improvisado. En las gradas se oye un canto llano para una sola voz.

Surgió en Liverpool, donde el carácter de la ciudad, con la omnipresente dureza de la vida portuaria y la naturaleza tremendamente combativa del exilio irlandés, experimentó una súbita floración de expresión arrogante con la aparición simultánea de la música pop y de sus dos principales equipos de fútbol. Liverpool experimenta su esperanza y su pena a través del fútbol más que ninguna otra ciudad inglesa. En este deporte, no hay sonido más estremecedor que los largos aullidos de hostilidad con que la multitud del Liverpool puede taladrar los oídos de los visitantes que pretendan amenazar su supremacía, como el Manchester United o el Tottenham Hotspur. Anfield, el estadio del Liverpool, y Goodison Park, la colosal sede del Everton, dan voz

al afán colectivo de venganza de un modo que ninguna otra hinchada inglesa puede igualar. El público es habitualmente el más ofensivo de los dos: la Kop a veces logra una unanimidad de palabrotas que resuenan en el oído como un golpe de mazo. En un día húmedo, con el vapor y el humo de los cigarrillos flotando gris y amarillo en el aire, con la burla estallando en forma de humor retorcido desde esta sombría caverna, la Kop encarna todos los peligros de la pesadilla de un histérico.

Las bromas de la Kop pueden ser crueles, pero también exhibir una conciencia sorprendentemente sutil de la propia naturaleza de la multitud. En un partido contra el Everton, en el que su delantero centro internacional Fred Pickering cayó gravemente lesionado y tuvo que abandonar el campo, el cántico de los hinchas del Liverpool rezaba así: «Querido Fred, ja, ja, ja». No hay modo mejor de deleitarse con la desgracia del adversario. No obstante, en un encuentro en Anfield contra el Manchester City, se produjo un hecho llamativo cuando Doyle, joven volante del City, tras caer sobre uno de los banderines de córner y arrancarlo, acalló las risas alzándolo y arremetiendo con él en broma contra la multitud. Hubo unos instantes de confusión contenida, y acto seguido la Kop se desató en un cántico masivo: «Gam-be-rro, gam-be-rro». La Kop no es un recinto de Ascot, y no lo lamenta.

Tampoco se compone exclusivamente de devotos con aliento a cerveza y ciegos al talento que no vaya todo de rojo. En una ocasión, informé, un tanto irritado tras un partido especialmente malo en Anfield, de que en la Kop no se permitía felicitar a los adversarios. Era una acusación demasiado radical. La inclusión de «rara vez» le habría dado precisión, y desde luego habría reducido los insultos que inevitablemente vinieron a continuación. En una carta al director, alguien me tachó de escritor de «basura», pero superó mi error al afirmar que «la fama de la Kop se debe sobre todo al trato justo que dispensa a los equipos contrarios», que sería como decir que la fama de Cassius Clay se debe en gran medida a lo generoso que se muestra con sus víctimas tras los combates. Otro, tras notificarme que había sido lector del *Observer* desde que tenía memoria y contaba catorce años, me reprendió con el aplomo más solemne diciendo que, para él y sus colegas, el buen hacer del adversario nunca quedaba sin recompensa.

Bien, no negaré que los mejores rivales del Liverpool, en especial los delanteros geniales, son aplaudidos de vez en cuando en medio del fuego

cruzado de la intimidación, pero las felicitaciones generosas a los equipos visitantes surgen de las circunstancias más especiales. Por mi experiencia, las dos ocasiones más memorables involucran a equipos húngaros. Tras ganar a Brasil por 3 a 1 en Goodison, la selección de Hungría del Mundial recibió por su imaginativo ataque el clamoroso reconocimiento de la multitud, que aplaudió a su delantero centro, Albert: lo hizo con tal prodigalidad que este levantó su botella de agua hacia el público desde el túnel de vestuario a modo de saludo. En otra ocasión, cuando el Liverpool fue eliminado justamente de la Copa de Ferias por el Ferencvaros húngaro, con el impecablemente equilibrado interior Varga penetrando por la defensa local con sigilo asesino, el estilo global y la precisión en el toque fueron claramente valorados en toda su dimensión; al final, la Kop «aplaudió» a los jugadores cuando abandonaban el terreno de juego. He utilizado las comillas porque, como la Kop no aplaude demasiado, el gesto me pareció un mensaje incisivo dirigido a la directiva del Liverpool a la vez que un elogio al Ferencvaros.

En mi mente tengo grabados recuerdos de escenas multitudinarias en los campos del Liverpool y del Everton: un andrajoso niño pequeño que aparece en el perfil del muy inclinado tejado de la Kop, baja con gracia hasta el centro y se sienta, con los brazos cruzados, a modo de representante diminuto y simbólico de la intrepidez de esa gente; también recuerdo una invasión tumultuosa de las localidades de la prensa de Goodison el sábado en que el Everton se aseguraba el campeonato liguero, con mis dedos aplastados bajo el pie de un hincha victorioso dispuesto a presentar sus respetos al palco de directivos.

Hubo, cómo no, un aficionado del Merseyside que recorrió todo el campo de Wembley, fue detenido por un policía y se soltó hábilmente dejando al agente sin más recuerdo del hombre que el abrigo que se le quedó en las manos. Y desde luego tenemos a los seguidores del Merseyside, que hicieron por primera vez una interpretación claramente vocalizada de «Dios salve a nuestro gracioso equipo» en presencia de la realeza.

La hinchada del Liverpool ha sido imitada, aunque nunca de forma aceptable, pues no hay otros seguidores capaces de igualar su ingenio, por no hablar de las obscenidades ininterrumpidas. Los cánticos de «nosotros somos los campeones», interpretados por caóticos coros de seguidores de equipos mal clasificados, en vez de emocionar, irritaban. Desde el punto de vista

musical, los aficionados del Manchester United sacaban buena nota con un convencido canto, basado en una melodía sudamericana, que decía «Eee, sí, sí, sí, Charl-ton es me-jor que Pel-ly». Actualmente, no hay en la Liga una muchedumbre que nos permita irnos de un partido sin escuchar al menos un coro de «Eee-sí-adiós, el portero es maricón». Pero la Kop siempre tiene una mejor. «¿Dónde está tu bolso?», les pregunta a los porteros rivales cuando se encorvan en la portería.

Para un club de fútbol, los aficionados son un activo, aunque hasta hace poco eran en buena medida ignorados, salvo cuando estaban dentro del campo. Incluso en la actualidad, el interés que los clubes muestran por sus seguidores parece depender más de la necesidad que del éxito. La mayoría de los clubes con comodidades sociales creadas recientemente para los aficionados, no organizadas de forma independiente por sus asociaciones, son los que apostaron por un respaldo renovado a la vez que se alejaban del declive y se acercaban a la relevancia como entidades deportivas. Tanto el Coventry City como el Manchester City, como ejemplos que vienen al caso, invirtieron mucho en instalaciones sociales para los seguidores en una época en que ambos estaban esforzándose por dejar atrás el estancamiento deportivo. La iniciativa del Manchester supuso una inversión de unas cien mil libras, con una asociación próxima al estadio abierta siete días y siete noches a la semana, y que procura al club de fútbol un beneficio neto de unas catorce mil libras anuales. Esta cantidad no sirve para fichar a ningún jugador de la primera división de nivel contrastado, desde luego, pero sí contribuye a los costes del funcionamiento cotidiano de la entidad. Por lo que respecta a los clientes de la asociación que la han hecho posible, simboliza una conexión directa y permanente de intereses.

Cuando hablé con miembros del club social del City, me explicaron encantados que nunca se habían sentido tan vinculados a los jugadores que habían visto una temporada tras otra. Los futbolistas, los directivos y los gerentes acudían con frecuencia, no solo a dar charlas o a comentar películas sobre fútbol, sino también a establecer contacto con los aficionados y prestarse a eventuales conversaciones.

Siempre ha estado claro que esta clase de contacto ha sido muy valorado por los aficionados al fútbol; por eso sorprende que tan pocos clubes hayan intentado utilizarlo en provecho propio. Los corrillos en la puerta de entrada

de jugadores antes de los partidos, la gente que solo espera echar un vistazo de cerca a sus héroes, quizás darles una palmadita en el hombro, todo refleja esta avidez por el privilegio de una asociación casual. Si el hincha da un par de pasos más allá y aparece una noche en el club para tomarse una pinta y acaba invitando al portero a una tónica de limón, el placer se cimenta en un orgullo prolongado. «Anoche estuve hablando con fulano», dirá a sus compañeros de trabajo a la mañana siguiente, soltando el nombre de un jugador estrella como si fuera una cerilla, consciente de su importancia en este momento. Así me lo dijo uno de los miembros del club social: «Siento que formo parte de cosas. Llevo quince años viendo al City, y hasta esta temporada nadie me había insinuado siquiera que conocería a un jugador. Creo que es fantástico».

Para esta clase de hombre, un tipo de treinta y ocho años, un fabricante de herramientas con un salario decente y un insaciable apetito de fútbol, la implicación con su equipo tiene que ver con una especie de deuda. Este tipo de aficionado, que se desplaza a todos los partidos fuera de casa y se horroriza ante la mala conducta que ve en las gradas, es la savia de los seguidores futbolísticos. Bien informado sobre el fútbol, entusiasta jugador de joven, totalmente comprometido con el equipo que las circunstancias escogieron para él, decía que su sueldo de aproximadamente veintidós libras semanales le permitía ver todo el fútbol que quería y, además, tomarse unas vacaciones anuales; pero si de pronto contara con menos dinero, preferiría reducir sus vacaciones, y seguramente el consumo de cerveza, a admitir restricción alguna en su afición futbolera. «Pues bien —dijo—, un día un sobrino mío me preguntó si podía conseguir que Tony Coleman le firmara un autógrafa en una foto. Coleman la llevó al vestuario e hizo firmar a todo el equipo. Algo así no se olvida.»

Ese hombre corpulento explicaba que a veces se había visto involucrado en peleas a gritos con hinchas de otros equipos, normalmente relativas a quién era un jugador tramposo o no; sin embargo, jamás había sido amenazado con gestos violentos ni había sentido que estos pudieran producirse. En esa conversación sobre fútbol, la violencia en las gradas fue más bien una curiosidad marginal, aunque vergonzosa.

Las cifras económicas de su fútbol eran bastante elásticas en su pequeño ámbito: menos de una libra para un partido como visitante, seguramente

compartiendo gastos de gasolina con dos o tres amigos si la ciudad estaba en Lancashire o Yorkshire; unas tres libras y diez chelines si el encuentro era en Londres, atentos todos al dispendio en comida o bebida. Vale la pena recordar la escasa diferencia que hay entre economizar y derrochar entre las personas que constituyen el grueso de las multitudes futboleras; esto podría ayudar a los ricos a comprender por qué hay tanta decepción resentida, a veces inflamable, entre los seguidores que han visto a su equipo perder estrepitosamente tan lejos de casa. El hombre con el que estaba hablando se sentía bien tratado por la vida: podía permitirse el fútbol y había visto brillar los ojos de un niño cuando le dijo que venía del vestuario del City, o en cualquier caso, de todo lo cerca de sus ídolos que se pudiera imaginar.

El aficionado al fútbol no es solo un espectador. Su sudor y sus nervios están dedicados al fútbol, y el fútbol puede enriquecer o empobrecer su alma.

EL AMATEUR

La Asociación de Fútbol estima que, en Inglaterra y el País de Gales, casi un millón de *amateurs* juegan al fútbol de forma organizada. Eso sin contar las escuelas. Con independencia de lo que pueda parecerle este fútbol al espectador ocasional, que se encuentra con él cuando un domingo por la tarde, bajo una llovizna, se pierde en algún laberinto suburbano de paredes de hormigón, para los jugadores no es un asunto baladí.

Existen numerosos clubes *amateurs* fantásticos, desde luego: bien equipados, con pequeños y pulcros campos que se acicalan con frecuencia, que entrenan a sus jugadores de forma diligente para torneos regionales y para la Copa Amateur Nacional, cuya final de 1967 congregó a setenta y cinco mil personas en el estadio de Wembley. No obstante, para la mayoría de estas huestes de *amateurs*, el fútbol es una contienda en el barro de áreas recreativas públicas, con un montón de hermanitos y de amigas con la piel de gallina animándolos a grito pelado a ganar... o a perder por diferencias asombrosas en el marcador: St Cuthberts, 13-Coach and Horses, 1; Cherry Tree Bus Depot, 0-Activated Sludge By-products, 12. Para sus jugadores, este fútbol es tan pasional como lo es el de la primera división para sus hinchas.

En el itinerario de todo intelectual extranjero que viniera al país bajo los auspicios del Ministerio de Educación para analizar nuestro carácter y localizar nuestros focos de tensión, debería estar incluida una visita a una de las enormes áreas de fútbol dominicales de Inglaterra, pongamos el Hackney Marshes de Londres o el Hough End de Mánchester. Estas zonas, llenas de campos de fútbol en los que acaso se jueguen a la vez veinte partidos en total concentración, reflejan con gran claridad un aspecto de la naturaleza británica que, por lo general, el resto del mundo no alcanza a percibir: nuestra obsesión con la competición física prolongada. Valoramos la etapa de la juventud con singular ansiedad, y perderla nos molesta más que el mal tiempo. Nuestra obstinación pese al paso de los años no es una característica muy digna, pero sí dominante. En compañía masculina, las referencias a fulano calificándolo de viejo malvado, de tío engreído o de astuto cabrón son básicamente de

admiración. Se hace hincapié en la edad para dejar claro que no está afectando a su actividad, sea beber, engendrar hijos o marcar goles. El mantenimiento de la vida sexual es motivo de orgullo en cualquier sociedad; pero en ningún otro país en el que yo haya estado se alardea tanto de la vitalidad preservada a través del deporte como en Gran Bretaña.

En nuestra vejez histórica como fuerza internacional, tal vez estamos reaccionando de manera inconsciente contra nuestro declive. He visto deporte, organizado e informal, en muchos países: ningún otro iguala el porcentaje de cabezas calvas, barrigas y rostros demacrados, y los demás dones no deseados concedidos por la vieja de la guadaña, que se pueden ver en los campos de críquet, las pistas de *squash* y de tenis, los campos de fútbol..., sobre todo en los campos de fútbol.

En Hough End, un gran llano urbano bajo, situado frente a una de las principales carreteras de entrada y salida de Mánchester, con la hierba bordeada en un lado por las vías del tren, y en el otro, por un complejo de viviendas sociales prefabricadas, los porteros se alinean espalda con espalda, solo con unos diez metros de separación entre las respectivas líneas de fondo. Los viejos guerreros conservan el aliento jugando ladinamente en el centro del campo, y acallan las críticas de los más jóvenes por su inmovilidad gritando con fuerza y añadiendo cumplidos a los insultos de barítono a los árbitros, en general más jóvenes. Los terrenos de juego tienen los laterales tan cerca que los balones pasan zumbando de un campo a otro, lo que distrae a los extremos cuando se preparan para un centro sutil al área chica del adversario, y sobresalta a los árbitros, que, como consecuencia de ello, hacen sonar involuntariamente el silbato, lo que alarma a los espectadores mientras se burlan sabiamente de las imitaciones del cerrojo defensivo o del sistema 4-2-4. Caniches que han escapado de sus amos brincan entre las piernas de los jugadores, y muchachos con cortes de pelo a lo Rolling Stone chocan con estáticos veteranos como muñecos lanzados contra la pared de una guardería. Algunas recriminaciones revelan de forma conmovedora la dolorosa confrontación entre Narciso y su barriga cervecera: «¿Cómo que corre? Estoy corriendo. Haz rodar el balón, por el amor de Dios».

Un entrenador con el pelo rapado y un abrigo corto dijo conocer a un viejo jugador que había llegado a estar tan decrepito que ningún club le garantizaba un partido regular; no obstante, él aparecía una semana tras otra con media

docena de camisetas de distintos colores en la bolsa, confiado en poder jugar en algún equipo al que le faltara alguien. Vi a un interior desplomarse lentamente, contrayéndose y arrugándose ante nuestros ojos como un globo todavía enganchado el último día de las fiestas de Navidad, después de que la pelota le impactara en pleno estómago, que le abultaba por debajo de la camiseta amarilla. Los otros jugadores se congregaron solícitos mientras él se ponía a cuatro patas y, a base de sacudidas, iba recuperando las pulsaciones.

Algunos de esos viejos jugadores, quizá ya con cuarenta y tantos años, han conocido grandes multitudes y han visto fútbol habilidoso. Pero, por lo general, son tratados con poco respeto, rechazados por los más jóvenes, que los califican de «trastos viejos..., arrastrados, en su mayoría». Sin embargo, si te fijas bien, puedes detectar un súbito destello de talento que se sale de lo normal: un pase rápido a ras de suelo que deja al defensa de espaldas al balón, o una finta y un breve *sprint* que deja varios metros atrás a un hombre gordo o con las rodillas machacadas. Estas cosas son debidamente reconocidas por los jugadores y espectadores circundantes: «Eee, Rodge, ya te dije que vieras a ese viejo cabrón».

Como fui un futbolista obseso de joven y soy un espectador obseso ahora, simpatizo totalmente con esos hombres tan reacios a sucumbir al ataque del tiempo. De hecho, a los treinta y cuatro años me di el insensato gusto de participar en un torneo de fútbol cuando llevaba unos quince sin darle a un balón en serio. Creía estar bastante en forma debido a mi afición a subir montañas (aunque no muy altas), pero no había previsto los efectos de dos aspectos del fútbol que los muy jóvenes nunca precisan tener en cuenta: la necesidad de correr de forma sostenida y la conveniencia de repetir movimientos repentinos a derecha e izquierda.

El torneo lo jugaban equipos de seis hombres durante quince minutos cada vez, pero el error clamoroso fue usar un campo grande. Poco después del minuto cinco, cuando la hierba ya me provocaba oleadas de náusea en los globos oculares, di un pase largo y raso de gran precisión a la zancada de un delantero australiano que por desgracia no supo interpretar mi intención. Giré enojado el pie derecho y noté un alarmante dolor en la parte interior del muslo. Incapaz ahora de ningún otro *sprint* arrollador ni de cambios rápidos de dirección, me pasé el resto del partido en la portería.

En esta situación había cierta inevitabilidad fatídica, pues la posibilidad

de ser guardameta siempre me había preocupado en la época en que jugaba con regularidad y albergaba el temor secreto de que quizás un día habría un partido en el que debería situarme entre los tres palos y hacer frente a cierta clase de arremetida tremebunda contra mi coraje. La moraleja de esta historia es que el rapidísimo extremo de trece años es, veintiún años después, una figura más emocionante en la memoria que en su forma resucitada. Existen miles de futbolistas envejecidos que lo saben bien, pero prefieren no hacer caso y ya está.

En la actualidad, me intriga y me satisface observar que el colegial inglés todavía se rebela contra todo intento de la autoridad de apartarle del fútbol, como hizo mi generación. Me complace, sin tomar en consideración la importancia de las circunstancias locales, ver que el rugby organizado de una escuela cercana a mi casa se convierte al instante en fútbol improvisado en cuanto el profesor se da la vuelta.

Recuerdo con claridad la amarga sensación de imposición que solía sentir cuando me hacían coger aquel ridículo balón con sus extremos puntiagudos, y encima correr con él, cuando podía patear uno redondo de modo natural. Siempre he pensado que el rugby escolar obligatorio en una zona donde el fútbol es el deporte supremo (es decir, aproximadamente todas las ciudades, aparte del sur de Gales, que pretendan ser industriales) es una imposición del esnobismo más vulgar. Incluso es algo malo para el rugby, pues asocia un buen deporte a otras tareas adjuntas y limitadas como hervir cosas en tubos de ensayo o multiplicar la primera letra del alfabeto por la segunda.

También me gusta mencionar que, entre los futbolistas adolescentes *amateurs*, es igualmente deseada la ropa ostentosa que mis amigos y yo siempre quisimos lucir. Ahora (y ahí vemos la diferencia entre las dos generaciones) está disponible. El actual fútbol de parque público no es aquel escenario descuidado de ropa de trabajo y uniformes de segunda mano ondeando alrededor de los cuerpos infantiles como pijamas de reformatorio. Los equipos más jóvenes se visten algo llamativos, superando incluso a los profesionales continentales en cuanto a la pequeñez de los pantalones cortos y la intensidad del color. Los pantalones rojo brillante combinan con las camisetas rojas y negras; hay zamarras de cuadros dorados y verdes, y también pantalones dorados con números azules estampados y camisetas doradas con pantalones blancos. Se aprecia un toque Carnaby Street que pega con el barro

aplastado y la agresividad, aunque el sugerente plumaje no suscita ningún cuestionamiento de la masculinidad ni de la resolución. Un secretario de equipo me explicó que sus jugadores compraban colores nuevos cada año: «Si vemos un equipo con un atuendo elegante, les digo a mis muchachos: “Muy bien, chicos, este grupo parece formidable”». La equipación es parte del romanticismo del fútbol, parte del ambiente de privilegio que acompaña al hecho de ser escogido para un equipo.

Estos equipos *amateurs* suelen funcionar sin ningún tipo de instalaciones propias. Puede que se encuadren en una asociación parroquial, en la sección deportiva de una fábrica o en un pub. Si quieren participar en competiciones reconocidas, han de mantener al menos una forma aproximada de organización para cumplir los requisitos de inscripción en la FA. En todo caso, las autoridades reconocen que un club tal vez no se componga materialmente de más de quince o dieciséis nombres a partir de los cuales se forma el equipo cada semana. Una noche de club acaso sea algo tan sencillo como una conversación general en uno de los salones públicos de un pub, donde se selecciona el equipo del domingo entre copas e improvisadas partidas de dardos. Muchos jugadores van a uno de esos pequeños pubs el sábado, y a otro el domingo.

Uno de los puntos fuertes de la organización laxa pero alentadora del fútbol *amateur* en Gran Bretaña es que miles de grupos de esta clase son capaces de prosperar teniendo un contacto mínimo con la burocracia. La autoridad solía ser más pomposa de lo que es ahora, y aplazaba su reconocimiento de los futbolistas dominicales. Pero en 1960 la FA aceptó la afiliación de los clubes de domingo, como consecuencia de lo cual hubo un gran aumento del número de personas que disputaban torneos organizados como es debido, pese a que muchas veces el arbitraje era rudimentario (por no hablar de los vestuarios). La cuestión importante de todo ese fútbol, muy variable en cuanto a calidad y esfuerzo, es básicamente que está practicándose. Hackney Marshes y Hough End exhiben, en nuestros desolados descampados urbanos, más animación de la que los lectores extranjeros del *New Statesman* pueden imaginar.

Entre los más cualificados de estos pequeños clubes, encontramos la devoción por el fútbol, así como su pertinaz ambición, que, como he dicho antes, es fundamental en la vida industrial británica. Pasé una tarde con un

equipo de pub que jugaba en la Liga Dominical de Salford, y que elegí al azar solo por lo atractivo de su nombre: el Flautista de Hamelín. Nos sentamos alrededor de una mesa bebiendo pintas de cerveza suave y empezamos a darle vueltas a la lista de jugadores. El lateral izquierdo había jugado partidos de prueba con el Birmingham y el Stoke City, el volante izquierdo con el Huddersfield y el Bury, el delantero centro con el Manchester City y el extremo izquierdo con el Bolton. Otros dos del equipo eran unos gemelos de veinte años que, tras dejar la escuela, habían pasado sus dos primeros años con el personal del estadio del Portsmouth y jugando en uno de los equipos jóvenes del club. La gente los llamaba Pinky y Perky.

Pregunté al grupo cuántos de ellos habían querido ser futbolistas profesionales. Tras un silencio en el que se miraron unos a otros como si les hubiera hablado en francés, el delantero centro dijo: «Bueno, todo el mundo quiere, ¿no?».

EL FÚTBOL Y LA PRENSA

A los diecisiete años me enfrenté a mi primer dilema ético relativo a las crónicas futbolísticas. Bajo el sutil seudónimo de *Linesman Isolía* informar sobre los partidos semiprofesionales del Stafford Rangers en el Combinado de Birmingham. Si a algunos lectores esta competición concreta les suena lejana e insignificante, quizá les gustaría saber que a sus partidos semanales acudían unos cuatro mil espectadores, más de lo que actualmente pueden decir algunos clubes de la cuarta división. Yo acostumbraba a viajar en el autobús del equipo, con mi rival del otro semanario de la ciudad, que tenía mi misma edad y escribía bajo el nombre de *The Cobbler* [Zapatero Remendón]. El entrenador y los directivos nos trataban con una amabilidad brusca y divertida, y nosotros nos tomábamos nuestro trabajo con la absoluta seriedad que, a finales de la década de los cuarenta, correspondía aproximadamente a dos libras y diez chelines semanales por más o menos diez horas de trabajo diarias. Mientras escribo esto, estoy mirando un recorte que acabo de extraer de las páginas de un diario de 1948, ejemplo de mi trabajo de entonces y que ilustra con claridad el nivel de detalle que se esperaba de nosotros. La crónica empieza así: «Stourbridge sacó de centro y atacó con fuerza, pero su incursión terminó cuando el balón salió por la línea de fondo y fue córner». Más austeridad fáctica, imposible.

El momento crítico llegó en un partido importante fuera de casa, cuando al equipo le faltaba un jugador, no estoy seguro de si por una lesión o si por las dificultades para viajar propias de la época. El hueco lo llenó el directivo más joven del club, que asumió la identidad del jugador ausente que figuraba en la alineación. Pero, claro, esto era ilegal, pues el directivo no era un futbolista federado. También era una buena historia. El presidente del club nos llevó muy serio al Remendón y a mí aparte y nos reveló la información, con una extraña mezcla de dignidad e impotencia, mientras depositaba toda su confianza en nuestra lealtad a la ciudad y nos pedía que ocultásemos aquel espantoso hecho al público y a los mandamases. El directivo jugó como tal. El Remendón y yo escamoteamos los hechos a los otros reporteros de la tribuna de prensa, y

camino de casa hablamos de nuestros deberes y obligaciones morales.

El lunes por la mañana explicamos el caso a nuestros respectivos directores. Tras mucho meneo de la cabeza y un considerable forcejeo con la conciencia, se decidió suprimir la historia. En realidad, no mentimos. No mencionamos al directivo ni al jugador que faltaba. Al final de la reseña, no enumeramos los equipos. Como es lógico, hubo muchas cartas de lectores que ponían en entredicho esta omisión sin precedentes, y ninguno obtuvo una respuesta satisfactoria. La prensa había sido amordazada, sin duda, bien que con su consentimiento. Me parece que fue ese consentimiento lo que más me molestó. Después de esto, en el autobús del equipo siempre noté una incómoda sensación de transigencia, ante la que reaccioné siendo más duro y crítico con los defectos de los jugadores. Su estado físico llegó a ser «imprevisible», e incluso las actuaciones mejoradas se calificaban como «algo muy necesario». Solo la llegada del servicio militar acabó con el creciente convencimiento de que había habido bajeza moral. Ah, la juventud, o lo que sea.

Transcurridos veinte años desde la infracción, esperemos que esta sombría confesión no comporte ninguna desgracia para el Stafford Rangers. Me siento inclinado a decir que, desde la distancia, el asunto no parece tan horripilante, cuanto menos después de todas las personas que entretanto se han muerto de hambre. He sacado el cómico y pequeño esqueleto del armario porque es una descripción pulcra de la especial relación que existe entre el fútbol y la prensa. Si consideramos «el juego» en su dimensión máxima e incluimos empleados del club, mascotas y aficionados, no solo jugadores y entrenadores, los reporteros de periódicos constituyen una parte muy importante, esencial. La naturaleza de su relación con los clubes aparece reflejada con claridad en su modo de escribir sobre asuntos deportivos. Las personas casi nunca son objetivas con respecto al deporte, no digamos ya en relación con el fútbol; el llamamiento a la conciencia estética, a la emoción, al sentido de la justicia, a la capacidad de un hombre para la autoidentificación personal, se traduce en respuestas complejas, y el periodista no está al margen de estas solo porque tenga un bolígrafo en la mano.

Hay reporteros que más bien parecen encargados de relaciones públicas de ciertos clubes. Por lo general, a los de los periódicos de provincias, e incluso uno o dos de ámbito nacional, se les asigna el seguimiento de clubes concretos casi dondequiera que vayan. El simple mantenimiento de contactos

sociales admisibles entre un hombre así y los jugadores y los representantes del club significa casi seguro que no va a ser inflexiblemente crítico con ellos. Aquí no hay ninguna clase de soborno, sino una combinación de cordialidad cotidiana y confraternización profesional. Este reportero acaba contemplando el club que le han asignado casi como algunos corresponsales de la automoción ven los coches nuevos que los fabricantes les invitan a probar: la aceleración es magnífica, el agarre estupendo, pero qué lástima que los ceniceros sean tan pequeños y que la inclinación del asiento de atrás no sea la deseable. Hacer el seguimiento (a modo del biógrafo Boswell) de un club de fútbol una semana tras otra durante varios años acaso suponga cierto prestigio local para el reportero, o le procure información privilegiada sobre las rarezas de los jugadores o las tretas de los directivos, pero también puede disminuir su disposición a escribir cosas incómodas.

Uno solo tiene que sentarse en la tribuna de prensa cuando un equipo escocés juega contra uno inglés para notar claramente este devoto alineamiento del reportero con el club. Es algo notorio en los partidos internacionales, cuando los periodistas extranjeros suelen abandonar toda pretensión de objetividad profesional ante la beligerancia en el campo. Este tipo de identificación inmediata, descarada, ha menguado algo entre los reporteros ambulantes vinculados, pongamos, a un equipo del nordeste de Inglaterra o de Londres cuando se enfrenta a otro equipo inglés, pero todavía suele ser aplicable. Junto a la valiosísima información que transmiten generosamente sobre la edad y el lugar de nacimiento de los jugadores, está la inevitable aura del representante.

En una prensa comercial y competitiva, esta situación es ineludible. El interés de los lectores en el fútbol es insaciable, y se ha comprobado su intensidad en el ámbito del parloteo. La tirada de los periódicos la sostiene, sobre todo, el flujo ininterrumpido de detalles banales y sensacionalismos ocasionales. ¿Quién está en la camilla de tratamiento por una torcedura sin importancia? ¿La esposa de quién ha tenido un bebé? ¿Quién se ha mudado a una casa nueva con cristales dobles? ¿El hijo de quién cumple cuatro años el día de la final de la Copa? ¿A quién le importa todo esto? Por lo visto, a millones de personas. Y estas preguntas solo pueden responderlas los reporteros que están en contacto constante y distendido con el club.

Gracias a estas lisonjas, al fútbol le va mucho mejor de lo que está

dispuesto a admitir. Los clubes han acabado tan acostumbrados a estos tiquismiquis, a esta atención inocua, que la publicación de un detalle desagradable a veces puede provocarles cierto escándalo vengativo (escandaloso, en los dos sentidos de la palabra). El Burnley prohibió el acceso a la tribuna de prensa a determinados reporteros y a algunos periódicos, por lo que el presidente del club consideraba una intromisión indebida en los asuntos de la entidad. El Arsenal vetó a Danny Blanchflower en su calidad de periodista deportivo. La Liga de Fútbol, fríamente disgustada, en 1968 emplazó a los clubes a denegar la entrada a sus instalaciones de prensa a cualquier representante de *The People*, después de que el periódico hubiera publicado una serie de reportajes sobre la capacidad para la bebida y los asuntos de alcoba de uno de los jugadores del Stockport County. Este caso ofendió a los periodistas británicos como ningún otro, y con razón. Hombres que llevaban reprimiendo su irritación ante actos individuales de mezquina arrogancia de directivos, entrenadores y jugadores, por no hablar de haber tenido que minimizar la monotonía de algunos partidos, de repente veían que el deporte reprendía públicamente a amigos suyos por la conducta comercial de otro. Es intolerable que a los reporteros deportivos se les nieguen instalaciones para llevar a cabo su cometido solo porque trabajan para un patrón que ha comprado cierto material de lectura sobre la disipada vida de un futbolista.

Los clubes de fútbol obtienen de los periódicos el tipo de publicidad que no se concede a ningún otro deporte; y de forma natural, pues el fútbol es propiedad pública, alimentado y apreciado en un grado incomparable en ninguna otra parte. Si la Liga siguiera el principio de proscribir los periódicos cada vez que chismorrear desfavorablemente sobre el juego, muy pronto observaría que el material ofensivo puede superar al aceptable. Ningún periódico puede permitirse no escribir sobre fútbol, pero hay varios con los recursos y la crueldad suficientes para sacar a la luz y exagerar toda clase de pecadillos diseminados por el fútbol si se sienten lo bastante inducidos a ello. Estoy pensando en los pagos ilícitos a jugadores codiciosos, las irregularidades en la venta de entradas para los grandes partidos, los sobornos a padres en la negociación de fichajes de jugadores jóvenes prometedores, la política de sala de juntas que elimina a los directivos que hacen preguntas incómodas, las envidias en el vestuario, las salidas nocturnas o las deudas de

juego de algunos jugadores. Los periódicos no ahondan en esos asuntos más de lo necesario para controlar las historias, que surgen solo de vez en cuando porque, por lo general, la gente está más interesada en el deporte. Es más, aceptan que, en un sector comercial tan sofisticado y controvertido como el fútbol profesional, es inevitable cierta dosis de imperfecciones de esta clase. Las muestras de beato horror de la Liga cuando un periódico vulgar cuenta cosas en el fondo nimias son un error de bulto. Me parece que el público, más que aceptar que se censure al periódico, se pregunta de qué tiene miedo la Liga.

La prensa ha hecho una o dos revelaciones serias acerca de conducta escandalosa en el fútbol, desde luego, en particular la denuncia por *The People* de casos de confabulación para amañar resultados y de consumo de drogas estimulantes. Más recientemente, el mismo periódico ha señalado a un destacado revendedor de entradas con muchos contactos futbolísticos embarazosos. Historias así perjudican al fútbol, pero ni mucho menos tanto como las indecencias que permanecen ocultas. No tiene sentido arremeter contra los hombres que revelan el chanchullo. Por lo general, no son los periodistas deportivos quienes lo levantan en alto para que la gente lo vea, pues los aspectos desagradables de la investigación les impedirían acceder a información de primera necesidad. Quizá suministren al jefe de redacción direcciones y números de teléfono, pero no son ellos los encargados de encender las grabadoras que escuchan a escondidas.

Los clubes de fútbol, y en especial sus entrenadores, son amigos notoriamente volubles de los periodistas deportivos. Los consideran más que nada publicistas domesticados; por su parte, algunos entrenadores pretenden discreción en el manejo que de su franqueza vayan a hacer los reporteros, quienes evalúan las noticias una a una. En general, cuanto más fuerte es el entrenador, menos reservado se mostrará al hablar con los reporteros y menos sensible será ante lo que estos escriban. No obstante, con algunos entrenadores, el periodista transita por la cuerda floja, entre evasivas y secretismos. Que no te cuenten ninguna historia es menos irritante que, después de haber aparecido en los medios, te digan: «Sé que lo dije, pero es que no pensaba que tú lo publicarás».

Hay entrenadores que nunca se ponen al teléfono y con los que se puede hablar solo en un ambiente de audiencia papal tras una espera de varias horas.

Recuerdo que en una ocasión un técnico, ni mucho menos bien situado en la segunda división, me dijo que no tenía interés en hablar conmigo porque «los artículos de periódico al parecer no le hacían ningún bien». ¿Cómo se puede aceptar esto de un representante de la industria del entretenimiento?

El lenguaje de los reportajes futbolísticos es un foco de atención para los pedantes desde hace tiempo (en privado, también lo es para los propios periodistas deportivos). La naturaleza del juego promueve palabras emotivas, frases en *staccato*, comparaciones con la guerra. El fragor inflamado de la multitud, la combinación de lo elegante y lo frenético en el terreno de juego, la profunda implicación del espectador en el partido: todo contribuye a una prosa florida.

Buena parte de la escritura futbolística se lleva a cabo cuando el reportero se halla en un estado de cierta agitación, cuando el estruendo de la muchedumbre hace que le vibren las sienas. Este no es el ambiente amable y contemplativo en el que los periodistas de críquet colocan sus adverbios con el infinito cuidado de una bola lanzada con efecto. El reportero de fútbol suele estar congelado de frío, por lo que las palabras acaban petrificadas en su cabeza como el famoso tubo de pasta dentífrica anunciado en un bloque de hielo. Las tribunas de prensa no son las torres de marfil que algunos críticos perciben cuando se sientan a escribir a nuestros jefes de redacción sus larguísimas cartas llenas de comentarios despectivos. Las tribunas acostumbran a estar en un plano elevado, pero provocan más pulsaciones aceleradas que pensamientos nobles.

Los lectores de las secciones deportivas pueden ser sorprendentemente maliciosos. Una vez hice referencia a un grupo de seguidores del Liverpool que entonaban cantos fúnebres y salmodiaban grafitis, y recibí una carta de una sala de profesores de la Escuela de Gestión de la Universidad de Tecnología de Bath en la que se me invitaba a organizar «una sesión nocturna de garabatos inusuales cantados», como si esto hubiera sido alguna vez un chiste mordaz. Consciente del permiso que yo había reivindicado para el uso de la palabra, fui mucho menos autocrítico al respecto de lo que lo fui el día que dicté la vieja y manoseada frase «el efervescente caldero que es Anfield», como si fuera algo nuevo.

De todos modos, hay que admitir que el estudiante del idioma tiene muchos

tortazos que dar cuando analiza la escritura deportiva. Nuestras páginas de deportes rebosan de ases goleadores, se tropiezan con nuestro desayuno pisando los talones de traviesos genios con pantalones bombachos, fruncen el ceño ante volantes veteranos que como maestros severos silencian a delanteros delicados, y chorrean sangre de batallas embarradas que «casi» recuerdan a la del Somme. Muy a menudo, un adolescente recién llegado a la delantera de un equipo, o bien da una lección a la defensa contraria, o bien recibe una. El delantero del Chelsea Peter Osgood fue Sogood [Muy bueno]; los adversarios del Manchester United tenían suerte si no recibían seis del mejor [Best]. Los jugadores pelirrojos son fogosos; los pequeños, generosos; los grandotes, gigantes nobles. Los entrenadores nunca dicen nada, sino que gritan, declaran, niegan o desafían. Los reporteros con inclinaciones musicales suelen decirnos que acaban de ver a un equipo hechizado, preocupado, desconcertado, como una orquesta sin director. Me veo forzado a decir que los árbitros son, por lo general, imperiosos o indecisos.

Bueno, por lo menos es una mejora sustancial con respecto al rollo más pomposo que recuerdo haber visto hace veinticinco años sobre esos guardianes que golpeaban el esférico desde la cabeza del delantero centro. El juego quizás aún siga siendo a veces de ida y vuelta, pero no siempre, lo cual es un avance. Todavía aparece el viejo coloso, andando a zancadas por el centro del campo, si bien últimamente es más popular entre los hinchas en la barra del pub que entre los periodistas. Hace ya tiempo que no sé de ningún defensa que haga bueno el eslogan de «pasará el balón, pero no el jugador», aunque, por lo visto, hay un cúmulo de equipos que, sin ser fantásticos, solo pueden ser batidos por alguno muy bueno.

El problema con casi toda la prosa del fútbol es que está dirigida hacia abajo con una floritura, partiendo de la base de que el aficionado grosero y angustiado de las gradas es exactamente la misma criatura limitada que tose sobre el periódico en el deprimente descanso matutino para el té. Es curioso que los reporteros casi nunca utilicen el mismo lenguaje para hablar del fútbol que cuando escriben sobre él. Jamás en la vida ningún periodista se ha acodado en la barra del pub con una pinta en la mano y ha dicho, completamente serio, que una delantera se ha movido como si fuera «más joven que la primavera», o que un interior ha sido como un «pequeño general con dinamita en las botas».

En el fútbol hay un tipo de dolor que toca cierta fibra sensible en la memoria de los espectadores... y de los reporteros; en mi opinión, es lo que establece una conexión permanente de sentimentalismo en las crónicas de los partidos. Aquí se detecta un gran afecto por la juventud. («Los chicos de azul», solía ser la forma de aludir al jovencísimo equipo del Manchester City; «Los bebés de Busby», apodo del equipo del Manchester United víctima del accidente de Múnich, es el típico ejemplo.) El lenguaje ha acabado convirtiéndose en un estilo distintivo, en parte melodrama y en parte sensiblería. Igual que el fútbol, en su versión televisiva editada y comprimida, ha llegado a ser identificado como una tergiversación respecto a la cual los espectadores se muestran indulgentes; también los reportajes de los periódicos han acabado siendo aceptados como un entretenimiento a título propio. Es un estilo pretendidamente recargado porque, aunque a veces los partidos de fútbol son aburridos, las secciones de deportes no se pueden permitir serlo también.

Desde luego, esto no justifica ciertas aliteraciones tambaleantes (cuidado ahora, señor Crítico) en las que hay defensas engañados por lo mejor del brillante grupo de Busby, o algunas combinaciones de metáforas en virtud de las cuales unos jóvenes arrojados a la parte honda de la piscina salen del agua tras haber demostrado su valía. De todos modos, no puedo negar que siempre estaré agradecido al reportero de diario vespertino que juntó tres de los clichés más queridos para crear una figura de un atractivo irresistible. Ray Wilson, el zaguero del Everton y de la selección inglesa, escribió, no solo fue uno de los primeros caballeros del fútbol, sino que además «anduvo con la frente bien alta entre la aristocracia de este deporte». Seguramente, admitiremos que tal frase se lleva el máximo galardón.

EL FÚTBOL Y LOS EXTRANJEROS

La arrogancia británica se ha visto reflejada de forma clara y calamitosa en el fútbol. Nuestra estrechez de miras de isleños y la persistente creencia en nuestra superioridad internacional y natural nos impidieron ver, hasta hace pocos años, los llamativos avances del fútbol en otros países. Ahora que hemos experimentado una recuperación típicamente agresiva, de modo que casi creemos ser los inventores de los cambios, llama la atención recordar que fueron otros europeos quienes nos ilustraron sobre luz artificial y partidos nocturnos entre semana, sobre cierta defensa táctica, acerca de vestimenta deportiva ligera para los partidos... y acerca de pagar a los futbolistas un salario acorde con su valor comercial como artistas.

Antes de la última guerra, las competiciones nacionales nos absorbían casi del todo. Las asociaciones inglesa, galesa, escocesa y norirlandesa se retiraron de la FIFA, la máxima autoridad del fútbol mundial, antes de que en 1930 se instituyera la Copa del Mundo, por lo que ignoramos ese torneo, como si durante veinte años hubiera estado llevándose a cabo cierta discusión ligeramente cómica en la periferia de «nuestro» deporte.

Los partidos entre los equipos británicos y los de otros países eran «amistosos», epíteto algo curioso, pues de vez en cuando se producían incidentes muy violentos, como cuando en 1934 Eddie Hapgood acabó con la nariz rota a raíz del puñetazo de un jugador italiano. Cuando hablábamos de partidos «internacionales», nos interesaban sobre todo los que enfrentaban a Inglaterra y Escocia, Inglaterra y País de Gales, o Inglaterra e Irlanda del Norte. Siempre era cuestión de si los menesterosos celtas eran capaces de dar una lección de humildad al orgullo del país que daba por sentada su indiscutible condición de campeón mundial de fútbol. Durante esa época, los extranjeros estuvieron renovando el juego, incorporándole más compromiso con el orden y el estado físico, más estilo colectivo, más elegancia general, quitándole algo de solemnidad, eliminando algunos de los elementos aparentemente inmutables, como la institución del zaguero exclusivamente defensivo. Todo estaba sucediendo en Italia y España, en Europa del Este y

Sudamérica, algo que para la mayoría de los británicos que se apretujaban en sus estadios favoritos cada sábado por la tarde y leían cada palabra de las secciones de deportes pasaba totalmente desapercibido.

Ingresamos en la Copa del Mundo en 1950. Recuerdo que en aquella época, siendo yo adolescente, no estaba muy seguro de si eso tenía algo que ver o no con los Juegos Olímpicos. En cualquier caso, cuando vi que teníamos que jugar un partido contra los Estados Unidos en una ciudad de Brasil cuyo nombre debía mascullar para no pronunciarlo mal, consideré que la cuestión tenía un interés apenas superficial. Los norteamericanos ganaron a Inglaterra por 1 a 0. A la sorpresa le siguió una especie de indignación, como si el país hubiese sido traicionado por su Gobierno y entregado al ejército invasor que creíamos haber enviado de vuelta a Brooklyn y Texas cinco años antes. A modo de represalia, abandoné a mi amigo de Massachusetts por correspondencia.

Los años cincuenta dejaron al descubierto la mentira que habíamos estado tanto tiempo manteniendo como verdad noble. En definitiva, no jugábamos al fútbol mejor que los demás. Lejos de saber todo lo necesario sobre el juego, descubrimos que llevábamos años de retraso. Incluso parecíamos viejos. Como nuestros pantalones eran más largos y más gruesos y se agitaban más que otros cualesquiera, los jugadores parecían *boy scouts* con dificultades para seguir el paso de la patrulla. En nuestro desorden, perdimos la dignidad empujando descaradamente con las manos a jugadores más veloces que nos rebasaban. Las aburridas rutinas de los entrenamientos, pensadas para tener un pecho fuerte, resistencia y tenacidad, habían conseguido exactamente lo que pretendían. Los húngaros, con su maravillosa constelación de futbolistas agrupados en torno a Puskás e Hidegkuti, nos aplastaron por 3 a 6 una tarde de noviembre en Wembley; al año siguiente, nos machacaron vivos por 7 a 1 en Budapest. Siempre hemos sido conscientes de nuestra capacidad de reírnos de nosotros mismos, pero el grado de autoescarnio que ahora estábamos invitados a satisfacer nos superaba. Quedaba en manos del coraje y el entusiasmo de los clubes individuales la tarea de recuperar la reputación del deporte nacional.

Por haber creado el joven equipo del Manchester United a mediados de los cincuenta, Matt Busby es acreedor de toda la gratitud del fútbol británico: nos devolvió el placer, la percepción y el orgullo perdidos. Aunque parezca mentira, la autoridad en forma de Liga de Fútbol seguía comportándose como

si las competiciones internacionales fueran solo una fastidiosa interrupción de su programa. La Liga le dijo descaradamente al Chelsea, el club campeón cuando la Copa de Europa inició su andadura en 1955, que debía rechazar la invitación a participar. La Liga escocesa permitió competir al Hibernian, de Edimburgo, que sorprendió a todos al alcanzar las semifinales. La temporada siguiente, Busby pasó fríamente por alto las instrucciones de la Liga de no llevar a su equipo campeón al torneo europeo, y el United también llegó a las semifinales. Perdió por un resultado global de 5 a 3 contra la clase y la fuerza del Real Madrid, el equipo más grande de la época, ganador de la Copa de Europa cinco veces seguidas.

El Manchester United devolvió la esperanza al fútbol británico. En 1956, ganó al belga Anderlecht por 10 a 0: esas cosas que cualquier británico respetable había esperado siempre de sus futbolistas cuando se enfrentaban a gente del otro lado del Canal. Más adelante, le marcó tres goles al Bilbao en España, y otros tres en Mánchester. El fútbol del United no solo era de lo más seductor, sino que podía ser también muy efectivo. Le quitó resentimiento a la opinión que teníamos sobre nuestro fútbol, pese a que la autoridad seguía empecinada con la competición doméstica.

En 1958, el equipo del United iba camino de casa desde Belgrado, tras haber llegado una vez más a las semifinales de la Copa de Europa, cuando sufrió el accidente de avión en Múnich. En los años siguientes, representaron a Inglaterra los Wolves, el Burnley y el Tottenham Hotspur; en 1961, los Spurs nos deleitaron con una rotunda victoria sobre el Gornik, de Polonia, y luego perdieron en semifinales contra el que acabó alzándose con el título, el Benfica portugués.

A mediados de los sesenta, el fútbol británico tomó ávidamente prestados métodos e incluso carácter de otros países. Por fin, tras dar forma y adaptar los conocimientos a un modelo adecuado a su tradición y su temperamento propios, fue reconocido de nuevo como una gran fuerza internacional. En 1965, el West Ham United ganó la Recopa de Europa con un estilo incisivo, en una final celebrada en Wembley en la que venció al Munich 1860 por 2 a 0; al año siguiente, el Liverpool perdió la final de la misma competición por 2 a 1 contra el Borussia Dortmund. Más adelante, con un juego atacante arrollador, el Celtic de Glasgow remató la actuación británica de posguerra en el fútbol internacional de clubes en la final de la Copa de Europa de 1967, en la que

superó al Inter italiano por 2 a 1.

En una semblanza de sir Alf Ramsey, seleccionador inglés, ya he hecho algún comentario sobre la victoria de Inglaterra en el Mundial de 1966. De todos modos, hay aspectos sociales de esta competición, cuya fase final se jugó en Inglaterra, que merecen ser mencionados por lo que revelan sobre las actitudes británicas contemporáneas ante el fútbol, y en especial ante sus extranjeros. Para empezar, la competición desató en el país una euforia comunitaria que, a mi entender, dejó más asombrados a los autóctonos que a los visitantes. Nos dio la oportunidad de acicalarnos, de aligerar el carácter plúmbeo de los estadios donde se jugaban los partidos, de quitarnos de encima buena parte de nuestras inhibiciones, sobre todo en provincias. Fuimos personas alegres y casi atolondradas en nuestras calles, algo que solo suele pasar cuando nos ponemos el sombrero de paja en los centros turísticos de otros países. Salvo en los festejos que celebraron el fin de la Segunda Guerra Mundial, no he visto nunca a Inglaterra tan ufanamente encantada de la vida como durante la Copa del Mundo.

Esta era, por supuesto, la verdadera Inglaterra de las zonas industriales, de ladrillo de color negro sangre y vientos fuertes, de rostros obreros apretados contra la adversidad de la jornada laboral reducida y el recuerdo del mes pasado en que por poco toca la quiniela. Nuestro mejor fútbol no se juega en la Inglaterra anodina, ese Camelot de los anuncios en revistas foráneas. La Copa del Mundo fue un carnaval. Ahí estaba la apoteosis del deporte que en la gente de la Inglaterra industrial es una pulsación añadida.

Como la selección inglesa jugaba todos sus partidos en Londres, en los de Liverpool, Mánchester, Sunderland, Middlesbrough, Sheffield y Birmingham había un interés concreto por saber cuál podría ser el otro equipo que llegara a la final, dando por buena la seguridad de Ramsey de que allí estaríamos nosotros, y de que ganaríamos la copa. La asistencia a los partidos nunca fue mucha (en Old Trafford, menos de treinta mil personas fueron a ver la victoria de Portugal sobre Hungría en uno de los encuentros *a priori* más atractivos del torneo; en Middlesbrough, menos de catorce mil presenciaron el enfrentamiento entre Corea del Norte y Chile), pero, por lo general, estuvo a la altura de las cifras más altas del fútbol nacional. Hubo 45.000 personas en el partido entre Alemania y España en Villa Park (Birmingham), 32.000 en el que enfrentó a Argentina y Suiza en Sheffield, y en Goodison Park, campo del

Everton, las multitudes acudieron con ganas a los partidos Brasil-Bulgaria (47.000), Hungría-Brasil (51.000) y Portugal-Brasil (58.000).

Los espectadores veían a jugadores desconocidos, aunque algunos de los que conocían bien se contaban entre los mejores del mundo. Al haber pocos favoritos predefinidos a quienes vitorear en los partidos, enseguida designaron a sus héroes y a sus villanos, y establecieron su cariño o su aversión hacia ellos sin restricciones. La hinchada del Liverpool rindió generoso homenaje a la capacidad regateadora y al instinto asesino del portugués Eusébio, y también disfrutó con el húngaro Albert por sus fulminantes estocadas contra la defensa brasileña.

Y luego estaba el delirante afecto que surgió entre los aficionados del Middlesbrough hacia los norcoreanos, con sus increíbles nombres de tres partes (Li Chan Myung, Han Bong Zin, Lim Zoong Sun, Oh Yoon Kyung) y que se alojaban en el aeropuerto local. Ese equipo de gimnastas valientes e infatigables, que comenzaron obviamente desconcertados ante el rígido orden y la experta astucia del fútbol europeo y sudamericano, aprendió deprisa, de un partido a otro. Cuando ganaron a Italia por 1 a 0 y se clasificaron para cuartos de final, la multitud los abrumó con elogios hilarantes. Mi último recuerdo de este partido es el de un marinero británico llevándose a dos coreanos fuera del estadio, uno bajo cada brazo, a modo de premios. Cuando al entrenador del equipo coreano, el señor Kim Eung Su, se le preguntó después si quería decir algo sobre la notable actuación de sus jugadores, contestó, con conmovedora sinceridad, más relevante si cabe debido a la demora en la traducción, que los coreanos «daban muchas gracias a las gentes de Middlesbrough».

Esos partidos del Mundial tuvieron toda la ira, la tensión agobiante, el amor por el triunfo y el patetismo de la derrota presentes en el fútbol que los hinchas británicos siguen de cerca cada semana. Viendo a esas multitudes absortas como si estuvieran implicadas personalmente en estos enfrentamientos entre equipos extranjeros, parecía increíble que solo unos años antes el liderazgo nacional de nuestro deporte se hubiera mostrado indiferente ante la competición internacional organizada. Esta respuesta del público confirmó de forma concluyente que el fútbol pertenece a la gente, que es el conflicto y el escenario lo que se apodera de ella en su nombre. En cuestión de días, un futbolista de ojos achinados con un nombre

impronunciabile puede ser adoptado como representante personal por un obrero de Middlesbrough solo porque está expresando esperanza y liberación mediante un arte que ese obrero entiende a la perfección. Suele sonar demasiado pomposo y moralizador cuando los hombres hablan solemnemente sobre el papel del fútbol como puente a través de las fronteras nacionales. Pero esto es porque los momentos de estas declaraciones son normalmente pomposos, por lo que una verdad respetable se convierte en una banalidad. El Este y el Oeste están sin duda enlazados en Middlesbrough.

En la final del 30 de julio de 1966, Inglaterra y Alemania Occidental se enfrentaban en unas circunstancias de tensión emocional casi insoportable. Ya he descrito antes los últimos minutos de este partido. Pero ahora quiero hacer referencia a algo del ambiente que me desconcertó por lo inapropiado para el juego en su conjunto: el grado de chovinismo totalmente ajeno respecto a lo que estaba teniendo lugar en el terreno de juego, en relación con el fútbol.

No vi el partido desde el palco de prensa, sino desde un asiento de tribuna. Ya mucho antes del comienzo me sorprendió cómo eran parte de las personas que tenía alrededor. No eran aficionados al fútbol. Todo el rato se preguntaban unos a otros sobre la identidad de los jugadores ingleses. ¿No se suponía que uno de los chicos del Manchester era bastante bueno? El tipo alto tiene un hermano en el equipo, ¿verdad? Con su bléiser de club de rugby y su acento de condado del sur y sus prejuicios obsoletos, habían venido a ver cómo los sucesores de los pilotos de la batalla de Inglaterra vapuleaban otra vez a los alemanes. Algunos lloraron un poco al final, y cantaron *Land of Hope and Glory* con un fervor solemne que solo he visto en los mítines del Partido Conservador. Me da la impresión de que, si se hubieran encontrado sentados entre un montón de hinchas futbolísticas reales y encendidos del Liverpool, quizá se habrían asombrado ante el grado de apoyo desleal a los tudescos. Algunos aficionados prefieren incluso a los futbolistas alemanes antes que a esos conciudadanos rechonchos con el privilegio del dinero que les permite hacerse con una localidad por la que miles habrían dado su brazo derecho..., y lo aceptan. En Wembley, a mí me gusta mucho más *Abide With Me*. Su conexión con la capilla y el pub lo identifica con la Inglaterra que nutre su fútbol.

Esto no es una queja contra el compromiso nacional en el deporte, que, por parte de Ramsey y su equipo, contribuyó muchísimo a regalarnos el

campeonato. Sin embargo, sí me molestó algo discordante en el tono de esa tarde apoteósica. Ojalá las gradas de Anfield, Old Trafford, Roker Park o Molyneux hubieran estado bien representadas en Wembley para silenciar a esas voces ignorantes educadas en el decoro. Tragué saliva y grité como cualquier otro, y me felicité de ser inglés con todos los cánticos a mi disposición. En todo caso, mi recuerdo afectuoso de ese día se ha visto siempre manchado por el hecho de que buena parte de la compañía también habría podido ir a Wimbledon.

De todos modos, al menos en Liverpool y Middlesbrough, el arte se había valorado como es debido. Yo había llegado a oír a un muchachito inglés preguntarle al entrenador de la selección brasileña, en su hotel de Cheshire, si Pelé volvía a casa a tomar el té. La gente de la generación de ese chico jamás irá a Wembley con heridas de la vieja guerra en su corazón.

La Copa del Mundo de 1966 atrajo la atención de muchos norteamericanos. Recuerdo que un periodista estadounidense, en estado de gracia con respecto a los partidos de Wembley, me aseguró que, en cuestión de pocos años, el fútbol arrasaría en su país. Hablaba de «ampáyeres» y «arqueros», pero desde luego había hecho los deberes acerca de la superposición de las defensas y otros aspectos importantes del juego de ataque visto en el torneo. Desde entonces, se ha invertido mucho dinero para promover el fútbol en los Estados Unidos, pero en el momento de escribir esto parece que el proceso está parado. ¿Seguirá avanzando o retrocederá?

Los inicios del fútbol en Estados Unidos rebosaron del oportunismo comercial típico del país y que también afecta a sus otros deportes, en especial al boxeo. El fútbol comenzó ahí con dos ligas rivales, lo cual no es muy conveniente para un deporte tan joven. Los nuevos clubes norteamericanos ficharon, sin reparar en gastos, jugadores de Europa y Sudamérica con una edad ya próxima a la de jubilación o al trabajo de entrenador. Las nuevas recompensas económicas para los futbolistas británicos destacados en su propio país garantizaban que no se produciría una versión corregida y aumentada de la emigración a Italia que había tenido lugar en la década anterior.

No obstante, parece que hasta ahora el fútbol norteamericano no ha progresado más allá de la fase de curiosidad. En verano de 1967, unas

hinchadas considerables fueron atraídas por una especie de liga de exhibición, en la que algunos clubes extranjeros, entre ellos el Wolverhampton Wanderers, el Stoke City, al ADO de Holanda o el Bangu de Brasil asumieron temporalmente los nombres de ciertos clubes norteamericanos y conformaron equipos de gran potencial. Los nombres bajo los que jugaban reflejan con claridad el estilo vivaz que Norteamérica espera de su fútbol: los Tornados de Dallas, los Mustang de Chicago, los Rascacielos de Nueva York. Numerosos grupos de chicas preciosas, luciendo faldas con lentejuelas para patinar sobre hielo, levantaban el ánimo haciendo cabriolas acompasadamente. El ambiente de los partidos era más estridente y desenfadado que el producido por los aficionados de los países de larga tradición futbolística.

Debo admitir de inmediato que mis comentarios no derivan de ninguna experiencia de primera mano sobre el fútbol en Estados Unidos. No obstante, he hablado de ello con bastantes hombres que han jugado y han visto partidos allí, y me da la sensación de que los elementos circenses o faranduleros ligados a la introducción de este deporte, en un intento de hacerlo enseguida atractivo para gente ajena a él, no han sido en realidad de mucha ayuda.

En mi opinión, es importante que el fútbol, en todos los países donde despierta la atención general, no sea nunca un asunto decorativo ni especialmente bonito. En Gran Bretaña, varios clubes han probado con pequeños espectáculos de baile como aperitivo para la hinchada: grupos de chicas haciendo rutinas moviendo las caderas al ritmo de música pop, o grupos pop en directo tocando los Top Ten con grandes amplificadores en escenarios instalados junto a la línea de banda. Casi nunca han suscitado muchos elogios. Constituyen un intento de actualizar, para disfrute de los hinchas más jóvenes, la tradición del espectáculo en directo que solían protagonizar serias bandas de metal y tamborileros militares. Este tipo de edulcorante colectivo ha demostrado su inutilidad incluso en Brasil, donde el temperamento es mucho más propicio para un toque de espectáculo femenino. La clave del fútbol es el fútbol. Puede tener su propia comicidad, su *glamour* y su atractivo sensorial; pero si no es capaz de salir adelante por sí solo, ninguna decoración lo convertirá en un imán.

Como es lógico, en Estados Unidos, a las películas de partidos del Mundial y a los encuentros entre equipos visitantes de otros países de alto nivel le han seguido contiendas menos habilidosas y más lentas entre equipos

nacionales, anquilosados por la presencia de jugadores envejecidos fichados en el exterior. La comparación, incluso para los espectadores no familiarizados con el deporte, no beneficia obviamente a las ligas domésticas. Sé lo bastante sobre la capacidad norteamericana de convertir algo nuevo en un éxito instantáneo como para no descartar la posibilidad de que el fútbol se desarrolle rápidamente en Estados Unidos. De todos modos, esta idea es objeto de grandes recelos. En su máxima expresión, el fútbol es el deporte más emocionante del mundo, pero no tiene sentido negar que puede ir adquiriendo un color más apagado en la escala cromática.

El compromiso local puede mantener equipos de poca calidad, pero sobre todo debido al recuerdo de tiempos mejores, a la costumbre de acudir al campo y a un contexto en el que equipos de segunda y tercera categoría son capaces de mejorar su rendimiento y plantar cara a otros mucho mejores (como en las competiciones coperas nacionales). Sin estas eventualidades, un equipo anodino es siempre un equipo anodino. En la tercera y la cuarta división de Inglaterra, algunos clubes suelen jugar ante un número de personas que oscila entre tres mil y seis mil. Los clubes norteamericanos necesitarán multitudes mucho más numerosas para satisfacer a los promotores con intereses comerciales. Me pregunto si estos promotores tendrán la paciencia necesaria para esperar a que el estándar general del deporte mejore lo suficiente para garantizar a los espectadores potenciales algo que quepa describir razonablemente como «espectacular».

Un buen número de norteamericanos me han dicho que el fútbol gusta mucho en las escuelas porque es un juego adecuado para chicos de todos los tamaños y de fuerza física diversa, y porque el fútbol americano de uniformes acolchados y cascos protectores ha acabado siendo una guerra de trincheras cada vez más inaceptable para padres y profesores. Sostienen también que, gracias a su movimiento continuo, el *soccer* es más interesante que el béisbol. En pocas palabras, si el deporte que el resto del mundo llama simplemente «fútbol» llegara a practicarse a gran escala en las escuelas norteamericanas, su desarrollo como deporte adulto estaría asegurado. Pero de nuevo se plantea la pregunta: ¿los promotores serán pacientes?

En Estados Unidos, tras ganar a Inglaterra en el Mundial de 1950, dieron a entender que a partir de entonces se potenciaría muchísimo el fútbol en su país. No fue así. Y no creo que sea posible un despegue tan sensacional, ni

siquiera en un país cuya riqueza y energía pueden sacar provecho del entusiasmo con gran facilidad. Estados Unidos acabará cautivado por el fútbol cuando cada barrio pobre y cada descampado urbano cuente con equipos infantiles que jueguen partidos improvisados, donde los jugadores reivindiquen provisionalmente la identidad de las estrellas mundiales del deporte.

Los entornos así generan tales estrellas. El fútbol es una pasión que se lleva dentro. La gente no se decidirá por él como si se tratara de un bote de café instantáneo. El mundo le desea lo mejor al fútbol en Estados Unidos, pero la única manera de crecer como es debido es empezando desde abajo.

EL FUTURO

En este último capítulo quiero examinar algunos de los efectos de lo que he ido describiendo y sugerir determinadas tendencias que seguramente serán importantes en el fútbol británico en los años venideros. Si analizamos lo que ha pasado en el fútbol profesional desde principios de los años cincuenta, vemos con claridad que en muy poco tiempo pueden producirse avances espectaculares. En este sentido, el fútbol no difiere de muchas otras influencias en la vida cotidiana, sea el transporte por carretera, las licencias en el teatro o los salarios de los adolescentes.

El aspecto y el estilo general del fútbol profesional han cambiado, bien que no al gusto de todos. La juventud de un equipo, como política positiva más que como consecuencia forzosa debido a la gran incidencia de las lesiones, es ahora común y corriente: algo que sucede incluso en la tercera y la cuarta división. El juego se desarrolla a ritmo de esprinter; es más explosivo que antes; a los veintitantos años, los jugadores ya son arteros veteranos; se suele tratar a los árbitros con indisimulado desdén; los entrenadores están más tensos y ansiosos de un mes a otro; el conflicto entre las viejas generaciones y las nuevas, por lo general uno de los principales conflictos de la sociedad contemporánea, se expresa de forma rotunda en el fútbol. Incluso las juntas directivas están empezando a ser más jóvenes.

Para clarificar estos problemas, hablaré de ellos por partes.

EL «NUEVO TRATO»... Y CONSECUENCIAS

Uno de los elementos principales de la postura de la Liga de Fútbol, en su oposición a un «nuevo trato» con los jugadores, era que eliminar el tope salarial y permitir mayor libertad de movimientos de un club a otro amenazaría la existencia de los clubes más pequeños, simplemente porque no serían competitivos y quedarían fuera del negocio. Dominaba la idea de que, muy pronto, solo las ciudades con fútbol profesional de verdad serían capaces de atraer a grandes audiencias procedentes de áreas próximas muy pobladas. Estos temores, ¿se han demostrado justificados? Y en caso de respuesta negativa, ¿es probable que lo estén pronto? Por otro lado, ¿sería malo que así fuera?

Seguramente, los dos aspectos más importantes del fútbol profesional son el gran número de personas que lo juegan y el gran número de personas que lo ven. Cualquier cosa que reduzca una cifra u otra será mala para el deporte. En todo caso, aun estando de acuerdo en esto, hay que precisar algunas cosas. Para empezar, los jugadores exigieron y consiguieron salarios altos y libertad para negociar contratos con sus patronos porque las restricciones que se les imponían habían llegado a ser intolerables en una sociedad que quería ser justa. En segundo lugar, no hay ninguna ley, ni estatutaria ni natural, según la cual la gente tenga que seguir yendo a ver al equipo de fútbol de su ciudad incluso cuando le aburre. Tercero, los buenos jugadores disfrutaban con su fútbol sobre todo cuando están en buenos equipos, por lo que no está justificado poner obstáculos que impidan la unión de unos y otros. Cuarto, la movilización de comunidades provincianas, antes estáticas, es uno de los aspectos característicos de nuestra vida nacional en esta mitad de siglo, y el fútbol hará

bien en adaptarse a ello en vez de lamentarlo.

No es culpa de los clubes miembros de la Liga de Fútbol o de los gestores de la competición que se lleve años tratando con escaso interés a los espectadores. Los salarios que los clubes habían pagado hasta 1961 permitían pocos progresos en los taquillajes de aquellos años de bonanza de inmediatamente antes y después de la guerra, cuando eran decenas de miles las personas que solían ir al fútbol local en condiciones verdaderamente pésimas. A algunos clubes quizá les interese plantearse hasta qué punto el estado de los lavabos, las tribunas y las gradas contribuyó al distanciamiento de los aficionados una vez que la televisión y el coche permitieron a las clases trabajadoras cruzar el umbral del entretenimiento. Así pues, ¿adónde fue a parar el dinero, teniendo en cuenta que gran parte de este no se gastó en ninguno de los dos componentes principales del juego, los jugadores y los espectadores? En muchos casos, parece que a ninguna parte; por ahí sin más, como si estuviera debajo del colchón, hasta acabar devorado por el creciente coste de la vida y una gestión poco imaginativa.

Últimamente han aparecido clubes pequeños que, mediante la acción atrevida y profesional de directivos jóvenes y entrenadores astutos, han escapado enseguida de la visible descomposición para generar entusiasmo y beneficios reales. Y lo han hecho identificando las necesidades de la década y satisfaciéndolas. Los clubes sistemáticamente prósperos atraen a grandes multitudes a un espectáculo basado en emociones en el terreno de juego. Donde el fútbol es menos glamuroso, y el dinero escasea, los clubes sensatos ofrecen comodidades por encima de la media; activamente, buscan implicar a los espectadores en el funcionamiento de las cosas; compran y venden futbolistas con sumo cuidado; racionalizan sus plantillas de jugadores y de ojeadores para concentrar el máximo esfuerzo en el objeto inmediato, que puede ser ganar una promoción o evitar un descenso.

La disposición del club a encontrar una solución propia a sus problemas particulares, en vez de enredarse en actitudes superadas por el tiempo, estimula el interés local. Es muy molesto que unos dirigentes descerebrados hayan acusado de «hacer artimañas» a ciertos clubes lo bastante vigorosos y clarividentes como para innovar, en vez de hundirse (el Coventry City y el Stockport County, por ejemplo, ambos resucitados con desparpajo; o el Walsall y el Portsmouth, levantados mediante un método especializado de

estudio-trabajo aplicable a la creación de equipos). En el fútbol profesional, hay dos objetivos principales: meter la pelota en la portería contraria y conseguir que la gente te vea hacerlo. Todo club que redescubra una capacidad olvidada para una cosa u otra merece nuestro apoyo.

Me parece irrelevante la queja de que los clubes pequeños no pueden permitirse los salarios de los grandes. Para el fútbol es mucho más importante asegurar la emoción y la calidad entre los mejores que proteger a los clubes con pocos recursos y escaso talento mediante restricciones impuestas a los poderosos. El número de jóvenes y hombres que participan en el fútbol organizado, remunerado y no remunerado, no deja de crecer por todo el país; el número de personas que quieren ver las victorias del Rochdale, el Halifax, el Bradford, el Chester o el Reading disminuye sin cesar. Ambos hechos tienen mucho que ver. El interés por el fútbol no ha menguado; el interés por pagar dinero para ver fútbol de calidad mediocre, desde luego que sí.

Entonces ¿qué les va a pasar a estos clubes en apuros? Cliff Lloyd, secretario de la Asociación de Futbolistas Profesionales, me sugirió que pronto quizás haya muchos más jugadores a tiempo parcial que ahora, predicción que parece atinada.

En otro capítulo hice referencia a clubes como el Stafford Rangers, que, a finales de los cuarenta y en competiciones modestas, era capaz de atraer a una cantidad de seguidores propia de los actuales clubes de la cuarta división. No es un disparate considerar que ciertos clubes de la tercera y la cuarta división funcionan casi como versiones más elegantes de estas entidades semiprofesionales. En todo caso, hay pocas posibilidades de que en las divisiones inferiores de la Liga la asistencia vaya a aumentar sustancialmente por encima del nivel existente hoy en día: un promedio que va de cuatro mil a siete mil espectadores. Los costes de gestión del fútbol totalmente profesional subirán, no bajarán. Los clubes ambiciosos, que piensan en jugar la promoción o en conseguir buenas victorias en la Copa de la Liga y en la de la FA, seguirán siendo completamente profesionales. Por otro lado, no veo razón alguna para poner objeciones a una situación en la que futbolistas con dedicación plena juegan a menudo contra otros con dedicación parcial. No hay aquí más desproporción que en la Copa de la FA, donde los clubes ajenos a la Liga tienen alguna posibilidad de eliminar a un equipo importante. Ya existen muchos profesionales a tiempo parcial que juegan en los equipos de la parte

baja de la clasificación. A mi entender, y por pura necesidad de supervivencia, muchos clubes priorizarán esta política.

En mi opinión, esto disiparía muchas dudas sobre las intenciones de los clubes. Es absurdo discutir acerca de si esto reduciría algo la competitividad en las distintas divisiones: el Chester, el Exeter o el Mansfield no están precisamente pisándole los talones al Arsenal. Una remodelación así de los clubes también podría rebajar parte de su devoción al estatus de la Liga y facilitar la incorporación a ella de entidades que ya disponen de los suficientes recursos económicos y futbolísticos. A veces, las caras nuevas pueden revitalizar las instituciones viejas.

La Liga se opondrá a este proceso. Sus miembros protegen sus murallas a capa y espada. En mi opinión, sin embargo, las circunstancias lo impondrán, igual que han impuesto una inconfundible imprudencia entre los clubes en su ansiedad por fichar a muchachos prometedores. Al tratar de superar la mala situación del Port Vale, sir Stanley Matthews emprendió una audaz política de contratación de colegiales para crear un equipo completamente nuevo. Al parecer, el Port Vale se había saltado las normas igual que los clubes más ricos, pero con menos disimulo.

Los clubes semiprofesionales de la Liga, con ambiciones más realistas y menos necesidad de presentar una falsa fachada de *glamour* y oportunidad, estarían más tranquilos y serían más selectivos en este tipo de contratos (menos preocupados por aventajar a los clubes más ricos, y con más tiempo para garantizar que los chicos fichados están realmente preparados para el fútbol profesional). Seguro que muchos padres preferirían ver a sus hijos empezar de esta manera modesta a verlos metidos de lleno en el follón de un club importante para luego sufrir el amargo desengaño de fracasar antes de haber dejado atrás la adolescencia.

En este momento, las divisiones tercera y cuarta están pagando a los clubes más grandes, en concepto de traspasos, más de lo que sacan por vender jugadores propios. En todo caso, lo importante es que los escasos futbolistas jóvenes traspasados a la Liga «hacia arriba» buscan individualmente cantidades muy superiores a las de los más numerosos viejos que se desplazan «hacia abajo». Si los clubes pequeños fueran capaces de desempeñar un papel positivo, pragmático, como buscadores y vendedores de talento, su situación sería más próspera. Por lo general, los clubes se oponen a esta idea,

insistiendo tercamente en que han de fichar solo para alcanzar el éxito deportivo a largo plazo, en vez de ser la cantera de los clubes más ricos. Pero esta postura les dificulta adquirir jóvenes promesas, pues pocos son los chicos que quieren atarse a una entidad pequeña si tienen la ocasión de incorporarse a una de prestigio. Los clubes pequeños deberían preocuparse más del beneficio económico y menos del estatus social.

¿Hasta dónde puede llegar este proceso? Los clubes pequeños de la primera y segunda división, ¿también han de renunciar a ambiciones superiores? Estaremos de acuerdo en que clubes como el Burnley, el Sheffield United, el Huddersfield, el Preston o el Derby siempre se concentrarán en comprar barato y con cuidado, así como en formar a jugadores de la casa más que en meterse en operaciones costosas en el mercado de traspasos. De nuevo, quizá necesiten conseguir dinero mediante la venta táctica de jugadores de nivel contrastado. De todos modos, esto no significa que no vayan a disputar nunca a los clubes más importantes los mayores honores. El Burnley lo hizo a lo grande, aunque últimamente se ha desplomado. Sus problemas de hinchadas y recursos comparativamente pequeños imponen una responsabilidad adicional de gestión estricta; pero los hombres adecuados pueden asumirla con gusto. Va a ser de lo más interesante ver qué pasa en el Rotherham, donde Tommy Docherty, antiguo entrenador del Chelsea, recientemente ha tomado el mando bajo una junta directiva que le ha dado las riendas y a la vez le ha transmitido una extraordinaria sensación de compromiso profundo, personal. El Rotherham y el Burnley tienen campos poco pretenciosos, pero unas inmejorables instalaciones para entrenar. Docherty, que en el momento de escribir esto se enfrenta a la posibilidad de descender a la tercera división, habla de la posibilidad de agotar habitualmente todas las entradas si, en una o dos temporadas, consigue llevar al club a la primera división.¹

Muchos jugadores quieren trabajar para Docherty y otros entrenadores de su generación y su ineludible implicación en el juego. No es descabellado esperar que vaya a haber suficientes hombres así para entrenar, o ayudar a entrenar, a la mayoría de los clubes de las dos divisiones principales mientras todavía sean visiblemente jóvenes. Es probable que la carrera futbolística se acorte; que los mejores jugadores, que tras haber comenzado en mitad de la adolescencia se enfrentan cada semana al ritmo agotador del fútbol moderno, normalmente se retiren a los treinta años en vez de ir apagándose poco a poco

en las divisiones inferiores hasta los treinta y cinco, como suele pasar. Parece igualmente razonable que los clubes de la primera y la segunda división quieran contratar a algunos de estos futbolistas de gran experiencia como ayudantes de entrenador a una edad temprana, formándolos previamente para que presten atención especial a los jugadores jóvenes debido a su proximidad al fútbol y al respeto que les tienen los jóvenes. Ya se aprecian señales de que esto será un hecho factible en un futuro muy cercano. Muchos clubes que solían preocuparse por el futuro de los futbolistas los animan ahora a tomarse en serio lo de los cursos de entrenamiento. Al menos un club destacado de la primera división dejó claro hace tiempo que un jugador estaba preparado para ser su futuro entrenador desde mucho antes de retirarse.

En mi opinión, esto es uno de los resultados directos del «Nuevo Trato» de los jugadores. El fútbol ha llegado a ser más importante para los jugadores. Como han de preocuparse menos sobre lo que les pasará cuando ya no puedan jugar, se sumergen más a fondo en su actividad. Son más cautivos de este deporte que las generaciones anteriores.

Hace un tiempo, hubo cierta expectativa general sobre lo que se denominaba «Superliga», en la que jugarían todos los clubes europeos importantes, que se desvincularían de las respectivas ligas domésticas. No se ha hecho realidad, ni se hará nunca, seguramente. Los costes y las dificultades para viajar, así como las diferencias en cuanto a la duración de la temporada en cada país, quitan atractivo a la propuesta. En cualquier caso, la Copa de Europa, la Recopa y la Copa de Ferias ya parecen proporcionar suficiente fútbol internacional de clubes para contentar a los hinchas. No obstante, una sugerencia más probable es que una Premier League nacional se escinda de la Liga de Fútbol inglesa y limite el fútbol de alta calidad a quizás una docena de las zonas más pobladas del país. Es una idea totalmente racional, que sin duda tendrá buena acogida entre muchos hombres con una posición influyente en el mundo del fútbol.

La economía ya está imponiendo una liga «*premier*» así en la primera división. Se insinúa, no sin razón, que en los próximos años la primera división será sistemáticamente motivo de disputa entre las áreas cuya población por sí sola les permite mantener a las mayores hinchadas y, por tanto, retener a los jugadores de más talento: dos clubes de Londres y probablemente el Mánchester y el Liverpool; y uno, pongamos, por cada una

de las regiones siguientes: las Midlands industriales, el Nordeste, South Yorkshire, West Lancashire, las West Midlands y tal vez la costa sur.

El problema de esta forma de pensar es que debería haber ascenso y descenso de esta división *premier*; de lo contrario, la Liga nunca daría el visto bueno. Para desligarse de ella y organizar este nuevo campeonato, los clubes deberían confiar más en sí mismos y sentirse más decepcionados que los clubes más ricos con respecto a la oposición actual. Pero los equipos miembros de la Liga nunca aceptarían cambio organizativo alguno que elimine la posibilidad de que los de la segunda división se acerquen al fútbol de máximo nivel.

Seguramente hay mucho que decir sobre conservar la primera y la segunda división tal como están constituidas ahora. El estilo y la resolución suelen procurar un éxito considerable a los clubes que han de vigilar su presupuesto. La competencia es la esencia del fútbol profesional. Y si no es realista hablar de mantener el juego indefinidamente cuando la asistencia es de tres mil o cuatro mil espectadores, sí es de buen sentido comercial procurar que los clubes ricos estén al tanto de lo que hacen los más prósperos y agresivos en la pelea. Clubes como el Burnley, el Wolverhampton Wanderers o el Sheffield United llevarán una y otra vez a los estadios a sus miles de viejos correligionarios, y los conservarán siempre que parezcan ganar algo. Degradados a una competición secundaria en virtud de una reorganización arrogante, programada fríamente, encontrarían enseguida mayores espacios abiertos donde los aficionados se ubicarían, espacios que no volverían a llenarse jamás.

JUEGO VIOLENTO... Y LABOR ARBITRAL

Hay muchas palabras para referirse al aumento de la violencia en los campos de fútbol. Muchos periodistas utilizan con frecuencia «despiadado»; los entrenadores y los jugadores suelen decir «irascible». Quizás esto tenga algo de instructivo. El espectador ve a un jugador soltarle una patada por detrás al adversario o propinarle un puñetazo cuando el balón está lejos de ellos. El aficionado ve una agresión justo cuando el árbitro vuelve la espalda. Los jugadores, al vivir el juego desde dentro, creen identificar la reacción airada de un hombre frustrado, y tal vez al que hayan provocado. En todo caso, con independencia del nombre que demos a esta violencia, en las últimas temporadas ha estropeado el juego con demasiada frecuencia. ¿Qué se puede hacer al respecto?

En anteriores capítulos me he referido a algunas de las razones que causan enfado en el terreno de juego. Y ahora repito que, mientras el fútbol sea algo tan importante para la gente, siempre incluirá tensión y mal humor. Hasta donde me alcanza la memoria, la entrada tremenda y peligrosa con la que un defensa duro aleja a un delantero del camino del gol (con atroz indiferencia por la lesión que pueda causarle) ha sido una característica del fútbol. Los mejores delanteros aprenden a evitar estas entradas con la misma frecuencia con que las sufren: por esto son futbolistas de primera clase. Los mejores defensas aprenden a hacer pocas, tal vez solo cuando se ven en la tesitura de elegir entre reconocer una derrota personal o hacer el último y desesperado esfuerzo para ganar la pugna. No son incidentes por los que debemos preocuparnos. Lo que sí importa es la agresión intencionada, últimamente habitual, que tiene lugar cuando la víctima no tiene el balón.

He aquí un ejemplo. En un partido de la primera división celebrado en 1968, vi a dos defensas entrar a la vez a un extremo, que llevaba rato dándoles mucho trabajo: lo empujaron más allá de la línea de fondo. Bueno, esto era juego duro sin más, del que existen numerosos precedentes. Sin embargo, un instante después, cuando la pelota estaba lejos, uno de los defensas, como si de pronto se le hubiera ocurrido una idea, pisó fuertemente con el pie derecho las piernas del extremo mientras este yacía en el suelo. Tras otro partido de la primera división, un colega me explicó con consternación una escena en la que un delantero, al que previamente habían hecho falta, corrió hacia el infractor, saltó y le estampó ambos pies en el cuerpo. ¿Despiadado o irascible?

Nunca se insistirá lo suficiente en que los elevados premios que se dan en el fútbol (no solo en cuanto a los ingresos de los jugadores, sino también en lo referente al *glamour* que acompaña a las victorias en los torneos internacionales) han añadido mucha tirantez al conflicto propio del juego. Pero si no es posible eliminar la agresión con lesiones, este aumento de competitividad acabará echando a perder el deporte.

Es difícil, tal vez imposible, señalar el momento en que las cosas empezaron a ponerse feas. Estoy escribiendo esto al día siguiente de haber visto un apasionante encuentro entre el Liverpool y el Tottenham Hotspur, un partido de vuelta de la Copa de la FA de la quinta ronda en el que el Liverpool marcó el gol decisivo de los tres de la noche al transformar un penalti que el árbitro mandó repetir en circunstancias un tanto discutibles. El portero de los Spurs había parado el primero. Si las ganas de ganar es lo que más influye en el comportamiento de los jugadores, cuesta imaginar una situación más susceptible de generar un brote de agresividad desatada en un campo de fútbol. En todo caso, aquel partido no fue desagradable en ningún momento. Las faltas cometidas eran fruto directo de la evolución natural del juego. No había enemistades privadas ni puñetazos cuando el árbitro no miraba. Sin embargo, el sábado anterior, un portero de un club de la primera división había sido expulsado tras golpear a un delantero en un partido de la Copa, cuando el equipo del primero dominaba claramente la contienda.

Algunos de los peores incidentes violentos en el terreno de juego tienen poco que ver con quién va ganando. No se puede negar que algunos clubes tienden más que otros a dar puñetazos y patadas a los adversarios de forma gratuita, no por el enfado que puede derivarse de un partido en concreto, sino

porque es algo propio de su naturaleza. Los equipos desarrollan un carácter grupal, lo cual refleja el carácter de su dirección. El control de la violencia en el campo comienza sin duda en el vestuario y en el despacho del entrenador; los árbitros no son los únicos responsables.

Se ha sugerido que cuando los comités disciplinarios del fútbol examinen casos en los que se ha empujado o insultado a los árbitros, o en los que se ha expulsado a algún jugador por cometer faltas peligrosas y reiteradas, las decisiones deberían tomarse pensando también en los entrenadores de los jugadores que han transgredido la norma, no solo en los futbolistas. Hay incluso uno o dos entrenadores que están dispuestos a respaldar tal postura, si bien de la mayoría, como es lógico, cabe esperar que rechacen la idea y la califiquen de inadmisibles. Desde luego está descartado castigar a un entrenador, sea con una multa o con una suspensión de algunos partidos, por acciones aisladas de mal genio de los jugadores. No obstante, ¿es exagerado decir que a los clubes que suelen verse metidos en líos de esta clase debería obligárseles a poner freno a los excesos de sus futbolistas? En la temporada 1967-1968, diversos entrenadores y presidentes se han quejado, en varias ocasiones, de que muchos jugadores expulsados por el árbitro y luego sancionados por la autoridad competente han recibido un trato injusto. Los hinchas más combativos están encantados con esta defensa de sus favoritos, desde luego, lo cual no parece tener como objetivo que los futbolistas reflexionen sobre su conducta.

A veces, ciertos directivos admiten en privado sentir vergüenza por el comportamiento de algunos de sus jugadores, mientras los entrenadores hablan vehementemente de las provocaciones del otro equipo y de exigir protección jurídica (en forma de audiencias personales) para sus hombres amenazados de suspensión. El hecho es que los directivos y los entrenadores conocen su influencia respecto a cómo se comportan sus equipos en el terreno de juego. Algunos entrenadores y preparadores confiesan, en privado, que han fortalecido adrede la actitud del equipo para llevarlo a cierto nivel de beligerancia adicional cuando están preparándose para determinados partidos.

Es un viejo ardid, transmitido de una generación a otra, señalar a un jugador adversario con talento, pero sin coraje suficiente, y sacudirle fuerte al principio del encuentro: así se le neutraliza para lo que queda. Pero no estamos hablando de esto. Los futbolistas cuentan que oyen a los jugadores

rivales darse instrucciones unos a otros para «ir por» fulano, lo que significa sacarlo del campo si es posible. Tendría que poderse disputar un partido duro, incluso encarnizado, sin considerarlo una guerra de pandillas callejeras. Los entrenadores deciden el carácter de sus equipos. Si algunos persisten en fomentar el espíritu despiadado (o irascible), aunque solo sea mediante el silencio, seguramente deberían disuadirse de ello mediante sanciones. Me aventuro a sugerir que, por mucha resistencia que opongan los clubes, esta innovación acabará imponiéndose.

En la actualidad, los futbolistas profesionales están tan dispuestos a tratar con desdén a algunos árbitros que muy a menudo es como si el funcionario estuviera a punto de ser expulsado del terreno de juego. Sir Stanley Rous, presidente de la FIFA y en otro tiempo árbitro famoso, tiene razón cuando dice que es urgente devolverle a la palabra del árbitro su condición de orden. El problema, tal como he dicho en el capítulo sobre los árbitros, es que la calidad del arbitraje varía mucho. Muchos colegiados se han visto superados por el ritmo y la intensidad del juego: tantos, de hecho, que cada vez es más evidente que se ha visto superada la misma institución del funcionario a tiempo parcial. El hombre bueno, imparcial, de espíritu cívico, que se supone que ha de ser esta lumbrera, simplemente no pinta nada en el partido que debe controlar. Llega al fútbol de primera clase a los treinta y tantos años, tras haber adquirido experiencia en los parques públicos y las ligas comarcales, sin haberse visto nunca implicado en el tipo de contienda que ahora tiene que dirigir.

Los futbolistas profesionales se muestran invariablemente arrogantes con respecto a su negocio. Es lógico. Miles de personas los vitorean y los abuchean, los idolatran y los detestan. En su triunfo y en su agotamiento, son plenamente conscientes de que solo ellos saben con exactitud cómo marcaron un gol espectacular en circunstancias de peligro físico extremo, o cómo impidieron que alguien lo hiciera. Son deportistas especializados que precisan coraje y estilo. Y, de vez en cuando, se ven regañados, incluso humillados, por oficinistas y otros «fracasados» (por usar un epíteto cruel de los jugadores) de mediana edad. Y se espera de ellos que permanezcan tranquilos y mantengan la boca cerrada. Hay árbitros que reconocen lo absurdo de la situación y se muestran sordos ante las palabrotas de los jugadores temperamentales, salvo

si ello presagia un desorden general: imponen disciplina en el campo con su propia fortaleza de carácter. Hay otros que suscitan simplemente enojo y confusión debido a su voluntad débil o a que alborotan demasiado con ciertos detalles triviales.

Hasta ahora, la petición de árbitros a tiempo completo se ha rechazado, con la explicación de que costarían demasiado, de que no hay hombres suficientes dispuestos a aceptar un empleo así, de que nada garantiza que un árbitro profesional vaya a ser mejor que uno de dedicación parcial. Mucho árbitros avalarán esta última objeción. Echemos un vistazo a los tres argumentos por separado.

El salario de un árbitro con dedicación plena debería ser proporcional al de un jugador con dedicación plena, incluso al de un futbolista destacado. Esto significa que cobraría entre tres mil y cinco mil libras al año, cantidad seguramente calculada en función del número de partidos dirigidos. Asimismo, debería recibir un dinero adicional si oficiara en ocasiones importantes, como la final de la Copa de la FA o los partidos internacionales, pues para tales lances sería seleccionado, como ocurre ahora, en función del mérito, al igual que los jugadores.

Antes de pensar en cómo se pagaría esto, veamos de cuánto dinero dispone el fútbol. Los clubes importantes suelen ingresar entre doce mil y quince mil libras en un partido de casa. La recaudación total de los clubes en los encuentros de las dos divisiones principales del campeonato es de unos cinco millones de libras por temporada. Incluso descontando el dinero que, procedente de las quinielas o de posibles fondos del Gobierno central, podría estar disponible en años futuros para la administración del fútbol profesional, estamos hablando de una suma considerable.

Ahora bien, ¿cuántos árbitros profesionales harían falta? No es realista decir que todo el fútbol profesional debería estar dirigido en el campo por un árbitro a tiempo completo. Sin embargo, cada vez es más evidente que hay que elevar el nivel del arbitraje en el fútbol de máxima categoría. Si estamos de acuerdo en que la primera y la segunda división han de contar con árbitros profesionales, en Inglaterra serán precisos veintidós cada semana. Si aumentamos esta cifra hasta un mínimo de veinticinco, por si alguien está enfermo o sufre algún tirón muscular, y si pagamos a cada uno un máximo de cinco mil libras al año, la cantidad anual necesaria será de ciento veinticinco

mil libras. En el contexto del fútbol actual, esto es la prima de traspaso de un jugador de máximo nivel. ¿Por qué una suma así ha de provocar una reacción de extrañeza en los administradores de este deporte?

¿De dónde saldrían esos hombres? Desde luego sería ridículo designar de repente a veinticinco árbitros profesionales entresacados de las filas de los que actualmente tienen dedicación parcial, por mucho que un número suficiente de ellos manifestara su disposición a aceptar el puesto. Algunos tienen un empleo bastante decente, y como se acercan a los cuarenta años o ya los han rebasado, sería improbable que quisieran aceptar un trabajo que duraría solo algunas temporadas. No obstante, varios de los árbitros más jóvenes que hay actualmente en la Liga cazarían la oportunidad al vuelo, y también serían válidos.

Se ha alegado que los jugadores retirados no son luego necesariamente buenos árbitros, y que quienes podrían ser lo bastante buenos desde el punto de vista técnico tendrían dificultades para hacer la transición desde compañero de equipo a juez imparcial. De todos modos, no estamos hablando de cifras muy elevadas. ¿Es poco razonable sugerir que hay media docena de jugadores próximos a la edad de jubilación que poseen la inteligencia y la rectitud necesarias para hacer bien el trabajo de árbitro? Su conocimiento del juego es, sin duda, algo sumamente valioso.

Así pues, quizá disponemos ahora mismo de una docena de hombres con el conocimiento y el carácter apropiados, dando por sentado, como es lógico, que los jugadores retirados se someterían a cierta formación arbitral. Además, durante la temporada se les procuraría al menos una experiencia práctica en un nivel inferior. Esto no equivale a decir que los veinticinco árbitros profesionales deban ser designados en julio todos a la vez para empezar a trabajar en agosto, cuando empiece la temporada. El resto de los nombramientos podría hacerse a partir de hombres jóvenes que actualmente están arbitrando en categorías inferiores y que estarían dispuestos a centrarse únicamente en el fútbol siempre y cuando tuvieran asegurada una carrera. Es lógico suponer que si se propiciara la solicitud de estos empleos, la respuesta sería amplia. De cierta criba minuciosa deberían salir los hombres idóneos. A continuación, la tarea consistiría en prepararlos de forma dura y específica para el fútbol de máximo nivel.²

Si concebimos el arbitraje como un empleo, no hay motivo por el que no

deba ser un trabajo bien remunerado durante unos quince años, la duración media de la carrera de un futbolista. El árbitro tendría contrato con la Liga, o tal vez con la FA, que le pagaría directamente, con independencia del origen del dinero (impuestos especiales a los clubes o fondos centrales).

¿El profesional sería forzosamente mejor que el árbitro de dedicación parcial? Seguramente. Cabría esperar que estuviera más en forma; además estaría preparado desde el punto de vista técnico, así como continuamente informado de los avances del juego. La mera relación ininterrumpida con el fútbol debería, por lógica, aumentar mucho sus conocimientos de fútbol. Podría permitirse imponer su ley en el campo toda vez que los jugadores le reconocerían su estatus profesional. Los futbolistas lo aceptarían como un elemento más del juego y no como un intruso.

Después de que se haya anunciado la intención y se hayan recibido las solicitudes, quizás hagan falta dos o tres temporadas para introducir la figura del árbitro profesional. Podría haber una gran decepción y cierto orgullo herido entre los árbitros actuales de gran experiencia que se verían marginados del fútbol de élite. Hay que reconocer que este periodo provisional podría poner a prueba la posición de honrado servidor público, reivindicada por el trabajador a tiempo parcial que apenas busca recompensa. En cualquier caso, al final, la institución del árbitro profesional reconocería el hecho de que muchos de nuestros mejores colegiados siempre han sido frustrados trabajadores a tiempo completo, no muy preocupados por su empleo regular, pero mal entrenados, a la par que mal pagados. ¿No va siendo hora de que el arbitraje se ponga al nivel del juego?

Al parecer, al final me ha salido una cierta queja que revela algo de inquietud. No es inadecuado en un libro escrito por un aficionado al fútbol. Al principio, dije que este juego suscita el examen, no la aceptación ciega.

He intentado rendir homenaje al fútbol mientras permanecía atento a sus defectos hasta donde el afecto lo permite. No estoy seguro de si estoy orgulloso de mí mismo, o más del deporte en sí, cuando digo que el fútbol me emociona ahora tanto como en la época en que estaba convencido de que un día jugaría de extremo derecho en el Wolverhampton Wanderers. Cuando tenía doce años, los extremos rápidos, cuyo objetivo era siempre llegar al rincón más alto y lejano de la red, tenían tanto *glamour* como Flash Gordon.

Incluso ahora, cada vez que llego a un estadio o cuando, simplemente, paso cerca de uno que está en silencio, experimento una alerta sensorial única. El instante enlaza con mi pasado a través de una conexión emocional más verdadera y secreta que la propia memoria.

AGRADECIMIENTOS

Algunas partes de este libro derivan de artículos que escribí inicialmente para la sección de deportes del *Observer* y para el *Sunday Times Magazine*; doy las gracias a los directores de ambos por permitirme contar con este material.

NOTAS

¹ El Rotherham acabó descendiendo.

² El Informe Chester sobre fútbol, elaborado para el Gobierno en 1968, se mostraba en contra de los árbitros a tiempo completo y defendía la existencia de un pequeño plantel de árbitros destacados y con dedicación parcial, que cobrarían anticipos de mil libras anuales y dirigirían los principales partidos.